David

BALDACCI

Un minuto para la medianoche

Un minuto para la medianoche

David Baldacci

Traducción de José Serra Marín

En recuerdo de Bob Schule:
nadie podría pedir un mejor amigo.
Siempre se te echará de menos,
nunca serás olvidado

1

Una vez más cabalgó hasta el Valle de la Muerte.

Solo que este «valle» estaba en Colorado, en la cárcel de Florence, la única prisión de máxima seguridad reforzada del sistema federal de Estados Unidos. Con todo, la referencia a la «muerte» resultaba más que evidente; el lugar apestaba a ella en virtud de los crímenes cometidos por los reclusos que albergaba entre sus muros.

La agente especial del FBI Atlee Pine había apretado el acelerador a fondo para llegar allí en su moderna versión de un caballo: su Mustang descapotable de 1967 color turquesa. Se había pasado dos años restaurándolo con su propietario original, un veterano agente del FBI que había ejercido como su mentor poco después de que ella acabara su formación en Quantico. Cuando el hombre murió, le legó el coche. Y ahora Pine no podía imaginar su vida sin él.

Una vez concluida su veloz travesía, permaneció sentada en el aparcamiento de la prisión reuniendo el valor y el aplomo necesarios para ver a un monstruo en particular que estaba internado allí dentro, entre otras muchas abominaciones humanas. Aquellos hombres constituían la materia de la que estaban hechas las pesadillas. En conjunto, habían asesinado a millares de personas sin mostrar el más mínimo ápice de remordimiento.

Pine iba vestida toda de negro salvo por la blusa blanca. La reluciente placa del FBI estaba prendida a la solapa de su chaqueta. Tardó diez minutos en pasar los controles de seguridad, donde tuvo que dejar sus armas: la Glock 23, su pistola principal, y una Beretta Nano con cargador de ocho disparos, el arma de refuerzo que llevaba en una pistolera en el tobillo. Se sentía un tanto desnuda sin sus dos pistolas, pero las prisiones tenían sus normas. Y, por razones obvias, una de las más importantes era que las visitas no podían llevar armas.

Se sentó en el duro taburete de un cubículo de la sala de visitas, con las largas piernas enroscadas alrededor de los soportes metálicos del asiento. Frente a ella había una gruesa barrera de cristal. Al otro lado, no tardaría en aparecer el hombre al que había ido a ver.

Minutos después, seis corpulentos guardias escoltaron hasta el interior de la sala a Daniel James Tor, cargado de esposas y grilletes, y lo encadenaron al aro de acero anclado al suelo. Luego se marcharon, dejando allí a la agente de la ley y al fuera de la ley una frente al otro, separados solo por el cristal de policarbonato que podía soportar la gran mayoría de los impactos de bala.

Tor era un espécimen de físico impresionante; medía más de metro noventa y pesaba casi ciento treinta kilos de fibra musculosa. Y, pese a sus más de cincuenta años, podía pasar perfectamente por un jugador de la NFL. Pine sabía que tenía el cuerpo cubierto de tatuajes, muchos de ellos grabados en la piel por algunas de sus propias víctimas. Por lo visto, Tor poseía tal confianza en el control que ejercía sobre sus presas que les permitía tener en la mano un objeto punzante con el que podrían poner fin a su pesadilla. Sin embargo, ninguna de ellas había intentado hacer nada contra él.

Era un engendro de la naturaleza tanto física como emocionalmente. Un sociópata narcisista, o al menos eso era lo que habían concluido todos los expertos consultados. Se trataba sin lugar a dudas de la combinación más mortífera que la naturaleza puede conceder a un ser humano. No es que matara con maldad; era algo mucho peor. No sentía la menor empatía hacia los demás. Su único afán era conseguir el propio placer. Y el único modo de saciar ese deseo consistía en la absoluta destrucción de los otros. Lo había hecho al menos en treinta ocasiones; esas eran sus víctimas conocidas. Pine y otros miembros de los cuerpos policiales sospechaban que el número real podría duplicar o incluso triplicar esa cifra.

Tenía la cabeza totalmente rapada, al igual que el mentón y la mandíbula. Sus ojos gélidos y asépticos se posaron sobre Pine como los de una serpiente curiosa antes de atacar a su presa. Eran las pupilas de un depredador salvaje; el único pensamiento que había tras ellas era el de matar. Pine también sabía que, como consumado

embaucador, Tor podía adoptar cualquier papel que se exigiera de él para atraer a sus víctimas a su perdición, entre ellos el de aparentar ser una persona normal. Y eso, ya de por sí, resultaba suficientemente terrorífico.

—¿Usted otra vez? —preguntó en un tono deliberadamente condescendiente.

—A la tercera va la vencida —replicó ella, impasible.

—Empieza a aburrirme. Así que aproveche bien su tiempo.

—Le enseñé la foto de Mercy durante la última visita.

—Y yo le dije que me hacía falta más información. —A pesar de sus palabras sobre estar aburrido, Pine sabía que Tor necesitaba a alguien a quien tratar de dominar. Requería atención para justificar su misma existencia. Y ella pensaba aprovecharse de ello.

—Ya le he dado todo lo que tengo.

—Todo lo que cree que tiene. Ya se lo dije la última vez. Y le pedí que hiciera los deberes. ¿Los ha hecho? ¿O va a decepcionarme?

Pine estaba transitando por una línea muy delicada. Era consciente de ello; y, más importante aún, Tor también. Quería mantenerle interesado y, al mismo tiempo, procurar que no la dominara por completo. Eso, precisamente, era lo que aburría al hombre.

—Tal vez usted tenga algunas ideas que puedan ayudarme.

Él la miró con expresión hosca.

—Me dijo que su hermana gemela tenía seis años cuando se la llevaron.

—Exacto.

—Se la llevaron de su habitación en mitad de la noche cerca de Andersonville, Georgia. ¿Estaba usted con ella?

—Sí.

—¿Y cree que la ataqué a usted pero no la maté?

—De hecho, me destrozó el cráneo.

—¿Y que recité una cancioncilla infantil para decidir a cuál de las dos llevarme?

—Pito, pito, gorgorito.

—De modo que, si empezaba por una de las dos, acabaría tocándole a la otra, debido a la estructura fonética de la canción.

Ella se inclinó hacia delante.

—¿Y por qué decidió empezar por mí? Porque entonces sabía que Mercy sería la perdedora.

—Está yendo demasiado deprisa, agente Pine. Debe ir más despacio si queremos llegar a alguna parte.

De forma instintiva, Pine decidió contraatacar.

—No tengo ganas de perder más tiempo.

Él sonrió y, haciendo agitar sus grilletes, replicó:

—Yo tengo todo el tiempo del mundo.

—¿Por qué eligió dejarme vivir a mí y no a Mercy? ¿Fue puro azar? ¿Una casualidad?

—No se deje ofuscar por su sentimiento de culpabilidad de superviviente. Y yo tampoco tengo tiempo para lamentos. —De pronto sonrió y añadió—: Aunque esté condenado a más de treinta cadenas perpetuas. —Se mostró orgulloso de las sentencias que pesaban sobre él, como ella sabía que haría.

—Muy bien, pero para mí es importante conocer la verdad —repuso Pine con calma.

—Ha dicho que le destrocé el cráneo. Podría muy bien haber muerto.

—Podría, pero no morí. Y a usted siempre le gusta asegurarse de que sus víctimas no sobrevivan.

—¿Se da cuenta de que está refutando su propio argumento de que fui yo quien las atacó aquella noche?

—Yo no lo veo así.

—Permítame insistir sobre ese punto. ¿Conoce alguna otra situación en que me llevara a una niña de seis años de su habitación y dejara a un testigo con vida?

Pine se echó hacia atrás en el taburete.

—No.

—Entonces ¿por qué piensa que fue así en su caso? ¿Porque su hipnoterapeuta hizo emerger ese recuerdo de su subconsciente? Me habló de ello en su última visita. Es algo muy curioso, la hipnoterapia. Se equivoca tanto como acierta, quizá incluso más. Pero usted ya me había estudiado durante su formación en el FBI. De hecho, todos los

agentes en prácticas lo hacen, ya que soy una lectura obligada —agregó como si tal cosa, aunque Pine detectó un deje de orgullo en su tono—. Me contó que sabía que yo había estado actuando en Georgia durante esa época. De modo que ¿quiere que le diga lo que pienso? Que la hipnosis no sacó a la luz un recuerdo real, sino que simplemente le dio la base para extraer una conclusión a la que ya había llegado basándose en información externa. —Tor negó con la cabeza—. Ese argumento nunca se sostendría ante un tribunal. Me colocó a mí en la escena porque deseaba que yo estuviera allí, porque no tenía a la persona real para llenar las lagunas de su memoria. Quería cerrar el caso y pasar página desesperadamente, hasta el punto de estar dispuesta a aceptar algo que no es verdad.

Ella no dijo nada porque sabía que era muy posible que Tor tuviera razón. Mientras reflexionaba sobre ello, él añadió:

—Agente Pine, ¿la he perdido? —Agitó las esposas—. ¿Hola, FBI? Mi nivel de interés está cayendo en picado por segundos.

—Su *modus operandi* fue cambiando a lo largo de los años. No todos sus ataques fueron iguales. Evolucionaron.

—Por supuesto que evolucionaron. Como en cualquier otra profesión, cuanto más te dedicas a algo, mejor lo haces. Y yo no soy una excepción. De hecho, soy la norma en mi particular… especialidad.

Ante ese comentario, Pine tuvo que contenerse para evitar que la bilis le subiera a la garganta. Sabía que, al comparar su actividad criminal con una profesión, Tor buscaba ver repulsión en su rostro, pero no pensaba darle esa satisfacción.

—Es cierto. Pero eso no hace más que reforzar mi teoría. Solo porque desconozcamos si lo ha hecho antes, no significa que no pueda haberlo hecho nunca. Como acaba de decir, su método fue mejorando. Evolucionó.

—¿Sabe si he vuelto a hacerlo después de aquella vez?

Pine estaba preparada para esa pregunta.

—No tenemos constancia de todas sus víctimas, ¿no? Así que no puedo responder a eso con total certeza.

Tor se reclinó y sonrió a regañadientes ante esa carta tan bien

jugada.

—Quiere una respuesta ahora, ¿no es así? ¿Lo hice o no lo hice? Tan simple como eso.

—Vuelvo a repetirle que no le costaría nada. No van a ejecutarle por ello.

—Podría mentir y decir que tiene usted razón. ¿Le bastaría con eso?

—Soy agente del FBI.

—Lo que significa…

—Significa que necesito…

—Necesita el cuerpo… o más bien el esqueleto, después de todo este tiempo. ¿Es así?

—Necesito confirmación —se limitó a decir Pine.

Tor se encogió de hombros.

—Me temo que no sé dónde están enterrados todos los cuerpos.

—Entonces ¿se equivocaban al afirmar que tiene memoria fotográfica?

—No del todo. Pero intencionadamente he olvidado algunos de ellos.

—¿Por qué?

Tor se inclinó hacia delante.

—Porque no todos eran dignos de ser recordados, agente Pine. Y no quiero ayudar a cerrar la herida a todos los familiares gimoteantes que vienen a suplicarme. No es precisamente lo mío, ¿o acaso no lo ha notado?

—¿Recuerda dónde enterró a Mercy?

—Tendrá que volver para tener otra charla conmigo. Ya estoy cansado.

—Pero si solo hemos empezado a hablar —repuso ella, con un deje de urgencia en su voz.

—Llámame Dan.

Ella lo miró con gesto inexpresivo. No se había esperado esa petición.

—¿Cómo?

—Es nuestra tercera cita. Ya es hora de usar nuestros nombres de pila, Atlee.

—¿Y si no quiero hacerlo?

Juntó las manos en una palmada silenciosa.

—Entonces el paradero de la pobre, dulce y probablemente muerta Mercy continuará siendo un enigma para siempre. Puf…

—¿Cuándo quiere que volvamos a vernos?

—Dentro de un mes…, Atlee. Soy un hombre muy ocupado. Así que dilo, o habremos acabado. Definitivamente.

—De acuerdo…, Dan.

Pine se levantó y se marchó, recuperó sus armas… y tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no irrumpir de nuevo en la cárcel y volarle los sesos al puto «Dan».

Se subió al coche y puso rumbo a Shattered Rock, Arizona, donde era la única agente federal a cargo de unas vastas extensiones de territorio escasamente poblado. Al cabo de una hora de trayecto, recibió una Alerta Amber en el móvil. Habían secuestrado a una niña. El sospechoso conducía una camioneta Nissan gris muy cerca de donde se encontraba Pine.

Y esa noche, bajo el resplandeciente fulgor de una brillante luna del cazador, el dios de la ley y el orden sonrió a Pine, porque cinco minutos después la camioneta pasó volando junto a ella en dirección contraria.

Dio un volantazo de ciento ochenta grados. Los neumáticos del Mustang restaurado humearon y chirriaron en protesta antes de agarrarse de nuevo al asfalto. Pine encendió las luces azules que había instalado en la parrilla del coche, apretó a fondo el reluciente pedal cromado del acelerador y, haciendo rugir el motor, salió disparada para salvar la vida de una niña.

Pine se juró a sí misma que esta vez no iba a fallar.

2

Las fuerzas del orden tenían una regla fundamental en relación con las Alertas Amber: localizar a la víctima y al secuestrador lo más rápido posible, y cercarlos para impedir cualquier posible escapatoria. Una vez conseguido eso, podías manejar la situación de varias maneras. O bien por la fuerza bruta, o bien convenciendo al sospechoso de que no ejerciera violencia contra el rehén, si es que cabía tal posibilidad.

Cuando el hombre se desvió de la carretera principal después de ver las luces azules destellantes acercarse velozmente tras él, Pine supo que debía interpretar la situación y tomar pronto esa decisión. Al menos conocía el terreno. Pine había tomado ese mismo desvío para tratar de despejar la mente después de su segunda sesión con Tor. Por eso sabía que se trataba de un cañón encajonado, y que la única salida posible consistía en regresar a la misma carretera principal.

Llamó a la policía local para darles su ubicación. Les dijo que era agente federal y que estaba persiguiendo al sospechoso. Sabía que se pondrían en marcha inmediatamente, pero también era consciente de que se encontraban en un territorio muy remoto y aislado. Los agentes no llegarían en cuestión de unos pocos minutos. De modo que, por el momento, solo estaban Pine y sus dos pistolas, su ingenio, su formación y su experiencia; todo ello, sumado al fuerte deseo y la esperanza de que la niña sobreviviera.

Poco a poco, a medida que ascendían por la serpenteante carretera, la penumbra vespertina fue dando paso a la oscuridad. Con cada giro de las ruedas, la calzada se iba volviendo cada vez más estrecha y la caída cada vez más alta.

Aguzó la vista para intentar ver al hombre y a la niña en la cabina de la camioneta, pero apenas logró distinguir unas vagas siluetas. Sin embargo, el número de la matrícula era el mismo que había emitido la

Alerta Amber, y era evidente que el tipo trataba de escapar. Pine no tenía claro si el sospechoso era consciente de que la carretera no tenía salida, pero lo que sí sabía era que la situación se iba a complicar mucho. Aun así, ella había sido rigurosamente adiestrada para afrontar ese tipo de situaciones.

Al cabo de algo menos de un kilómetro llegaron al punto de no retorno. Pine colocó el Mustang transversalmente en el centro de la estrecha carretera a fin de bloquear la salida, con el lado del copiloto mirando hacia la camioneta. Si trataba de embestirla, dispararía al sospechoso a través del parabrisas. Sacó su fiel Glock y apuntó cuidadosamente hacia el vehículo por la ventanilla abierta del pasajero.

La Nissan dio media vuelta hasta que su morro quedó apuntando en la dirección por la que había venido. El hombre detuvo la camioneta y dejó el motor al ralentí. Pine casi podía ver cómo giraban los engranajes en su cabeza: «¿Lo intento o no?».

Cuando el tipo encendió las luces largas, seguramente para tratar de cegarla, ella se encargó de apagarlas de dos certeros disparos. Ahora, supuso Pine, se habría ganado toda su atención. Después de llamar de nuevo a los agentes locales para informarles de su nueva posición, se quedó sentada con una mano agarrando firmemente el arma y la otra sobre la manija de la portezuela.

Permanecieron así durante un buen rato. Luego, al cabo de unos diez minutos, se abrió la puerta del conductor de la Nissan. Al parecer, el tipo ya se había decidido.

Y dio comienzo la partida de ajedrez.

Pine respondió a su movimiento abriendo la puerta del Mustang.

Dos pares de pies salieron de la Nissan y se posaron sobre el suelo de tierra.

Pine hizo girar sus largas piernas para salir del Mustang y sus botas se aposentaron sobre el asfalto.

Cuando el secuestrador y la niña emergieron de detrás de la puerta del conductor, Pine apuntó con la pistola al ancho pecho del hombre.

—FBI. No tiene escapatoria. Apártese de la niña. Túmbese boca abajo en el suelo, con las piernas abiertas y las manos entrelazadas

detrás de la cabeza. Haga lo que le digo o abriré fuego.

El hombre no obedeció ninguna de sus órdenes. En vez de ello, se agachó y colocó a la niña justo delante de él.

Muy bien, se dijo Pine a sí misma, ese saco de mierda pensaba ponérselo difícil y utilizar a la cría como escudo. «No sé por qué me sorprendo».

A la luz que arrojaba el interior de la cabina, Pine había observado que el tipo tendría algo más de cincuenta años. Era de estatura media, recio y musculoso, con la cabeza calva y una fina línea de pelo gris enmarañado que se enroscaba como hiedra alrededor de su coronilla. Sus facciones curtidas y ajadas resultaban muy desagradables, propias de un perturbado. Era el estereotipo andante de un pedófilo avejentado. Llevaba una sucia camiseta que dejaba al descubierto sus protuberantes bíceps de hacer pesas, unos polvorientos pantalones de pana y unas botas gastadas. La niña tendría unos diez u once años; era alta para su edad, con un cuerpo esbelto y atlético. Un par de trenzas rubias colgaban a los lados de su cara. Llevaba unos pantalones cortos de fútbol con manchas de hierba y un jersey a juego. Tenía las rodillas sucias, al igual que los calcetines largos y las zapatillas Adidas. Parecía asustada, como era lógico, pero en sus ojos Pine detectó también un espíritu resuelto y decidido.

No tenía muy clara la situación: podía tratarse de un escenario con un desconocido peligroso, o podía ser un simple caso de secuestro familiar. El hombre parecía demasiado mayor para ser su padre, pero quién sabía últimamente.

—La policía está de camino. Haga lo que le digo y podrá salir vivo de esta.

El tipo se la quedó mirando sin decir palabra.

—¿*Habla inglés*? —le preguntó ella en español.

—Soy americano, puta —bramó él—. ¿Te parece que tengo pinta de mexicano?

—Entonces no hay razón para que no cumpla mis órdenes.

El hombre sacó una Sig de la cintura del pantalón y apretó el cañón de la pistola contra la cabeza de la niña.

—Esta es mi escapatoria. Tira la pipa o le volaré los sesos a la

princesita.

—Deje el arma en el suelo, consiga un abogado y cumpla su condena.

—Ya he pasado por eso. Y no me gustó mucho que digamos.

—¿Cómo se llama?

—No intentes ir con esa mierda de poli buena conmigo.

—Estoy segura de que podemos arreglar esto.

—Joder, ¿de verdad piensas que vamos a llegar a un trato? —preguntó él en tono incrédulo.

—Suelte a la niña e intentaremos resolver su situación.

—¿Te crees que me voy a tragar toda esa palabrería?

A lo lejos empezaban a oírse las sirenas.

—No es simple palabrería, es la verdad.

—No pienso hacer ningún trato.

—Entonces ¿cómo cree que vamos a solucionar esto?

—Contigo apartando el coche y dejándome salir de aquí. Quiero hacerle algunas cositas a esta pequeña preciosidad. Y estoy ansioso por empezar cuanto antes. —Mientras lo decía, rodeó con el otro brazo la garganta de la niña.

Pine acercó el dedo al gatillo de la Glock. ¿Debería arriesgarse a disparar?

—¿Y qué pasa con los policías que están de camino?

—Ordénales que se retiren.

—No tengo jurisdicción sobre ellos.

—Mira, zorra estúpida. Tengo a la niña, lo que significa que yo tengo el mando. Vas a hacer lo que te digo, no lo que tú quieras.

—No va a marcharse de aquí con ella.

—Pues entonces tienes un gran problema, puta.

Pine decidió cambiar de táctica. Miró a la niña.

—¿Conoces a ese hombre?

La pequeña negó despacio con la cabeza.

—¿Cómo te llamas?

—Me lla…

—Cállate —ordenó el tipo, apretando aún más el cañón contra su cabeza—. ¡Y tú cierra también el pico! —le gritó a Pine.

—Quiero que los tres salgamos de esta por nuestro propio pie.

—Querrás decir vosotras dos. Lo que me pase a mí te importa una mierda.

—No quiero disparar, pero si me obliga tendré que hacerlo.

—Si me disparas, ella morirá.

Pine volvió a mirar a la niña e hizo una rápida valoración. Le recordaba a sí misma a esa edad. Alta, flacucha. Pero una vez más le sorprendió la calma que veía en sus ojos. Recorrió de nuevo con la mirada su equipación deportiva, los pantaloncitos manchados de hierba, las rodillas sucias. La chiquilla era peleona. Así que tal vez, solo tal vez, su idea podría funcionar. Era algo arriesgado, pero no tenía opciones que no lo fueran.

—¿Juegas a fútbol?

La niña asintió lentamente.

El hombre la arrastró hacia atrás, en dirección al borde del precipicio. Apenas unos tres metros los separaban de una caída de más de trescientos.

—No se acerque ni un milímetro más al borde —le ordenó Pine, avanzando unos pasos al frente.

El hombre se detuvo. Ella también.

Las sirenas se oían cada vez más cerca. Si Pine no resolvía pronto la situación, podría complicarse mucho cuando llegara la policía.

—Se me está acabando la paciencia —bramó el tipo.

—Ya le he dado una opción. La única que puedo ofrecerle. La cárcel no es ninguna bicoca, pero es mejor que una tumba. Del hoyo no podrá salir en libertad condicional.

El hombre se acercó un poco más al precipicio, arrastrando a la niña consigo.

—¡Deténgase! —gritó Pine mientras trataba de enfocar su objetivo a través de la mira nocturna instalada en su Glock. El alza incorporaba dos elementos de tritio fluorescente, mientras que el punto de mira tenía solo uno, rodeado de pintura blanca no luminosa. Era bastante fiable, pero sabía que no podía disparar. Podría darle a la niña. O el dedo del hombre podría apretar el gatillo al recibir el impacto de la bala.

El tipo sonrió con aire triunfal al percibir el dilema en el semblante de Pine.

—No vas a disparar. Tengo la sartén por el mango, señorita.

Pine volvió a mirar a la niña. «Muy bien, llegó el momento de jugársela a todo o nada».

—Yo también jugaba al fútbol, ¿sabes? La única vez que metí un gol fue de tacón, dando una patada hacia atrás. El balón se coló entre las piernas del portero. Apuesto a que tú eres mucho mejor jugadora de lo que era yo. —Pine sostuvo fijamente la mirada de la niña, comunicándole con los ojos lo que no podía decirle con palabras.

—¡Dejad de hablar de fútbol, joder! —vociferó el tipo—. ¡Por última vez, tira la…!

El pie de la niña salió disparado hacia atrás y hacia arriba, golpeando al hombre acuclillado justo en la entrepierna. Este soltó a la niña, con el rostro retorciéndose de dolor, y la Sig resbaló de su mano.

—Pe-pequeña… zo… —gimió con la cara roja como la grana, y cayó de rodillas jadeando en busca de aire.

Pine se precipitó hacia delante y dio una patada a la pistola para alejarla del hombre. Agarró a la niña por el brazo y la puso a salvo.

Ese debería haber sido el final. Pine tenía su arma y el secuestrador no tenía la suya. Ni tampoco a su rehén. La niña había sido liberada. Todo había acabado.

Pero no fue así. Porque, cuando el hombre se puso finalmente en pie, miró a Pine y le espetó:

—¿Te crees que has acabado conmigo? ¡Yo tengo siete vidas! —Lanzó una mirada asesina a la niña, que se la devolvió con expresión asqueada—. Ya ni me acuerdo de a cuántas como ella me he tirado y después he descuartizado para que las devoraran las alimañas. Y volveré a salir para seguir haciéndolo. ¿Me oyes, puta federal?

Ella se lo quedó mirando un largo instante. En el rostro provocador del hombre vio algo más.

Pine sabía muy bien que no debía picar el anzuelo. Pero también sabía que iba a hacerlo igualmente.

Alzó la vista al cielo, donde la luna llena refulgía en apagados tonos

amarillos y rojizos.

Sabía que era la luna del cazador, también conocida como luna de sangre.

«Más bien la luna del depredador, y ahora mismo yo soy la depredadora».

Enfundó la pistola y dio un paso al frente.

En la mente de Pine, era el gigantesco Daniel James Tor quien le devolvía la mirada. Su némesis, la materia de la que estaban hechas las pesadillas. Iba a hacer que todo eso desapareciera.

El tipo sonrió con gesto triunfal.

—Acabas de cometer un terrible error.

—¿Y eso por qué? —preguntó ella, aunque sabía muy bien cuál sería la respuesta.

—Por si no lo habías notado, señorita, yo soy un hombre. —Y embistió contra ella como un toro furioso.

Un momento después retrocedió tambaleante, aturdido, con la cara sangrando por el devastador impacto de la bota del cuarenta y tres al final de la larga pierna derecha de Pine. El tipo se dobló sobre sí mismo, gimiendo.

—Por si no lo habías notado —replicó ella—, voy a darte una paliza de muerte.

Y le atizó una patada bajo la barbilla que lo obligó a enderezarse. Acto seguido, estampó con fuerza la palma abierta contra el puente de la nariz del hombre, que aulló de dolor y cayó de espaldas como si lo hubieran golpeado con un mazo.

La batalla debería haber terminado ahí, pero Pine se montó a horcajadas sobre él y apretó las musculosas piernas de su fuerte constitución de metro ochenta en torno a los brazos del hombre, inmovilizándoselos fácilmente a los costados. Y a continuación procedió a propinarle un auténtico vendaval de golpes, uno tras otro, con puños, codos, antebrazos y palmas abiertas, utilizando todas las técnicas de artes marciales mixtas y combate cuerpo a cuerpo que había aprendido durante su periodo de adiestramiento.

Fue como si, de repente, se hubieran desatado cerca de treinta años de rabia acumulada. Notaba cómo bajo sus golpes cedían los cartílagos

y los huesos de la cara del hombre, y al mismo tiempo oía cómo el ángel del FBI posado sobre su hombro le gritaba que aquello iba contra todas las normas de la Agencia. Y, aun así, Pine no podía parar.

Al principio el hombre forcejeó para tratar de defenderse, pero pronto cayó en una lánguida inconsciencia, a medida que su rostro se disolvía rápidamente en una pulpa sanguinolenta. Pine podía oler la peste que emanaba de él penetrando por sus fosas nasales y mezclándose con su propio sudor. Resultaba nauseabundo y a la vez excitante.

Por fin, exhausta tras el esfuerzo, Pine se levantó muy despacio, con el semblante pálido y las piernas temblorosas. De pronto se sintió horrorizada por lo que acababa de hacer, mientras el ángel del FBI posado sobre su hombro seguía reafirmándose en sus palabras. Pine soltó todo el aire de sus pulmones, se miró las manos y las mangas ensangrentadas y se las limpió en los pantalones. Luego caminó hacia la niña, que al verla acercarse retrocedió. Pine se detuvo, avergonzada de que la cría le tuviera miedo.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño? ¿Te ha… hecho algo?

Ella negó con la cabeza.

Mientras las sirenas se aproximaban, la niña miró al hombre.

—¿Está…, está muerto?

—No. Solo… inconsciente. —En realidad no estaba segura. Se acuclilló frente a la pequeña—. ¿Cómo te llamas?

—Holly.

—Holly, has sido muy valiente. Y has entendido exactamente lo que quería que hicieras. Has estado increíble.

—Tengo tres hermanos mayores. —Sonrió débilmente—. Cuando me incordian mucho, les pego patadas con todas mis fuerzas.

Pine alargó una mano y apretó el hombro de la niña.

—Me alegro de que estés bien.

—¿De verdad eres una agente del FBI?

—Lo soy.

—No sabía que las chicas pudieran dedicarse a eso. Pensaba que era…, ya sabes, como en la tele.

—Las chicas pueden hacer todo lo que quieran. No dudes nunca de

eso.

Pine se incorporó mientras los coches policiales se detenían haciendo chirriar las ruedas a escasos metros. Miró hacia el hombre ensangrentado que yacía inmóvil en el suelo.

Sacó sus credenciales y se acercó a los policías para explicarles lo que había sucedido, así como la razón por la que había golpeado a aquel tipo hasta casi matarlo.

«Puede que este sea el fin de la agente no tan especial Atlee Pine».

3

Pine entró por la puerta de seguridad de su oficina en Shattered Rock, Arizona, la población más cercana al Gran Cañón. Esta joya topográfica era la única maravilla natural del mundo ubicada en Estados Unidos, y Pine tenía jurisdicción sobre cualquier delito federal cometido en su territorio. Su ayudante, Carol Blum, se hallaba sentada al escritorio de la pequeña antesala que daba a su despacho. Era una mujer ya en la sesentena que había trabajado durante varias décadas para la Agencia en distintas secciones y departamentos. Madre de seis hijos ya adultos, ninguno de los cuales vivía cerca de ella, llegaba siempre pronto a la oficina y se marchaba tarde a casa. Como le había explicado a Pine, el FBI era ahora su vida y no tenía aficiones con las que entretenerse. Era una mujer alta y atractiva, con el pelo impecablemente arreglado, joyas y maquillaje discretos, y ropa de aspecto siempre profesional.

—¿Cómo te ha ido el entrenamiento? —le preguntó.

Pine solía ejercitarse a primera hora de la mañana en un gimnasio situado en el pequeño centro urbano de Shattered Rock. Sus instalaciones eran muy apreciadas por los verdaderos amantes de la halterofilia por su austeridad minimalista. No contaba con aire acondicionado ni con máquinas sofisticadas, ni tampoco se veía licra ni ropas deportivas de marca por ninguna parte. Tan solo barras y enormes discos de acero, y gente gruñendo para levantarlos en el aire con feroz intensidad.

Y mucho, mucho sudor.

—No he ido esta mañana. Anteanoche llegué de Colorado más tarde de lo previsto y ayer decidí dormir todo lo que pudiera para recuperar fuerzas. Pero esta noche apenas he pegado ojo y me he levantado demasiado tarde para ir al gimnasio. Tengo muchas cosas en la

cabeza.

Blum la miró con gesto preocupado.

—¿Qué cosas?

—Entra en el despacho y te pondré al corriente de los «magníficos» detalles. Ah, y puede que pronto tengas un nuevo jefe.

La expresión de Blum no se alteró lo más mínimo. A Pine le encantaba el carácter impasible de la mujer. Estaba claro que en sus años en la Agencia había visto de todo.

—¿Quieres un café?

—Carol, no tienes por qué prepararme café. Estás perpetuando un estereotipo de lo más negativo.

—No hay nada de malo en que te ofrezca una taza de café. Ahora bien, si tú me lo hubieras ordenado, la cosa habría sido muy distinta. A lo largo de estos años he visto a muchos agentes varones que parecían tener bastantes problemas con esa norma.

Se levantó y se acercó al pequeño aparador donde estaba la cafetera Keurig. La encendió y sacó una cápsula de un cajón.

Cuando entró en el despacho con la humeante taza de café, Pine estaba sentada detrás de su escritorio. Blum la dejó sobre la mesa y se acomodó en la silla situada enfrente.

El despacho había sido remodelado recientemente, pero Pine le pidió al contratista que dejara las dos marcas que había en la pared. La primera abolladura se había producido cuando un sospechoso al que estaba interrogando decidió propinarle un puñetazo. El tipo erró el objetivo y su puño acabó estampándose contra el muro. La segunda marca quedó grabada en el yeso cuando Pine arrojó al hombre de cabeza contra la pared. Había sido idea de Blum no repararla. Tal como había sugerido, una imagen valía más que mil palabras.

—¿Y bien? —dijo la mujer, expectante—. ¿Qué ha pasado?

Pine dio un sorbo a su café antes de responder.

—Cuando aún me encontraba en Colorado, recibí una Alerta Amber. Por suerte me crucé con el tipo. Y evité que escapara llevándose a una adorable niñita llamada Holly.

—Pero eso es fantástico, agente Pine. Te felicitarán por ello. —Hizo una pausa—. No veo cuál es el problema.

—Sí, bueno. La cuestión es que me extralimité un poco a la hora de reducir al sospechoso.

—¿Que te extralimitaste? ¿Y eso?

—El tipo está en el hospital con una fractura de cráneo, entre otras lesiones.

—Estoy segura de que hiciste lo que debías.

—El caso es que no debería haberle dado semejante paliza.

—¿Y entonces por qué lo hiciste?

—Se abalanzó sobre mí, intentó atacarme, y yo… me desfogué de mis frustraciones.

—¿Frustraciones?

—Acababa de estar con Tor.

—De modo que… ¿quizá era a él a quien estabas golpeando?

—Podría haber parado. Debería haber parado.

—Pero, como acabas de decir, él te atacó.

Pine negó con la cabeza.

—Después de que la niña estuviera a salvo, decidí tomarme la justicia por mi mano.

—Pero no resultará fácil juzgar tus acciones sobre el terreno en ese momento.

—La Agencia «juzga» continuamente las acciones sobre el terreno, Carol.

—Eso es cierto —admitió ella.

Justo entonces llamaron a la puerta de seguridad exterior. Las dos mujeres se miraron.

—Ya están aquí los lobos —dijo Pine.

Al cabo de unos momentos, Blum hizo pasar a un hombre al despacho.

Era Clint Dobbs, el jefe del FBI en Arizona. Cincuentón, algo más de metro ochenta, anchas espaldas, tripa incipiente y pelo canoso. Estaba tan por encima de Pine en el escalafón jerárquico que esta solo lo veía cuando se producía una catástrofe. Así que supuso que la situación podía considerarse como tal. Sin embargo, le sorprendió que viniera solo. Dobbs solía desplazarse rodeado de todo un séquito de agentes. Se preguntó por qué no sería así en esta ocasión.

El hombre se sentó en la silla situada frente a Pine, quien se había levantado al ver a su superior. Cuando Blum se disponía a salir del despacho, Dobbs alzó una mano.

—Puede quedarse, Carol. Usted también tiene que escuchar esto.

Blum lanzó una mirada a Pine y permaneció de pie junto a la mesa.

Dobbs miró de nuevo a la agente con una expresión indescifrable.

—Siéntese, Pine.

—Supongo que esto tiene que ver con lo ocurrido la otra noche —dijo ella, volviendo a tomar asiento.

—A menos que haya dado otra paliza de muerte a alguien más del que no tenga conocimiento —repuso él con brusquedad.

—No, señor —dijo Pine en voz baja—. Solo ha sido a ese.

Dobbs asintió.

—El tipo al que detuvo es un agresor sexual conocido, Clifford Rogers. Salió de prisión hace seis meses. Le concedieron la libertad condicional tras haber sido condenado por el secuestro y violación de una niña de nueve años. Solo cumplió diecinueve años. El sistema penitenciario estaba totalmente desbordado y el despreciable abogado que se agenció esa escoria recurrió a algún tecnicismo para conseguir que lo soltaran. Rogers también fue sospechoso de asesinar a una niña de ocho años dos semanas después de salir de la trena, pero no se pudo encontrar el cuerpo y tuvieron que dejarlo ir. De hecho, eso mismo había ocurrido treinta años atrás con otras cuatro víctimas. El tipo es un monstruo de la peor calaña, pero el sistema judicial no ha podido demostrarlo, tan solo el cargo de violación. Secuestró a la niña que usted salvó después de un partido de fútbol. Si no hubiera sido por su intervención, ahora estaría muerta. En cambio, está de vuelta en casa con su familia.

—¿Rogers ha recuperado la conciencia?

—Sí.

— ¿Y?

—Ha dicho que le propinó una paliza sin ningún motivo.

—¿Eso ha dicho?

—¿Y cuál es su versión?

—Me limité a hacer mi trabajo. Tal vez con cierto exceso de celo.

—Entiendo.

—¿Y ha dicho algo más?

—No estoy seguro de que me importe mucho lo que pueda decir ese tío —replicó Dobbs, lo cual sorprendió a Pine, porque el hombre siempre se ceñía estrictamente a las normas.

—¿Ha presentado una queja contra mí?

—Desde luego quiere hacerlo.

—Bueno —intervino Blum—, siempre se puede cambiar de opinión.

Dobbs se la quedó mirando fijamente.

—¿Y qué significa eso exactamente, Carol?

—Hace seis años, el agente especial Voorhies, en Tucson.

—Tiene muy buena memoria —observó Dobbs.

—La cuestión es que en aquel caso se llegó a un acuerdo. El agente Voorhies hizo lo que tenía que hacer. Y desde entonces ha ejercido su labor con gran eficiencia.

—¿Qué es lo que hizo? —preguntó Pine.

—Digamos que se pasó un poco de la raya —contestó Dobbs. Se reclinó en la silla y adoptó un gesto pensativo—. A ver qué le parece esto: ¿y si tengo una charla con el señor Rogers y le convenzo de que presentar una queja formal contra usted no sería lo mejor para él?

—No quiero que se coma ningún marrón por lo que hice, señor.

—Y por eso me estoy ofreciendo a hacer solo esto. Es usted una buena agente, Pine, y no quiero que este asunto arruine su carrera.

—¿Cree que Rogers aceptará? —preguntó Blum.

—La última vez que estuvo entre rejas suplicó que lo pusieran en confinamiento solitario. Si entra en prisión con el resto de la población reclusa y se corre la voz de que es un violador y asesino de niñas, no durará ni cinco minutos. Y él sabe que podemos hacer que eso ocurra.

Blum miró a Pine y dijo:

—Bien. Parece un buen plan.

—Pero seguramente habrá una investigación interna —señaló Pine.

—No disparó su arma. El tipo no ha muerto. Rogers no va a presentar ninguna queja. Por lo que cuentan los agentes locales de Colorado, el alcalde quiere entregarle la llave de la ciudad.

—Vale —dijo ella en tono dubitativo.

Dobbs se irguió en el asiento.

—Pero tampoco voy a andarme con rodeos, Pine. Lo que hizo es totalmente inaceptable. Según mis normas, tenía un comodín y acaba de utilizarlo.

—¿Significa eso que no tendré que afrontar medidas disciplinarias?

—Así es. Por esta vez…

Pine bajó la vista.

—Se lo agradezco, señor. Yo… esperaba que la cosa fuera mucho peor.

Dobbs se acarició el mentón.

—No se ha tomado unas vacaciones desde Dios sabe cuándo, ¿verdad?

—¿Vacaciones, señor? Bueno, de hecho estaba fuera de servicio cuando…

—Eso no fueron unas vacaciones de verdad. Usted lo sabe y yo también. Uno no está a punto de morir varias veces durante unas vacaciones.

—Vale, sí, hace ya bastante que no me tomo unos días libres.

—Yo voy a pescar todos los años. Nunca capturo un solo pez, pero disfruto de cada minuto de ese tiempo.

—¿Y cuánto durarían mis vacaciones?

Dobbs se levantó, se abrochó la americana y se dirigió hacia la puerta.

—Todo el tiempo que necesite, Pine. —Se giró para mirarla—. Por cierto, ¿cómo le fue su visita a la cárcel de Florence?

—No muy fructífera, la verdad.

—Bueno, tal vez podría aprovechar sus vacaciones para hacer que lo sean. —Se detuvo y bajó la vista al suelo—. ¿Esa sabandija de Rogers le recordaba a alguien?

—Sí, pero solo en un sentido.

—Me imagino que Daniel Tor está varios niveles por encima.

—Un equipo de la NBA contra uno de instituto.

—Bueno, él está encerrado de por vida y usted no. Aunque, en cierto modo, creo que usted también lo está. En fin, ¿qué me dice?

—Tengo… algunos asuntos que resolver, sin duda.

—Buena respuesta.

—Y yo creo —intervino Blum— que debería acompañarla para ayudarla en esto.

Los otros dos se la quedaron mirando.

—Eso depende de Pine —dijo Dobbs muy despacio.

—Carol, no tienes por qué ha…

—Sí —la interrumpió Blum—, tengo que hacerlo.

—Bueno —dijo Dobbs—, les dejo que lo decidan. —Se despidió de las mujeres con un gesto de la cabeza y se marchó.

Blum miró a Pine. Esta le devolvió la mirada.

—Ha pasado mucho tiempo, Carol. Mucho, mucho tiempo.

—A lo largo de estos años he visto cómo investigabas a conciencia todos y cada uno de los casos y encontrabas siempre una solución. Tal vez vaya siendo hora de que lo intentes con esto.

—Ya me he reunido con Tor en tres ocasiones.

—Pero no hay ninguna garantía de que él tenga algo que ver con la desaparición de tu hermana.

Pine se miró las manos.

—No…, no sé si estoy preparada para esto, Carol.

—Bueno, si no te importa que te lo diga, creo que sí lo estás. Al menos, creo que tienes que estarlo. Como ha dicho Dobbs, ya has quemado tu único comodín. Y tampoco puedes dejar la Agencia de forma involuntaria ni de ninguna otra manera. Naciste para ser agente del FBI.

Pine se levantó de detrás de su mesa.

—Pero este no es tu problema, Carol.

—Soy tu ayudante y voy a echarte una mano en todo lo que pueda. Y no hay más que hablar.

Pine le sonrió.

—Te lo agradezco mucho. —Luego su mirada se perdió en la distancia—. Bueno, pues entonces tendremos que prepararnos para el viaje.

—¿El viaje?

—Un viaje en el tiempo, Carol. Un viaje en el tiempo.

4

—Sé que dijiste que íbamos a viajar en el tiempo —comentó Blum —, pero es como si hubiéramos regresado literalmente al pasado.

Pine iba al volante del SUV de alquiler y Blum viajaba de copiloto. Habían volado hasta Atlanta y después condujeron algo más de dos horas en dirección sur hasta el condado de Sumter, más concretamente hasta Andersonville, Georgia, una pequeña población de unos doscientos cincuenta habitantes. En ese momento circulaban por la desangelada calle principal del pueblo.

—En la década de los setenta, el alcalde y otras fuerzas vivas de la localidad decidieron dar marcha atrás en el tiempo y convertir Andersonville en una atracción turística haciendo que tuviera el mismo aspecto que presentaba durante la Guerra Civil estadounidense. Ahora estamos en Church Street, que es la arteria principal. Por las vías del tren que corren en perpendicular a ella, los prisioneros de guerra eran transportados hasta la prisión de Andersonville. Para muchos de ellos fue su último trayecto.

—¿Queda cerca la prisión?

Pine detuvo el coche y señaló al frente.

—¿Ves todas esas huellas de pisadas pintadas en la calle? Simbolizan a los prisioneros que caminaban los cuatrocientos metros que había hasta la prisión. Probablemente el recorrido a pie más largo que hicieron en su vida.

Blum se estremeció.

—Qué horror —dijo.

—El pueblo destinó una zona de unas tres hectáreas para la construcción de un recinto denominado la Granja de los Pioneros, justo a las afueras. En ella hay una herrería, una cárcel, un ahumadero y un molino de caña de azúcar, entre otras atracciones. Ahí arriba

puedes ver ese cartel que dice: «Bienvenidos a Andersonville, Pueblo de la Guerra Civil».

Blum lo leyó, asintió con la cabeza y añadió:

—Y también un camping de caravanas y un restaurante.

—Cada año visitan Andersonville unas ochenta mil personas, así que supongo que el plan del alcalde ha quedado bien amortizado. Y pronto se celebrará el gran acontecimiento turístico.

—¿En qué consiste?

—Simulaciones de batallas de la Guerra Civil. Recreaciones, las llaman. Habrá un gran desfile y una banda recorriendo esta misma calle. Soldados uniformados de azul y gris. Más bandas tocando, bailes en línea y con zuecos, montones de comida y bebida. Un auténtico jolgorio. Gente vendiendo uniformes, armas, banderas, espadas, colchas y demás parafernalia. Y la entrada cuesta solo cuatro dólares.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Lo pone en ese cartel de ahí.

Las dos intercambiaron una breve sonrisa.

—¿Y todos los turistas vienen aquí por este motivo? —preguntó Blum.

—No, también vienen para ver la tristemente célebre prisión confederada de los tiempos de la guerra.

—¿Para visitar una prisión? Qué cosa más rara, ¿no?

—Bueno, fue la prisión más importante durante la Guerra Civil. En ella murieron unos trece mil prisioneros de la Unión. Hay un Sitio Histórico Nacional y un enorme cementerio militar. Y he leído que también hay una especie de centro de prisioneros de guerra. El comandante de la prisión, Henry Wirz, fue ahorcado por crímenes de guerra. —Señaló hacia un alto obelisco que se alzaba en el centro de la calle—. Ese es el Monumento a Wirz.

—Espera… ¿Construyeron un monumento en honor a un criminal de guerra?

—Fue erigido por las Hijas de la Confederación. Supongo que pensaron que Wirz no había recibido un juicio justo y que fue utilizado como chivo expiatorio. —Hizo una pausa—. Tor sabía lo de que Wirz había sido colgado. Me lo explicó la primera vez que nos

vimos, cuando le dije que era de la zona de Andersonville.

—¿Así que Tor había estado aquí?

—Estuvo actuando por este estado cuando se llevaron a mi hermana. Cometió asesinatos en Macon, Atlanta, Columbus y Albany. Por eso se me ocurrió que podría estar relacionado con la desaparición de Mercy. Pero también podría haber sabido lo de Wirz porque se había documentado sobre mí antes de que fuera a visitarlo por primera vez. Puede que se enterara de eso entonces.

—En el avión me has contado que pensaste que Tor podría haber sido el secuestrador de tu hermana después de una sesión de hipnoterapia.

Pine asintió.

—Pero aquí nos encontramos con el problema de la gallina y el huevo. Evidentemente yo ya sabía de Tor antes de someterme a hipnosis, de modo que tal vez se tratara de una profecía autocumplida, una proyección inconsciente de mi deseo de que lo hubiera hecho él. En realidad, él mismo me lo comentó durante mi última visita a la prisión. Aunque yo ya lo había pensado antes.

—No puedo imaginarme estar en el mismo edificio con alguien así —comentó Blum estremeciéndose—, no digamos ya hablar con él.

—Sin duda tiene la capacidad de desquiciarte, de tergiversar todo lo que dices. Aparenta ser alguien normal, incluso racional, pero es un monstruo.

—Terrorífico…

Pine pensó de nuevo en aquel gigantesco individuo que, de forma tan violenta y cruel, había acabado con la vida de tantos inocentes.

—De hecho, esa palabra no llega ni de lejos a describirlo.

—Entonces ¿eso es todo lo que hay en este pueblo? ¿Trabajan todos para el turismo?

—No, en los años sesenta abrieron una mina y una refinería. Todas las semanas se envían desde aquí toneladas de mena de bauxita en los trenes de carga.

—¿Bauxita?

—Se encuentra en el suelo arcilloso de caolín de la zona. La compañía minera que opera aquí se llama Mulcoa. Antiguamente la

bauxita se utilizaba para producir aluminio. Ahora se emplea para hacer abrasivos y en la fracturación hidráulica del terreno para llegar a los depósitos de gas y petróleo. Y con las prácticas de *fracking* tan extendidas ahora, la extracción de bauxita se ha convertido en un negocio muy rentable. —Mientras avanzaban, señaló la fachada de un edificio—. El Museo del Tamborilero de la Guerra Civil. Ahí se exponen uniformes, banderas, armas y otros artefactos de la época.

—Bueno, me alegra ver que aquella guerra sigue reportando beneficios para algunos. Donde yo crecí no aprendí mucho al respecto.

—Pues aquí en el Sur es una especie de segunda biblia.

—¿Y tú dónde vivías?

—Ahora te lo enseño.

La carretera que conducía a su antiguo hogar estaba tal como Pine la recordaba: en su mayor parte era una pista de tierra llena de baches y curvas, prácticamente aislada.

Blum no dejaba de mirar a su alrededor. Hacía más de un kilómetro y medio que no pasaban junto a ninguna casa.

—¿Y qué demonios hacíais Mercy y tú para divertiros? No veo muchos sitios donde pudierais juntaros con otros niños para jugar.

—Y, además, mi madre no tenía coche. Mi padre se llevaba el que teníamos para ir a trabajar a la mina. Así que íbamos caminando y, cuando aprendimos a montar, en bici. La mayor parte del tiempo jugábamos en el patio de casa. Y los fines de semana nuestra madre nos llevaba a Americus para hacer la compra y otros recados. El autobús escolar nos recogía ahí —añadió, señalando un punto situado delante de un enorme roble envejecido—. Íbamos a primero de primaria cuando Mercy desapareció.

Su voz pareció quebrarse y tosió un poco para aclararse la garganta. Aminoró la marcha del vehículo, se levantó las gafas de sol y se frotó los ojos.

Blum la miró con expresión cautelosa.

—¿Cuánto tiempo hace que no volvías?

Pine se tomó un momento para recomponerse y volvió a bajarse las

gafas.

—Nos mudamos poco después de que se llevaran a Mercy. Desde entonces no he vuelto.

—¿Ni una sola vez?

Pine negó con la cabeza.

—No había nada por lo que volver, Carol.

—Supongo que puedo entenderlo. —Blum posó una mano sobre su hombro en señal de apoyo—. ¿Y me dijiste que tu padre se suicidó?

—El día de mi cumpleaños. Se metió el cañón de una escopeta en la boca y apretó el gatillo.

—¿El día de tu cumpleaños? Qué horror…

—Creo que fue su extraña manera de hacerme saber que pensaba en mí. Verás, mis padres se culpaban por lo que había ocurrido. Luego empezaron a echarse la culpa el uno al otro. Esa fue la razón por la que acabaron divorciándose. Al parecer, ambos estaban borrachos y fumados en la planta de abajo cuando se llevaron a Mercy y a mí me atacaron.

Blum meneó la cabeza.

—Debían de sentirse terriblemente culpables…

Tras girar otra curva, apareció ante ellas una casa de aspecto ruinoso y destartalado con paredes de tablones de madera, que se alzaba al final de un caminito de tierra.

—Parece abandonada —observó Blum.

—No, no lo está. —Pine señaló hacia una vieja camioneta Ford aparcada parcialmente detrás de la casa. Su carrocería parecía tener más herrumbre que otra cosa. Y había un robusto labrador negro con un ancho collar de color tostado durmiendo en el porche.

—¿En serio que alguien vive ahí? Da la impresión de que un poco de viento fuerte podría derribarla.

Pine frunció el ceño.

—¿Es que en Arizona no has visto montones de casas medio derruidas en mitad de la nada? La gente vive donde puede.

—Eso es verdad.

Se detuvieron en el patio de tierra delantero y bajaron del coche. Pine se quedó mirando el único hogar que había conocido durante los

seis primeros años de su vida. Parecía más pequeña de lo que recordaba, pero eso solía pasar siempre, ¿no?

La puerta principal estaba abierta y el porche se veía combado por la podredumbre de la madera y la fuerza de la gravedad. Una de las ventanas estaba resquebrajada y los tablones se habían deformado. La pintura se estaba descascarillando y los desperdicios se desparramaban por todo el patio. Había un viejo barril de petróleo de unos doscientos litros del que asomaban algunos restos humeantes. Estaba claro que era ahí donde quemaban la basura.

El perro se removió, se levantó de forma lenta y vacilante sobre sus patas artríticas y soltó un par de débiles ladridos. Tenía el hocico gris.

—Hey, chico, ¿cómo estás? —dijo Pine con voz tranquilizadora.

Caminó muy despacio hacia el animal, con el puño extendido, y dejó que le olisqueara la mano antes de rascarle entre las orejas y recibir un lametón de bienvenida.

Pine se sentó en el porche, miró a su alrededor y acarició la cabeza del perro mientras Blum se acercaba a ella.

—Me pregunto quién vivirá aquí ahora.

—Yo mismo.

Ambas se giraron para ver a un hombre que acababa de aparecer por un lateral de la casa. Su escopeta de cañones paralelos, una Remington de calibre doce, apuntaba directamente hacia ellas.

5

Pine se levantó del porche.

—¿De verdad vive aquí? —preguntó. Miró fijamente al hombre sin perder la calma, aunque su mano derecha se acercó ligeramente a la pistolera de su Glock.

El hombre era alto y esbelto, y, a pesar del pelo y la barba blancos, parecía esculpido en granito. De su boca colgaba un cigarrillo. Llevaba un sombrero Stetson manchado de sudor, bajo el cual asomaban algunos mechones rebeldes de su blanquísimo cabello. Tenía el rostro curtido por el azote del sol y el viento, surcado por unas arrugas sorprendentemente pronunciadas y profundas. Pine calculó que debía de tener bastante más de sesenta años, un hecho que no encajaba con los músculos nervudos de sus brazos, visibles gracias a la camisa de manga corta que llevaba. Sus tejanos desteñidos se ceñían a sus largas piernas y estrechas caderas. Las maltrechas botas que calzaba parecían no desintegrarse de puro milagro.

—Así es, y eso significa que estáis allanando mi morada.

—Yo viví en esta casa —dijo Pine, mirando por encima de su hombro.

El hombre bajó la escopeta, pero solo un poco.

—¿Cuándo?

—A mediados de los ochenta.

Él la observó fijamente.

—Debías de ser una niña entonces.

—Lo éramos, mi hermana y yo.

—¿Y ella es tu madre? —preguntó mirando a Blum.

—No, es una amiga.

—¿Y qué os trae por aquí? ¿Turismo? Pues no hay mucho que ver. Solo el cementerio y esa antigua prisión confederada.

—He venido para ver el hogar de mi infancia. ¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí?

—Unos tres años. ¿Quiénes sois?

—Atlee Pine. Y ella es Carol Blum.

Esta observó atentamente al hombre.

—¿Y usted cómo se llama?

—Cyrus Tanner. Aunque los amigos me llaman Cy.

—¿Puedo llamarte Cy, aunque no seamos oficialmente amigos? —dijo Blum—. ¿Y podrías apuntar con esa escopeta a otra parte? Porque, aunque mi amiga y yo no nos asustamos fácilmente, con las armas siempre puede ocurrir algún accidente.

—¿Cómo? Ah, perdón, lo siento.

El hombre bajó la escopeta y las miró con aire nervioso.

—Bueno, ¿y qué queréis hacer?

—Tan solo echar un vistazo —dijo Pine—. Por pura nostalgia. ¿Es usted de Andersonville?

—No, vine desde Alabama. Y antes de eso viví en Mississippi.

—Entonces ¿ha comprado la casa?

Tanner soltó una risita.

—Diablos, no. No tengo dinero para comprar una casa, ni siquiera una tan ruinosa como esta. Vivo aquí, eh…, de alquiler. —Señaló al corpulento y envejecido labrador, que había vuelto a tumbarse—. Yo y mi viejo Roscoe. ¿A que sí, chico?

El perro abrió ligeramente el hocico para mostrar sus dientes amarillentos, contento al oír su nombre.

—Roscoe y yo somos colegas desde hace mucho tiempo. El mejor amigo que he tenido nunca. Mucho mejor que las personas, pero de largo.

—¿Le importa si echo un vistazo? —dijo Pine.

—No hay gran cosa que ver.

—¿Trabajas en la mina de bauxita? —preguntó Blum.

Él le lanzó una rápida mirada.

—¿En la mina? No, hago trabajillos aquí y allá. Se me dan bastante bien los motores y todo eso. Puedo arreglar prácticamente cualquier cacharro con el que haya que trastear. Y cobro en metálico. No me

gusta pagar impuestos. Con eso voy tirando para cubrir las facturas, y así puedo tener un techo para Roscoe y para mí. ¿Y vosotras a qué os dedicáis?

Pine sacó sus credenciales.

—Soy agente del FBI. Carol es mi ayudante.

Tanner las miró con nerviosismo.

—¿Federales? Mirad, no quería decir nada de eso sobre los impuestos…

—No soy agente fiscal, señor Tanner, y tampoco me importa su filosofía sobre pagar impuestos. O no pagarlos.

—Bueno, vale —masculló él, no muy convencido—. Pues entonces ¿qué estáis haciendo aquí? Esto no se encuentra precisamente en el recorrido turístico oficial de la Guerra Civil —añadió con una débil sonrisa.

Pine miró a Blum antes de volverse de nuevo hacia el hombre.

—Mi hermana fue secuestrada en esta casa hace casi treinta años. Nunca encontraron a la persona que se la llevó. Y tampoco a mi hermana. Así que he vuelto aquí para intentar descubrir la verdad.

A Tanner casi se le cayó el cigarrillo de la boca.

—Hostia puta, no me estarás tomando el pelo, ¿no?

—Nunca he hablado más en serio en toda mi vida.

Él se giró para mirar hacia la casa.

—No sabía eso cuando me vine a vivir aquí.

—No tenía por qué saberlo.

—¿Y dices que nunca pillaron a aquel cabrón?

—Y tampoco encontraron a mi hermana.

—Entonces… ¿a qué habéis venido, a buscar pistas y todo eso? Porque ha pasado mucho tiempo de aquello.

—No estoy aquí para hacer una investigación forense, si es a eso a lo que se refiere. Estoy aquí para intentar aclarar algunas cuestiones. Y pensé que venir aquí sería un buen punto de partida.

Tanner apoyó la escopeta en el porche.

—Bueno, ¿queréis echar un vistazo a la casa?

—Me gustaría. ¿Está seguro de que quiere dejar el arma ahí? —añadió Pine.

—Diablos, si ni siquiera está cargada. Solo la tengo para dar el pego, para asustar a la gente y todo eso.

—¿Vienen muchos intrusos por aquí?

—Solo chicos que buscan un lugar para beber y enrollarse. No tengo nada contra ninguna de esas cosas, pero no en mi casa.

Las hizo pasar a la sala delantera. El papel de las paredes se caía a jirones, y los únicos muebles que había en la estancia eran un enorme puf de color verde lima, una maltrecha mesa pegada a la pared sobre la que descansaba una voluminosa televisión antigua con antena de cuernos, y una mugrienta alfombra cuadrada profusamente manchada de orina.

—Roscoe tiene algunos problemas de riñones —dijo Tanner en tono avergonzado, mirando las manchas.

—¿Cómo se ve la televisión aquí? —se interesó Blum.

—De pena. Pero de vez en cuando la trasteo un poco y consigo ver algo. Sobre todo deportes. —Sonrió—. Y cuando salen las noticias le quito el volumen. Demasiado deprimente.

Pine se tomó un momento para mirar alrededor de la sala. Le costaba imaginar que alguna vez hubiera vivido ahí. Ahora se le antojaba un lugar totalmente ajeno.

—¿Dónde dormíais tú y tu hermana? —preguntó Blum.

Pine señaló la escalera.

—Arriba.

Tanner se apartó para dejar que subiera los deteriorados escalones de contrachapado sin enmoquetar.

A medida que ascendía por la escalera, Pine se iba acercando cada vez más a aquella horrible noche de 1989. El rellano que daba a su habitación hizo que su mente y su espíritu, ya que no su cuerpo, regresaran a aquella época de su infancia. Durante un momento se quedó mirando la puerta cerrada, como si fuera un portal a otro universo donde podría encontrar la respuesta a todas sus preguntas.

«Mejor no ponerse el listón muy alto».

—Puedes pasar —dijo Tanner—. Ahí dentro no hay nada. Yo duermo en el puf de abajo. Ni siquiera tengo cama.

Pine agarró el pomo como si fuera lo único que la mantenía

aferrada a la tierra, lo giró y abrió la puerta. Al entrar en la habitación, se vio transportada mentalmente a finales de los años ochenta, al momento más fatídico de toda su existencia.

En su mente, vio la cama, la mesita de noche, la lámpara de techo barata, la cómoda sobre la que Mercy y ella colocaban sus muñecas. Y la pequeña alfombra cuadrada con el dibujo de *Mi Pequeño Pony*. El diminuto armario donde colgaban sus escasos vestidos. La pelota azul con la que Pine se divertía lanzándola al aire y dándole patadas, y el pequeño vestido de bailarina que tanto le gustaba a Mercy, la más femenina de las dos. Se lo ponía siempre que podía, hasta que la tela blanca se volvía marrón y su madre tenía que coger el vestido cuando ellas ya se habían acostado y frotarlo a conciencia en el fregadero, porque no tenían otro medio de lavar la ropa.

Y, por último, la ventana de la habitación. A través de la cual Tor, o alguien como él, había entrado y luego había tapado la boca de las niñas con sus manos enguantadas. Después vino la cancioncilla infantil, golpeándolas alternativamente con un dedo en la frente. Así fue como eligió a Mercy para llevársela, y luego su puño machacó la cabeza de Pine y le fracturó el cráneo, dándola por muerta. Por la mañana, su madre entró tambaleante en la habitación, arrastrando una terrible resaca por la mezcla de hierba y cerveza, solo para descubrir que una de sus hijas había desaparecido y la otra estaba prácticamente muerta.

El trayecto en ambulancia hasta el hospital, las caras angustiadas cerniéndose por encima de ella, el frío techo blanco del vehículo —quizá un primer atisbo del cielo—, la camilla recorriendo a toda prisa los pasillos del hospital. El pinchazo de una aguja, la inconsciencia de la anestesia, la intervención y reparación del cráneo —aunque evidentemente ella no se enteró de nada de esto—, todo ello seguido de un largo y aterrador proceso de recuperación. Aterrador, porque ella no entendía realmente qué era lo que había pasado.

Luego la vuelta a casa solo para descubrir que Mercy había desaparecido y que nada podía consolar a sus padres. Incapaces de hablar de su otra hija, incapaces de apartarse del lado de Pine, aunque reticentes a abrazarla siquiera, o a hablarle de lo que había ocurrido.

El grueso manto de culpabilidad cerniéndose pesadamente sobre todos ellos, destrozando lo poco que quedaba de su pequeño núcleo familiar.

—¿Agente Pine?

Pine emergió de esos pensamientos igual que recordaba haberse despertado tras la operación. Al instante alerta y curiosa pero todavía aturdida y confusa, como si hubiera ascendido demasiado deprisa de unas aguas muy profundas y dentro de ella hubiera quedado flotando algo potencialmente letal.

Blum la miraba con gesto preocupado.

—¿Te encuentras bien?

Ella asintió.

—Estaba recordando cosas.

—¿Algo que te pueda ayudar?

Pine cruzó la habitación, abrió la ventana y miró abajo.

—Una escalera. El hombre tuvo que utilizar una escalera para subir hasta aquí.

—¿Encontraron alguna? —preguntó Tanner con curiosidad.

—No. Al menos que yo sepa. Solo tenía seis años. La policía casi no habló conmigo. No desde que se dieron cuenta de que no podía servirles de ayuda.

—¿Sospecharon de alguien? —dijo Blum.

—Mi padre fue el principal sospechoso, quizá el único.

Blum y Tanner intercambiaron una rápida mirada.

—¿Crees que él podría haberles hecho algo así a sus propias hijas? —preguntó Tanner, incapaz de creer semejante atrocidad.

—No. No fue mi padre. Le habría reconocido. ¿Y por qué iba a entrar por la ventana? Aquella noche estuvieron bebiendo y fumando hierba. Estaba tan colocado que ni siquiera podría haber subido aquí, mucho menos trepar por una escalera. Y vi entrar al hombre por la ventana, aunque en aquel entonces no fui capaz de dar una descripción.

—¿Y la policía no te creyó? —dijo Blum—. ¿Siguieron considerando a tu padre como sospechoso?

—Esa fue la razón por la que tuvimos que mudarnos. Todos en el pueblo pensaban que lo había hecho él, aunque no había ninguna

prueba que lo respaldara.

—¿Y dónde está ahora tu padre? —preguntó Tanner.

—Está muerto.

—¿Y tu madre?

Pine no contestó al momento. De algún modo, la misteriosa desaparición de su madre había eclipsado incluso la de Mercy, al menos para ella. Blum la miró con curiosidad, aunque Pine no pareció percatarse.

—Prefiero no hablar de ello —respondió al fin.

Después de rebuscar de nuevo en su memoria, retrocediendo otra vez a aquella noche para intentar confirmar que había sido Daniel Tor quien había entrado por esa ventana, volvió a cerrarla. Había llegado a lo que se esperaba: ninguna conclusión en firme.

Salieron de la casa. Pine se sentó en el porche y acarició la cabeza de Roscoe.

—Le gustas —dijo Tanner en tono de aprobación—. Y a Roscoe se le da bien juzgar a la gente. Cuando le cae mal alguien que traigo por aquí, ese ya no vuelve. Sí, el viejo Roscoe me protege de tomar decisiones estúpidas. Bueno, bastantes menos de las que solía tomar.

—Tiempo atrás habría necesitado un buen Roscoe en mi vida —comentó Blum.

Ella y Tanner intercambiaron una mirada de complicidad.

Pine se levantó.

—Gracias por dejarnos echar un vistazo, Cy.

—¿Vais a estar mucho tiempo por el pueblo?

—Todo el que haga falta.

—Bueno, pues entonces ya nos iremos viendo. Roscoe y yo solemos ir casi todas las noches a cenar a un pequeño restaurante de la calle principal. Lo llaman La Trena, supongo que por la prisión. Buena comida y cerveza barata.

—Puede que nos veamos por allí —dijo Blum.

A modo de despedida, Tanner se quitó el sombrero, dejando al descubierto su espeso cabello ondulado, y esbozó una amplia sonrisa.

Las dos mujeres se montaron en el SUV de alquiler y se marcharon.

—Siempre me había preguntado qué fue del Hombre Marlboro —

dijo Pine—. Ahora ya lo sé.

—Es muy sexy —comentó Blum—. La viva estampa del tipo rudo y atractivo. Apuesto a que tiene una tableta con dos buenos cuadrados. A su edad es como los seis abdominales de los veinteañeros.

—Si quiere estar realmente sano, debería dejar de fumar.

—Eso añade más encanto a la mística del chico malo.

—Contrólate, Carol.

—Yo siempre me controlo, agente Pine. Es lo que tiene ser una madre de seis. Si consigues mantener la cordura después de eso, ya no hay nada que te pueda descontrolar.

—Solo quería asegurarme.

—Así que no quieres hablar de tu madre…

Pine empezó a decir algo y luego se calló. Pareció recalibrar sus pensamientos y por fin dijo:

—Sé lo que le ocurrió a mi padre. Pero no sé lo que ha pasado con mi madre.

—¿Quieres decir que no sabes si está…, eh…, muerta?

—Por lo que sé, mi madre sigue viva.

—Pero no sabes dónde está.

—No.

—¿Has tratado de encontrarla?

—Muchas veces. Sin ningún resultado.

—Pero tú eres agente del FBI. ¿Cómo es posible?

—Buena pregunta, Carol. Buena pregunta.

6

Habían reservado habitaciones en una pensión situada justo a las afueras del pequeño centro de Andersonville. Se llamaba Cottage y era una casa grande y antigua, reformada para albergar huéspedes.

Pine solía viajar por la vida con poco equipaje; era más bien una mujer de una sola maleta. Pero para este viaje había traído una segunda, más pequeña. La dejó sobre la cama, la abrió y miró el variopinto surtido de objetos cuidadosamente guardados en su interior.

Representaban, junto con la foto de ella y de su hermana, el conjunto total de las posesiones que conservaba de sus padres. Había una pajarita negra de su padre. Un llavero que tenía grabados el nombre y el logotipo de la compañía minera de bauxita. Una docena de posavasos que ella y Mercy utilizaban como piezas improvisadas para jugar a las damas. Un lazo para el pelo de color lavanda que había pertenecido a su madre. Un anillo y unos pendientes de bisutería, pero aun así muy preciados para ella. Un librito de poemas. Una navaja de bolsillo con las iniciales de su padre. Un cómic de *Wonder Woman*. Una taza de té resquebrajada.

Y… del interior de la maleta cogió una pequeña muñeca con la cara medio hundida y le apartó un mechón de falso pelo de su protuberante ojo derecho. Era Skeeter, llamada así por el muñeco de *Los Muppets*.

Mercy tenía una igual a juego, pero la suya se llamaba Sally. Pine había querido que su hermana le pusiera de nombre Scooter, porque en *Los Muppets* Skeeter y Scooter eran gemelos. Pero Mercy se había negado porque Scooter era «un chico», así que llamó Sally a su muñeca. Pine sonrió al recordarlo.

Tiempo atrás había estado a punto de tirar todos aquellos objetos a

la basura. Pero algo la detuvo, no sabría decir por qué. Lentamente, volvió a guardarlo todo en la maleta y cerró la cremallera.

Se reunió con Blum en el salón de la pensión para ir a cenar al lugar que Tanner les había recomendado, el restaurante La Trena.

Salieron del Cottage y caminaron por la calle principal, que resultaba pintoresca aunque quizá demasiado bulliciosa. Hacía una noche agradable y fresca, y había muchísima gente deambulando de aquí para allá. Pine observó que la mayoría eran turistas, porque blandían sus cámaras o, más a menudo, sus móviles para sacar fotos de todo aquello que despertaba su interés: escaparates de tiendas, elementos arquitectónicos, esculturas o rótulos.

El de La Trena era bastante alegre, pese a que en él se veía la silueta de un hombre entre rejas. El restaurante tenía un toldo a rayas muy colorido y en el ventanal, grabado con letras de diseño anticuado, se prometía: BUENOS PRODUCTOS A BUEN PRECIO; NO HACE FALTA ESTAR PRESO.

Entraron y fueron conducidas hasta una mesa por una joven con el pelo rubio recogido en una coleta, vestida con una blusa negra hasta las caderas, unos tejanos oscuros y unas bailarinas planas. Les entregó los menús. La carta era abundante en carnes rojas y tubérculos. Pine pidió una cerveza de barril y Blum, un gin-tonic.

—Bonito lugar —comentó esta, mirando a su alrededor el local abarrotado—. Parece que todo el pueblo ha venido a cenar aquí esta noche.

—Imagino que también debe de haber turistas.

Pidieron la comida a una camarera de voz rasposa, con el pelo gris algo estropajoso y aspecto fatigado.

Mientras daban sorbos a sus bebidas, Blum preguntó:

—¿Recuerdas mucho del pueblo?

—No mucho. Este restaurante no estaba entonces. Y tampoco veníamos a Andersonville muy a menudo. Pero no ha cambiado demasiado, al menos por lo poco que recuerdo. Creo que todo este negocio turístico de la Guerra Civil no estaba tan desarrollado, al menos no como lo está ahora.

—Bueno, estos pequeños pueblos tienen que hacer lo que puedan

para intentar sobrevivir.

—Es la gente de estos lugares la que intenta sobrevivir —la corrigió Pine.

Más tarde, cuando estaban acabando de cenar, Cy Tanner entró en el local y echó un vistazo alrededor. Lo acompañaba una mujer mayor. Cuando las vio, se dirigió a toda prisa hacia su mesa, seguido con paso más lento por la anciana.

Blum lo recibió con una sonrisa.

—Hola, Cy. ¿Dónde está Roscoe?

Él le devolvió la sonrisa y se quitó el sombrero.

—Hey, Carol. El viejo Roscoe está en la puerta mordisqueando un hueso de goma y haciendo de portero improvisado. —Se giró hacia la mujer que iba con él—. Os presento a Agnes Ridley. —Luego miró a Pine con expresión entusiasta—. Se acuerda de tu familia, agente Pine.

Esta dirigió una mirada curiosa a la anciana. No le faltaría mucho para cumplir los ochenta. Tenía el pelo blanco muy fino, a través del cual podía vislumbrarse el cuero cabelludo rosado. Era menuda y rolliza, con una cara agradable. Llevaba una camisa de franela, vaqueros de abuelita y unas deportivas ortopédicas, blancas y robustas. Sus ojos azules relucían con motas de gris por detrás de unas gafas de gruesa montura de carey.

—Por favor, siéntese, señora Ridley —le ofreció.

—No quiero interrumpir tu cena, querida —dijo la anciana en tono de disculpa.

—No es ninguna molestia. Por favor. Ya casi hemos acabado.

Ambos tomaron asiento mientras Pine continuaba observándola.

Ridley la miraba con una cara de absoluto asombro, como si no pudiera dar crédito a sus ojos. Finalmente dijo:

—Imagino que no te acuerdas de mí. Te vi crecer desde que no levantabas ni un palmo del suelo. Y eso que tú y tu hermana erais muy altas para vuestra edad.

—Estoy tratando de acordarme, pero…

—Bueno, en aquel entonces no me llamabas «señora Ridley». Me llamabas «Missy Aggie».

Una expresión de reconocimiento se dibujó en el semblante de Pine.

—De eso sí me acuerdo.

—Oh, vaya, qué encantador por tu parte —respondió Ridley, visiblemente complacida—. Vivíamos a unos pocos kilómetros, pero todavía dentro del condado de Sumter. Conocí a tu madre en la iglesia. Yo no tenía hijos y estaba siempre en casa, así que a menudo iba a cuidaros a ti y a tu hermana.

Pine abrió mucho los ojos.

—¿A mí y a Mercy?

—Sí, querida. Atlee es un nombre que conozco bien. Tenía una tía que se llamaba así. Y, por supuesto, te llamábamos «Lee». Pero nunca había conocido a nadie con el nombre de Mercy.

—Mis padres me llamaron «Lee» hasta que fui a la universidad.

El rostro de la anciana se frunció al sonreír.

—Menudo par de piezas estabais hechas. Erais inseparables. Y nunca conseguía distinguiros la una de la otra.

Blum miró a Pine.

—¿Así que erais gemelas idénticas? No lo sabía. Nunca lo has mencionado —añadió, un tanto decepcionada.

—Yo… nunca me he sentido cómoda hablando de ello. —Pine hizo una pausa y su expresión se suavizó—. Mi hermana tenía una peca aquí —prosiguió, señalándose un punto junto a la nariz—, y yo no. Mercy decía que Dios le había dado un beso ahí por salir la primera, y que ese beso se convirtió en la peca.

—Oh, vaya, eso es realmente precioso —comentó Blum.

Pine se giró hacia Ridley.

—Entonces ¿se acuerda de mis padres?

La sonrisa desapareció del rostro de la anciana.

—Conocí mucho a tu madre y me caía muy bien, Lee. —Se corrigió —. Quiero decir, Atlee.

—«Lee» está bien, señora Ridley.

—Yo era mayor que ella, claro. Pero éramos buenas amigas, tu madre y yo. Julia hacía algunos trabajos para llegar a fin de mes, y también tenía que salir de vez en cuando a hacer recados y demás, así que necesitaba a alguien que cuidara de vosotras. A tu padre no lo conocí tan bien, pero estaba claro que adoraba a sus niñitas.

—¿Y cómo iba mi madre a esos lugares? Que yo sepa, no tenía coche.

—Ah, le dejaba mi vieja camioneta Dodge, con la que yo iba a vuestra casa. Ella no podía pagar demasiado y yo rara vez le pedía dinero. Mi marido tenía un buen empleo y no necesitábamos ningún extra. —Hizo una pausa y su rostro se frunció aún más, como una flor que volviera a convertirse en capullo—. Me bastaba con poder pasar tiempo con vosotras.

—Ojalá hubiera vivido cerca de mí —comentó Blum—. Yo he tenido seis hijos y hubo un momento en que todos eran menores de doce años. Muchos días me sentía como si me hubiera arrollado un tren de carga.

—¿Y se acuerda de lo que nos pasó? —preguntó Pine mirando a Ridley.

La anciana asintió muy despacio.

—Sí, me acuerdo. Aquello fue un auténtico mazazo para todo el pueblo. Nunca había ocurrido nada parecido aquí. Y, gracias a Dios, nunca ha vuelto a suceder.

—¿Qué puede contarme sobre aquello? Yo era todavía muy pequeña y tengo muchas lagunas de memoria. Además, en aquella época los adultos no me explicaron nada.

—Bueno, supongo que les preocupaba mucho cómo podría afectarte todo aquello. Verás, yo iba al hospital para ayudar a tu madre. Y, mientras estuviste allí, apenas se apartó de tu lado.

—Recuerdo que lo primero que vi cuando me desperté fue a ella.

—Estaba totalmente destrozada. Haber perdido a una hija y casi perder a la otra… No sé si eres consciente de lo cerca que estuviste de morir, Lee.

—No, imagino que no. ¿Y qué puede contarme de la desaparición de Mercy?

—Bueno, supongo que sabes que la policía estaba tan desconcertada como el resto de nosotros.

—Sí, el sheriff Dalton del condado de Macon… —dijo Pine—. Como es normal, no me acuerdo de su nombre. Pero pienso ir a verle.

—Bueno, él ya ha muerto, pero uno de sus ayudantes que trabajó en

el caso es ahora el sheriff de Macon.

—¿Cómo se llama?

—Dave Bartles. Fue uno de los primeros agentes en llegar a la casa después de que tu madre llamara a Emergencias. Lo sé porque Julia también me llamó a mí y fui a toda prisa a la casa. Ahora Bartles ya está a punto de jubilarse.

—Pero, como acaba de decir, estamos en el condado de Sumter —comentó Blum—. ¿Qué tenía que ver la policía de Macon? ¿Por qué no intervino la de aquí?

Pine miró a Blum.

—Andersonville no cuenta con policía local. Las fuerzas del orden vienen desde la oficina del sheriff del condado de Sumter. Pero nosotros vivíamos justo en el límite del condado de Macon, así que la investigación corrió a cargo de su departamento.

Ridley asintió.

—Y llamaron a la policía estatal para hacerse cargo del caso. Y también al FBI.

—Porque fue un secuestro —añadió Pine.

—Sí, imagino que fue por eso. Bueno, Cy me ha dicho que trabajas para el FBI. Y… supongo que lo de convertirte en agente federal tiene mucho que ver con lo que le ocurrió a tu hermana.

—Así es, sí —respondió Pine. «Quizá más de lo que me pensaba».

Ridley respiró hondo y la miró con expresión angustiada.

—Bueno, resumiendo, resulta que la policía pensó que lo había hecho tu padre.

—Y yo les dije que no había sido él —repuso Pine con firmeza.

—Sé que tu padre no tuvo nada que ver con lo ocurrido —aseguró la anciana—. Además, nunca pudieron demostrar nada contra Tim. Y luego os marchasteis del pueblo.

—No creo que tuviéramos otra opción. A mi padre lo despidieron de la mina. No podíamos sobrevivir aquí.

—El caso, Lee, es que tú y tu familia os fuisteis en mitad de la noche.

—Me acuerdo de que una noche nos marchamos a toda prisa, pero ¿quiere decir que no se lo contaron a nadie?

—A nadie. Desaparecisteis de la noche a la mañana. Aquello fue solo unos meses después de que salieras del hospital. Un día fui a ver cómo estabais y me encontré la casa vacía. Tampoco es que tuvierais muchas cosas, pero no quedó nada. Apenas los listones de algún mueble. Tus padres debieron de contratar un camión de mudanza o algo así. No podía dar crédito a mis ojos. No dejaron una nota ni nada. No le dijeron nada a nadie. Desde entonces no he vuelto a saber de ellos.

Pine se tomó un momento para asimilar sus palabras.

—No sé por qué se marcharían de esa manera.

—Cy me ha contado que tu padre murió. Lo siento mucho. Como he dicho, no conocía demasiado a Tim, pero me caía bien. ¿Y cómo está Julia?

—No…, no estoy segura —contestó Pine.

Ridley se quedó muy desconcertada.

—¿No has tenido contacto con ella últimamente?

—Desde hace mucho tiempo —respondió Pine con vaguedad.

—Ah —dijo Ridley con expresión compungida—. Vaya, lamento mucho oír eso.

—¿Tus padres no te explicaron nada cuando os marchasteis de aquí? —preguntó Blum—. ¿Te dijeron al menos adónde os mudabais?

—Me acuerdo de la nueva casa, y luego, cuando fui a la escuela, me enteré de que estaba en Carolina del Sur. A unos ochenta kilómetros de Columbia.

—Dios bendito… —exclamó Ridley.

—Yo tenía solo seis años. Supongo que mis padres pensaron que no me importaría adónde nos trasladáramos —dijo Pine, un poco a la defensiva—. Y después nos mudamos varias veces más.

—¿Hasta que se divorciaron? —preguntó Blum.

—Sí —respondió ella con sequedad, como para dejar claro que no le apetecía compartir su historia personal con dos desconocidos, ni siquiera con su ayudante.

Todos guardaron silencio mientras Pine notaba cómo le ardía la cara y bajaba la vista a la mesa.

—Imagino que has vuelto para intentar averiguar lo que pasó —dijo

Ridley al fin.

—Debería haberlo hecho hace mucho tiempo.

La anciana se la quedó observando un momento.

—Lee, ¿has oído eso de que a veces es mejor dejar descansar el pasado? —dijo con voz queda, mirando nerviosamente a Tanner.

—Sí, pero en este caso no es aplicable.

—¿Por qué?

—Porque mi hermana podría estar viva.

—¿De…, de verdad lo crees? —dijo Ridley en tono dubitativo—. ¿Después de tanto tiempo?

—Las probabilidades están claramente en contra. Pero llevo toda mi vida combatiéndolas.

Ridley volvió a observarla detenidamente.

—Creo que puedo entenderlo. Imagino que quieres saber la verdad. Sea cual sea.

—Sí.

—¿Y si resulta que la verdad es que fue tu padre quien lo hizo?

—Entonces tendré que aceptarlo. Pero para eso aún queda mucho.

—¿Y cómo tienes pensado trincar a ese cabrón? —preguntó Tanner.

—Hay una serie de protocolos estándar para investigar casos cerrados. Por lo general se empieza revisando los expedientes antiguos y, a partir de ahí, se buscan pistas o incoherencias que nadie haya detectado previamente.

—¿Así que vas a hablar con ese tipo, Dave Bartles? —dijo Tanner.

—Sí.

Pine miró a Ridley, quien comentó:

—Hay mucha gente que ya sabe que has vuelto al pueblo.

—¿Por el hecho de que nos hayamos registrado en el Cottage? —preguntó Blum.

—Gladys Graham es la propietaria de la pensión y le gusta mucho el cotilleo. —Ridley sonrió como sabiendo muy bien de lo que hablaba —. Aunque ya no se llama Gladys. Creo que no se sentía muy a gusto con ese nombre. —Se echó a reír—. Fijaos en mí. ¿Cuántos padres llaman Agnes a sus hijas hoy en día?

—¿Y cómo se llama ahora? —preguntó Pine.

—Lauren.

—¿Es su segundo nombre?

—No. Creo que se lo puso porque pensó que tenía más clase. Ya sabéis, como ese famoso diseñador con el pelo blanco.

—¿Se refiere a Ralph Lauren? —dijo Blum.

—Ese mismo. Hasta se lo ha cambiado legalmente y todo. En fin, que aquí no necesitamos redes sociales ni nada de eso. Gladys es como Facebook y Twitter todo en uno. —Entonces Ridley posó su menuda y rolliza mano sobre el brazo de Pine—. Cielo, ¿de verdad quieres remover el pasado?

Pine la miró con una feroz determinación.

—Creo que no tengo elección, si realmente quiero tener un futuro.

7

Pine y Bloom estaban cruzando el salón principal del Cottage cuando oyeron una voz a su espalda.

—Supongo que no te acordarás de mí.

Ambas se giraron para ver a la mujer que caminaba hacia ellas.

Tendría cuarenta y tantos años, delgada y guapa, con el cabello pelirrojo muy corto y paso enérgico y decidido. Vestía unos pantalones verde oscuro que contrastaban de manera marcada pero elegante con el color de su pelo, así como un fino cinturón de cuero negro, una blusa blanca de cuello abierto y unos zapatos negros de tacón.

—Soy Lauren Graham —se presentó la mujer, con la mano extendida hacia Pine—. Iba al instituto cuando tú y tu familia vivíais aquí. Siento no haber estado en la recepción cuando os registrasteis.

Pine negó con la cabeza.

—Me temo que no me acuerdo de ti.

—No me extraña. Eras muy pequeña.

Las dos mujeres se quedaron mirando incómodamente a través del escaso espacio que las separaba.

—Imagino que para ti debe de resultar algo surrealista estar de vuelta por aquí —dijo Graham al final con tono vacilante.

—Bueno, no parece haber cambiado mucho.

—En algunos aspectos sigue igual. Pero en otros creo que ha cambiado mucho.

Pine procesó sus palabras y asintió con la cabeza.

—Supongo que todos los lugares cambian, tanto si quieren como si no. —Luego carraspeó y prosiguió en un tono más profesional—. ¿Ibas por nuestra casa cuando vivíamos allí?

—Solía ayudar a tu madre con la limpieza y haciendo algo de

compra. Aunque a ti y a tu hermana no os veía demasiado. Era algo esporádico, no todas las semanas, pero agradecía tener algo de trabajo para mis gastos.

—Acabo de ver a Agnes Ridley mientras cenábamos.

—Ah, sí, es verdad. Ella cuidaba de ti y de Mercy.

A Pine le resultaba extraño oír hablar de su hermana como si estuviera viviendo su vida en algún lugar como el resto de la gente.

—Me sorprendió enterarme de que ibas a volver. Cuando tu familia se marchó, pensé que nunca regresarías. No después de aquella espantosa noche.

—Tengo entendido que nos marchamos en plena noche —comentó Pine en tono expectante.

Graham se la quedó mirando un momento antes de responder.

—Recuerdo que aquello fue la comidilla del pueblo durante varios días. Fue como si nunca hubierais vivido aquí. Y después nadie supo nada más de vosotros.

—Agnes Ridley nos ha contado lo mismo. Supongo que debió de ser muy chocante para todo el mundo.

—Verás, no culpo a tus padres. Con todas las cosas que decía la gente… Fue algo repugnante. Yo también me habría marchado. Tener que escuchar todas esas barbaridades, sobre todo después de haber sufrido semejante pérdida.

—¿Decían esas cosas porque pensaban que mi padre había tenido algo que ver con lo ocurrido?

—O bien era por eso, o porque pensaban que estaba más interesado por la cerveza y la hierba que por sus propias hijas. Pero no era así como yo lo veía.

—¿Y cómo lo veías?

—Para mí ellos solo cometieron un error y alguien se aprovechó de ello. No puedes estar vigilando a tus hijos las veinticuatro horas del día. Os querían muchísimo a ti y a tu hermana. Tu madre habría muerto antes de dejar que algo malo les pasara a sus pequeñas.

Pine pareció sorprendida por esas palabras.

—Yo, eh…, nunca llegué a hablar del tema con ella. Supongo que mi madre no quería… revivir todo aquello.

—Eso puedo entenderlo. Pero también entiendo que tú seguramente tendrías un millón de preguntas y buscabas respuesta para ellas.

Ahora Pine miró a Graham bajo una luz distinta, quizá más favorable.

—Así era. Pero nunca obtuve esas respuestas.

Graham bajó la vista a la placa prendida en su cinturón.

—De modo que ahora eres agente del FBI. Realmente impresionante.

—¿Puedes saberlo tan solo mirando la placa?

—Te busqué en Google cuando hiciste la reserva. Reconocí el apellido.

—Es un trabajo que me encanta hacer.

—¿Y dónde vives ahora?

—En Arizona.

—Nunca he estado allí —dijo Graham con expresión melancólica—. Dicen que es precioso.

—Lo es —intervino Blum cuando resultó evidente que Pine no iba a responder—. Es muy diferente de esto. Pero esta parte del país también tiene su encanto.

Pine la miró y dijo en tono de disculpa:

—Perdón, ¿dónde están mis modales? Esta es Carol Blum, mi ayudante.

—Encantada, Carol. —Graham sonrió—. La verdad es que no he viajado mucho. Fui a la Universidad Estatal del Sudoeste de Georgia. Trabajé una temporada en Atlanta en el sector hotelero y luego regresé aquí.

—¿Estás casada?

—Lo estuve, pero me divorcié hace tiempo. —Echó un vistazo a su alrededor—. Compré esta casa y empecé mi pequeño negocio. Acojo sobre todo a turistas que vienen a visitar la prisión, y con eso pago las facturas y voy tirando. Antes era más ambiciosa, pero ahora me conformo con poco. Aunque me gustaría poder viajar un poco más. Y quién sabe, tal vez vuelva a casarme.

—Este lugar es encantador —dijo Blum.

—Gracias. Crecí aquí.

—¿Cómo? ¿Esta es la casa de tu familia?

—Mía y de mis cuatro hermanos. Mis padres murieron hace años. Mis hermanos y mi hermana no la querían, y entonces todo pareció encajar. Yo había ahorrado algo de dinero, así que les compré su parte y me lancé de cabeza. —Graham se giró hacia Pine—. Nunca descubrieron qué le pasó a tu hermana, ¿verdad?

—No.

—Y has vuelto para intentar que eso cambie.

—¿Qué recuerdas de lo que pasó?

Graham miró a Blum.

—¿Os apetece un café? Acabo de prepararlo. Hace un poco de frío fuera. Podemos hablar en la sala del porche lateral, donde servimos el desayuno incluido en el precio.

Pine y Blum se dirigieron adonde ella les indicó y, mientras esperaban, se dedicaron a echar un vistazo a la estancia.

Tras recorrer la sala, se detuvieron ante una vitrina acristalada dispuesta contra una de las paredes, tan alta que alcanzaba hasta el techo. Contenía una colección de muñecas, algunas bastante grandes, casi a tamaño natural, y otras más pequeñas. Todas estaban vestidas con ropas antiguas.

Blum se acercó para examinarlas mejor.

—Son muy bonitas. Estilo vintage. La más grande no es realmente una muñeca, parece más bien un maniquí. Apuesto a que ha costado bastante dinero reunir todo esto.

—Veo que habéis reparado en mi pequeña colección.

Se giraron y vieron a Graham en el umbral, portando una bandeja con cafés y un platito de pastas. Se sentaron a una de las mesas y la anfitriona fue pasándoles las tazas.

Luego miró hacia la vitrina.

—Fue mi madre la que empezó a coleccionarlas. De pequeña eran mis amigas imaginarias. Les puse nombres e inventé historias para cada una, y…, bueno, se convirtieron en seres muy reales para mí. —Bajó la vista, al parecer un tanto avergonzada.

—Los críos tienen una imaginación muy viva —dijo Blum en tono diplomático, mientras Pine observaba con extrañeza a la mujer.

—Ya, bueno, yo nunca tuve amigos imaginarios —comentó, y, tras

mirar a Blum, volvió a centrarse en Graham. La mujer parecía nerviosa pero también entusiasmada, pensó Pine. Supuso que en su vida no habría muchas emociones y que rememorar aquel misterio le debía de dar un poco de aliciente—. Cuéntame lo que pasó aquel día —la instó.

—Yo estaba en la escuela —empezó Graham—, y en el pueblo no se hablaba de otra cosa. Las sirenas policiales, la ambulancia llevándote a ti al hospital… Y entonces vinieron los de la agencia estatal de Georgia para encargarse del caso. Y también el FBI —agregó, mirando de nuevo la placa de Pine—. Esa noche fui a vuestra casa para ver si podía ayudar en algo. Tu padre estaba allí, tu madre seguía contigo en el gran hospital de Americus. —Entonces volvió a mostrarse un tanto avergonzada—. Había un montón de curiosos por allí, lo cual no me pareció bien. Pero yo solo había ido para intentar ayudar —se apresuró a añadir.

Hizo una pausa y tomó un sorbo de café mientras lanzaba miradas a las dos mujeres, como tratando de calibrar su reacción.

—¿Viste a mi padre? —preguntó Pine con voz muy tensa, lo cual hizo que Blum se girara a mirarla.

Pine no estaba segura de cómo se estaba sintiendo en esos momentos. No se había preparado para las posibles repercusiones emocionales de ese viaje, cuando la preparación siempre había sido algo fundamental en todo lo que había hecho en la vida.

«Entonces ¿por qué no me he molestado en hacerlo esta vez?».

—Tu padre… —dijo Graham en voz queda—. Bueno, Tim había estado bebiendo ese día. Pero ¿quién podía culparlo? Después de todo lo que había pasado…

— ¿Y…?

—Se peleó con uno de aquellos hombres. Por suerte, alguien los separó.

—¿Y por qué no estaba la policía allí? —preguntó Pine—. Era la escena de un crimen. Tendrían que haber asegurado la zona. Ni siquiera mi padre debería haber estado allí.

Graham la miró desde debajo de sus párpados caídos.

—Quieres decir… ¿porque era sospechoso?

—Sí. De hecho, era el único sospechoso.

—En eso tienes razón. Por lo que yo sé, no hubo ningún otro. —Se calló y miró a Pine con cierta incomodidad.

—Le dije a la policía que no había sido mi padre.

—Solo eras una niña, Lee.

—Ahora soy Atlee.

—De acuerdo, Atlee. Y además te habían herido gravemente. Creo que cuando por fin pudiste hablar con la policía había pasado por lo menos una semana. Aquella persona te golpeó tan fuerte que te fracturó el cráneo —añadió, con los ojos llenos de lágrimas.

—Supongo que por eso no me creyeron cuando les dije que no lo había hecho mi padre.

De repente, Pine sintió como si algo estuviera engullendo todo su ser, como si se estuviera hundiendo en una horrible masa lodosa que ella misma había creado.

Blum la miró con gesto preocupado y decidió proseguir ella con el interrogatorio.

—¿Qué más recuerdas, Lauren?

—Cuando quedó claro que la policía local y la estatal no podían resolver el caso, llamaron al FBI.

—Eso significa que no tenían ninguna prueba contra el padre de la agente Pine, aun cuando era su único sospechoso.

—Actualmente hay delincuencia en esta zona —dijo Graham—, y en aquella época también la había. Pero nunca ha habido secuestros ni asesinatos. Normalmente solo hay peleas entre borrachos o drogados, o bien algunos robos. Julia Pine declaró que su marido se había quedado dormido en el suelo del salón, borracho como una cuba, y que Tim aún seguía en el sitio cuando ella se despertó en el sofá sobre las seis y subió a ver cómo estabais tú y tu hermana. Y por la gran cantidad de botellas de cerveza vacías y de restos de porros que se encontraron, resultaba bastante plausible.

—No hubo ninguna prueba forense que relacionara a mi padre con lo ocurrido.

—Bueno, supongo que sus huellas y su ADN estarían por toda la casa, ya que vivía allí —comentó Blum—. Y eso no ayudaría a

excluirlo como sospechoso.

—Además, yo vi a un hombre entrando por la ventana —dijo Pine —. Y llevaba guantes. No habría dejado ningún rastro.

Graham casi se atragantó con el sorbo de café que estaba tomando.

—¿Que viste a un hombre?

—Sí, por eso sabía que no había sido mi padre. ¿Por qué iba a entrar él por la ventana?

—¿Y se lo contaste a la policía?

Pine dudó un poco.

—Creo que sí lo hice. Pero solo era una niña con el cráneo destrozado. Dudo mucho que les importara algo de lo que yo dijera.

—¿Has ido a ver tu antigua casa?

—Sí. Ahora vive allí un hombre llamado Cy Tanner. Dice que está de alquiler.

—Un tipo muy atractivo e interesante —añadió Blum.

—Sí lo es —convino Graham, sonriendo—. Cy Tanner dice muchas cosas, lo cual no significa que todas sean ciertas.

—¿Quieres decir que no está de alquiler?

—No creo ni que sepa quién es el propietario actual de la casa, por lo que dudo mucho que esté enviando algún cheque.

—Entonces ¿está ocupando la casa?

—Y no es el único. Desde el año 2000 el pueblo ha perdido un tercio de su población, y tampoco es que antes tuviera mucha. Ahora bien, al resto del condado de Sumter le ha ido mejor. Los sueldos son más altos, hay más empleo y las propiedades se han revalorizado. Y también hay más gente joven. Pero hay muchos lugares abandonados, y tu antigua casa es uno de ellos.

—Entiendo.

—¿Y crees que podrás resolver el caso después de todos estos años?

—Muchos casos cerrados acaban resolviéndose —señaló Blum.

—Pero la gran mayoría no —repuso Graham.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Pine.

—Estoy trabajando en una novela de misterio. Como he dicho, esta pensión me da para ir tirando pero no mucho más. Espero romper con esa inercia y poder ganarme la vida como autora de novela negra

histórica.

—¿Así que eres más ambiciosa de lo que dejas entrever? —observó Blum.

Graham bajó la vista a su regazo.

—Supongo que sí.

—Déjame adivinar… —dijo Pine—. La trama tiene lugar en los tiempos de la Guerra Civil.

—Buena deducción. La novela histórica de calidad requiere de mucha ambientación. Y la guerra secesionista rezuma por todos los poros de este pueblo, para bien o para mal. En mi caso, espero que para bien. La cuestión es que he estado investigando muchos casos criminales de la época. Y la mayoría permanecen sin resolver.

Pine se levantó.

—Bueno, pues el mío se va a resolver. Al menos, no será porque yo no lo intente. Y ahora, si me disculpáis… Ha sido un día muy largo.

Y salió de la estancia, dejando allí a las otras dos.

Graham miró a Blum.

—¿Crees de verdad que podrá hacerlo?

—Si ella no puede, no sé quién podrá.

8

—Por lo que veo, ya somos todos mayorcitos.

Al día siguiente, Pine y Blum estaban sentadas enfrente de Dave Bartles, en la oficina del sheriff del condado de Macon en Oglethorpe, Georgia.

Bartles tenía cincuenta y tantos años, pelo grisáceo, constitución fornida y atlética, facciones marcadas, y el aspecto de un hombre que ya ha visto su parte de depravación como agente de las fuerzas del orden.

—Todos mayorcitos —dijo Pine, y apretó los labios con firmeza.

—Tengo entendido que eres agente del FBI.

—Así es.

—Imagino que sé por qué estás aquí.

—Supongo que es fácil de deducir.

—En aquella época no pudimos resolver el caso. Tampoco la policía estatal de Georgia. Ni siquiera tu propia agencia.

—Teníais un sospechoso.

—Tu padre.

—¿Sigues creyendo que lo hizo él?

—No teníamos nada para acusarlo. Y tampoco descubrimos cuál podría ser su móvil. Eran los dos muy jóvenes, pero, según toda la gente con la que hablamos, eran buenos padres. —Hizo una pausa—. Cuando no estaban borrachos o colocados.

—¿Así que eso es lo que piensas? ¿Que estaba bajo los efectos del alcohol y las drogas y que por eso lo hizo?

—Lo pensé. Al principio. Pero entonces ¿qué hizo con el cuerpo? Solo tenían ese viejo cacharro de coche y nadie lo había visto conduciéndolo. Buscamos por toda la propiedad y por los bosques de alrededor. No había ni rastro de tumbas recién cavadas. No apareció

ningún cuerpo flotando en el agua. Ni tampoco en ninguna parte. Resulta muy difícil esconder un cuerpo estando sobrio, no digamos ya estando borracho.

—Daniel James Tor estuvo actuando en la zona más o menos por aquella época.

Bartles la miró con gesto pensativo.

—Mató a una niña en Macon, como a una hora de aquí. Y el FBI acabó pillando a ese cabrón. ¿Crees que fue él quien se llevó a tu hermana?

—Investigaron su presencia en la zona, pero el secuestro de mi hermana no encajaba con su patrón geométrico de actividad.

Bartles frunció el ceño.

—¿Geométrico? ¿Qué significa eso?

—Tor era un genio de las matemáticas y escogía a sus víctimas según su ubicación en relación con determinadas figuras geométricas. Así fue como consiguieron atraparlo. Predijeron el área donde volvería a actuar y desplegaron efectivos que pudieron reaccionar rápidamente.

—¿Y la ubicación de tu casa no encajaba con ese patrón «matemático»? —preguntó él con cierto escepticismo.

—No. Entre los años 1988 y 1989, en el transcurso de dieciocho meses, Tor fue sospechoso de haber secuestrado y asesinado a cuatro personas, en Albany, Columbus, Atlanta, y la niña que has mencionado de la ciudad de Macon. Al conectar los puntos formaban aproximadamente una forma geométrica. Yo la llamé un diamante, pero él me corrigió y me dijo que era un rombo.

—¿Que él te corrigió? —exclamó Bartles.

—He ido a ver a Tor tres veces a la cárcel de Florence.

—Ni siquiera sabía que ese monstruo siguiera vivo. Deberían haber ejecutado a ese malnacido.

—Está cumpliendo tantas cadenas perpetuas que nunca volverá a ver la luz del día.

—Un momento… Si fuiste a verlo es porque pensabas que él lo había hecho, aunque no encajara con su patrón.

—Sospechaba que podría haber estado implicado porque se

encontraba en la zona en aquella época.

—Me acuerdo de que, cuando saliste del hospital, nos contaste que habías visto a un hombre entrando por la ventana de tu cuarto. ¿Crees que era Tor?

Blum observaba atentamente a Pine.

—No hace mucho me sometí a hipnoterapia para sacar a la luz recuerdos reprimidos.

— ¿Y funcionó?

—No lo sé. El hombre al que vi podría haber sido Tor. Pero como ya lo sabía todo de él de antemano, y también que había estado por la zona…

—Eso podría haber influido en tu memoria, quizá erróneamente — concluyó Bartles.

—Exacto.

—Bueno, ¿y qué te dijo Tor?

—Tor nunca admitirá que lo hizo. Y, aunque lo hiciera, no ofrecería ninguna prueba que lo corroborara. No tiene ningún incentivo para hacerlo. Así que ese es un callejón sin salida.

El sheriff extendió los brazos hacia fuera.

—Lo cual explica por qué estás aquí.

—¿Puedo consultar el expediente?

—Claro. Aunque no sé qué esperas encontrar en él después de tres décadas.

—Yo tampoco. Pero lo que sé es que tengo que intentarlo.

Bartles asintió lentamente.

—Haré que busquen el expediente y te entreguen una copia. Solo para que estés avisada, te diré que no encontrarás mucho material en él. Y no es que se haya perdido nada. Es que no teníamos gran cosa para empezar.

—Me sorprende que no lo hayan destruido después de tanto tiempo.

—Normalmente lo habríamos hecho. Pero el caso nunca se resolvió, agente Pine. Así que lo conservamos. Nunca se sabe, ¿verdad?

—Verdad.

Mientras las acompañaba fuera de su oficina, Bartles dijo:

—Nunca me imaginé que llegarías a convertirte en agente del FBI.

—La vida te sorprende a veces.

—He oído que trabajas en Arizona.

—¿Te has enterado a través de la red de información de Lauren Graham?

Bartles se echó a reír.

—Somos amigos. Es una mujer muy agradable. ¿Y qué, te gusta aquello?

—Sí, en algunos aspectos es muy distinto a esto, pero en otros se parece mucho.

—La gente es la misma en todas partes —comentó Blum—. No importa dónde estén.

—Si averiguas algo, mantenme informado —dijo Bartles—. No tenemos muchos casos sin resolver por aquí. Y este me gustaría cerrarlo, si es posible.

—De acuerdo.

Cuando las dos mujeres se dirigían ya hacia el vestíbulo, Bartles preguntó de pronto:

—¿Y cómo es ese tal Tor?

Pine se giró hacia él.

—Piensa en tu peor pesadilla y multiplícala por cien.

—¿Tan evidente es? ¿Puedes saberlo tan solo estando cerca de él?

—No, no puedes. Eso es lo que lo convierte en una pesadilla. No te das cuenta de que es un monstruo hasta que ya es demasiado tarde.

9

—Bartles no estaba de broma cuando dijo que no había gran cosa —observó Blum.

Estaban en el Cottage, en la habitación de Pine, y habían extendido sobre la cama el contenido del expediente: documentos, notas, informes y fotos relacionadas con el caso. El conjunto, se mirara por donde se mirara, resultaba bastante pobre.

Blum cogió una foto y se la tendió a Pine.

—¿Sois tú y tu hermana?

Ella la cogió y asintió.

—En nuestro quinto cumpleaños. Llevo la misma foto en la cartera. Es la única que tengo de nosotras. Mis padres no tenían cámara. Mi madre le pidió prestada una Polaroid a una amiga y nos hizo tres fotos, una para cada una de nosotras y otra para ella. Debió de entregarle la suya a la policía para ayudar en la búsqueda de Mercy.

—Tú y tu hermana erais idénticas, como imágenes reflejadas en un espejo.

Pine contempló a las dos niñitas que parecían mirarla desde un pasado muy remoto. Sus ojos brillantes, sus sonrisas.

—Éramos inseparables. Mercy y Lee Pine. Dos personas distintas pero en realidad solo una. Sin embargo, aquello fue hace ya mucho tiempo —añadió en tono nostálgico—. Cada día pienso en cómo habría sido tenerla conmigo todos estos años. Siempre fuimos las mejores amigas. Me…, me gustaría creer que habríamos seguido siéndolo.

Pine trató de imaginarse cómo sería Mercy ahora. ¿Continuarían siendo idénticas en apariencia, o el paso del tiempo habría marcado diferencias en ellas? Tan solo esperaba que no estuviera muerta. Pero ¿era realista pensar siquiera en esa posibilidad?

—Si nada de aquello hubiera pasado, seguramente ahora no estarías en el FBI —señaló Blum.

—Renunciaría a todo ahora mismo por que ella siguiera viva.

—En tu caso, yo también lo haría. —Blum cogió un informe hospitalario que tenía adjunta una radiografía—. Tus heridas fueron realmente graves, agente Pine. Estuviste a punto de morir.

Ella asintió con gesto abstraído.

—Recuerdo abrir los ojos en el hospital y ver la cara de mi madre cerniéndose sobre mí. Al principio pensé que había muerto y que ella era un ángel. —Miró a su ayudante con expresión avergonzada—. Pensamientos tontos de una cría pequeña.

—Seguro que ver a tu madre te resultó muy reconfortante —dijo Blum con firmeza.

Pine se quedó mirando los papeles esparcidos sobre la cama.

—Ni siquiera el FBI pudo encontrar gran cosa. Ni rastros, ni pistas, ni siquiera un móvil. Nada. Un auténtico callejón sin salida.

—¿Nadie oyó ni vio nada?

—Ya viste lo aislado que está aquello. Y en aquel entonces era igual, si no más.

—¿Y qué hizo la policía?

—¿Aparte de pensar que fue mi padre quien lo había hecho? No mucho.

Blum miró su reloj.

—Ya es hora de cenar.

—Bien.

—¿Mismo lugar?

—Bueno. ¿Por qué, es que esperas volver a ver a Cy Tanner?

—No hagas que me ruborice, agente Pine.

—¿Sabes? No tengo mucha hambre. ¿Por qué no vas sin mí?

—¿Estás segura? Puedo esperarme.

—No, creo que será mejor que pase un rato a solas.

—Soy consciente de que tienes mucho con lo que lidiar.

—Llevo lidiando con esto mucho tiempo. Pero si continúas haciendo la misma cosa una y otra vez, ¿cómo esperas obtener un resultado distinto? Por eso estoy aquí.

—Llámame si me necesitas.

—Lo haré.

Después de que Blum se marchara, Pine recogió muy despacio los papeles del expediente y los guardó de nuevo en la caja que le había entregado la oficina del sheriff.

Salió de la habitación y se encaminó hacia la calle principal de Andersonville.

El aire nocturno había retenido parte del frío otoñal y Pine se alegró de llevar puesta la chaqueta mientras caminaba por las tranquilas calles del pueblo. Todavía conservaba algunos recuerdos del lugar. Era muy pequeña cuando se marchó y aquella parte de su vida había estado dominada por la desaparición de Mercy.

Los edificios, aunque más viejos y no muy bien conservados, no parecían haber cambiado mucho. La torre de agua seguía alzándose sobre sus postes metálicos, con el nombre del pueblo estampado en ella. Pasó junto a comercios de aspecto rústico, con tejados a dos aguas y fachadas con grandes salientes en voladizo, y junto a tiendas de segunda mano con sus mercancías expuestas; a través del escaparate débilmente iluminado de un local que vendía «antigüedades», atisbó cajas apiladas de viejas botellas de refresco vacías. El lugar le recordaba un poco a la película *Matar un ruiseñor*: un pintoresco y decadente pueblecito sureño, con un futuro incierto pero aun así tirando adelante como podía, confiando en que tiempos mejores aguardaban a la vuelta de la esquina.

Luego estaban las ubicuas vías de ferrocarril que recorrían el lugar y que eran la única razón de que allí hubiera un pueblo. Pero lo que realmente presidía el entorno era el Museo Nacional de Prisioneros de Guerra, el enclave de la prisión y el inmenso cementerio contiguo. Había carteles por todas partes animando a los turistas a visitar esos lugares y a gastarse en ellos sus dólares. Pine supuso que el pueblo tenía que hacer todo lo que pudiera con la mano que le había tocado en suerte. Una célebre prisión de los tiempos de la guerra debía explotarse como fuera para obtener los ingresos que se necesitaban. Y, cuando menos, podía ofrecer una importante lección de historia sobre la crueldad con que los seres humanos podían tratar a sus semejantes.

Fue sorteando los charcos de las últimas lluvias que habían dejado al descubierto la dura y poco permeable arcilla roja de Georgia. Aquí y allá crecían altos y esbeltos pinos de Virginia con sus raíces poco profundas, unos árboles que las tormentas y sus vientos podían quebrar fácilmente o incluso arrancar de la tierra.

Se sentó en un banco mojado y dejó que su vista se perdiera en la oscuridad.

Tiempo atrás, su madre le confesó que había sufrido tanto durante el parto que, cuando todo terminó, decidió llamar Mercy a la primera hija nacida, pues había sido una muestra de «piedad» poder acabar a medias con su suplicio.

Después de que su hija mayor desapareciera aquella fatídica noche, Julia Pine no volvió a pronunciar su nombre en voz alta durante muchísimo tiempo. De hecho, no le había contado a Pine el origen de su nombre hasta que esta se marchó a estudiar fuera.

Y entonces, cuando Pine volvió un verano a casa de la universidad, descubrió que su madre ya no estaba y que solo había dejado una breve nota que en realidad no explicaba nada. Rememoró el momento en que entró en el apartamento donde vivía con su madre y encontró solo aquel trozo de papel, obligándola de nuevo a buscarle sentido a otra pérdida dolorosa. Pine golpeó con el puño en el brazo del banco y tuvo que reprimir las ganas de gritar.

«¿Por qué me abandonaste así, mamá? ¿Dejándome sin nada? Primero Mercy, luego papá, y después tú».

En su primera visita a la cárcel, Tor le había dicho que perder a Mercy había abierto un agujero en su interior que jamás podría llenar. Que nunca podría volver a confiar en nadie ni sentirse cerca de nadie. Que moriría sola y sufriendo el mismo dolor desgarrador por la pérdida de su hermana que el día que ocurrió.

«Y quizá tenga razón. Pero todavía puedo averiguar lo que le pasó a Mercy. Tal vez eso ayude a cerrar el agujero. Aunque sea un poco».

Pero ¿y la desaparición de su madre? ¿Cómo podría llenar ese vacío? A diferencia de Mercy, ella había desaparecido de forma voluntaria. Pine recordaba haberse sentado en el suelo, totalmente anonadada, sosteniendo aquel trozo de papel en la mano. Y, después,

deambular como en una bruma durante varios días, hasta que por fin logró recomponerse un poco e intentó seguir adelante con su vida lo mejor que pudo.

Pine llamó a la policía pero ya no era una niña, así que no podía considerarse un caso de abandono. Y desde entonces había estado buscando a su madre. Cuando ingresó en el FBI continuó con la búsqueda, pero no encontró ni el menor rastro de ella. Era como si se la hubiera tragado la tierra, como si nunca hubiera existido.

«Y, si no consigo esclarecer esa parte de mi vida, no podré continuar ejerciendo mi trabajo como federal. Y Dobbs tendrá que cumplir su palabra. Otro incidente como el de esa escoria de Cliff Rogers y estaré fuera de la Agencia. Y entonces ¿qué voy a hacer?».

Presa de la angustia, Pine se levantó y echó a andar de nuevo. Hasta que oyó los gritos.

Automáticamente, desenfundó su arma y salió corriendo hacia el lugar de donde procedían.

Sus largas piernas la llevaron rápidamente hasta una sección desierta y mal iluminada de la calle principal. Pine vio primero a la anciana. Se le había caído el bolso y todo su contenido se había desparramado por la calle en penumbra.

—¿Qué ocurre? —gritó Pine, agarrando a la mujer por el brazo.

La anciana señaló con mano temblorosa hacia un espacio a oscuras entre dos edificios.

Pine apenas pudo vislumbrar lo que yacía allí.

«No puede ser —pensó—. Por favor, no puede ser».

10

Era una mujer cercana a la treintena, de tez pálida, cuerpo esbelto y bien torneado, larga melena color castaño claro y unas facciones marcadamente angulosas.

Por desgracia, todos esos detalles seguían describiéndola en su muerte.

Dos ayudantes del sheriff del condado de Sumter estaban de pie junto a Pine mirando el cadáver. Se encontraban detrás de una pantalla que los agentes habían erigido para proteger el cuerpo. Uno de ellos era alto y delgado, de unos veintitantos años, y a juzgar por la expresión angustiada de su cara aquel era su primer homicidio. Su compañero, corpulento y cuarentón, no presentaba mucho mejor aspecto.

—¿Formáis también parte de la investigación? —les preguntó Pine.

El mayor de los dos negó con la cabeza.

—Solo estamos asegurando la escena del crimen. La División de Investigación se encargará de los procedimientos y demás. Y seguramente llamarán también al GBI —añadió, refiriéndose a la policía estatal de Georgia.

Pine ya les había mostrado su placa y sus credenciales. La anciana que había descubierto el cuerpo estaba sentada en un banco, temblando y sollozando aún a causa del macabro hallazgo. Pine había intentado calmarla, con escaso éxito.

Algunos curiosos se habían acercado al lugar de los hechos, pero los dos agentes se habían apresurado a acordonar la zona y luego levantaron la pantalla protectora.

—¿Qué es eso que lleva puesto? —dijo el más joven.

Pine también se había fijado en cuanto vio el cuerpo.

—Es un velo. Parece un velo de novia.

—¿Un velo de novia? ¿Y qué diablos significa eso? —preguntó el otro.

«Nada bueno», pensó Pine.

Cuando salían de detrás de la pantalla, un viejo y traqueteante Crown Vic frenó en la calle y un hombre rayando en la sesentena bajó del sedán. Mediría algo más de metro ochenta, de constitución recia, con el pelo ralo y grisáceo y mejillas carnosas. El traje le iba ancho, llevaba la camisa arrugada y la corbata torcida, pero su mirada era firme y decidida y se movía con aire resuelto y confiado. Se acercó a ellos y se identificó como Max Wallis, de la policía estatal de Georgia.

Saludó a los agentes con la cabeza.

—Ahora iré a ver el cuerpo. —Luego miró a Pine—. ¿Encontró usted a la víctima?

Ella señaló a la anciana del banco.

—Yo fui la segunda en llegar a la escena.

—De todos modos quiero hablar con usted —dijo Wallis.

—Es del FBI, señor —le informó el agente de más edad.

El detective se quedó como si le hubieran abofeteado.

—¿Cómo dice?

Pine sacó su placa y sus credenciales.

—Estoy en el pueblo de visita. Antes vivía aquí. Oí gritos y vine corriendo.

Wallis examinó la tarjeta identificativa durante unos momentos, sus cejas subiendo y bajando a intervalos.

—Muy bien, pero no se vaya muy lejos.

Luego se dirigió adonde estaba la anciana y se sentó a su lado. Pine observó cómo hablaba con ella. Le entregó un pañuelo de papel cuando la mujer empezó a sollozar, y la cogió de la mano y le dio algunas palmaditas en el hombro para reconfortarla.

Era una buena técnica, pensó Pine. Su objetivo era tranquilizar a la mujer y hacer que se sintiera a gusto. Esperaba que eso le permitiera obtener un relato más claro de lo ocurrido.

Wallis se levantó por fin, se acercó a los ayudantes del sheriff y ordenó que uno de ellos acompañara a la anciana a su casa. Estos ya habían recogido todos los objetos que se le habían caído del bolso.

El agente más joven se marchó con la mujer mientras su compañero montaba guardia en la escena del crimen.

—¿Ha sido de alguna ayuda? —preguntó Pine.

Wallis ojeó las notas que había tomado.

—No mucho. Cuando descubrió el cadáver entró en pánico y se le cayó el bolso. Pero no ha visto ni oído nada. Tampoco conoce a la víctima.

—En un pueblo tan pequeño se conoce prácticamente todo el mundo. Es muy probable que no sea de aquí.

—Los técnicos forenses llegarán en cualquier momento. Puede que lleve encima algún documento identificativo.

—Lo dudo.

—¿Por qué lo dices?

—No lleva bolso ni cartera. El cuerpo ha sido colocado en una posición estudiada, muy bien calculada. No creo que el asesino haya dejado ninguna identificación. En el caso de que lo haya hecho, será porque quiere que conozcamos la identidad de la víctima. —Pine miró su reloj—. Han pasado cuarenta minutos desde que llegué a la escena del crimen. La anciana debió de llegar un par de minutos antes.

—De modo que quien la ha dejado ahí ya debe de andar muy lejos.

—Cuando llegué estaba todo muy oscuro. Esta es la parte más alejada de la calle principal. Y justo ahí detrás hay algunos árboles.

—¿No crees que la haya traído hasta aquí cargándola en brazos?

—Es más probable que la haya traído en coche. Todas las tiendas de por aquí están cerradas, a diferencia de lo que ocurre en el otro extremo de la calle, que también está mucho mejor iluminado.

—Lo cual demuestra que está familiarizado con el lugar —apuntó Wallis.

—Será interesante determinar la hora de la muerte.

—¿Por qué?

—No creo que la hayan matado aquí. Cuando llegué, examiné la zona de alrededor, escuché atentamente y todo eso. Y nada. Creo que la mujer fue asesinada en otro lugar y que quien lo hizo colocó aquí el cuerpo para que fuera encontrado.

—Parece que has hecho esto antes.

—Pues sí.

—¿Y dices que estás aquí de visita?

—Más o menos.

El hombre se quedó pensativo un momento.

—Oye, ¿quieres trabajar conmigo en este caso?

—¿Puedo?

—El GBI cuenta con gente muy buena y experimentada, pero esto es la Georgia rural y no disponemos de muchos recursos. Y no soy tan orgulloso como para no pedir la ayuda de una experta cuando se presenta en un momento tan oportuno.

Pine miró hacia la pantalla de protección.

—De acuerdo. Pero antes hay algo que tienes que saber.

—¿De qué se trata?

—Lo vas a ver enseguida, aunque ya te anuncio que el asesino le ha puesto un velo de novia a la víctima.

—¿Un velo de novia?

—Sí.

—¿Cómo sabes que no se lo puso ella misma?

—No llega a los treinta años, viste unos tejanos caros, un jersey de cachemira, una chaqueta de ante y unos botines de piel de cocodrilo. No creo que la víctima fuera por ahí con ese modelito y que además llevara un velo que, por otra parte, parece antiguo, mucho más que ella.

Wallis se rascó la mejilla rasposa.

—Entonces ¿el velo tiene algún significado para el asesino? ¿Como algo simbólico?

—La escena ha sido planificada minuciosamente, así que todo tiene un significado. Es casi como un pequeño ritual escenificado por el asesino. Todo apunta a eso.

—Entiendo. ¿Y cuáles son tus observaciones preliminares?

—Solo estoy segura de una cosa.

—¿De qué?

—De que esta no será la última vez que actúe.

11

Pine y Wallis observaron el cuerpo.

El equipo forense y un miembro de la División de Investigación de la oficina del sheriff del condado de Sumter habían llegado juntos en una furgoneta negra. Poco después se presentó un hombre bajito y delgado vestido con un traje oscuro. Era el forense, que debía certificar oficialmente una muerte que resultaba más que evidente.

Cuando estos se disponían a iniciar sus labores, llegó Blum. Pine le había enviado un mensaje para informarla de lo ocurrido.

Después de que cruzara el perímetro de seguridad, Pine se la presentó a Wallis.

—Siento haber interrumpido vuestra visita —dijo el detective, mirando a la recién llegada—. Me he aprovechado de que tu jefa está aquí para echarle el lazo y que me ayude con esto.

—No creo que hayas tenido que insistirle mucho —replicó Blum, antes de bajar la vista al cadáver—. Un velo de novia —dijo. Y miró a Pine, que asintió con la cabeza.

—Sí.

—¿Simbólico?

—Eso creo.

Blum lo examinó más de cerca.

—Es antiguo. De la generación de mi madre. Se nota por el diseño y el estilo, de la época de la Segunda Guerra Mundial.

Wallis le dirigió una mirada apreciativa.

—Tienes buen ojo.

—Bueno, procuro mantener los dos siempre bien abiertos.

Pine se acuclilló y recorrió con la mirada el cuerpo de la mujer. Tenía los ojos abiertos y protuberantes. Había marcas y moratones alrededor del cuello.

—Muerte por compresión de la tráquea —dijo, y Wallis asintió—. Asfixia.

El forense se había agachado al otro lado de la víctima para proceder al reconocimiento, que consistió en examinar los ojos de la fallecida, iluminar con una pequeña linterna el fondo de la garganta y palpar la zona alrededor del cuello.

—Coincido —dijo—. El hueso hioides está fracturado.

—Hemorragia petequial —añadió Wallis, señalando los ojos de la mujer.

—El estrangulamiento ejerció presión sobre los vasos sanguíneos que irrigan los ojos y acabaron reventando. —El forense examinó los ojos más de cerca usando su linternita—. Las pupilas están contraídas, el fluido ocular se ha secado y los iris se han alterado. No es una muerte reciente.

Pine tocó una de las extremidades.

—Parece estar en pleno *rigor mortis*. No sabría decir desde cuándo.

—Déjeme ver si puedo concretarlo un poco. —El forense hizo una pequeña incisión en el abdomen, introdujo una sonda para comprobar la temperatura del hígado y revisó la lectura—. Teniendo en cuenta los factores de temperatura ambiente y humedad del aire, así como el tamaño y edad de la fallecida y sus ropas, diría que lleva muerta más de doce horas. Eso encajaría con el grado de *rigor mortis* y el estado de sus ojos. Podrán establecerlo con más precisión cuando levanten el cadáver y le practiquen la autopsia.

—¿Alguna identificación? —preguntó Wallis a uno de los técnicos.

—No hemos encontrado ninguna.

—Lleva un anillo de compromiso y una alianza —observó Blum, señalando su mano izquierda—. Un anillo bastante caro, a juzgar por la piedra y el engaste. Si es auténtico, claro.

—Fijaos en la disposición del cuerpo —dijo Pine.

—Sí —asintió Wallis—. Ha sido colocada cuidadosamente, con las manos sobre el vientre como si estuviera en un…

—… ataúd —concluyó Blum por él.

Wallis la miró con gesto perplejo.

—Exacto.

Cuando el forense se apartó para tomar algunas notas, Pine examinó los dedos de la víctima.

—No veo nada bajo las uñas. No hay restos de sangre, tejido ni pelos. —Luego le subió las mangas de la chaqueta y el jersey—. Tampoco hay marcas aquí.

—Así que no hay lesiones defensivas ni evidencias de que forcejeara con su agresor —apuntó Wallis.

—Cuando llegué a la escena —prosiguió Pine—, haría apenas media hora que había oscurecido. —Miró el espacio entre los edificios y la línea de árboles de más allá.

—El cuerpo podría llevar aquí horas —observó Wallis.

—Dudo que llevara mucho tiempo antes de que la anciana lo viera. Si hubieran pasado horas, habría más infestación de insectos.

—Así que tenemos un espacio temporal bastante reducido con el que trabajar.

—Si encontráramos algunos sospechosos, podríamos contrastar sus coartadas. No solo para el momento del asesinato, sino también para el de depositar el cadáver.

—Todos los años vienen miles de visitantes para hacer el recorrido de la prisión y demás atracciones de la Guerra Civil —dijo Wallis—. Hasta mi mujer y yo lo hemos hecho. Uno de mis antepasados murió aquí.

—¿Unionista o confederado? —preguntó Pine.

—Unionista. Yo soy de Nueva York. Cuando me alisté en el ejército, recibí adiestramiento en Fort Benning. Y me gustó mucho más el clima de aquí. Tras salir de la academia, me quedé y entré en la policía.

—Bueno, no tengo muy claro que el asesino sea un forastero.

Wallis asintió con gesto abstraído.

—En resumen: estrangulamiento, disposición minuciosa del cuerpo, posiblemente un local o alguien familiarizado con el entorno y la actividad cotidiana del pueblo.

—¿Cuándo tuvisteis por aquí el último homicidio que se saliera de lo normal? —preguntó Pine.

Wallis cerró su bloc de notas y lo guardó. Sin decir palabra, salió de detrás de la pantalla y cruzó el cordón policial. Pine y Blum lo

siguieron. El hombre sacó un paquete de tabaco del bolsillo de su chaqueta y encendió un cigarrillo.

—No quería contaminar la escena del crimen —explicó, dando una calada al cigarrillo—. Tuvimos un caso de secuestro hará unos treinta años. No de asesinato, al menos oficialmente. —Miró fijamente a Pine.

Ella le sostuvo la mirada, comprendiendo a qué se refería.

—Me pareció notar que reconocías mi apellido cuando me presenté, y que examinaste mis credenciales durante más tiempo del normal.

—Acababa de entrar en el GBI después de dejar el ejército. No estuve implicado directamente en la investigación de lo que le ocurrió a tu hermana, pero sí me mantuve informado al respecto porque el caso quedó sin resolver. Y también por algo más.

—¿Porque Daniel James Tor estaba actuando por la zona en esa misma época? —dijo Pine.

Wallis asintió, soltando dos chorros de humo paralelos por la nariz.

—Entre otras cosas. —Bajó la vista a su cigarrillo—. He intentado dejarlo como unas cien veces. Quizá debería probar eso del vapeo antes de que me dé un ictus o me muera de un ataque al corazón.

—Los vapeadores también tienen nicotina —señaló Blum—. Según mi experiencia, eso hace que cueste aún más dejarlo. Y ya es suficientemente duro de por sí —añadió en tono comprensivo.

—¿Quieres decir que no ha habido otros asesinatos en todo este tiempo? —preguntó Pine.

—Sí los ha habido. Pero has dicho homicidios fuera de lo normal. Lo que solemos tener por aquí son casos de tíos disparando, golpeando o acuchillando a otros por asuntos de drogas o de deudas, o por alguna mujer. Pero, que yo sepa, no hemos tenido ningún caso de víctimas colocadas en una determinada posición y llevando velos de novia antiguos ni nada por el estilo. En aquellas muertes, el asesino fue mucho más directo. No como en este caso. —Tiró el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el tacón del zapato—. Así que no tenemos rastros, ni huellas, ni testigos, aparte de ti y esa anciana.

—¿Y cómo irá la cosa a partir de ahora? —preguntó Pine.

—El forense enviará su informe a la oficina del médico forense. Pedirán una autopsia y con toda seguridad se llevará a cabo, dadas las

circunstancias de la muerte.

—¿Y dónde la harán?

—Hay un laboratorio regional de patología en Macon. El cuerpo será enviado allí.

—Infórmame de cuando vayan a practicar la autopsia. Me gustaría estar presente.

Wallis se la quedó mirando pensativamente, antes de girarse para echar un vistazo a los técnicos forenses que examinaban la zona.

—Parece que no han encontrado gran cosa.

—Creo que este asesino ha sido muy minucioso y que sabía exactamente qué debía hacer y qué debía evitar.

—¿A qué te refieres?

—A que no es su primera vez.

—Entonces… ¿de verdad estás aquí solo de visita? —preguntó Wallis, mirándola fijamente una vez más.

—Ya hablaremos de eso más tarde.

Él asintió, fue a echar mano a otro cigarrillo y entonces miró a Blum.

—¿Crees que lo mejor es pasar el mono?

Ella sonrió con expresión alentadora.

—Se puede conseguir. Y hablo por experiencia. Los primeros días son los más duros. Mascar mucho chicle y mantenerse ocupado.

Wallis asintió y se encaminó de vuelta hacia la pantalla de protección.

Blum miró a Pine.

—Este es un giro inesperado de los acontecimientos.

—Empiezo a pensar que en mi vida lo inesperado es la norma. ¿Cómo ha ido la cena?

—No tan emocionante como esto.

—¿Había mucha gente en el restaurante?

—Estaba bastante lleno, sí. ¿Por qué?

Pine no respondió.

Más tarde, observaron cómo el cuerpo de la mujer era introducido en una bolsa negra con cremallera y trasladado en camilla hasta un vehículo que esperaba en la calle.

—Un anillo de compromiso y una alianza —dijo Pine.

—Sí.

—¿Y dónde está el marido? Porque nueve de cada diez veces es el asesino.

—Me tranquiliza pensar que estoy soltera —dijo Blum.

—A mí también —convino Pine.

12

Otra autopsia en otra morgue.

Pine las odiaba, pero era un procedimiento absolutamente esencial en su campo de trabajo. Sin embargo, también le resultaba perturbador haberse insensibilizado tanto al hecho de que abrieran a un ser humano delante de ella sin experimentar nada, salvo curiosidad profesional.

«No puedo dejar que me afecte emocionalmente porque eso interferiría en mi trabajo. Pero ¿cómo mantener algo de humanidad en el proceso?».

Era el día siguiente después de que encontraran el cadáver, y ahora el cuerpo yacía sobre la mesa metálica de autopsias. La médica forense era una mujer de cincuenta y tantos años que desprendía un aire de eficiencia pragmática. Era corpulenta y ancha de espaldas, pero había demostrado una gran delicadeza durante las dos horas que se había pasado cortando y diseccionando el cuerpo de la víctima bajo la atenta mirada de Pine y Wallis.

La luz cenital era potente e invasiva. Del techo colgaba un micrófono sujeto por un cordón para que la médica forense registrara sus hallazgos a medida que procedía a la autopsia. Pine absorbió atentamente cada una de sus palabras.

Los órganos habían sido extraídos, examinados, pesados y medidos, antes de ser introducidos de nuevo en la cavidad torácica. El cuero cabelludo había sido retirado hacia atrás y el cráneo había sido serrado con una Stryker de precisión; el cerebro había sido sacado y sometido al mismo procedimiento que los demás órganos. La habitual incisión y sutura en Y del pecho hacía que la víctima pareciera salida de una película de terror. Y ciertamente había horror en todo ello, pues le habían arrebatado violentamente la vida.

Pine estaba de pie junto a Wallis. Este llevaba un traje que le quedaba tan ancho como el de la noche anterior, aunque la camisa no estaba tan arrugada y la corbata no se veía tan torcida.

—¿Algo relevante? —preguntó el detective.

—Muerte por asfixia, sin ninguna duda —respondió la forense.

—¿Alguna lesión defensiva, rastros bajo las uñas? —preguntó Pine —. Hice un examen superficial en la escena del crimen pero no encontré nada.

La mujer negó con la cabeza.

—Yo tampoco he encontrado nada de eso. —Recorrió el cuerpo con la mirada—. Pero he descubierto algunas cosas interesantes.

—¿Como cuáles?

—Como que ha tenido al menos un hijo. Y que se ha operado aquí y aquí —añadió, señalando la cara de la mujer—. Pómulos levantados, estrechamiento de la nariz, remodelación de la línea de la mandíbula. —Luego señaló la entrepierna—. Y desgarramiento vaginal.

—¿Ha sido violada?

—No es reciente. No hay signos de agresión sexual. —Luego apuntó hacia los grandes pechos de la mujer—. También se ha puesto implantes. Ayúdenme a darle la vuelta.

Tras girar el cuerpo, la forense señaló los glúteos.

—Aquí también hay implantes. Y desgarramiento anal, también cicatrizado como el de la vagina.

—¿Conclusión? —preguntó Wallis.

—Posiblemente una prostituta —dijo Pine.

—Bingo —convino la forense.

—Por desgracia, suelen ser a menudo víctimas de homicidio. Es una profesión de alto riesgo.

Pine señaló unas marcas extrañas en las nalgas y la parte posterior de los muslos de la mujer.

—Tienen forma redondeada.

—Pueden ser impresiones de algo sobre lo que estaba apoyado el cuerpo —observó Wallis.

Pine asintió.

—¿Tal vez el maletero de un coche? ¿De cuando fue transportado el

cadáver?

—Tal vez.

—El cuerpo ya presenta lividez, así que las impresiones no desaparecerán —apuntó la forense.

—Necesitaremos fotos de esas marcas —dijo Pine.

—Ya están hechas.

Volvieron a poner el cuerpo boca arriba.

A continuación, la forense señaló los pinchazos en los brazos de la mujer.

—Es consumidora habitual de drogas. Hay varios indicios de ello, pero estas marcas son la prueba más evidente. Los análisis de sangre nos darán más elementos para saber lo que consumía.

Pine examinó los dientes de la mujer.

—Están manchados. Puede deberse al uso de cocaína, meta o heroína.

—También están desgastados —apuntó Wallis—. El bruxismo propio de los adictos. Y el consumo reduce la producción de saliva en la boca.

La médica asintió.

—Y fíjense en el septo nasal. Está prácticamente disuelto.

Pine lo miró y dijo:

—La dama esnifaba coca.

La forense volvió a cubrir el cuerpo con la sábana.

—Prostituta drogadicta es estrangulada y su cuerpo colocado en una estudiada pose con un velo de novia —resumió Pine.

—El velo es de alrededor de la década de los cuarenta —puntualizó la médica—. Lo he investigado en la red.

—Tu ayudante dio en el clavo —le dijo Wallis a Pine—. ¿Dónde está Blum?

—Trabajando en otro enfoque —respondió ella.

—Pensé que quizá sería demasiado aprensiva para presenciar la autopsia.

—Es una mujer bastante dura. ¿Qué se sabe del anillo de compromiso?

—Parece caro —dijo Wallis—, pero no lo es. Circonita cúbica.

—Es posible que el asesino se lo colocara en el dedo junto con la alianza —comentó Pine.

— ¿Tú crees?

—Bueno, sin duda habrá excepciones, pero no conozco a muchas mujeres que lleven deliberadamente un anillo de compromiso falso.

La forense le sonrió mostrando su acuerdo.

—¿Ha habido suerte con la identificación? —preguntó Pine.

—Estamos cotejando su ADN y sus huellas en las bases de datos habituales. De momento sin éxito.

—¿Y qué hay de las bases de reconocimiento facial?

—También puedo hacerlo —respondió la forense mirando a Wallis, que asintió con la cabeza.

—Podría estar en un registro de personas desaparecidas —apuntó Pine.

—Podría.

—¿Se sabe de alguna prostituta que haya desaparecido recientemente, o de algún motel de la zona que haya echado en falta a alguna de sus chicas?

—La prostitución es ilegal en Georgia —dijo Wallis.

—La prostitución es ilegal en muchas partes, pero aun así se sigue practicando —replicó Pine.

—Lo comprobaré.

Pine examinó más atentamente la cara de la fallecida.

—Sé que ha dicho que se había operado, pero algunos de sus rasgos me parecen propios de una mujer de Europa del Este.

—Enseñaremos su foto por ahí para ver si hay suerte —señaló Wallis.

Él y Pine salieron juntos de la sala y enfilaron por el pasillo.

—Si la mujer era una prostituta, podría haber sido raptada y asesinada por un cliente, que luego habría dejado su cuerpo para que lo encontraran —dijo Wallis—. Suele pasar.

—Puede que cuando fue estrangulada estuviera inconsciente, tal vez por una sobredosis. Eso explicaría que no haya lesiones defensivas ni rastros bajo las uñas.

—Nuestra prioridad es identificarla y rastrear todos sus

movimientos.

—¿Podemos conseguir los registros del Departamento de Vehículos Motorizados de todos los hombres de Andersonville?

Wallis le lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Por qué? No tenemos testigos.

—Carol estuvo cenando anoche en La Trena, probablemente poco antes de que depositaran el cuerpo, y dijo que estaba bastante lleno. Si pudiera identificar quién estaba allí basándose en las fotos del departamento de tráfico, podríamos empezar a descartar posibles sospechosos.

—Venga ya, ¿crees que se va a acordar de todas las caras?

—Si fuera cualquier otra persona, no me molestaría en pedírselo. Pero, como comentó la propia Carol, ella siempre tiene los ojos bien abiertos. Y valdría la pena intentarlo, a menos que tengas una idea mejor.

—No la tengo. ¿Así que crees que podría tratarse de algún hombre del lugar?

—No lo sé. Pero, si es así, al menos sabremos cuáles de ellos estaban en el restaurante.

—Muy bien. Me encargaré de conseguir los registros para que pueda echarles un vistazo. —Hizo una pausa, sacó un cigarrillo y se lo puso en la boca sin encenderlo. Al ver la mirada que ella le lanzó, dijo—: Estoy dando pequeños pasitos.

Pine asintió.

—Doy por hecho que has estado consultando las páginas médicas de internet.

—Una bendición y una maldición. Creo que tengo como otras seis enfermedades, todas ellas fatales. ¿Dijiste que no crees que esta sea la primera incursión de nuestro hombre?

—No puedo asegurarlo, claro. Todos los asesinos tienen que empezar en algún momento. Pero este crimen cuenta con un elemento de sofisticación que no suele encontrarse en los inicios de la carrera de un asesino en serie.

Wallis se la quedó mirando de soslayo.

—Dios, haces que suene como si se tratara de una simple profesión.

—Para la gente que comete este tipo de asesinatos, es mucho más que eso. No pueden parar. Se convierte en una obsesión. Es la única razón de su existencia: satisfacer esa necesidad.

—Imagino que Daniel Tor es así.

—Lo es. Su cerebro es diferente del tuyo y del mío.

—¿Y también dijiste que crees que nuestro hombre volverá a actuar?

—A menos que sea un caso excepcional, creo que volveremos a verlo en acción. La disposición del cuerpo y la del velo tienen un significado especial para el asesino. Y me da la impresión de que aún le queda algo más que decir al respecto.

—¿Alguna idea sobre objetivos futuros?

—Tengo algunas teorías, pero nada sólido. En estos momentos el campo de posibilidades es bastante amplio.

—Sé que la víctima podría ser de fuera, pero ¿deberíamos alertar a la población local?

—Yo diría que sí, pero sin dejarse llevar por el pánico. Deberían tomar algunas precauciones básicas: no salir solos, evitar lugares aislados, mantener las puertas cerradas y los ojos abiertos.

Wallis asintió.

—¿Y cuál es tu siguiente paso?

—Estamos comprobando con Quantico si se ha documentado con anterioridad algún caso de asesino en serie con este tipo de firma. De hecho, eso es lo que está haciendo Carol.

—¿Como las bombas firmadas que usan los terroristas?

—Sí, más o menos eso. Una vez que han dado con un método, los fabricantes de bombas se ciñen a él porque de lo contrario podrían saltar por los aires. En el caso de los asesinos en serie, sus acciones tienen un simbolismo, pero tampoco quieren ser pillados. Te haré saber lo que averigüemos.

—Gracias. ¿Te vuelves a Andersonville?

—Sí. Aunque he aceptado ayudarte con esto, hay otra razón por la que estoy aquí.

—¿El caso de tu hermana?

—Así es.

—Ya. Pues buena suerte con ello.

—Voy a necesitar mucho más que suerte.

13

—¿Otra vez por aquí?

Cy Tanner observó cómo Pine bajaba de su vehículo y se dirigía hacia la casa. Iba vestido más o menos como las veces anteriores, pero en esta ocasión llevaba una camiseta con una imagen serigrafiada de los Doobie Brothers.

—Pues sí. ¿Dónde está Roscoe?

—Seguramente dentro de la casa meando. ¿Y dónde está tu compañera?

—Ocupándose de unos asuntos. ¿Te importa si echo otro vistazo a mi antigua habitación?

—Tú misma. Estoy reconstruyendo un motor en el pequeño taller que tengo ahí atrás. Ya casi lo he acabado, y ese trasto me pagará el sustento durante los cuatro próximos meses si no me excedo con los gastos, cosa que no suelo hacer. —Miró hacia la desvencijada casa y se echó a reír—. Aunque supongo que eso puedes verlo por ti misma.

—Una vez ayudé a un mentor mío en el FBI a remodelar por completo un Ford Mustang de 1967.

Tanner sonrió de medio lado.

—Hostia, ¿de qué color?

—El clásico turquesa descapotable.

—Si no es el coche de mis sueños, se le acerca mucho.

—Y no solo es una preciosidad, sino que va como la seda.

—Apuesto a que sí. Bueno, te dejo que te pongas con lo tuyo. Tan solo procura no pisar los regalitos de Roscoe.

Tanner se encaminó de vuelta al patio trasero y Pine entró en la casa. No encontró al perro meando, sino durmiendo a pata suelta en el puf. Decidió no despertarlo y subió las escaleras.

Abrió la puerta de su antiguo cuarto, se acercó a la ventana y se

asomó. Para subir desde fuera habría hecho falta una escalera. Estaba demasiado alto y la fachada de tablones no presentaba asideros para trepar. No obstante, costaba mucho esconder o deshacerse de una escalera de ese tipo. Además, habría dejado marcas en la tierra, y sabía por el informe que la policía había buscado indicios de que se utilizara una y no había encontrado nada.

«Parafraseando a Sherlock Holmes, tal como lo he planteado resulta imposible, así que de algún modo tengo que haberlo planteado mal».

Una vez más retrocedió mentalmente hasta 1989. La habitación se presentó ante ella tal como estaba entonces. Repasó de nuevo el inventario de muebles. La cama, la cómoda con el espejo giratorio encima. Una mesa pequeña y dos sillitas decoradas con Winnie the Pooh y Tigger, en las que Mercy y ella jugaban a tomar el té. Un viejo perchero y un baúl de pino al pie de la cama donde guardaban sus juguetes.

Caminó alrededor del cuarto, dando pasitos cada vez más cortos y espaciados. Finalmente se detuvo y volvió a rebuscar las imágenes en su memoria.

Se le acababa de ocurrir algo en lo que no había pensado nunca.

Una cómoda con un espejo giratorio encima.

Estaba colocada justo al lado de la ventana.

«Justo al lado de la ventana».

Cerró los ojos y se esforzó intentando recordar aquella noche de tanto tiempo atrás.

Mercy y ella dormían en la cama, que estaba situada de cara a la ventana. Se acordó de que aquella noche la ventana estaba abierta, ya que había sido un día muy caluroso. No tenían aire acondicionado y su madre quería que a las niñas les diera la brisa nocturna.

Un ruido había despertado a Pine. Tenía el sueño más ligero que el de su hermana diez minutos mayor.

Apretó los ojos con más fuerza.

«Vamos, recuerda. El hombre entró por la ventana. Tú lo viste. Ocupaba todo el espacio del marco. Tienes que acordarte».

En esa escena superpuso la imagen de Daniel James Tor. Era él. Tenía que ser él.

Pero de repente sus pensamientos se vieron sacudidos con fuerza.

¿Era eso posible? No tenía nada que ver con quién había sido el intruso. Tenía que ver con «cómo» había entrado en el cuarto.

Miró hacia la puerta que daba acceso a la habitación.

¿Y si lo que había visto no era al hombre entrando por la ventana, sino la imagen del intruso reflejada en el espejo situado junto a aquella? Lo cual significaría que en realidad el hombre había entrado por la puerta y no por la ventana. Eso explicaría la ausencia de todo rastro de una escalera.

Eso también implicaría que el hombre había accedido a través de la casa, pasando junto a sus padres en la planta de abajo. ¿O acaso había otra explicación?

Volvió a cerrar los ojos y sintió que las náuseas le revolvían el estómago. «No pudo haberlo hecho mi padre. No pudo haber sido él».

Pero eso significaba que la persona que se había llevado a Mercy, y que casi la mató a ella, era seguramente alguien que conocía a sus padres. ¿Quizá alguien que había estado fumando hierba y bebiendo cerveza con ellos esa noche?

Se apoyó de espalda contra la pared al oír pasos subiendo las escaleras. Al cabo de un momento, Tanner apareció en el umbral.

—He ido a ver cómo estaba Roscoe y he pensado que tal vez necesitaras algo. —Miró la habitación vacía—. ¿Has averiguado algo?

—Sí, puede que sí.

—Bien, eso es bueno.

—No sé. Lo único es: ¿cómo sigo a partir de aquí?

—Supongo que resolver casos como este no es fácil.

—Ninguno lo es —replicó ella—. Ni una condenada vez.

—Pero no estarás pensando en tirar la toalla, ¿no?

—Si me conocieras bien, no preguntarías eso —dijo Pine mientras salía de la habitación.

Sin embargo, sus palabras parecían reflejar más seguridad de la que en realidad sentía.

En el corto trayecto hasta el centro del pueblo, la cabeza de Pine no paraba de dar vueltas frenéticamente a todos esos pensamientos, teñidos a la vez de esperanza cauta y dificultades logísticas. El

problema fundamental era: ¿cuántas personas de las que conocieron sus padres mientras vivían en Andersonville seguían todavía en la zona? Aun así, estaba convencida de que podría encontrar una respuesta a esa pregunta. Agnes Ridley y Lauren Graham continuaban viviendo en el pueblo. No las consideraba sospechosas factibles, pero seguramente las dos mujeres podrían decirle quiénes eran los conocidos de sus padres que vivían aún en la zona.

Llamó a Blum para contarle lo que podría haber descubierto, y quedaron en reunirse en el Cottage. Blum le pediría a Graham que se les uniera a fin de poder hablar con ella. Luego irían a ver a Ridley.

Pine dejó escapar un largo suspiro esperanzado. Después de todos esos años, había encontrado una posible línea de investigación. «Lo cual significa que tengo una oportunidad».

14

—Tendría que pensar en ello —dijo Graham después de que Pine le formulara su pregunta.

Se hallaban de nuevo en la sala del desayuno del Cottage. Graham estaba sentada a una de las mesas enfrente de Pine y Blum. Vestía una falda azul claro, jersey negro y botines. Iba peinada y maquillada de forma impecable, aunque tal vez algo excesiva, en opinión de Pine. Aunque ¿qué sabía ella de esas cosas? Apenas se ponía pintalabios y se maquillaba un par de veces al año.

—Te lo agradecería mucho —dijo Pine—. Solo tengo vagos recuerdos de algunas amistades y conocidos. También iré a ver a Agnes Ridley.

—¿Puedo preguntarte por qué quieres encontrar a esa gente?

Blum echó una rápida mirada a Pine, que contestó:

—Es el protocolo estándar en una investigación de este tipo. Nunca se sabe quién pudo haber visto u oído algo. A ellos quizá les parezca algo irrelevante, pero tal vez sea importante para mi investigación.

Graham asintió, aunque no se la veía muy convencida con la respuesta.

—¿Y qué hay de esa pobre mujer que apareció muerta?

—¿Qué pasa con ella?

—¿Se sabe quién era?

—Todavía no. Estamos trabajando en ello.

—¿Tú estás trabajando en ello? —preguntó Graham, sorprendida.

—Me pidieron ayuda y he aceptado.

—Entonces, así, a bote pronto —dijo Blum—, ¿no te viene nadie a la cabeza que hubiera conocido a los Pine y que siga viviendo aquí?

—Hay alguien —respondió Graham, después de pensarlo un momento—. Jackson Lineberry.

—No me suena ese nombre —dijo Pine.

—Era más amigo de tu padre, creo.

—¿Dónde vive?

—Como a una hora de aquí, en dirección norte hacia Atlanta. Tiene una bonita casa; bueno, en realidad una gran finca. Seguramente la mejor de toda la zona. Es un hombre muy rico. Tiene hasta un jet privado.

—¿Y cómo ha conseguido amasar esa fortuna?

—Inversiones. Estuvo fuera un tiempo, pero luego volvió.

Graham le proporcionó su dirección y la información de contacto. Pine le dio las gracias y le pidió que, si se le ocurría algún otro conocido de aquella época, se lo hiciera saber. Ella le prometió que lo haría.

Pine llamó a Lineberry para concertar una cita. Luego se subieron al vehículo de alquiler y pusieron rumbo a su casa.

—¿Ha salido algo de tu investigación? —le preguntó a Blum.

—Accedí a la base de datos del ViCAP a través del enlace seguro, tal como me pediste —respondió, refiriéndose al Programa de Detención de Criminales Violentos del FBI—. Introduje los detalles que tenemos hasta el momento. Ha habido otros asesinos en serie que ponían a sus víctimas una vestimenta específica, pero nada que encaje de manera concreta con este caso.

—Esperemos poder identificar pronto a la víctima. Eso nos dará algunas pistas.

Mientras conducían hacia el norte en dirección a la casa de Lineberry, Blum miró por la ventanilla.

—Entonces ¿piensas que lo que viste en realidad fue el reflejo del hombre en el espejo y no al tipo entrando por la ventana?

—No puedo estar segura del todo, aunque es lo más probable.

—Pero eso fue hace mucho tiempo, y tú eras muy pequeña.

—Ese recuerdo estaba grabado a fuego dentro de mí, Carol.

—Pero durante todos estos años has pensado que ese hombre había entrado por la ventana.

—Lo sé —concedió Pine—. Creo que el recuerdo se ha desencadenado al estar de nuevo en la habitación. Debería haber

vuelto mucho tiempo atrás. No sé por qué no lo hice.

—Fue algo terrible lo que pasó allí. La mayoría de la gente no querría revivirlo.

—Yo no soy como la mayoría. Soy agente del FBI. Tengo que enfrentarme al problema, no huir de él.

—Aun así…

Permanecieron un rato en silencio.

—¿Y por qué en Andersonville? —preguntó Blum al fin.

Pine le lanzó una breve mirada.

—¿Y por qué no? Muchos asesinos en serie han actuado antes en zonas rurales. No se limitan a los núcleos urbanos o residenciales.

—Bueno, es más fácil que no te atrapen cuando hay mucha gente alrededor.

—Pero en las zonas metropolitanas las fuerzas del orden cuentan con muchos más recursos. Si yo fuera un asesino en serie, ¿querría enfrentarme al Departamento de Policía de Nueva York, con todos sus efectivos y todas esas cámaras por todas partes, o vendría a un lugar como este donde no disponen de tantos medios?

—Entiendo a lo que te refieres, pero hay otra cosa que me preocupa.

—¿Qué?

—¿Ha sido mera coincidencia, o causa y efecto?

Pine le dirigió una mirada penetrante.

—¿De qué estás hablando?

—¿Ha sido coincidencia que apareciera un cadáver el día después de que llegaras? ¿O ha ocurrido precisamente porque has vuelto a Andersonville? —Blum la miró con expresión preocupada.

—¿Estás diciendo que mi llegada aquí para investigar la desaparición de mi hermana puede haber provocado la muerte de esa mujer?

—Solo digo que es una posibilidad. Aunque, por otra parte, parece una extraña coincidencia.

Pine negó lentamente con la cabeza.

—Eso habría requerido una gran planificación en un periodo muy corto de tiempo, incluyendo elegir a la víctima y cometer el asesinato.

—Supongo que es muy improbable —concedió Blum,

experimentando cierta sensación de alivio.

Pine se giró a mirarla de nuevo.

—¿Y también has pensado que quien se llevó a mi hermana ha matado a esa mujer?

—Bueno, debo admitir que se me ha pasado por la cabeza.

Pine volvió a negar tajantemente.

—Para nada.

—Entonces ¿no crees que esta muerte y la desaparición de tu hermana estén relacionadas?

—Han pasado treinta años. Los asesinos en serie no tardan tanto tiempo en volver a actuar. La mayoría se retiran con cuarenta y tantos años, si no antes.

—La mayoría, no todos. Y algunos se toman un periodo de descanso antes de volver a la carga.

—Treinta años sería un periodo de inactividad extraordinariamente largo.

—Pero no imposible.

—Escuchemos lo que tiene que decir Lineberry antes de desviarnos hacia otras líneas de investigación.

—De acuerdo.

Al cabo de un rato, Blum le preguntó:

—¿Qué se siente al estar de vuelta?

—De momento, apesta.

15

—Graham no mentía sobre lo de que el tipo tiene pasta —exclamó Blum.

—Es como algo que podrías ver en Bel Air o en Montecito, California.

La propiedad estaba protegida por una verja y construida en su mayor parte en piedra. Parecía tener aproximadamente el tamaño de un centro comercial, pero con mucha mayor sofisticación en el diseño y los materiales.

Pine detuvo el vehículo ante la verja y bajó la ventanilla. Había una cámara de videovigilancia, y se identificó mostrando sus credenciales.

La inmensa verja se abrió y enfilaron por el camino de entrada.

Al llegar ante la casa, se bajaron y fueron recibidas al momento por dos hombres con traje oscuro.

—¿Va armada? —preguntó uno de ellos. Era alto y larguirucho, de unos cuarenta años.

—Por supuesto que voy armada —respondió Pine.

—Entonces tendrá que entregar las armas.

—De eso nada.

El otro hombre era una copia al carbón de su compañero, aunque unos años mayor.

—Pues no podrá entrar en la casa —dijo.

—Muy bien. Pues entonces él tendrá que salir para hablar conmigo.

—El señor Lineberry no sale para hablar con la gente —masculló el primero de ellos.

—Jerry, Tyler, está bien. Pueden entrar, con armas y todo. Es una vieja amiga.

Todos se giraron para ver al hombre alto y elegante de pelo canoso que estaba plantado en el umbral de la puerta delantera. Llevaba unos

pantalones oscuros pulcramente planchados, una camisa blanca con el cuello abierto y unos mocasines de piel de avestruz.

El tipo llamado Jerry miró a Pine y le dijo:

—Ya lo ha oído, puede entrar.

Cuando fue a ponerle una mano en el hombro para hacerla pasar más deprisa, ella se apartó.

—No vuelvas a hacer eso.

—¿Se cree que es especial?

—No, pero no me gusta que me jodan cuando no es necesario.

—A veces no queda más opción —replicó él.

—Pues yo no te voy a dar esa opción, Jerry. Y ahora lámete tu orgullo herido y llévanos hasta la entrada. No te preocupes, yo te cubro la espalda.

El hombre, con el rostro colorado y visiblemente furioso, dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta principal. Mientras lo seguían, Blum le susurró a Pine:

—¿Te he dicho alguna vez cuánto admiro tu estilo?

Lineberry las recibió afablemente y le dijo a Jerry que podía marcharse. Luego las condujo por un amplio pasillo, con suelos de mármol y elegantemente decorado, hasta llegar a una gran estancia a modo de despacho rebosante de toques lujosos. Estos incluían un enorme escritorio antiguo de doble cajonera, sobre el que descansaban tres monitores de ordenador, sofás y sillones mullidos y una inmensa pantalla de televisor fijada a la pared. También había una estantería de pino con bordes dorados, además de cuadros al óleo y una barra de bar bien surtida, con taburetes de respaldo alto.

Lineberry las acompañó hasta un sofá de cuero y les preguntó si querían tomar algo. Ambas pidieron café. El hombre pulsó varios botones en un panel electrónico en la pared y luego se sentó frente a ellas.

—El café llegará enseguida —dijo, y acto seguido sonrió cálidamente a Pine—. Cuando recibí tu llamada me quedé totalmente anonadado, como si me hubieran golpeado con algo. Lee Pine… Nunca imaginé que volvería a verte. Siempre supe que serías muy alta. Julia medía más de metro ochenta, era casi tan alta como yo.

—Me han contado que conoció bien a mis padres.

—Sí, aunque más a tu padre. Tim y yo trabajamos juntos en la mina.

—¿Usted trabajó en la mina? —preguntó Blum—. Me cuesta imaginarle con un casco y un pico.

Él le sonrió.

—No hay que bajar a las profundidades de la tierra para encontrar bauxita, como ocurre con el carbón. Es una mina a cielo abierto. Solo hay que rascar la superficie, o en ocasiones utilizar explosivos para llegar a depósitos algo más profundos. Tim conducía algunos de los equipamientos pesados necesarios para extraer la bauxita. Yo estaba en administración, trabajando en las oficinas. Pero nos hicimos amigos. Íbamos a la misma iglesia.

—Me han dicho que ahora se dedica a las inversiones —dijo Pine—. Un curioso cambio profesional después de la mina de bauxita.

—Un día me convertí en agente bursátil para intentar ganar algún dinero extra, y se me dio tan bien que fundé mi propia compañía de inversiones. Ahora mi firma, Jackson Lineberry and Associates, maneja miles de millones de dólares de otras personas, además de mi propio dinero. Con los años hemos prosperado bastante, y eso me permite disfrutar de este estilo de vida.

—Pensaba que la gente que trabaja en fondos de inversiones estaba afincada en Nueva York o California —señaló Pine.

—Con la tecnología actual disponible, se puede operar desde cualquier parte del mundo. Estoy a menos de una hora de Atlanta, adonde suelo ir para disfrutar de actividades culturales, restaurantes y esas cosas. Y también tengo allí mi jet privado, aunque si lo necesito aquí dispongo también de una pista en la propiedad.

—¿Qué tipo de avión es? —intervino Blum.

—Un Bombardier 7500. Puedo volar de aquí a Moscú sin necesidad de repostar.

—¿Y ha volado alguna vez a Moscú? —preguntó Pine.

Lineberry sonrió.

—No se me ha perdido nada allí. Solo repito literalmente lo que me dijo el ejecutivo de cuentas de la compañía sobre el avión.

La puerta se abrió y entró una mujer con uniforme de doncella portando una bandeja. Dejó los cafés, las cucharillas, la leche y el azúcar sobre la mesita situada delante del sofá, y se marchó.

Pine y Blum cogieron sus tazas de café solo. Lineberry se echó una generosa cantidad de leche y azúcar en la suya. Mientras lo hacía, Pine lo examinó. Era muy atractivo, con unas facciones propias de un viejo actor o modelo. Y, aun así, había algo en él que le resultaba familiar. Aunque, claro, podría ser porque seguramente lo había conocido cuando era pequeña.

—Bueno, volviendo al asunto que te ha traído aquí —dijo Lineberry.

—Mi hermana, Mercy.

La expresión del hombre se tornó sombría.

—Aquello fue algo realmente espantoso. Nunca la encontraron, ¿no?

—No. ¿Sabe que sospecharon de mi padre?

Lineberry descartó el comentario agitando despectivamente la mano.

—Tim tuvo tanto que ver con lo que ocurrió como podría tenerlo yo. Se quedó totalmente destrozado. Y aquello arruinó su matrimonio. —Al decirlo, palideció—. Lo siento. Eso ha estado fuera de lugar.

—Tranquilo, sé de primera mano lo que aquello le hizo al matrimonio de mis padres. ¿Tuvo la sensación de que fue porque ambos se sentían culpables por lo ocurrido?

El hombre pareció incómodo por la pregunta.

—Sí.

—Pero nos marchamos de aquí antes de que ellos se divorciaran. ¿Cómo sabe lo que ocurrió después?

Lineberry tomó un sorbo de su café y luego rodeó la taza con las manos.

—Porque seguí en contacto con tu padre.

—Acabo de enterarme de que mis padres se marcharon de Andersonville en mitad de la noche. Y que no le dijeron a nadie adónde iban.

—Sí, bueno, eso es verdad. Todos nos preguntábamos qué era lo que había pasado. Pero tu padre se puso en contacto conmigo unos años más tarde.

—¿Por qué?

—Creo que se enteró de que lo había estado buscando para saber qué había ocurrido.

—Después del divorcio yo me quedé a vivir con mi madre.

—Tim me contó que pensaba que era mejor así. Y, a decir verdad, tú querías vivir con tu madre, Lee.

—Entonces ¿sabe lo que le pasó?

—Se disparó el día de tu cumpleaños. Cumplías diecinueve años.

—¿Cómo conoce todos esos detalles? —preguntó Pine con aire suspicaz.

Lineberry pareció vacilar, y al fin dijo en voz baja:

—Yo fui quien encontró el cuerpo.

Pine se quedó conmocionada durante un largo instante, mientras él la observaba atentamente.

—Pensaba que tu madre te lo habría dicho.

—No lo hizo.

—Tu padre era mi amigo. Siempre pensé que lo que le había ocurrido era algo terrible. No solo haber perdido a una de sus hijas, sino también ser sospechoso de su desaparición. Y se culpaba por haber estado… borracho aquella noche.

—Mi madre también estaba borracha.

—Pero él era de la vieja escuela. Era el hombre quien debía encargarse de proteger a su familia.

—¿Y cómo es que fue usted quien encontró el cuerpo?

—Después de que contactara conmigo, decidí ofrecerle un trabajo. Tu padre era un hombre muy inteligente. Sabía que podía hacer mucho más que conducir un buldócer, así que le ofrecí un empleo. Habíamos quedado en vernos para ultimar los detalles, pero no se presentó a la reunión. Lo llamé y no obtuve respuesta. Eso fue antes de que todo el mundo tuviera móviles y correos electrónicos. Así que fui a verlo donde vivía. —Hizo una pausa y bajó la vista—. Y lo encontré… muerto.

—En un sórdido motel de Luisiana.

Para su sorpresa, Lineberry negó con la cabeza.

—No, en su apartamento en Virginia. Se había mudado allí por

cuestiones de trabajo. En ventas o algo así, me contó.

Pine se quedó tan impactada por esta nueva revelación que se levantó y empezó a pasear arriba y abajo por la estancia mientras Lineberry y Blum la observaban con gesto nervioso.

—Eso no es lo que me contó mi madre. —Apretó los puños como si quisiera golpear la pared—. Tampoco me dejó ir a ver a mi padre. Fue ella sola e hizo que lo incineraran.

—No habrías querido ver a tu padre de esa manera, Lee, créeme. Yo tuve que realizar la identificación preliminar del cadáver y fue algo realmente… duro. El disparo había…

—No me gusta que me mientan.

—Estoy seguro de que tu madre pensó que estaba haciendo lo correcto —dijo Lineberry.

Pine volvió a sentarse y preguntó bruscamente:

—¿Vio a mi madre cuando fue a Virginia?

—No. Para entonces creo que ya me había marchado. —Meneó la cabeza con tristeza—. Fue una gran pérdida para tu madre y, aunque ellos dos ya no estaban juntos, sé que seguían teniéndose mucho cariño. Y, por supuesto, tú también perdiste a tu padre.

—Él venía a verme de vez en cuando —dijo Pine muy despacio—. No de manera regular, y tampoco se quedaba mucho tiempo… Pero yo siempre quería verlo. Quería verlo más.

—Es natural, Lee. Por supuesto que querías verlo. Las familias comparten vínculos especiales.

—¿Usted tiene familia? —preguntó Blum.

—No, nunca di el paso. Y, antes de darme cuenta, ya estaba en los sesenta.

—Nunca es demasiado tarde para dar el «Sí, quiero» —repuso ella.

—Creo que para mí sí lo es.

—He vuelto para averiguar lo que le ocurrió a mi hermana —los interrumpió Pine, atrayendo de nuevo la atención de los otros dos.

Lineberry asintió lentamente y dejó su taza en la mesa.

—Me imaginé que debía de ser algo así. —Miró la insignia prendida en su cinturón—. ¿Agente del FBI? Supongo que, si fuera psicólogo, tendría mucho que decir sobre tu decisión de ingresar en las fuerzas

del orden.

—No hay que ser un experto para llegar a esa conclusión —replicó Pine.

—¿Y cómo puedo ayudarte?

—Usted conoció a mis padres. ¿Podría darme los nombres de otros de sus amigos en Andersonville?

Lineberry se reclinó en su asiento.

—¿Puedo preguntarte para qué quieres saberlo?

—Usted cree que mi padre no tuvo nada que ver con lo que le ocurrió a mi hermana.

—Así es.

—Bueno, pues alguien se la llevó. Y quiero averiguar quién fue.

Lineberry se quedó boquiabierto.

—¿Crees…, crees que podría haberlo hecho alguien que conocía a la familia? Siempre supuse que fue algún desconocido.

—Los secuestros por parte de desconocidos ocurren, pero es mucho más probable que lo hiciera alguien que conocía a la familia.

—No puedo creerlo. Quiero decir…, era una comunidad tan pequeña.

—El caso es que a veces crees conocer a alguien —dijo Blum—, pero en realidad no es así.

—¿Se refiere a que todos tenemos lados oscuros?

—Y los de algunos son más oscuros que los de otros.

Lineberry las miró ahora con cierto recelo.

—Bueno, yo era uno de sus amigos, así que supongo que eso me convierte en sospechoso.

Pine negó con la cabeza.

—No estamos señalando a nadie, tan solo abriendo una línea de investigación. E, incluso si lo hizo un desconocido, una persona cercana a mis padres podría acordarse de ver a alguien vigilando la casa o de cualquier información que pudiera resultar de ayuda.

—¿Y has hablado con tu madre de esto? Sin duda ella sabrá ese tipo de cosas.

—No he hablado con ella, y tampoco es probable que lo haga.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Digamos que ha sido elección suya, no mía.

Lineberry sopesó sus palabras. Después dijo:

—Muy bien, es asunto tuyo. No hurgaré más.

—Se lo agradezco.

—Entonces… ¿amigos de tus padres? Imagino que no quedarán muchos por la zona.

—Cualquier nombre del que se acuerde. Me servirá de punto de partida.

—Déjame tu información de contacto y ya te diré algo.

—Gracias.

Cuando se marchaban, Lineberry dijo:

—¿Y si descubrir la verdad resulta peor que no saberla?

—Me cuesta creer que pueda ser así. Pero, si lo es, tendré que lidiar con las consecuencias.

—No envidio tu situación.

—Francamente, yo tampoco.

16

A la mañana siguiente, Pine salió de la ducha y se plantó delante del espejo del cuarto de baño para secarse el pelo. Sobre sus esculpidos deltoides había dos tatuajes de Géminis y Mercurio. Y en ambos antebrazos tenía tatuadas las palabras NO MERCY, «sin piedad».

Estos últimos tenían un doble significado para ella, significados no tan esotéricos como los de los tatuajes planetarios. No había piedad en su vida porque Mercy le había sido arrebatada. Y, en comparación con lo que le había ocurrido a su hermana, la vida de Pine era una balsa de aceite. De modo que no podía permitirse parar en ningún momento. Siempre apretando el acelerador a fondo, sin hacer prisioneros, sin quejarse cuando alguien le pateaba el culo.

«No hay piedad para mí».

Los tatuajes de los deltoides también tenían un significado bastante evidente: Géminis, el signo astrológico de los gemelos; y el planeta Mercurio, ascendente de los géminis.

Apoyó las manos en el lavabo y contempló su reflejo.

«Supongo que lo llevo grabado a flor de piel. Y que resulta demasiado evidente. Pero a estas alturas ya no me importa lo que piensen los demás».

Toqueteó la medalla de san Cristóbal que llevaba en torno al cuello. Había sido un regalo de su madre, y resultó ser el último. Más de una vez había intentado tirarla a la basura. Pero había algo que siempre se lo impedía.

«Quizá algún día me traerá buena suerte. Quizá algún día me llevará hasta ella».

Pine se vistió despacio mientras reflexionaba sobre lo que había descubierto desde su llegada.

No era mucho. Que el intruso podría haber entrado a través de la

casa y no por la ventana era, con creces, la mayor revelación, pero solo si resultaba ser verdad. Y, después de tantos años, ¿sería capaz de demostrarlo de algún modo concluyente?

Miró por la ventana hacia la calle. Recordaba vagamente que de pequeñas sus padres las llevaron a ella y a Mercy al cementerio, donde las hileras de lápidas blancas parecían extenderse hasta el infinito. Para Pine solo significó que había muertos por todas partes, y aquello asustó mucho a ambas niñas.

Cerró los ojos y apoyó la espalda contra la pared. Sabía muy bien que era prácticamente imposible que Mercy estuviera viva. Lo único que razonablemente podía esperar, su mejor opción, era una pista que la condujera hasta la tumba de su hermana. Ahora solo quedarían allí huesos, como en el cementerio de la prisión. Su hermana gemela no sería más que un esqueleto.

«Pero me conformaré con sus huesos. Me conformaré con encontrar sus restos. Solo quiero saber… qué pasó».

La pequeña mano de Mercy en la suya; su carita, como el reflejo de un espejo, mirándola. Aquello era lo que más la reconfortaba y tranquilizaba. Y había pensado que su hermana estaría con ella para siempre. Pero Mercy solo había estado en su vida durante seis años. En un sentido real, Pine había estado sola desde entonces. Ya nunca había vuelto a experimentar esa sensación de confort y seguridad. Esa especie de profunda conexión que tal vez solo se dé una vez en la vida.

«Y quizá por esa razón me cueste tanto conectar con alguien».

Mientras acababa de vestirse, su móvil emitió un zumbido. Era un mensaje de texto de Jackson Lineberry, diciéndole que solo conocía a otros dos amigos de la familia en la zona.

Myron y Britta Pringle. Tenían cincuenta y tantos años, más o menos la edad de los padres de Pine. Ella no recordaba esos nombres, pero confiaba en que ir a verlos le proporcionaría alguna pista para seguir con su investigación.

Se reunió con Blum para desayunar en el porche acristalado. Mientras tomaban café y cruasanes, Pine le habló del mensaje que acababa de recibir de Lineberry.

—¿Y tú te acuerdas de ellos, los Pringle? —preguntó Blum.

Pine negó con la cabeza.

—De momento no. —Tras una pausa, añadió con cierta amargura—: No parece que me acuerde de mucho, ¿no? Es bastante penoso, la verdad.

Blum dejó su taza y posó una mano sobre la de Pine.

—¿Eres consciente del trauma que sufriste en este pueblo con solo seis años? Santo Dios, me extraña incluso que puedas conducirte con normalidad, agente Pine. Tienes que dejar de ser tan dura contigo misma.

Pine no tuvo valor para mirarla. Algo se le había agarrado a las entrañas y no la soltaba.

—No puedo hacerlo, Carol. No merezco que las cosas sean fáciles para mí.

—¿Y cuándo lo han sido? No creciste precisamente entre algodones. Y casi te matan cuando eras una niña. Tu padre se suicidó el día de tu cumpleaños, estás totalmente distanciada de tu madre, y además perdiste a tu hermana gemela. Menos de una cuarta parte de los agentes especiales de la Agencia son mujeres, y tú eres una de ellas. Está claro que has sabido sobreponerte a todas esas desgracias. Y no ha sido pura cuestión de suerte. Has tenido que currártelo mucho para conseguirlo.

En ese momento apareció Lauren Graham.

—¿Ha habido suerte con Jack? —preguntó. Traía varios platos con huevos, gachas de maíz, galletas y beicon, y los puso delante de las dos mujeres. Iba vestida con unos pantalones negros, blusa blanca y una colorida cinta en el pelo. Su maquillaje era impecable y su mirada, alerta. Quizá demasiado alerta, pensó Pine.

—Ha sido un primer encuentro interesante —respondió Pine, mientras Blum observaba con curiosidad las gachas. Al ver cómo las miraba, añadió—: Son igual que las de avena pero hechas con maíz, y con mucha sal y mantequilla.

—Si tú lo dices… —repuso Blum, desviando su atención hacia los huevos y el beicon.

Graham se quedó junto a la mesa.

—A Jack le ha ido muy bien en la vida.

—De eso no hay duda —dijo Pine mientras picoteaba desganadamente su desayuno.

—¿No tienes hambre?

—Más de respuestas que de comida. Lineberry me ha enviado los nombres de otras dos personas que vivían aquí por aquel entonces.

—¿Quiénes?

—Myron y Britta Pringle.

A Graham le cambió la cara.

—¡Claro, los Pringle! No había pensado en ellos.

—¿No teníais mucha relación cuando vivían aquí?

—No mucha, la verdad. Ya casi ni me acordaba de ellos.

—¿Tan fáciles eran de olvidar? —preguntó Blum.

—No, no es eso. En algunos aspectos eran bastante dignos de recordar. Sobre todo el marido, Myron. Pero han pasado muchos años.

Pine cruzó una mirada con Blum. Luego dijo:

—Lineberry me ha dado su dirección. Pero no tenía ningún número de teléfono ni correo electrónico, lo cual resulta extraño.

—Bueno, supongo que podéis ir a su casa y enteraros de algo.

—¿Qué puedes contarme de ellos cuando vivían aquí?

Graham apartó una silla y se sentó.

—La primera palabra que me viene a la mente es que eran raros. Myron Pringle era una especie de…, eh…, no sé, de genio. Podría decirse que encajaba dentro del espectro autista, si es que se sigue usando esa expresión.

—¿A qué se dedicaba?

—En aquel entonces trabajaba en la mina. En las oficinas.

—¿Y su mujer?

—Bueno, por lo que recuerdo Britta no era tan rara como Myron. Tenían dos hijos, un chico y una chica, pero casi no me acuerdo de ellos. Yo era mayor. Estaban más cerca de tu edad. Britta era bastante agradable, pero no venían mucho por el pueblo. Y, si trabajaba en algo, no recuerdo en qué. La mayoría de las mujeres en aquella época eran amas de casa o tenían algún empleo a tiempo parcial.

—Si sus hijos eran de mi edad, puede que alguna vez jugáramos con

ellos. Me acuerdo vagamente de que a veces venían algunos niños a jugar a casa.

—No me extraña que no te acuerdes. Eras muy pequeña. Pero ellos eran los que vivían más cerca de vosotros. En esa casita verde y blanca que está junto a la carretera, la última que se ve antes de llegar a vuestra antigua casa. Aunque había bastante distancia entre ambas, como unos dos kilómetros o así.

Pine rebuscó en su memoria, pero no encontró ningún recuerdo ni de la casa ni de la familia Pringle.

—Bueno —dijo Blum—, supongo que nos enteraremos cuando lleguemos allí.

Acabaron de desayunar y, como una media hora después, se subieron al vehículo de alquiler y se pusieron en marcha.

—¿Esperas alguna gran revelación por parte de los Pringle? —preguntó Blum.

—Este tipo de casos casi nunca se resuelven así. Se avanza siempre a pequeños pasos. Pero, si se nos presenta, no voy a decirle que no.

17

—Si quisiera rodar una película de terror con asesino sanguinario, creo que habría encontrado la localización perfecta —comentó Blum.

Acababan de girar hacia una carretera de grava serpenteante, oscurecida por un dosel de viejos robles cubiertos de musgo que creaban la sensación de estar dentro de un túnel. La luz del sol apenas podía penetrar en ella. Se encontraban en el condado de Macon, a unos cuarenta y cinco minutos en coche de Andersonville.

—Imagino que por esta razón Graham no sabía que habían vuelto al pueblo. Esto queda muy lejos, y dudo que vayan alguna vez por allí.

—¿De verdad no te acuerdas de ellos? —preguntó Blum.

Pine negó con la cabeza.

—Pero pronto vamos a averiguarlo.

El túnel flanqueado de robles llegó a su fin, pero el sol seguía oscurecido por una nueva masa de árboles que envolvían la casa que se alzó ante sus ojos al tomar la última curva.

—Vaya, esto es lo último que habría esperado encontrarme por aquí —dijo Blum—. Pensé que sería más bien como la Casa Usher.

El edificio era nuevo, amplio y de diseño contemporáneo, construido básicamente en acero y cristal.

—Parece la vivienda de un magnate tecnológico de Palo Alto —observó Pine mientras aminoraba la marcha del SUV hasta detenerse frente a la casa.

Bajaron del vehículo y echaron un vistazo alrededor.

—¿Ves a alguien? —preguntó Blum.

—No. Y tampoco veo coches, pero puede que el garaje esté en la parte de atrás.

—¿Puedo ayudarlas? —dijo una voz.

Se giraron para buscar a la persona.

—¿Puedo ayudarlas? —repitió la voz.

El sonido parecía proceder de la puerta principal.

—Deben de tener uno de esos sistemas de videovigilancia —dijo Pine. Se acercó a la entrada y sostuvo su placa en alto—. Soy la agente especial del FBI Atlee Pine. Jack Lineberry me dio su dirección. Creo que ustedes conocieron a mis padres, Tim y Julia Pine.

La voz no dijo nada. Pine miró a Blum.

—¿He dicho algo que no debía?

La puerta se abrió y apareció en el umbral una atractiva mujer de cincuenta y tantos años. Era de estatura media y llevaba el cabello teñido de rubio, cortado muy corto para acentuar su largo cuello. Tenía un cuerpo esbelto y tonificado e iba elegantemente vestida con unos pantalones negros, zapatos de tacón ancho y una blusa azul claro con un fino suéter por encima. Desde donde estaban podían ver el enorme diamante de su anillo de casada.

—¿Lee Pine? ¿De verdad eres tú?

—De verdad.

—Dios mío, nunca te habría reconocido —dijo la mujer.

—¿Eres Britta Pringle?

—Sí, lo soy. Supongo que no te acuerdas de mí. Eras tan pequeña…

—Esta es mi ayudante, Carol Blum.

Se estrecharon las manos.

—Tienes una casa muy bonita —comentó Blum—. No…, no me esperaba algo así…

—¿… aquí en el culo del mundo? —terminó la frase Britta con una sonrisa cansina—. ¿Quién podía esperarse algo así? Es un diseño de mi marido. Él es muy de Silicon Valley. Yo soy más de Cape Cod.

La mujer examinó el rostro de Pine y sonrió.

—Puedo ver a tu madre en ti. Y también algo de Tim, en los pómulos.

Eso la descolocó por completo. Durante los interrogatorios a posibles testigos, Pine seguía siempre una serie de protocolos a los que se ceñía estrictamente, permitiéndose cierta flexibilidad dependiendo del asunto a tratar y de cómo se desarrollara la conversación. Pero, una vez más, tuvo que recordarse que aquella investigación era

diferente a todas las que había emprendido hasta el momento.

«Esto va sobre mi familia. Y, en última instancia, sobre mí».

—Seguro que sí —respondió secamente.

—Bueno, ¿qué te trae por aquí? ¿Y dices que ahora eres agente del FBI?

—Lo soy. Desde hace más de una década.

—Cómo pasa el tiempo…

—Y estoy aquí por mi hermana.

A Britta se le desencajó el rostro.

—¿Tu hermana? —Miró a Blum y luego de nuevo a Pine—. ¿La han… encontrado?

Una vez más, Pine se sintió profundamente afectada por aquellas palabras, que le recordaron su implicación personal en el caso. Una parte de sí misma habría deseado centrarse únicamente en el asesinato de la joven desconocida. Podría enfocarlo de manera aséptica y profesional, sin verse lastrada por su bagaje emocional.

—No, y por eso estoy aquí. Estoy tratando de encontrarle sentido a lo que ocurrió entonces.

Britta cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Después de todos estos años? Bueno, ¿por qué no? Supongo que yo también lo haría si se tratara de mi hermana. —Pareció recomponerse un poco—. Oh, pero, por favor, entrad.

Abrió la puerta y las invitó a pasar.

El vestíbulo se elevaba a tres pisos de altura. Pine echó un vistazo al interior, todo vidrio y metal, y, pese a los árboles que rodeaban la casa, lleno de luz. Era un espacio inmenso y diáfano, con varias zonas para sentarse y lo que parecían dispositivos de iluminación de diseño personalizado y mobiliario exclusivo. Aquí y allá, gruesas y coloridas alfombras cubrían el suelo de baldosas con dibujos de fósiles incrustados.

—¡Guau! —exclamó Blum.

—Sí, esa suele ser la reacción —dijo Britta—. Pero antes habéis mencionado a Jack Lineberry. Si habéis estado en su casa, es tres veces como esta y está equipada con las más modernas tecnologías.

—Hemos estado —dijo Blum—, y es realmente impresionante.

Tanto a vosotros como a él os ha ido muy bien.

—Bueno, nuestro éxito está relacionado con el suyo.

—¿Y eso? —preguntó Pine.

—¿Os apetece un café?

—Claro, gracias.

Britta las condujo hasta la zona de la cocina, que ofrecía unas vistas espectaculares a la parte de atrás. Había una piscina enorme y una casa de invitados que parecía desentonar por completo con la residencia principal. Estaba construida con revestimiento de madera pintada en gris y contaba con pequeños torreones, un porche delantero a dos aguas y lo que parecía ser un mirador en la planta de arriba. También había un garaje para seis coches con una zona pavimentada delante, y un área de pícnic con barbacoa de obra y diversos accesorios en acero inoxidable.

Pine pensó que los del *Architectural Digest* disfrutarían de lo lindo en ese lugar.

Al entrar en la cocina, una mujer hispana con uniforme de doncella apareció desde el otro lado de la estancia, llevando un cubo y una fregona. Se quedó muy sorprendida al ver a las tres mujeres allí.

—Ah, Kalinda, perdona —dijo Britta—. ¿Podrías ir a limpiar a otra parte de la casa? Gracias.

Kalinda, cincuentona, delgada y con el pelo gris, asintió torpemente y se apresuró a salir. Britta la observó marcharse.

—Fue idea de Myron. Contratarla. Le dije que podía ocuparme yo misma de todo.

—Pero es una casa muy grande —dijo Blum—. Te va bien tener ayuda.

—Eso es cierto. Y sé que envía el dinero a Guatemala. Puede que esté aquí ilegalmente, pero esa gente también tiene derecho a ganarse la vida. Y trabaja muy duro.

Mientras Britta empezaba a llenar con agua la Keurig, señaló hacia la casa de invitados.

—Esa ha sido mi aportación a este lugar. Me paso la mayor parte del tiempo allí. Esto es muy frío y aséptico para mi gusto.

Después de servirse los cafés, se sentaron a una mesa que daba al

jardín trasero.

—Bueno, estábamos hablando de Jack Lineberry —dijo Pine.

—Sí. En fin, como seguramente ya os habrá contado, es propietario de una compañía de inversiones de mucho éxito. Se basa sobre todo en la rápida compraventa de acciones y otros fondos financieros. No voy a presumir de entenderlo bien del todo, pero, en resumen, la clave de su éxito consiste en actuar deprisa, mucho más deprisa de lo que podría hacerlo un agente bursátil individual. Y, a falta de otro término mejor, podría decirse que Myron es un genio informático de primer orden. Se dedica a crear algoritmos y otros programas financieros que ayudan a impulsar los negocios de inversiones de Jack. Ya hacía algo de eso en las oficinas de la compañía minera, aunque en aquella época todos esos procesos algorítmicos y demás no eran tan importantes como lo son ahora. Así fue como Jack y Myron se conocieron.

—Está claro que la cosa funcionó —comentó Blum.

—¿Dónde está tu marido?

—Myron es un ave nocturna. Trabaja hasta bien entrada la madrugada y duerme hasta pasada la hora del almuerzo, que es cuando pide su desayuno. —Britta sonrió, con cierta tristeza, pensó Pine—. Supongo que hay que dejar que los genios tengan sus rarezas —añadió.

—Supongo que sí —convino Blum.

—En fin, ¿en qué puedo ayudaros? —preguntó Britta.

—Me extraña que Lineberry no os contara que nos habíamos visto. Él fue quien me proporcionó vuestra dirección. Aunque no me dio ningún número de teléfono ni correo electrónico.

—Bueno, no pudo hacerlo porque no tenemos.

—¿No tenéis teléfono ni correo? —preguntó Pine muy despacio.

—Myron se niega a ello. Dice que es demasiado peligroso. Podrían utilizarse de muchas maneras en nuestra contra. Ya sabéis, para espiarnos.

—¿Otra de sus pequeñas rarezas? —observó Pine.

Britta sonrió a su café.

—Sí. Son unas cuantas.

Pine tomó un sorbo de su taza y luego se inclinó hacia delante,

apoyando los codos sobre la mesa.

—Son varias las razones por las que he decidido que es el momento de intentar hacer nuevos avances en la investigación de lo que le ocurrió a mi hermana.

—Muy bien —dijo Britta, prestándole toda su atención.

—Durante mucho tiempo he creído que aquella noche un hombre entró por la ventana y se llevó a Mercy.

—¿Que un hombre entró por la ventana? No sabía nada de eso.

—Por lo visto la policía no me creyó. Además, me habían herido en la cabeza.

—Y eso estuvo a punto de matarte —dijo Britta, muy indignada—. Pobrecilla… Estuviste en el hospital mucho tiempo. Julia estaba totalmente desquiciada.

—Ya había perdido a una hija. No quería perder a la otra —dijo Pine mientras observaba la reacción de la mujer.

—Sí, imagino que eso tuvo mucho que ver.

—El caso es que ahora no estoy segura de que ese hombre entrara por la ventana.

Britta se quedó boquiabierta.

—No…, no lo entiendo.

—Creo que podría haber entrado por la puerta de nuestra habitación, lo que obviamente implica que antes debería haber pasado a través de la casa.

—Pero ¿y tus padres? —preguntó Britta—. ¿No se habrían…?

—En ese momento mis padres estaban… incapacitados. Pensaba que lo sabías.

—Ha pasado mucho tiempo, Lee. Tengo buena memoria, pero no llego a tanto.

—Claro. Perdona.

—Pero, aun así, aunque tus padres estuvieran… incapacitados, si un desconocido pasara junto a ellos…

—¿Y si no fue un desconocido?

—Pero está claro que… —Entonces Britta se detuvo y se quedó mirando fijamente a Pine—. ¿Por eso estás aquí? ¿Crees que uno de los amigos de tus padres…?

—Soy agente del FBI, lo que yo crea no importa. Importa lo que demuestren los hechos. Tengo que considerar todos los enfoques posibles, y uno que nunca me había planteado es que la persona que se llevó a Mercy, y que casi me mata, conocía a nuestra familia.

—Bueno, espero que no nos estés acusando. O sea…

—No, Britta, para nada. Es evidente que erais amigos de mis padres y que no teníais ningún motivo para hacer algo así. Entiéndelo, por favor, tan solo estoy intentando tantear el camino.

Eso pareció tranquilizar a la mujer. Asintió y sus rasgos se suavizaron.

—Claro. No puedo ni imaginarme por lo que habrás pasado, Lee. ¿Y cómo puedo ayudarte?

—Solo quiero que me cuentes lo que puedas recordar de aquella época.

Britta tomó un sorbo de su café.

—Bueno, en aquel entonces Andersonville era un pueblo muy pequeño, y aún lo sigue siendo. Todo el mundo se conocía.

—Lo cual podría facilitarme el trabajo, o hacerlo más difícil.

—En los últimos treinta años mucha gente se ha marchado. O ha muerto.

—Eso es lo que lo hace más difícil.

Britta frunció los labios y negó obstinadamente con la cabeza.

—No puedo creer que alguien de por aquí, sobre todo alguien que conociera a tus padres, pudiera haber hecho algo tan horrible. O sea, ¿cuál podría haber sido el motivo?

—Hay gente que no necesita un motivo.

—La agente Pine se refiere a los asesinos en serie —intervino Blum —. Sus únicos motivos son que están obsesionados con lo que hacen. Y no pueden parar.

—Entonces ¿crees que lo hizo un asesino en serie?

—Es posible.

—Pero en aquel entonces esas cosas no pasaban aquí.

—Podría haber sido el principio de la carrera criminal de alguno de ellos. O el final de esta.

—Bueno, sigo sin entenderlo —insistió Britta—. ¿Por qué un asesino

en serie iba a actuar en un lugar como este?

—Por desgracia, esas cosas suceden —dijo Pine—. ¿Y qué recuerdas de aquellos días? Todo lo que puedas rememorar.

La mujer empezó a hablar nerviosamente.

—Me acuerdo de que tu madre me llamó presa del pánico. En aquel entonces teníamos teléfono y vivíamos más cerca de tu casa. Julia estaba muy asustada, totalmente fuera de sí. Tu hermana había desaparecido. Tu padre había salido con la policía para buscar a Mercy. A ti te habían herido gravemente. Tu madre te había acompañado al hospital y había vuelto rápidamente a casa para recoger algunas cosas que necesitabas. Después las dos fuimos juntas al hospital. Julia no volvió a salir de allí hasta que por fin te dieron el alta, no sé si lo sabías. Tu padre iba y venía, pero ella no se apartó de tu lado en ningún momento.

—No sabía nada de eso hasta que volví aquí. Agnes Ridley me lo contó.

—Dios, más nombres del pasado. No había vuelto a saber nada de Agnes desde que nos marchamos de Andersonville.

—¿Qué más recuerdas? ¿Algo que pudieran haber dicho mis padres?

Britta tomó un largo trago de café con gesto pensativo.

—Me acuerdo de que tu madre no encontraba la muñeca de tu hermana. Ni siquiera sé por qué la buscaba en un momento como aquel. Pero supongo que la gente hace cosas extrañas en situaciones de crisis.

—¿Tu marido salió a buscar a Mercy con mi padre?

—No, Myron estaba en el trabajo. Había ido temprano a las oficinas. Cuando tu madre me llamó, yo no tenía coche. Fui a tu casa casi a la carrera todo el camino.

—¿Y entonces cómo fuisteis mi madre y tú al hospital?

—Nos llevó un agente de policía.

—¿Recuerdas si viste a algún desconocido por el pueblo? ¿Alguien que te diera malas vibraciones?

Britta negó con la cabeza.

—Nosotros no íbamos mucho por el pueblo, Lee. Y tu familia tampoco. Por aquel entonces nos limitábamos a sobrevivir como

podíamos. Myron aún no había empezado a interesarse por el mundo de la informática. Subsistíamos a base de pagas y cheques, al igual que tus padres. Pero a vosotras nunca os faltó de nada. Nunca pasasteis hambre ni nada de eso.

—Por lo que he oído, tú también tienes hijos, ¿no?

—Tenía. Joey y Mary. —Miró a Pine—. Solían jugar contigo y con Mercy.

—¿«Tenías»?

—Por desgracia, los dos han muerto.

—¿Qué ocurrió? Creo recordar que eran más o menos de mi edad.

—Joey murió en un accidente. Y lo de Mary, bueno, tuvo que ver con el abuso de sustancias. —Britta bajó la vista a su café.

—Lo siento mucho —dijo Pine.

—¿Queréis ver una foto suya?

Pine miró a Blum.

—Eh…, claro.

Britta cogió un retrato enmarcado de un estante.

—Esta es de hará unos tres años.

Las dos mujeres miraron la foto de Mary, una encantadora joven con una larga melena rubia y una sonrisa pícara. A su lado estaba Joey, un chico alto que rodeaba con el brazo a su hermana.

—Estaban muy unidos. Murieron con apenas un mes de diferencia.

—Oh, Dios —exclamó Blum—. Eso es terrible.

—Sí, sí, lo fue —dijo Britta, volviendo a dejar el retrato sobre el estante.

Pine se aclaró la garganta y dejó que el silencio se prolongara durante unos segundos.

—Lauren Graham me contó que, más tarde ese día, mi padre se peleó con uno de los curiosos que se acercaron a la casa. Y que alguien los separó. ¿Sabes quién fue?

—Ese «alguien» fui yo.

Las tres mujeres se giraron hacia el hombre de cincuenta y tantos años y metro noventa y cinco de altura que estaba en el umbral. Tenía el pelo gris oscuro muy lacio, los ojos grandes y marrones, y brazos y piernas larguiruchos. Llevaba unos pantalones caquis y una camiseta

arrugada, e iba descalzo.

—Soy Myron Pringle.

18

Britta se puso en pie, muy sorprendida, y miró su reloj.

—Myron, ¿qué haces levantado?

—Estaba cansado de dormir —respondió, sin apartar la vista de Pine.

—Esta es…

—Sí, lo sé. Lee Pine. La hija sobreviviente de Tim y Julia.

Pine y Blum se miraron al oír la extraña expresión.

—Myron, por favor… De verdad que… —dijo Britta en tono reprobador.

Pine se levantó y le tendió la mano.

—Hola, señor Pringle.

Él se la estrechó con gesto reticente.

—Esta es mi ayudante, Carol Blum.

Myron ni siquiera la miró.

—¿Has vuelto para investigar la desaparición de tu hermana?

—Así es.

—Las probabilidades están muy en tu contra.

—Myron… —volvió a regañarlo su esposa.

Él la ignoró, abrió la nevera, sacó un cartón de leche y bebió directamente del mismo. Tras limpiarse la boca con el dorso de la mano, dijo:

—Estoy hablando de pura estadística. Podrías conseguirlo, solo digo que los números no juegan a tu favor.

—Gracias, pero eso ya lo sabía.

Myron volvió a dejar el cartón en la nevera y se apoyó en la isla de la cocina con encimera de granito.

—Entonces ¿fue usted quien puso fin a la pelea?

Él asintió.

—Tu padre estaba borracho.

—Myron, por favor… —le imploró de nuevo Britta.

Por el tono cansado de la mujer, Pine comprendió que aquello era algo constante.

—Bueno, lo estaba. Pero una de sus hijas había desaparecido y la otra estaba gravemente herida. Yo también habría bebido —concedió Myron.

—¿Quién empezó la pelea? —preguntó Pine.

—Un hombre llamado Barry Vincent.

—¿Y cómo comenzó?

—Vincent acusó a tu padre de haberte atacado y de estar implicado en la desaparición de tu hermana.

—No creo que fuera el único en pensar eso —señaló Pine.

—Tu padre nunca habría hecho algo así —afirmó Britta en tono tajante.

Pine miró a Myron.

—¿Y usted qué opina?

—Creo que la gente es capaz de hacer cualquier cosa. Pero yo veía cómo tu padre os trataba a ti y a tu hermana. Os quería mucho a las dos. Erais su orgullo y su alegría. Y trabajaba muy duro para que no le faltara nada a su familia. Erais todo lo que tenía. No creo que un hombre como él pudiera destruir todo eso.

—Pero esa noche estuvo bebiendo y fumando hierba —le recordó Pine.

—Bebía y fumaba mucho. Lo sé, porque yo lo hacía con él. Pero eso no te vuelve violento. Más bien te deja adormilado.

—Lo cual parece apuntar a que se pasó durmiendo toda la noche —observó Blum.

—Entonces ¿estuvieron con él esa noche? —preguntó Pine.

Myron no dijo nada. Pine miró a Britta.

—Creo que esa noche habíamos salido, Lee —dijo la mujer—. Me acuerdo del día siguiente como si fuera ayer, pero no recuerdo nada de la noche anterior. Lo que sí que sé es que no estuvimos en casa de tus padres.

Pine volvió a mirar a Myron.

—¿Algo que añadir a eso? Parece que tiene muy buena memoria.

—Nada que añadir. ¿Y cuál es tu siguiente paso? ¿Vas a hablar con toda la gente que conocía a tu familia y que sigue aún por la zona?

—Sí, y eso incluye a Jack Lineberry. Tengo entendido que han montado juntos un negocio de lo más lucrativo.

—Jack es el que gana dinero a lo grande, pero a mí también me va bastante bien. Yo solo soy un informático. Él es el que se encarga de los negocios y los contactos. Se le da muy bien eso. Siempre ha sido así. Ya desde los tiempos de la mina de bauxita.

—Así que… ¿algoritmos?

—Más concretamente, programas de comercio automatizado. Una parte de ello consiste en mover grandes bloques de inversiones de manera eficiente y a menor coste. Otra parte consiste en realizar inversiones por medio de programas informáticos a fin de incrementar los beneficios. Se denomina comercio algorítmico de caja negra. Complejas fórmulas matemáticas y redes informáticas hiperrápidas para ejecutar las estrategias que se derivan de ellas. Si se detecta el patrón correcto en los movimientos de los mercados financieros, la más ligera fluctuación puede suponer una enorme diferencia. Esa es la razón por la que prácticamente todo el mercado financiero está automatizado. En el fondo, si se piensa bien, es una competición a la baja, una carrera hacia el abismo. Ha mejorado la liquidez de los mercados, pero también contribuyó al Flash Crash de 2010 en Wall Street. Sin embargo, las computadoras no tienen emociones; y, cuando los mercados caen en picado, las máquinas pueden hacer que se recuperen más deprisa que si los humanos estuvieran al mando. Aun así, se trata de un sistema amañado.

—¿Se refiere a que perjudica a los que están abajo? —dijo Pine.

Myron clavó la mirada en ella, sus peludas cejas moviéndose arriba y abajo.

—En los mercados financieros, los que están abajo son siempre los perjudicados. Así es como funciona el sistema, porque está diseñado por y para los peces gordos. Y no les gusta que el oro pueda llegar a manos de la chusma, que son todos los demás.

—¿Y tiene que cambiar a menudo los algoritmos? —preguntó Pine.

—Constantemente. El triunfo no es para el complaciente, sino para el hipervigilante. Y dado que prácticamente todo el mundo opera con la misma clase de algoritmos, la competición es feroz. Cualquiera que sepa cómo funciona el código Python, por ejemplo, puede dedicarse al comercio algorítmico. Por eso mi equipo y yo estamos en alerta constante. Y por eso Britta y yo podemos permitirnos una casa como esta. Los profesionales como yo estamos muy demandados. No obstante, la única razón para ello es que el sistema se vuelve cada vez más codicioso y está decidido a dar prioridad a la tecnología por encima de las personas.

—Pero usted es una persona —señaló Blum.

—Cierto, pero, por ejemplo, hace un par de años Goldman Sachs despidió a unos seiscientos agentes bursátiles y los sustituyó por unos doscientos ingenieros informáticos para que se encargaran de supervisar los programas de comercio automatizado. A Goldman Sachs le siguieron otras muchas de las grandes compañías. Y no es algo que se dé solo en el terreno financiero, prácticamente todos los sectores se están automatizando. En un futuro cercano habrá mucha gente con un montón de tiempo libre en sus manos, pero no dispondrán de dinero para poder hacer nada. Los multimillonarios de Silicon Valley saben muy bien lo que se avecina. Por eso muchos de ellos están pidiendo que se instaure un ingreso mínimo garantizado para todo el mundo a nivel nacional. Pero no lo hacen por pura benevolencia, al menos la gran mayoría de ellos.

—¿Y entonces por qué lo hacen? —preguntó Blum.

—Necesitan a gente que compre la mierda que venden. Y, lo más importante, no quieren que la chusma trepe por los muros de sus grandes propiedades y acabe descuartizándolos.

—En serio, Myron, dudo que alguna vez lleguemos a eso —le reprobó Britta.

—Pues entonces es que no entiendes de qué va la cosa —replicó él.

—¿Y trabaja aquí o en un despacho? —preguntó Blum.

—Tengo mi oficina aquí.

—¿Podemos verla? —pidió Pine.

—¿Por qué? —repuso él bruscamente—. No creo que tenga nada

que ver con lo que ocurrió tanto tiempo atrás.

—Nunca se sabe.

—Por regla general no dejo entrar a nadie.

—Siempre hay excepciones a la regla. Y en un entorno donde obviamente pasa tanto tiempo puede que se le ocurra algo que no se le ocurriría en otro lugar. Se lo agradecería mucho, de verdad. ¿Podría hacerlo por los viejos tiempos?

Myron pareció bastante descolocado y miró a su esposa. Finalmente se encogió de hombros, dio media vuelta y salió de la estancia.

Britta decidió quedarse en la cocina, así que el hombre condujo a las dos mujeres por un elegante pasillo y luego subieron una escalera curvada hecha de madera de cebrano, con pasamanos de acero inoxidable y gruesos y pulidos cables metálicos entre ellos.

Al llegar al piso de arriba se detuvieron ante una puerta, al lado de la cual había un panel de seguridad con una luz roja.

—Antes de entrar —dijo Myron—, tenéis que apagar los móviles.

Pine y Blum se miraron desconcertadas, pero acataron su petición.

El hombre se inclinó hacia el panel y posicionó el ojo frente a la luz roja.

—Escáner de retina —explicó, mientras la pesada puerta se abría con un chasquido metálico.

—Ya veo —dijo Pine.

—Y no va con doble sentido —bromeó Blum.

El espacio rectangular en el que entraron mediría como unos cien metros cuadrados. No había ventanas. El suelo bajo sus pies se notaba suave y mullido.

—Bienvenidas al mundo de las ciberfinanzas con un toque de alquimia digital —anunció Myron con cierto tono irónico.

Pine tocó las paredes, que parecían construidas en hormigón. Cuando se lo preguntó a Myron, este lo confirmó y añadió:

—Con una capa de cobre debajo. Para bloquear las señales electrónicas.

—¿Hay espías en el condado de Macon, Georgia? —dijo Pine.

—Hay espías en todas partes —respondió él secamente. Señaló al techo—. Satélites sobrevolando el planeta.

Pine se fijó en un cartel en una de las paredes. Consistía en una serie de números impares: 1, 3, 5, 7, 9, 9, 7, 5, 3.

Myron la vio mirarlo y sonrió.

—Me gustan más los números impares que los pares… hasta cierto punto.

—Muy bien —dijo ella, algo confusa.

Sobre un escritorio del tamaño de una enorme mesa de comedor, había una hilera de grandes monitores informáticos. Todas las pantallas estaban en negro.

Myron sostuvo en alto una tarjeta de plástico blanco.

—El sistema detecta el número de personas presentes en la sala. Si alguna de ellas no dispone de una tarjeta como esta con los requisitos de acceso, el sistema sabe que hay personas no autorizadas en la sala y todas las pantallas funden a negro.

—Las agencias de inteligencia cuentan con la misma clase de sistemas —comentó Pine.

—Lo sé. De ahí es de donde sacamos nuestros protocolos.

—¿Así que se sienta aquí y trabaja en… algoritmos? —preguntó Blum.

—No solo eso. También superviso la seguridad de las tuberías informáticas, repaso los procesos, ese tipo de cosas. Pero sí, modificar, afinar, generar nuevas plataformas es algo en lo que invierto mucho tiempo. Es una labor ardua, y en muchas ocasiones pesada. Codificar no es una tarea fácil. Y luego hay que estar atento a los bugs o errores de software, y a los hackers que actúan las veinticuatro horas del día: los rusos, los chinos, los grupos de la India, los de Oriente Próximo, niños de catorce años con un Mac que buscan hacer volar por los aires el sistema financiero… Joder, todo el mundo.

—Pero, si este lugar está totalmente sellado contra el espionaje electrónico, ¿cómo se conecta a la web? —preguntó Pine.

—Mediante software propietario —contestó Myron—. Lo que puedo contarte es que se trata de una amalgama de tuberías con sistemas de ciberseguridad endurecidos, y con una infraestructura autónoma basada en la nube a la que no tiene acceso el público general.

—¿Y es usted el único que hace este trabajo para Lineberry?

—No, tenemos todo un departamento repartido alrededor del mundo, pero yo soy el jefe. Me encargo de dirigir al resto, un nutrido grupo que ha ido creciendo exponencialmente a lo largo de los años. El recurso más valioso con el que contamos es nuestra tecnología de la información. Sin ella, no seríamos más que una panda de pringados jugando al *Monopoly*. Y estamos en comunicación permanente a través de la tubería asegurada y encriptada en ambos extremos a la que acabo de referirme.

—Su mujer nos ha dicho que no utilizan teléfono ni correo electrónico.

—Y tampoco tengo en mi casa ni Alexa ni asistente de Google ni ningún otro dispositivo espía. Y tampoco uso tarjetas de crédito. Y nunca navego por la red. Es una total ridiculez. La inmensa mayoría de la gente es idiota. Renuncian a su privacidad por conveniencia.

—Supongo que sí —dijo Pine—. Pero parece funcionar.

—Oh, sí, claro que funciona, pero para los otros. Ellos lo saben todo. Saben más de ti de lo que nunca llegarás a saber de ti mismo. ¿Por qué creéis que Facebook y Google son compañías tan valiosas? No es por lo de subir fotos de gatitos para tus amigos, o por poder buscar la respuesta a cualquier pregunta que tengas. Ni tampoco es por lo de construir una «comunidad» —añadió en tono despectivo—. Ni siquiera por la publicidad, aunque así es como muchos de ellos obtienen parte de sus ingresos. Es por la recopilación de datos. Datos sobre todos nosotros. Se trata de la mayor estafa jamás perpetrada. E, incluso ahora que sabemos que es una gran estafa, la gente sigue sin renunciar a ello. Son como drogadictos. ¿Os acordáis de lo que hacía antes la gente en cualquier situación, ya fuera conduciendo, bebiendo, comiendo o simplemente sentados sin hacer nada? Se encendían un cigarrillo. Y ahora ¿qué es lo que hace todo el mundo? Consultar sus móviles. Jóvenes, gente de mediana edad y ancianos. De la cuna a la tumba. El mundo está enganchado. El Gran Hermano recibe terabytes de información cada milisegundo. Y no paga un maldito centavo por ello.

—Visto así da miedo —comentó Blum.

—Por lo que parece, no tanto como para convencer a la gente de

que deje de hacerlo. Joder, ya es demasiado tarde. El mundo está esclavizado. No hay vuelta atrás. Hay demasiado dinero que ganar y demasiada influencia que ejercer.

—Tengo entendido —señaló Pine— que los ordenadores tienen un micro y una cámara activados en todo momento. Pueden vernos y oírnos sin que nosotros lo sepamos —añadió, mirando los monitores que había sobre el escritorio.

—Así es. Puedes estar en tu terraza hablando con un amigo sobre comida para perros, y poco después te salta en el móvil un anuncio de productos para mascotas. Vaya, ¿cómo puede ser eso?

—Como acaba de decir, el Gran Hermano está vivito y coleando —observó Blum.

—Y por esa razón este equipamiento está totalmente customizado, sin micros ni cámaras. No hay ratas en este barco.

—Y por eso nos ha pedido que apaguemos los móviles —dijo Pine.

—Ahora empiezas a pillarlo.

Blum señaló un certificado enmarcado de aspecto oficial que estaba sobre la mesa.

—¿Es una patente? Reconozco el documento.

Myron sonrió.

—Lo es. No puedes patentar un algoritmo, como no puedes hacerlo con algo que es una mera idea. Pero sí puedes patentar la implementación de un algoritmo; por ejemplo, un software. Y yo lo hice. Y me saqué un buen dinero con ello.

—Pero ¿eso no pertenecería a la compañía de Lineberry? —preguntó Pine—. O sea, usted trabaja para él. ¿Por qué su compañía no solicitó la patente?

—En este país solo los individuos pueden solicitar una patente, aunque obviamente las compañías pueden adquirir los derechos de su aplicación. Pero, respondiendo a tu pregunta, hice esto en mi tiempo libre. Y mi jefe no puso ningún problema al respecto. No tenía nada que ver con el sector de las inversiones y no le vendí la licencia a ninguno de sus competidores. Era para una industria y una aplicación totalmente diferentes. Y me reportó un bonito estipendio de seis cifras.

Blum examinó más de cerca el documento.

—Así que usted aparece como el titular de la patente. ¿Y el algoritmo se llama… Stardust?

Myron esbozó una gran sonrisa.

—Antes iba a Las Vegas con cierta asiduidad. No me dedicaba exactamente a contar las cartas, pero tenía mi propio sistema. Cuando estaba por allí iba mucho al viejo casino Stardust. Y en ese lugar me fue bastante bien. Me saqué mi buena pasta. Cuando surgió la oportunidad de la patente, pensé que sería divertido…, bueno, usar ese nombre. Fue como si me hubiera vuelto a tocar el bote.

Se sentó en una silla ergonómica y la hizo girar hasta situarse de cara a Pine.

—Bueno, ¿y por qué has vuelto en realidad?

—Por las razones que ya le he dicho.

Se la quedó mirando un buen rato, hasta que la situación se volvió incómoda.

—No estoy seguro de creerte.

—¿Puede decirme dónde se encontraban la noche que secuestraron a mi hermana?

—¿No lo has preguntado ya cuando estábamos abajo?

—Lo he hecho, pero no me ha respondido.

—He dicho que no tenía nada que añadir.

—Eso no es una respuesta. Y puede significar muchas cosas.

—Había olvidado que ahora eres una investigadora experimentada, y no una niña de seis años.

—¿Y eso podría influir en su respuesta?

Myron tamborileó abstraídamente con los dedos en el brazo de la silla.

—No lo sé.

—¿Y no puede decirme nada más?

—No creo que nadie que conociera a tus padres pudiera haber hecho algo así.

—Yo tampoco quiero creerlo. Pero ahora mismo solo estoy recopilando datos.

—No creo que pueda darte ninguno. Ahora mismo.

Pine le entregó una tarjeta.

—Mi número está ahí. Cuando se acuerde de algo más, llámeme.

—No tengo teléfono.

—Hay uno público en La Trena. Y nos alojamos en el Cottage. Si no estamos allí, puede dejar un mensaje.

—No voy mucho por el pueblo. Como puedes ver, no hay nada por allí que me interese.

Pine se tomó unos momentos para calibrar al hombre. Estaba claro que no le había dicho todo lo que sabía. Aunque eso no la sorprendía. En un interrogatorio, la gente rara vez cuenta todo lo que sabe. A veces no es algo intencionado; puede que la persona simplemente no se acuerde. Pero el instinto le decía que ese no era el caso. Myron Pringle sabía muy bien lo que hacía.

—De acuerdo —dijo—. Pues seguiré viniendo hasta que consiga lo que he venido a buscar.

—No puedes obligarme a que hable contigo.

—Cierto, pero puedo ser un auténtico incordio.

—¿Estás diciendo que vas a acosarme? —exclamó él con expresión torva.

—Estoy diciendo que pienso descubrir la verdad. Y, si tiene un problema con eso, entonces tiene un problema conmigo. Nos vemos pronto, Myron.

Dio media vuelta para marcharse y Blum se apresuró a seguirla, dejando allí a Myron Pringle mirando a las dos mujeres con gesto sombrío.

19

Max Wallis se presentó en el Cottage una hora después de que Pine y Blum hubieran regresado. Las mujeres lo condujeron a la sala del desayuno, donde los tres se sentaron a una mesa. Wallis dejó una carpeta de tres anillas ante él. Llevaba el traje y la camisa muy arrugados y sus ojeras revelaban que apenas había dormido.

—Hemos identificado a la víctima —dijo, bostezando.

—¿Cómo se llama? —preguntó Pine.

Wallis abrió la carpeta y hojeó su contenido.

—Hanna Rebane. Tu intuición era cierta. Es de Europa del Este, de Estonia.

—¿Cuál es su historia?

—Cuenta con un largo historial: drogas, prostitución, pequeños hurtos. Nada demasiado grave. Apenas ha estado en la cárcel, solo multas y algunos servicios comunitarios. Seguramente una cosa llevó a la otra y empezó a hacer la carrera para costearse la adicción. La vieja historia de siempre.

—O bien alguien la enganchó a las drogas y luego la obligó a prostituirse —dijo Pine—. Esa es la nueva «vieja historia».

—Pero ¿cómo llegó hasta aquí? —preguntó Blum—. ¿Estaba ejerciendo el oficio?

Wallis estudió sus notas.

—No, no creo que sea ese el caso. Alguien la habría visto. Y sus antecedentes la sitúan en Atlanta y Charlotte, y otra detención en Asheville. Ahora estoy rastreando su última dirección conocida.

—De modo que en algún momento se dirigió más hacia el sur —dijo Pine—. Me pregunto por qué. Puede que no fuera por propia elección.

—Lo cual significaría que el asesino la cogió en alguno de esos sitios y luego la trajo aquí.

Pine asintió.

—Y, si lo hizo, debió de tenerla oculta en alguna parte, ya fuera viva o muerta, antes de que encontráramos el cuerpo. ¿Algo más?

Wallis le pasó la carpeta a Blum.

—Aquí están las fotos de tráfico de los hombres de la zona para que tu amiga les eche un vistazo. Pon una X debajo de los que recuerdes haber visto en el restaurante esa noche.

—Lo haré.

Wallis miró a Pine.

—¿Y cómo va tu «otra» investigación?

—Muy despacio. Aunque no es de extrañar, después de tantos años.

—Si puedo hacer algo, solo tienes que pedírmelo.

—Te lo agradezco.

—Cuando consiga la última dirección conocida de Rebane, te lo haré saber. Si es que quieres seguir ayudando con esto…

—Sí, claro.

Después de que Wallis se marchara, Pine se quedó mirando con aire abstraído por la ventana.

—Con mi sueldo de funcionaria, ¿podría permitirme pagar para saber en qué estás pensando? —le preguntó Blum.

—No creo que mis pensamientos valgan tanto.

—Déjame decidirlo a mí.

—Agnes Ridley, Lauren Graham, Dave Bartles, Jack Lineberry y los Pringle. Todos ellos vivían por la zona en la época en que yo lo hacía. Ya hemos hablado con todos ellos. Y hemos descubierto algunas cosas que pueden servirnos de ayuda, pero aún queda mucho camino por recorrer.

—Bueno, estamos solo al principio. Prácticamente acabamos de empezar. Tuviste ese momento de epifanía sobre el reflejo en el espejo de tu cuarto. Y gracias a Jack Lineberry te has enterado de nuevos detalles sobre la muerte de tu padre.

—Así es —repuso Pine con un deje de amargura—. Y, si Lineberry dice la verdad, y no tengo ningún motivo para dudar de ello, mi madre me mintió.

—Puede que tuviera sus razones, agente Pine. Muy pocas madres

mienten a sus hijos a no ser que tengan una buena razón para ello.

—Bueno, ojalá pudiera preguntarle por qué lo hizo.

—¿En serio no tienes ni idea de dónde está?

Pine negó con la cabeza.

—Ni siquiera sé si está viva.

—Si le hubiera ocurrido algo, seguramente ya se habrían puesto en contacto contigo.

—No, si no le ha hablado a nadie de mí.

Blum miró a su jefa con inquietud.

—Ridley mencionó eso de dejar descansar el pasado. ¿Te asusta lo que puedas encontrar? Me pareció que era así al ver tu expresión.

—Creo que me asusta más de lo que me cuesta admitir. Sobre todo después de mi «revelación».

—¿Quieres explicarme qué es lo que te preocupa realmente?

Pine se inclinó hacia delante, entrelazó las manos sobre la mesa y bajó la mirada.

—Me preocupa que mi padre…

—¿… tuviera algo que ver con lo que le ocurrió a tu hermana? ¿Es eso? ¿Porque ahora crees que el intruso entró desde el interior de la casa?

Pine asintió sin alzar la vista.

—Bueno, una de dos: o bien quieres saber realmente lo que ocurrió, o bien no quieres saberlo. Si es esto último, podemos volvernos a casa ahora mismo. Pero ¿qué pasaría después? ¿Seguirías viendo a Daniel Tor en cada sospechoso que se te presentara delante?

—No lo sé, y esa es razón suficiente para seguir intentando descubrir la verdad. —Pine miró la carpeta—. ¿Por qué no te la llevas a tu habitación y le echas un vistazo?

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Voy a salir a dar otro paseo por el callejón de los recuerdos.

Se avecinaba lluvia. Pine podía notarlo por cómo había caído la temperatura y arreciado el viento. Llevaba puesto el cortavientos con capucha, así que no le preocupaba la perspectiva de que el tiempo

empeorara. Y, mientras el cielo se iba oscureciendo, siguió caminando por la calle principal de Andersonville.

Cuando empezó a gotear, Pine se encaminó de vuelta al lugar de los hechos.

El callejón de los recuerdos que acababa de mencionar era en realidad uno muy reciente.

Se detuvo y se quedó mirando el lugar donde el asesino había depositado el cadáver de Hanna Rebane. Echó un vistazo a la farola rota y al adoquinado circundante. La cinta policial con que habían acordonado la zona se agitaba al viento. La pantalla protectora ya no estaba y tampoco había ningún agente para asegurar la escena del crimen. Supuso que no tendrían suficientes efectivos para ese tipo de cosas. Por lo visto, había bastado con una única inspección de la escena.

El público general había sido embaucado para creer que todos los departamentos e investigaciones policiales funcionan tal como se ve en las series de televisión: oficinas de ambiente enrollado, todos los adminículos forenses disponibles, recursos ilimitados, tíos macizos equipados con un armamento increíble y mujeres con ropa ceñida enseñando escote.

La idea de los recursos ilimitados era un chiste, incluso para el FBI. Y la última vez que Pine había enseñado canalillo estando de servicio había sido… nunca.

Se agachó para pasar bajo la cinta policial y se dirigió hacia la parte posterior de los viejos edificios que se alineaban frente a la calle principal. Por ahí era por donde había venido el asesino. Pine procuró moverse por los márgenes del camino. Le habría gustado pensar que la policía local ya había rastreado toda el área en busca de huellas, marcas o indicios de cualquier tipo, pero no podía confiar plenamente en que eso fuera así. Al menos, no con el nivel de minuciosidad que ella habría deseado.

Durante más de una hora caminó arriba y abajo por el lugar, llegando hasta la línea de árboles, antes de concluir que no iba a encontrar nada allí.

Entonces sacó del bolsillo su pequeña linterna Maglite y se adentró

entre los árboles justo cuando la lluvia empezaba a arreciar. Por suerte, la tormenta no venía acompañada de aparato eléctrico. Siguió caminando por un sendero maltrecho hasta salir de la masa boscosa. Llegó a una pista de tierra que empezaba rápidamente a enfangarse. Cualquier huella de neumático que pudiera haber quedado se habría borrado hace tiempo.

Se encaminó de vuelta a la calle principal y se refugió bajo la cubierta del escaparate de una tienda. Con las manos en los bolsillos, reflexionó sobre qué hacer a continuación.

La médica forense le había enviado por correo electrónico las fotos de las marcas redondeadas aparecidas en la espalda y la parte posterior de los muslos de la víctima. Pine fue pasándolas y examinándolas una a una. Podían haber sido provocadas por múltiples causas, pero era preciso identificarlas más concretamente para poder realizar algún avance significativo en la investigación.

Echó un vistazo alrededor del pequeño pueblo. La lluvia había amedrentado a la mayoría de los transeúntes, pero todavía quedaban algunos valientes deambulando aquí y allá. El lugar no parecía haber cambiado mucho, al menos por lo que podía recordar. En ese momento deseó que su memoria fuera perfecta, pero eso era algo sencillamente imposible. Y sabía muy bien que los testigos presenciales eran poco fiables. Una persona normal apenas se fijaba en lo que ocurría a su alrededor, mucho menos podía recordarlo. E, incluso en ese caso, la mitad de las veces los testigos recordaban mal los detalles. Era algo que siempre le había preocupado durante los procesos judiciales, ya que sus testimonios solían ser el factor determinante que hacía que un jurado decidiera si alguien debía perder la libertad, o incluso la vida.

Se apoyó contra una columna y contempló cómo la lluvia caía y anegaba rápidamente la calle. «Pese a que mi memoria es mejor que la de la mayoría debido a mi formación como agente, a los seis años aún no estaba adiestrada. Y, por tanto, mis recuerdos de aquella época son tan malos como los de cualquier otro».

La prueba de ello era la reciente revelación de que quien la había atacado a ella y secuestrado a Mercy podría no haber entrado por la

ventana, sino que lo habría hecho por la puerta, y por eso había visto su imagen reflejada en el espejo.

«Pero ¿y si ese recuerdo resulta también ser falso? ¿Y si en realidad no vi a nadie en el espejo?».

Pine era una investigadora experimentada. Sin embargo, en ninguno de sus casos anteriores había estado implicado un miembro de su familia. Se sentía confusa y desorganizada, algo que no podía permitirse si quería descubrir la verdad.

No obstante, tenía muy clara una cosa: iba a seguir intentándolo con Myron Pringle. El hombre no había sido del todo sincero con ella y no entendía el porqué.

—Pareces muy pensativa.

Pine miró el SUV Porsche negro que acababa de detenerse frente a ella. Desde la ventanilla trasera bajada, Jack Lineberry la estaba observando.

—Estaba dándoles vueltas a algunas cosas.

—¿Tienes tiempo para almorzar? Conozco un restaurante en Americus. A la vuelta te puedo dejar en el Cottage.

Pine no estaba hambrienta de comida, sino de información.

—De acuerdo.

Y subió al vehículo apresuradamente mientras la lluvia se intensificaba.

20

Al entrar en el coche, Pine observó que conducía Jerry, el muy desagradable guardia de seguridad, y que Tyler iba de copiloto. Jerry la fulminó con la mirada por el retrovisor y apretó el acelerador antes de que pudiera abrocharse el cinturón, arrojándola hacia atrás contra el asiento por la fuerza del impulso.

Lineberry llevaba una americana azul marino, pantalones de lana gris y una camisa de vestir blanca con el cuello abierto, a juego con el pañuelo que sobresalía del bolsillo de la chaqueta.

—Hace bastante frío para esta época del año —dijo él.

—Y la lluvia no ayuda —señaló ella mientras se abrochaba el cinturón, después de haberle lanzado a Jerry por el retrovisor una mirada de que te den.

—Supongo que no tenéis mucha lluvia allí por Arizona.

—Es una zona muy seca. Pero, cuando llueve, cae con ganas.

—Imagino que ahora Andersonville te parece un lugar bastante atrasado.

—En Arizona también tenemos sitios así. Gente que se busca la vida como puede para ir tirando. No tengo nada en contra de eso. De hecho, el lugar donde vivo se parece bastante a esto. Gente de clase trabajadora, nativos americanos, inmigrantes, forasteros de otros estados que buscan un clima más cálido. No se ven muchos multimillonarios. —Le lanzó una mirada—. Sin ánimo de ofender.

—No lo has hecho.

—Tampoco tengo nada en contra de que la gente gane dinero.

Lineberry asintió. Luego su expresión se tornó sombría.

—He oído algo acerca de esa mujer que encontraron muerta. ¿La han identificado ya?

—Están en ello —dijo Pine, evasiva.

—¿Tú también trabajas en la investigación?

—¿Importa eso acaso?

—No, supongo que no. Solo me lo preguntaba. Creía que el caso de tu hermana te tendría demasiado ocupada.

—Tendría que ser así. He estado con los Pringle esta mañana.

—¿Que has estado con Myron… por la mañana? —Pareció sorprendido.

—¿Así que conoce sus hábitos de sueño?

Lineberry asintió.

—Un tipo raro, pero de lo más brillante.

—Me ha enseñado donde trabaja.

—Eso sí que me extraña. Es muy celoso en lo que respecta a la seguridad.

—Las pantallas de todos los ordenadores fundieron a negro porque no estábamos autorizadas. Y nos obligó a apagar los móviles.

—Evidentemente —dijo él, sonriendo—. ¿Britta y él han sido de alguna ayuda?

—No mucho. ¿Qué puede contarme de ellos? ¿Dónde vivían antes de regresar?

—Creo que se trasladaron a Carolina del Norte poco después de que tus padres se marcharan.

—¿Y cómo volvió a contactar con él?

—Al igual que a tu padre, lo conocía de la época de la mina. Y enseguida pude ver el talento que tenía para los ordenadores. No había ido al MIT ni a Stanford ni nada de eso, era algo innato. Sus aptitudes excedían con creces los requerimientos del trabajo en la mina de bauxita. Cuando empecé a fundar mi compañía, la realidad del comercio automatizado estaba comenzando a instaurarse. Supongo que tuve la revelación de que se convertiría en algo importante. Y pensé que Myron podría ser un activo valioso, como ha resultado ser.

—No estoy segura de que fuera del todo sincero conmigo.

Lineberry le dirigió una mirada inquisitiva.

— ¿Y eso?

—No quiso contarme dónde estaba la noche que desapareció mi hermana.

—Bueno, me cuesta creer que Myron tuviera algo que ver con nada de aquello.

—Entonces ¿por qué no dice claramente dónde estaba?

—Tal vez no se acuerde.

—No creo que ese hombre olvide muchas cosas.

Lineberry se disponía a decir algo, pero en el último momento se contuvo.

—En eso tengo que darte la razón —dijo al fin—. Pero aun así…

No dijeron nada más durante el resto del trayecto.

El restaurante estaba situado enfrente del hotel Windsor, un edificio de estilo arquitectónico Reina Ana.

—¿Has estado alguna vez aquí? —le preguntó él.

—¿En el restaurante o en Americus?

—En los dos.

—En el restaurante no. En Americus sí. Me trajeron al hospital cuando aquel tipo me destrozó el cráneo.

Lineberry pareció avergonzado.

—Debería haberlo recordado.

—No tenía por qué. Tampoco yo me acuerdo mucho de aquello. Me lo contaron más tarde.

Pidieron la comida, que llegó al cabo de pocos minutos.

—¿Sabías que el doctor Martin Luther King Jr. fue encarcelado aquí en 1961 por protestar contra la segregación en Albany? —dijo Lineberry.

Pine negó con la cabeza.

—Aunque tampoco me extraña, estando en Georgia.

—La otra cara de la moneda es que Hábitat para la Humanidad tiene su sede aquí.

—Algo he leído de eso.

Él tomó un sorbo de su té helado.

—Una noche, creo que fue en 2007, salía de la ciudad después de cenar cuando un gigantesco tornado arrasó toda la zona. Me libré por poco. Dejó un rastro de destrucción de unos sesenta y cinco kilómetros de ancho que atravesó todo Americus, destruyendo casas, negocios, iglesias, y dejando en un estado ruinoso el hospital regional. Al final

tuvieron que tirarlo abajo. Yo presencié aquel desastre. Fue lo más aterrador que he visto nunca.

—Al parecer la reconstrucción fue bastante bien.

Lineberry la miró por encima de su cuenco de sopa.

—Seguro que en tu trabajo has visto cosas mucho más aterradoras.

Pine pensó en Daniel James Tor.

—He visto a personas aterradoras. No sé si eso se puede comparar con un tornado.

Lineberry asintió y bajó la vista.

Jerry se había quedado fuera en el Porsche, mientras que Tyler estaba sentado en una mesa cercana tomando una taza de café. Pine echó un vistazo al primero a través del amplio ventanal del restaurante.

—¿Cuánto tiempo lleva Jerry con usted? —preguntó Pine, y bebió de su té helado.

—Unos cinco años. Antes estaba en el Servicio Secreto.

—¿De verdad?

—¿Te sorprende?

—¿Que haya contratado a un antiguo agente del Servicio Secreto como guardia de seguridad? No. Están entre los mejores del mundo.

—¿Y entonces qué es lo que te extraña?

—El otro día en su casa provocó una situación muy tensa conmigo cuando no había necesidad. Conozco a muchos agentes del Servicio Secreto, tanto en activo como retirados. Y no se comportan así. Son tranquilos, respetuosos y profesionales. Mantienen la calma hasta que se ven obligados a actuar. Provocar una escalada de la tensión nunca es su primer movimiento a menos que alguien saque un arma.

Lineberry miró hacia el Porsche aparcado en la calle.

—Bueno, a mí me parece que hace bien su trabajo.

—¿Y qué hay del otro guardia?

—Tyler Straub viene de una empresa de seguridad privada. Es un buen tipo.

—¿Y para qué tanta seguridad, señor Lineberry?

—Por favor, llámame Jack y trátame de tú. No es por darme muchas ínfulas, pero tengo una gran fortuna y, por desgracia, eso me convierte

en un blanco.

—¿Has recibido amenazas?

—Las ha habido, sí. Algunas son de tipo genérico, ya sabes, eso de que soy un cabrón capitalista que chupa la sangre de la gente. Otras vienen de exempleados, e incluso hubo una de un antiguo cliente que se enfadó un poco porque pensaba que lo había estafado.

—¿Y lo hiciste?

Lineberry sonrió.

—Si tuviera por costumbre estafar a mis clientes, hace tiempo que no estaría en el negocio.

—A Bernie Madoff le fue muy bien durante bastante tiempo.

—Todos los años nuestra firma se somete a una auditoría independiente, y las inversiones que hacemos para nuestros clientes se realizan con compañías reales y valores seguros. Somos totalmente transparentes. Los informes vienen directamente de esas empresas y entidades en las que han invertido. Nosotros no hacemos nuestras propias declaraciones, aparte de dejar constancia del conjunto de inversiones y operaciones de nuestra firma, que es algo que se nos requiere legalmente.

—¿Y por qué se enfadó ese cliente?

—Porque, en vez de hacerle ganar cien millones de dólares en cinco años, solo le hicimos ganar cincuenta. Eso aún representaba el doble de su inversión inicial, unos beneficios condenadamente fantásticos para un periodo de tiempo tan corto, cuando casi todo el mundo percibía la mitad de esa cifra.

—¿En serio se enfadó por eso?

—Primero me denunció, y luego me amenazó. Vino a mi despacho con lo que afirmaba que era una bomba.

—¿Y qué ocurrió después?

—Ahora está internado en un hospital psiquiátrico de alta seguridad. Creo que tanta cantidad de dinero lo perturbó.

—Supongo que el dinero no compra la felicidad.

—No, pero te proporciona libertad y te facilita la vida.

—No quiero ser grosera, pero ¿a qué viene esta repentina invitación a almorzar?

—Estaba en Andersonville y venía hacia aquí. Entonces te vi.

Pine meneó la cabeza.

—Está en mi ADN ser escéptica. Así que estoy convencida de que un hombre tan ocupado como tú debe de tener otra razón.

Lineberry se limpió la boca con la servilleta y dejó la cuchara sobre la mesa.

—De acuerdo. Tal vez la haya.

—Te escucho.

—Iré al grano. ¿Qué le ha sucedido a Julia?

De pronto se le ocurrió a Pine que debería haberse esperado esa pregunta.

—¿Por qué?

—Era una amiga, una buena amiga. Sé lo que le sucedió a tu pobre padre. Y me gustaría saber si Julia se encuentra bien ahora.

Pine lo sopesó con la mirada.

—Depende de cómo definas estar «bien».

Él torció el gesto.

—Eso suena un tanto inquietante.

—Ha pasado ya mucho tiempo y desde entonces habéis llevado vidas completamente distintas. Sé que erais amigos, pero…

—Éramos muy jóvenes, aunque yo era el mayor del grupo. Y las amistades que forjas cuando empiezas a abrirte paso en la vida son muy importantes. Nunca formé una familia, así que supongo que «adopté» a los hijos de mis amigos como propios. Y me quedé destrozado cuando Britta y Myron perdieron a los suyos.

—Un accidente y una sobredosis.

—Sí.

—¿Qué tipo de accidente?

—¿Importa eso?

Aunque Pine no se acordaba de ellos, dijo:

—Éramos niños y jugábamos juntos. Tú no tienes el monopolio de esos sentimientos.

Lineberry pareció totalmente escarmentado por sus palabras.

—Sí, sí, claro. Bueno, Joey estaba limpiando su escopeta y se le disparó.

—¿Estaba limpiando un arma cargada?

—Creo que había bebido.

—¿Dónde ocurrió?

—En Carolina del Norte. Vivía allí entonces.

—¿Y Mary? Britta dijo que fue por una sobredosis…

—Heroína, creo.

—¿Llevaba mucho tiempo consumiendo?

—Diría que no. Creo que era la primera vez.

—Y la última.

—Sí. Mary murió primero y Joey un mes después. Aquello los destrozó.

—Pero parecen haberse recuperado… hasta donde puede uno recuperarse de algo así.

—Myron continúa siendo Myron. Él…, bueno, lo mira todo desde la perspectiva de la lógica, y luego sigue adelante. ¿Britta? La verdad, no creo que haya llegado a superarlo.

—Tiene esa casita tipo Cape Cod en la parte de atrás. No le va el estilo contemporáneo.

—Creo que pasa mucho tiempo allí. Pensando en sus cosas.

Pine asintió.

—En fin…, ¿y tu madre? —preguntó Lineberry.

—Seré franca contigo. Ha tenido que pasar por mucho.

—¿A qué te refieres?

—Prefiero no hablar de eso.

Él ladeó la cabeza.

—¿Es que está en el hospital o algo así?

—Algo así —respondió ella con vaguedad.

—¿Cuál es su diagnóstico?

—No estoy segura de que haya uno, al menos que yo sepa.

Lineberry asintió.

—Lamento oír eso.

—Es la vida —dijo ella encogiéndose de hombros—. Hay que aceptar las cosas buenas y las cosas malas. Aparte de los Pringle, ¿recuerdas a alguien más con quien pueda hablar?

—No, eso es todo.

—Muy bien. Entonces creo que ya hemos acabado aquí. —Pine fue a echar mano a su cartera.

—No, ya te lo dije. Invito yo.

—Me sentiré mejor si pago mi parte —repuso ella, y dejó sobre la mesa un billete de veinte.

Poco después estaban los tres en la calle. Se montaron en el Porsche y Jerry arrancó.

—La próxima vez que veas a tu madre, ¿puedes darle saludos de mi parte? —dijo Lineberry.

—Lo haré. —«Si es que vuelvo a verla alguna vez», pensó Pine.

La dejaron en el Cottage.

—Si te acuerdas de alguien más, llámame —dijo ella.

—Lo haré —prometió él.

Mientras veía alejarse el coche, Pine pensó: «¿Por qué dudo de que vaya a hacerlo?».

21

—Evidentemente no puedo estar segura al cien por cien, pero me he esforzado cuanto he podido para marcar a los hombres que recuerdo que estaban en La Trena esa noche —dijo Blum, entregándole a su jefa la carpeta de anillas.

Pine la dejó sobre la cama de su habitación y empezó a hojear las páginas.

—Hay como unos veinte hombres que no estaban allí, aunque la mitad parecen demasiado viejos y frágiles para haber secuestrado a la mujer, por no hablar de cargar con ella hasta cierta distancia.

—Agnes Ridley y Cy también estaban en el restaurante. Les pedí que echaran un vistazo a las fotos, para comprobar si no me fallaba la memoria. Y los tres señalamos prácticamente a la misma gente.

—Pero no estaban ni Myron Pringle ni Jack Lineberry.

—He preguntado por el pueblo. Ninguno de ellos frecuenta La Trena.

—Imagino que no. No viven muy cerca. Lineberry tiene probablemente su propio chef, y a Pringle le dará demasiado miedo que alguien pueda poner un chip espía ingerible en su puré de patatas.

—¿Y a ti cómo te ha ido?

Pine le habló de su búsqueda infructuosa en la escena del crimen y de su extraño almuerzo con Lineberry.

—Es curioso que me preguntara por mi madre con tanta insistencia.

—Eran amigos.

—Aquello fue hace mucho tiempo. Y, además, ¿mantuvo el contacto con mi padre, pero no con mi madre?

—Bueno, dijo que no sabía dónde estaba. En fin, ¿qué piensas hacer con mi lista?

—Se la pasaré a Wallis. Podría ofrecernos alguna pista.

—El problema es que nuestro asesino podría ser un turista y haber abandonado ya la zona.

—En ese caso no hay mucho que podamos hacer. No podemos controlar todas las salidas del pueblo. Y tampoco creo que haya muchas cámaras de videovigilancia por aquí.

—Dudo que haya alguna cerca del lugar de los hechos. De ser así, Wallis o la policía habrían mencionado algo al respecto.

Pine hizo fotos de los hombres que no estaban en el restaurante y se las envió por correo electrónico a Wallis.

—Veamos qué puede sacar a partir de esto.

—¿Cuáles son los siguientes pasos? —preguntó Blum.

El móvil de Pine emitió un zumbido. Era Wallis, acusando recibo de las fotos y añadiendo algo más.

Pine escuchó el mensaje.

—Ya ha averiguado la última dirección conocida de Hanna Rebane. Viene de camino para recogernos.

—Está en la zona de Fort Benning —anunció Wallis mientras llevaba a Pine y Blum en su polvoriento y herrumbroso Crown Vic. En el interior se esparcían recipientes de comida rápida, latas de refresco abolladas y vasos de plástico de café, y el ambiente estaba cargado con los olores mezclados de patatas fritas pasadas y humo de cigarrillo.

—Columbus, Georgia —dijo Pine—. En la frontera con Alabama.

—Exacto. ¿Has estado allí?

—Una vez, trabajando en un caso conjunto con el CID, la División de Investigación Criminal del Ejército.

—Yo también he colaborado con el CID. ¿Con quién trabajaste?

—Con el agente especial John Puller.

—¿Puller? —repitió Wallis—. ¿No era su padre un héroe de guerra o algo así?

—Y lo sigue siendo. Y John también. Es un buen tipo. Me enseñó mucho sobre la vida militar. Es un mundo totalmente distinto.

—Vaya si aprendí yo eso tras mi breve paso por el ejército —

convino Wallis con vehemencia.

—Bueno, ¿y qué nos puedes decir de Hanna Rebane? —preguntó Blum.

—Compartía apartamento con otra chica.

—¿Su compañera es también de Europa del Este?

—No. Se llama Beth Clemmons. Ese es su nombre verdadero, no el artístico.

—¿Artístico? —dijo Pine.

—Es actriz porno. Se la conoce como Raven McCoy en las…, eh…, películas.

—¿Rebane trabajaba también en el cine porno? —preguntó Pine—. Eso explicaría algunas de las cosas que encontramos en la autopsia.

—Es lo que vamos a averiguar ahora.

El complejo de apartamentos en el que entraron tenía vistas al río Chattahoochee, que conformaba la línea fronteriza entre Georgia y el estado vecino de Alabama.

Tras salir del coche, Pine contempló el magnífico edificio.

—Es mucho mejor de lo que me había esperado.

—Parece que su trabajo está muy bien pagado —comentó Blum.

—He llamado antes —dijo Wallis—. Clemmons nos está esperando.

Se presentaron ante el conserje. Pine echó un vistazo alrededor del lujoso vestíbulo y pensó que era infinitamente mejor que el lugar donde vivía en Arizona.

Subieron en el ascensor hasta la sexta planta, donde Wallis llamó a la puerta del apartamento 611. Al momento les abrió una mujer menuda y pechugona, con el pelo teñido de rubio y los ojos inyectados en sangre. Llevaba un top con escote halter y unos leggings negros, e iba descalza. En una mano agarraba un montón arrugado de pañuelos de papel.

Beth Clemmons parecía devastada.

Wallis y Pine enseñaron sus placas y ella se apartó para dejarlos pasar.

Clemmons los condujo hasta una sala inundada por el sol y con espectaculares vistas a la campiña circundante y al río Chattahoochee más allá. A ojos de Pine, el apartamento estaba decorado con rigor

profesional, y la elección del mobiliario y los cuadros era a la vez estudiada e imaginativa. Ella llevaba una vida espartana, pero en el curso de sus investigaciones había visto las suficientes casas de gente importante y acaudalada para conocer la diferencia entre tener buen gusto y gastar dinero a espuertas sin ton ni son.

Se sentaron alrededor de una gran mesita baja de madera y metal. Clemmons se secó los ojos y los miró.

—¿Están seguros de que se trata de Hanna? —preguntó con voz ronca.

Wallis sacó una foto.

—Las huellas coinciden. Pero puedo enseñarle esto.

—¿Está…? —preguntó temerosa, con los ojos muy abiertos.

—Sí. Pero parece como si estuviera dormida.

Wallis le pasó la foto. Clemmons la miró un segundo y luego se la devolvió, asintiendo.

—Es ella. Es Hanna. —Daba la impresión de que fuera a vomitar en cualquier momento.

—Lo siento —dijo Wallis—. Nadie debería morir de esa manera.

Tras respirar profundamente tres veces seguidas, la joven se tranquilizó.

—¿Y la estrangularon y la dejaron tirada en la calle de ese pueblo…, cómo dijo que se llamaba?

—Andersonville, Georgia.

—¿Usted o ella han estado alguna vez allí? —preguntó Pine.

Clemmons negó con la cabeza.

—Nunca había oído hablar de ese pueblo. No creo que Hanna haya estado nunca allí, aunque no puedo estar segura.

—¿Podría contarme exactamente cómo se conocieron? —preguntó Wallis, con su bloc y su boli ya preparados.

—No me andaré con rodeos. Nos conocimos cuando trabajábamos como… acompañantes. —Miró nerviosamente al policía.

Él captó su mirada y se apresuró a decir:

—Estoy investigando un asesinato, señorita Clemmons. No tengo interés en nada más. Y tampoco pienso contarles nada de lo que nos diga a otros colegas que tengan jurisdicción sobre el asunto de las…

acompañantes.

Ella asintió.

—El caso es que ya no lo somos. Desde hace un tiempo trabajábamos como actrices. Yo fui la primera en meterme en ese mundo, y luego convencí a Hanna. Tenía esa imagen increíblemente exótica, tan diferente de las otras chicas, con una estructura facial por la que yo podría matar. Mi aspecto es bastante vulgar, pero el de Hanna no. Habría llegado muy lejos.

—¿Está hablando de la industria del cine para adultos? —preguntó Blum.

—Sí —dijo Clemmons con una mirada desafiante.

—Pero no se pueden filmar películas porno en Georgia, ¿no? —dijo Wallis.

—El Tribunal Supremo lo considera libertad de expresión —explicó Pine—, siempre y cuando todos los actores sean mayores de dieciocho años. Pones una cámara en la ecuación, le pagas un sueldo al equipo, y la cosa deja de ser pornografía para convertirse en arte. Pero no conozco específicamente las leyes de Georgia al respecto.

—No importa, porque no filmamos en Georgia —repuso Clemmons —. Volamos al sur de Florida cada dos meses, rodamos durante un par de semanas y volvemos.

Wallis echó un vistazo alrededor de la sala lujosamente amueblada.

—¿Y cuánto se paga?

—Bueno, varía mucho dependiendo de lo reconocido que sea tu nombre, de la popularidad y la experiencia. Ambas nos estábamos abriendo camino. Hanna ganaba tres de los grandes por película y yo me saco unos dos mil quinientos, y eso que empecé antes que ella. Era por la imagen exótica de la que antes hablaba. Y en dos semanas podíamos rodar como una docena de películas.

—¿Doce películas en catorce días? —exclamó Blum.

Clemmons asintió.

—En fin, no es que sea Shakespeare. Nadie va a ganar un Oscar trabajando en esto. Las historias son bastante simples y los diálogos…, bueno, la gente no ve porno por los diálogos. La peluquería y el maquillaje pueden llevar un par de horas, pero por lo general rodamos

en distintas habitaciones de la misma casa y no tenemos que cambiar de localización. Los chicos van entrando para las distintas escenas. El cámara se va moviendo a nuestro alrededor para captar todos los ángulos, así que no tenemos que parar y podemos seguir filmando nuevas tomas. La cosa funciona de manera muy eficiente.

—¿Y Hanna ganaba treinta y seis mil dólares por medio mes de trabajo? —preguntó Wallis.

—Bueno —comentó Pine—, imagino que debe de ser un trabajo bastante duro.

—Y tanto que lo es —convino Clemmons, dedicándole una sonrisa agradecida.

—Vale, vale —dijo Wallis, visiblemente incómodo. Carraspeó—. ¿Y cuándo fue la última vez que vio a la señorita Rebane?

—Hace cuatro días. Teníamos previsto volver a Florida dentro de una semana para hacer más películas. Antes solíamos pasar mucho tiempo juntas aquí, pero últimamente nos habíamos distanciado un poco. A ver, seguíamos siendo amigas y todo eso. Y obviamente continuábamos compartiendo piso.

—¿Cuánto tiempo llevaban viviendo juntas? —preguntó Pine.

—Hará unos dos años. La mayor parte del tiempo aquí. Compramos juntas el apartamento.

—Entonces la vio por última vez hace cuatro días —dijo Wallis—. ¿Dónde?

—Comimos bastante tarde en un restaurante que está como a kilómetro y medio de aquí. Luego yo me fui a casa de mi novio y pasé la noche allí. Volví a la tarde siguiente.

—¿Conoce a sus otras amistades? ¿Le comentó si tenía novio o si había alguien nuevo en su vida?

—No tenía pareja, al menos que yo sepa. Y tampoco tenía muchas amistades.

—Pero ha dicho que se habían distanciado un poco —señaló Blum —, así que puede que no supiera si tenía o no novio.

—Eso es cierto.

—¿Y hubo algún motivo por el que se distanciaron? —preguntó Pine.

La joven pareció incómoda y no respondió.

—Señorita Clemmons, si sabe algo que pueda sernos de ayuda… —la instó Blum.

—Por favor, tratadme de tú. —Suspiró y se frotó los muslos con los puños—. Últimamente Hanna estaba un poco rara.

—¿Rara en qué sentido, Beth? —preguntó Pine.

—Se mostraba reservada, como si guardara algún secreto. Hasta me comentó que se estaba planteando abandonar la profesión. De hecho, me lo contó en nuestro último almuerzo.

—¿Te dijo por qué, o lo que pensaba hacer en vez de dedicarse al cine para adultos? —inquirió Wallis.

—La verdad es que no. Pero…, bueno, tuve la sensación de que alguien estaba ejerciendo algún tipo de influencia sobre ella. —Sonrió con gesto algo avergonzado—. Hanna era muy guapa y todo eso, pero tampoco es que tuviera muchas luces. Vivía el día a día. Solo tenía veintisiete años y no tenía nada claro lo que quería hacer con su vida. Era una persona despreocupada y disfrutaba con lo que tenía. —Miró alrededor de la amplia y luminosa sala—. Le encantaba todo esto. Había tenido una infancia bastante pobre allá en su país.

—Era de Estonia —señaló Pine.

—No lo sabía. Nunca me lo dijo, solo que no había nacido aquí. Se notaba porque tenía mucho acento, muy marcado. A veces costaba entender lo que decía.

—Tenía un largo historial delictivo —dijo Wallis—. Prostitución, drogas…

—Eso fue hace años —replicó ella a la defensiva—. Llevaba mucho tiempo limpia. Y con las películas estábamos ganando mucho más dinero del que habíamos ganado nunca con… —Se contuvo y guardó silencio.

—Beth, la autopsia ha confirmado que Hanna seguía consumiendo drogas —dijo Pine—. Coca, meta…, resultaba bastante evidente. Me extraña que vivierais juntas y no lo supieras.

Miró los brazos al descubierto de la joven. Ya se había fijado en que no presentaban marcas de pinchazos. Pero aun así había algo raro…

—¿Beth? —le insistió.

—Fuimos juntas a rehabilitación —soltó al fin—. ¿Vale? Y se desintoxicó. Durante un tiempo. Luego volvió a recaer. Yo estaba al tanto de todo, pero no conseguí que me escuchara. Y todavía podía hacer su trabajo, pero…

—Puede que últimamente hubiera entrado alguien en su vida que la convenció de que cambiara —dijo Blum con voz pausada, manteniendo la vista fija en Clemmons—. Alguien que la hiciera volver al mal camino…

—Puede ser. Pero nunca me habló de que hubiera nadie así en su vida.

—¿Te habló alguna vez de que quisiera casarse? —preguntó Pine.

La joven abrió mucho sus grandes ojos.

—¿Casarse? No, para nada. ¿Por qué?

—Solo estoy comprobando todas las posibilidades. ¿Mostró alguna vez interés por mirar vestidos de novia o velos?

—No, nunca.

—¿Sabías que había tenido un hijo? —preguntó Wallis.

Al oírlo, Beth se quedó de piedra.

—¿Cómo? Oh, por Dios, ¿en serio?

—La autopsia también lo ha confirmado.

—Ella…, no, nunca. No tenía ni idea. Santo cielo, esto es tan… —Su voz vaciló y empezó a mordisquearse una cutícula.

—¿Tenía algún pariente al que debamos notificar su fallecimiento? —continuó Wallis.

—Nunca me habló de ninguno. Ningún familiar vino a visitarla aquí. Y desde luego ningún hijo.

—¿Podemos echar un vistazo a su habitación? —preguntó Wallis.

—Supongo que sí. Es por aquí.

Beth los condujo hasta el dormitorio de Hanna y luego enfiló de vuelta por el pasillo, dejándolos solos.

Los tres se quedaron contemplando la enorme estancia, que contaba con su propio baño.

Pine pensó por un momento en la mujer que ya nunca volvería a esa habitación, pero enseguida sacudió la cabeza y se centró en el asunto que tenían entre manos.

—Muy bien. Vamos a ello.

22

Una hora más tarde, Pine se sentó en la cama y observó cómo Blum y Wallis continuaban rastreando entre las pertenencias y la vida de una mujer muerta llamada Hanna Rebane.

Wallis salió del cuarto de baño y negó con la cabeza.

—No hay gran cosa ahí dentro.

Blum cerró el último cajón del vestidor y regresó a la habitación.

—Tiene algunos vestidos, zapatos y bolsos de marca. Auténticos, ninguna falsificación.

—Pero no hemos encontrado ningún teléfono, aunque ahí hay un cargador —dijo Pine, señalando el pequeño escritorio incorporado en la pared junto a la cama, donde el cable colgaba conectado al enchufe.

—Si se llevó el móvil, ¿por qué no llevarse el cargador? —observó Wallis.

—Quizá pensó que no estaría fuera tanto tiempo como para necesitarlo —repuso Pine—. Si no pensaba pasar la noche fuera, no necesitaba llevarse el cargador. En este lugar tiene que haber cámaras de exterior. Podemos pedir que nos dejen revisar las grabaciones para ver si muestran sus entradas y salidas del edificio, y cuándo. Y lo más importante: si iba con alguien.

Regresaron al salón, donde Clemmons estaba tomando una taza de té.

Mientras Wallis iba a revisar las grabaciones de videovigilancia con el personal de seguridad del edificio, Pine y Blum se sentaron frente a la mujer, que estaba visiblemente afectada.

—¿Hanna tenía coche? —preguntó Pine.

—No. Y yo tampoco. Si teníamos que ir a algún sitio, pedíamos un Uber o un Lyft, o un Zipcar para trayectos más largos. Desde aquí podemos ir caminando a cualquier lugar que necesitemos. Por eso

elegimos vivir en este apartamento.

—Así es como funcionan ahora los *millennials* —comentó Blum—. Cuando yo me saqué el carnet a los dieciséis años, lo primero que hice fue empezar a ahorrar para comprarme un coche.

—De modo que, para ir a algún sitio, ¿habría pedido un servicio de transporte privado? —preguntó Pine.

—Sí.

—¿Has visto su móvil por aquí?

—No. Debió de llevárselo con ella.

—¿Tenía Hanna un portátil, un iPad o algo así?

—No, solo el móvil. Lo usaba para todo.

—Podemos comprobar su cuenta para ver si vino a recogerla algún servicio —dijo Pine mirando a Blum—. Y también podríamos intentar rastrear la señal de su móvil. —Volvió a centrarse en Clemmons—. ¿No te preocupaste al ver que tu amiga no regresaba a casa? ¿Contactaste con la policía para denunciar su desaparición?

—No. Hanna ya había pasado antes varios días fuera. Tres, cuatro días, y luego volvía a casa sana y salva.

—Y, en esas ocasiones, ¿te contaba dónde había estado?

—No, y yo tampoco le preguntaba.

—Cuando volvía, ¿se la notaba nerviosa o alterada?

Clemmons pareció algo incómoda.

—No sé. Tal vez.

—Eso de pasarse unos días fuera, ¿lo hacía desde que empezasteis a vivir aquí o ha sido algo más reciente?

—Comenzó a ocurrir como hace un mes. Y eso que ella podía traer aquí a quien quisiera. Yo suelo traer a mis novios a pasar la noche aquí. Sin ningún problema.

—¿Y Hanna nunca te habló de un novio o algo así? ¿No te enseñó alguna foto en el móvil?

—No.

—¿Y las redes sociales, Facebook, Twitter, Instagram o alguna de las otras?

—Antes sí estaba metida en esas cosas, pero hace como medio año dejó de hacerlo. Ninguna de las dos utilizábamos ya el Facebook. Ella

estaba en Instagram, aunque hacía mucho que no subía nada.

—¿Y te contó alguna vez por qué lo hizo?

—No, y yo tampoco le pregunté. A ver, mucha gente simplemente se cansa de estar en las redes todo el tiempo. Y tampoco es como si tuviéramos millones de seguidores en Instagram y pudiéramos ganar dinero subiendo nuestras fotos o publicitando algún producto. No somos las Kardashian.

—¿Tienes alguna teoría sobre lo que podría haberle pasado a Hanna?

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas.

—No, y ojalá la tuviera. Hanna era una persona encantadora. Y no puedo entender que alguien quisiera hacerle daño.

—Bueno —repuso Pine con firmeza—, tal vez sea bueno que no entiendas a la gente que hace ese tipo de cosas, porque el suyo es un mundo muy oscuro.

Ese comentario recibió una mirada reprobadora por parte de Blum.

—Su…, supongo —dijo Clemmons, enjugándose los ojos.

—Y, aparte de contarte que quería dejar la industria del cine porno, ¿notaste algo extraño en ella durante ese último almuerzo juntas? ¿Estaba tensa, descentrada? ¿Parecía asustada?

—La verdad es que no. Comimos y ya está. Me sorprendió que quisiera renunciar a un trabajo tan rentable, pero también lo entendí. Yo misma quiero seguir dedicándome a esto un par de años más y luego apuntarme a la escuela de enfermería. Esto es solo un atajo.

—Me alegro por ti —comentó Blum—. Podrás llevar una vida mucho mejor.

—Espero que no estés juzgando mis decisiones —replicó Clemmons frunciendo el ceño.

—Podría mentir y decirte que no, pero todos juzgamos siempre las decisiones de los demás. Mi madre era la mejor en eso.

—La verdad es que hablas como mi madre.

—Podría muy bien serlo. Estoy convencida de que tu madre quiere que seas feliz y, sobre todo, que estés a salvo. Y, te guste o no, ser enfermera es mucho más seguro y sano que trabajar en el cine para adultos. Al menos, según las estadísticas.

—Pero es que el dinero es tan goloso…

—Por supuesto que lo es, Beth. Esa es la cuestión. Pero ¿qué prefieres, ayudar a un niño a ponerse bien o a un actor porno a ponerse a cien?

—Estás siendo demasiado franca.

—He vivido demasiado como para saber cuándo hay que mostrarse educada y correcta, y cuándo hay que ser directa para decir lo que se piensa. Y te deseo la mejor de las suertes.

Pine se levantó, seguida por Blum. La agente le entregó una tarjeta a Clemmons.

—Si se te ocurre algo más, por favor, llámame.

La joven se quedó mirando la tarjeta.

—¿Y tú me llamarás cuando pilléis al que lo ha hecho?

—Lo haré.

Pine se agachó para anudarse bien los zapatos y luego volvió a incorporarse. Le lanzó una mirada indescifrable a Blum y se marcharon.

Se reunieron con Wallis en el vestíbulo. El policía parecía entusiasmado.

—Tienen cámaras de exterior y les he pedido que nos dejen ver las grabaciones. Hay un pequeño cuarto en la parte de atrás para que podamos revisar las imágenes. Le he preguntado al conserje si alguna vez había visto a un hombre que viniera a visitar a Rebane, pero ha respondido que no. Lo mismo el vigilante de seguridad de turno. Les he pedido que se lo pregunten también a sus compañeros. Y haremos lo mismo con todos los vecinos del bloque.

Las condujo a un pequeño cuarto situado al fondo del vestíbulo, donde había un vigilante uniformado sentado ante el panel de control. Wallis le proporcionó los parámetros temporales y el hombre los introdujo en el sistema.

Permanecieron de pie detrás de él mientras observaban cómo el monitor cobraba vida.

Al cabo de una hora, Pine fue la primera en verla.

—Ahí, saliendo por la puerta principal. Párelo.

El vigilante pulsó una tecla del panel y la imagen que estaban viendo quedó congelada.

Wallis se fijó en la fecha y la hora marcadas en el margen del fotograma.

—Probablemente fue la noche que Beth se quedó en casa de su novio.

—Vuelva a ponerlo en marcha —dijo Pine.

El vigilante obedeció y todos observaron cómo Hanna Rebane salía por las puertas del edificio y avanzaba hasta quedar fuera de plano. No se encontró con nadie por el camino.

—Va vestida como si fuera a una cita —comentó Blum, contemplando atentamente las imágenes—. Vestido, bolso y zapatos de marca que sin duda son auténticos.

Wallis se la quedó mirando.

—¿Puedes saberlo tan solo viendo el vídeo? Impresionante…

Blum le devolvió la mirada.

—Tan solo hay que saber mirar, detective. Además, tenía un montón de ropa de marca en el vestidor.

Continuaron observando las imágenes durante un largo rato.

Sin embargo, Hanna Rebane no volvió a aparecer.

23

Era ya bastante tarde cuando condujeron en silencio de vuelta a Andersonville, los tres sumidos en sus propios pensamientos. Pine contempló por la ventanilla el paisaje rural que solo había visto de niña décadas atrás. Era una tierra hermosa: campos abiertos puntuados por grandes arboledas de pinos y robles. Y, aun así, el conjunto desprendía una sensación de desolación y aislamiento, lo que significaba que en ese entorno podía desarrollarse una gran actividad criminal sin excesivas dificultades.

«Y eso fue lo que ocurrió también aquella fatídica noche en Andersonville», pensó.

Wallis las dejó en el Cottage, no sin antes prometerles que comprobaría si había otras cámaras de seguridad cerca del edificio de apartamentos que pudieran aportar alguna pista sobre cualquier movimiento sospechoso en las inmediaciones de la residencia de Rebane.

—Aparte de interrogar a los vecinos, tendrás que enviar un equipo forense al apartamento para recoger huellas y posibles rastros —le había dicho Pine—. El hombre con el que se había estado viendo podría haber ido a visitarla cuando Clemmons no estaba en casa. Y, si está en el sistema, eso podría facilitar mucho su identificación. Además, habría que rastrear la actividad de su móvil y sus tarjetas de crédito para intentar averiguar sus últimos movimientos.

—De acuerdo.

Después de que Wallis se marchara, las dos mujeres se dirigieron hacia la solitaria sala del desayuno y se sentaron una frente a la otra.

—¿Y bien? —preguntó Blum.

—¿Te has creído todo lo que nos ha contado Clemmons?

—Claro que no. Nunca me creo nada de lo que diga la gente hasta

que haya sido corroborado. Primero de FBI. Pero ¿estás pensando en algo en particular?

—Ha mentido sobre el consumo de drogas.

—Eso ya se lo has sonsacado.

—Me refiero a su propio consumo de drogas.

—¿Cómo dices?

—Clemmons se pincha entre los dedos de los pies. Me di cuenta cuando me agaché para «atarme» los cordones.

—Debías de tener tus sospechas para emplear un subterfugio así.

—Su nerviosismo hoy era bastante lógico, pero me pareció un tanto exagerado, lo que implica que tenía que estar potenciado químicamente.

—No tenía las pupilas dilatadas. Me he fijado.

—No, eran como alfileres. Eso significa que debía de haber tomado un opiáceo tipo oxicodona, o quizá morfina o heroína.

—Me extraña que fuera capaz de actuar con normalidad. No son drogas precisamente blandas.

—Seguramente habrá desarrollado cierta tolerancia —dijo Pine en tono sombrío—. Debió de meterse un chute rápido a fin de estar preparada para nuestra visita.

—Eso es realmente triste.

—También encontré un frasco de naloxona debajo de la almohada de Rebane.

—No se lo has contado al detective Wallis. ¿Por alguna razón en especial?

—Pura intuición. Ahora mismo nos encontramos en un terreno que no es el nuestro, Carol, y me gusta moverme con cierta cautela. Wallis ya sabe que Rebane había recaído. No tiene por qué saber lo de la naloxona para llegar a esa conclusión.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Esperar a ver si Wallis encuentra alguna pista. Con un poco de suerte, algún vecino del edificio podría haber visto a nuestro hombre misterioso.

—¿De modo que crees que existe realmente? Porque ni siquiera Wallis parecía muy convencido de ello.

—En apariencia todo seguía igual, pero Clemmons notó que Rebane había cambiado: eso de querer dejar el porno, mostrarse más retraída y reservada… Todo apunta a que alguien estaba ejerciendo cierta influencia sobre ella. Y Clemmons parecía pensar que su amiga era muy susceptible a dejarse influenciar. Los depredadores suelen elegir a ese tipo de víctimas.

—¿Pero…?

—Pero eso no significa que esa persona la matara.

—Me pregunto por qué el asesino escogió Andersonville para dejar el cadáver.

—Es probable que tuviera alguna relación con el lugar. A los asesinos les gustan los entornos familiares. Planean de antemano la manera más fácil de acceder al lugar del crimen y escapar de él. De ese modo siguen obteniendo el subidón de adrenalina que tanto ansían, pero minimizan el riesgo de ser pillados.

—¿Crees que el asesino volverá a actuar?

—Sí. Me temo que esto es solo el principio. —De pronto, la expresión de Pine se tornó tensa.

—¿Qué? —preguntó Blum.

—Puede que tuvieras razón. Mi presencia aquí podría haber sido el catalizador para que empezaran los crímenes.

—Soy consciente de que planteé esa posibilidad, pero esto no es para nada culpa tuya.

—Lo sé, Carol. Pero al fin y al cabo eso no importa, porque seguirá muriendo gente.

—Bueno, pues entonces el asesino ha cometido un error.

—¿Cuál?

—Lo ha hecho cuando tú estabas en el pueblo, y apuesto a que acabarás atrapándolo.

—Te agradezco la confianza.

—No es algo gratuito. Te la has ganado.

Blum subió a acostarse a su habitación y ella se quedó a solas en la sala del desayuno.

—Pareces perdida en tus pensamientos.

Al levantar la mirada, Pine vio a Lauren Graham plantada en el

umbral.

Llevaba unos pantalones azul celeste a juego con la cinta para el pelo que le ceñía el corto cabello rojizo, y un jersey de color crema de la misma tonalidad que los zapatos.

Pine pensó que la mujer debía de escoger su indumentaria usando uno de esos círculos cromáticos.

—Me estaba relajando un poco.

Graham se acercó y se sentó en la silla que había ocupado Blum.

—No sé por qué me da la impresión de que tú nunca te relajas.

—He estado almorzando con Jack Lineberry.

—¿Dónde?

—En Americus. En el restaurante que está enfrente del hotel Windsor.

—A mí nunca me ha invitado a comer —comentó Graham con un deje de amargura.

—Dijo que fue un acto impulsivo.

—No parece propio de Jack.

—Yo tampoco me lo he creído —replicó Pine, y Graham le dirigió una mirada inquisitiva—. Estaba muy interesado en saber qué había sido de mi madre.

—Bueno, no es tan extraño. Eran amigos.

—Hace treinta años. No se han vuelto a ver desde entonces.

—Yo tampoco he visto a tu madre en todo este tiempo y también me he preguntado qué ha sido de ella.

Al ver que Pine no respondía, Graham insistió:

—Bueno, ¿se encuentra bien?

—Te diré lo mismo que le he dicho a Lineberry: ha pasado por mucho. No ha sido fácil para ella.

—Lamento oír eso.

—¿Y cómo va la novela?

—Muy despacio. Es más difícil de lo que la gente piensa.

—Yo nunca he pensado que escribir un libro fuera fácil.

—¿Alguna novedad sobre la mujer que encontraron muerta?

—Estamos siguiendo algunas pistas.

Se produjo un momento de silencio.

Graham se removió nerviosa en su asiento y luego miró a Pine.

—Verás, sé que es un poco raro pedirte esto, pero ¿estarías dispuesta a hablarme de algunos de tus casos? Para mi novela, claro.

—No puedo hablar sobre casos concretos.

—Ya, lo sé. Me refiero a aspectos generales.

—Déjame pensarlo.

Graham pareció algo contrariada por su respuesta, aunque no dijo nada.

Pine se levantó.

—En fin, ha sido un día muy largo. Creo que va siendo hora de pillar el catre.

—¿Y de qué más has hablado con Jack? —preguntó Graham en tono despreocupado, aunque Pine podía ver que parecía cualquier cosa menos relajada.

—Eso ha sido todo.

—¿De verdad?

—De verdad. Y, ahora, si me disculpas… —dijo Pine.

Y se marchó.

24

Fue una noche de sueño intranquilo, plagado de pesadillas en las que Pine perseguía en la oscuridad a varias versiones de Daniel James Tor y Clifford Rogers, hasta que finalmente se despertó hacia las seis de la mañana.

En la pensión no había gimnasio, pero Pine tenía una aplicación en el móvil con la que el único equipamiento que necesitaba eran su cuerpo y las ganas de sudar. Y eso fue lo que hizo en su cuarto durante cuarenta y cinco minutos de intenso ejercicio. Al acabar, sentada en el suelo y respirando con fuerza, tuvo que admitir que liberar endorfinas era siempre una buena manera de empezar el día.

Se duchó, se vistió y salió a la calle para dar comienzo a la jornada. No se veía a nadie caminando por la acera, ni tampoco coches ni camionetas circulando por la calzada.

Condujo su vehículo de alquiler por la autopista 49 en dirección al Sitio Histórico Nacional de Andersonville.

El recinto estaba compuesto básicamente por la antigua prisión, una impresionante colección de estatuas y monumentos funerarios, el inmenso cementerio de los muertos unionistas y el Museo Nacional de los Prisioneros de Guerra.

El lugar no abría hasta las ocho, de modo que Pine aparcó y se dedicó a recorrer a pie el perímetro del recinto. El museo no estaba allí cuando ella vivió en la zona de Andersonville, ya que fue inaugurado a finales de la década de los noventa.

Pine entró en cuanto abrieron las puertas del sitio histórico. Fue recibida por un guardabosques del Servicio de Parques Nacionales, y como en ese momento no había más visitantes el hombre se ofreció a hacerle un recorrido por el lugar. Se presentó como Barry Lamb. Tendría cuarenta y tantos años, medía algo más de metro ochenta y

tenía un cuerpo musculoso, la cara recién afeitada y unos grandes ojos verdes. El uniforme le sentaba francamente bien.

—¿FBI? —dijo, fijándose en la insignia de su cinturón.

Pine asintió.

—Estoy asignada al área del Gran Cañón. Solo estoy aquí de visita.

—¿El Gran Cañón? —repitió Lamb con tono anhelante—. Me encantaría poder ir a trabajar allí.

—Es un destino muy popular entre los guardabosques. Deberías intentarlo. Es un lugar realmente único. ¿Cuánto llevas trabajando aquí?

—Seis años. Esto es muy interesante, pero es bastante pequeño y al cabo de un tiempo ya te conoces cada metro cuadrado al dedillo. Y la temática es de lo más deprimente. Todos esos soldados de la Unión muertos sin razón alguna.

—Pero ayudaron a acabar con la esclavitud. Fue algo de enorme trascendencia histórica.

—Eso es verdad. Aunque es una pena que hiciera falta una condenada guerra para conseguirlo.

Lamb le enseñó el recinto de la antigua prisión, que estaba representada por una réplica parcial de la vieja empalizada. Señaló un punto más allá del muro de maderos y le dijo que lo llamaban la «Línea Mortal».

—Cuando pasabas de esa línea, te disparaban —explicó—. De ahí el nombre. Creo que algunos prisioneros la traspasaban a propósito para poner fin a su sufrimiento. Aquí dentro morían de inanición y asolados por las enfermedades.

—Entiendo que alguien en su situación pudiera hacer algo así —dijo Pine.

—Hasta 1864, los confederados llevaban a sus prisioneros allá donde fueran. Cuando la cosa empezó a resultar inviable, decidieron construir la prisión. En un principio estaba concebida para albergar a diez mil prisioneros, pero al cabo de un año la población reclusa cuadruplicaba ya esa cifra.

Pine se fijó en unos lienzos de tela extendidos sobre unas estacas de madera junto a la zona central de la empalizada.

—¿Y dónde se alojaban los prisioneros?

—No había barracones, ni celdas ni ningún tipo de refugio. Una docena de presos se apiñaban debajo de un par de mantas extendidas sobre palos, como esas de ahí. Y, cuando uno de ellos moría, los supervivientes se peleaban por su ropa y sus zapatos. Cuando la prisión fue liberada en 1865, los que habían sobrevivido parecían como salidos de uno de esos campos de concentración alemanes. Más tarde, el comandante Henry Wirz fue ejecutado por crímenes de guerra.

—Sí, eso ya lo sabía. Hay una gran estatua de él en el pueblo. ¿Alguno de los presos intentó escapar?

—Algunos hombres se fugaron cuando eran trasladados, o aprovechando algún descuido durante las tareas cotidianas de la prisión. Otros pocos construyeron túneles para escapar, como ese de ahí.

Lamb la llevó hasta un punto situado a cierta distancia del borde de la empalizada. El agujero abierto en la tierra estaba rodeado por varias señales de advertencia y cubierto por una rejilla metálica.

—Empieza aquí, en lo que debía de ser más o menos el centro del recinto penitenciario. Se extiende hacia el oeste, pasando por debajo de los muros de la prisión original, hasta llegar a una densa masa forestal. Algunos presos consiguieron volver a incorporarse a las filas unionistas.

—Bien por ellos.

—Déjame enseñarte lo que yo llamo la «madre» de todos los prisioneros.

Se trataba de un gran monumento de mármol. La inscripción decía que había sido erigido por el estado de Michigan en memoria de los soldados y marineros michiguenses que habían sido recluidos allí. Pero la mirada de Pine se vio cautivada por la estatua. Era una mujer con un pañuelo en la cabeza y largos ropajes ondeantes que rodeaba con el brazo izquierdo la parte superior del monumento, con la mirada gacha en señal de aflicción. Aquella era obviamente la «madre» a la que el guardabosques se había referido.

—Es realmente conmovedor —dijo Pine en voz baja.

—No hay nada como el amor de una madre.

—O el dolor de una madre —añadió ella en un susurro.

Mientras recorrían el cementerio, Lamb se detuvo y señaló una hilera de tumbas.

—Aquí están enterrados seis líderes de los Raiders. ¿Has oído hablar de ellos?

Pine negó con la cabeza.

—Era un grupo de prisioneros que aterrorizaban al resto de sus compañeros.

—¿Y los guardias no hacían nada?

—Apenas había guardias para controlar a toda la población reclusa. Esto era como uno de esos barrios de chabolas que se ven en los países del tercer mundo. Así que los prisioneros tenían que valerse por sí mismos.

—¿Y qué ocurrió?

—Un grupo llamado los Regulators se alzó contra los Raiders y los sometió. Entonces Henry Wirz llevó a cabo una serie de juicios en los que jueces y jurados eran los propios prisioneros. La mayoría de los condenados recibieron sentencias leves, al menos para los estándares de la época: la picota, el aplastapulgares, hacer el paseíllo mientras te golpeaban con palos. Pero los seis cabecillas principales, los llamados «caciques» que dirigían sus propias bandas, fueron condenados a muerte. Y estas son sus tumbas. Apartadas para destacarlas del resto.

Pine examinó las parcelas hundidas en la tierra.

—Qué poco cuesta que las personas civilizadas se conviertan en animales.

—Supongo que es algo que habrás visto a menudo en tu trabajo.

—Más de lo que me gustaría.

Pine se despidió del guardabosques y se encaminó hacia el museo.

Se trataba de un gran edificio que albergaba una biblioteca y una sala de proyecciones, y en el que se explicaba la historia de los prisioneros de guerra estadounidenses desde la guerra de Independencia hasta la actualidad por medio de exposiciones e información de lo más diversa: cómo se los capturaba, sus condiciones de vida, las relaciones entre los presos y los guardias, los intentos de

fuga y la liberación de algunos campos de prisioneros. Cuando acabó el recorrido por las instalaciones, Pine se sentía impresionada por la valentía mostrada por aquellos hombres y a la vez deprimida por el hecho de que un mundo «civilizado» permitiera que ocurrieran esas cosas.

Una vez fuera, se quedó allí un rato mientras el sol se alzaba en lo alto y el calor y la humedad se hacían más intensos. De forma involuntaria su mirada se desvió a la izquierda, hacia las hileras de tumbas del cementerio. Resultaba imposible obviar la sombría solemnidad del lugar. Y era muy probable que Mercy estuviera también en alguna tumba. Solo que la suya no estaría en un cementerio como Dios manda, sino que sería un lúgubre y somero hoyo perdido en mitad de la nada, donde las alimañas haría mucho tiempo que habían profanado su cuerpo.

Se llevó la mano a la Glock y en ese preciso momento deseó poder matar a quien fuera que se llevó a su hermana. Pero eso no iba a suceder. Tendría que hacerlo de otra manera.

Se montó en el SUV y condujo de vuelta hacia el pueblo.

Se preguntó cuánto tendrían que esperar para que el asesino de Hanna Rebane volviera a actuar.

Y no fue mucho tiempo.

25

Pine estaba acostumbrada a recibir llamadas a horas intempestivas. Era lo que tenía ser agente del FBI.

Cuando oyó la voz de Wallis y vio que pasaban dos minutos de las cinco de la mañana, se incorporó rápidamente en la cama y plantó los pies en el suelo.

—¿Dónde? —respondió al momento.

Wallis era un policía demasiado avezado para preguntar cómo lo había sabido.

—En el cementerio. Siguiendo por la carretera desde la pensión.

Pine se quedó boquiabierta.

—¿En el Sitio Histórico Nacional? Estuve allí ayer por la mañana.

—Nos vemos en la entrada principal.

Pine tardó cinco minutos en vestirse. No despertó a Blum. No había razón para hacerlo en ese momento. Ya la informaría más tarde. Incluso estaba comenzando a arrepentirse de haber dejado que la acompañara. Pero, claro, tampoco había previsto que un posible asesino en serie iba a empezar a actuar en Andersonville.

Poco después salía por la puerta de la pensión, se subía al SUV y al cabo de un par de minutos ya estaba en el cementerio. La oscuridad era total. No había el menor indicio de que fuera a amanecer aún, tan solo una negrura absoluta.

Un asesinato, oscuridad y un cementerio. Una combinación siniestra…

Dos coches patrulla del condado ya estaban allí, junto al Crown Vic de Wallis.

El detective se encontraba junto a la verja de entrada. Llevaba una gabardina beis y tenía un vaso de café en la mano. Parecía haber envejecido diez años desde la última vez que lo había visto.

Pine se acercó a él y echaron a andar en dirección a unas luces que se veían en la distancia.

—Esta vez es un hombre —dijo Wallis—. Un varón negro de unos treinta años.

—¿Causa de la muerte?

—Según el examen preliminar, un único disparo en el pecho.

—¿Algo inusual?

—Ya lo verás por ti misma —respondió de forma críptica.

Una vez en el cementerio, caminaron entre las hileras de tumbas hasta llegar al banco de focos de trabajo dispuesto junto a una carpa improvisada, que Pine supuso que había sido montada alrededor del cadáver.

—¿Quién lo ha encontrado?

—Un guardabosques que ha entrado temprano de servicio. El cuerpo estaba tendido sobre una tumba.

Pine miró a su alrededor y de pronto se dio cuenta de dónde estaban.

—Querrás decir una tumba de los Raiders.

Wallis la miró sin comprender.

—¿Cómo? ¿Una tumba de los Raiders?

Ella le explicó la diferencia.

—¿Crees que ha sido algo intencionado? —preguntó Wallis.

—Ahora mismo no podemos permitirnos presuponer que no lo sea. Veamos el cuerpo.

Pasaron junto al agente que custodiaba la carpa y, tras ponerse unos patucos protectores y unos guantes de látex, se agacharon para acceder al interior.

Ambos se quedaron contemplando al hombre que yacía sobre la tumba. Un foco iluminaba directamente el cuerpo, de modo que podían verlo con total claridad.

Pine se quedó anonadada.

—Lleva puesto un esmoquin —dijo—. Con una chistera sobre el estómago y un ramillete en la chaqueta.

—Todo a la antigua usanza, al igual que el velo. —Wallis la miró para calibrar su reacción—. Bueno, ¿cuál es tu primera impresión?

—No se trataba de un velo cualquiera, sino de un velo nupcial. Ella es la novia. Y este hombre es el novio. Son como los muñequitos del pastel de boda.

—Ya, hasta ahí llego. Pero ¿qué demonios está intentando decirnos el asesino? ¿Es un ataque contra el matrimonio en general? Aunque Hanna Rebane no estaba casada, al menos que sepamos.

—Pero había tenido un hijo. Tal vez este hombre fuera el padre.

—¿Y cómo demonios vamos a corroborarlo? Ni siquiera sabemos quién es el crío.

—Lo primero es identificar el cadáver. Si tenía alguna relación con Hanna Rebane, puede que encontremos la respuesta que buscamos.

—Ya le hemos tomado las huellas y las están comprobando. Confiemos en obtener algún resultado.

Pine se acuclilló y recorrió con la mirada el cuerpo y el terreno que lo rodeaba. Le tocó la mano.

—Está frío. —Trató de doblarle el brazo—. Y presenta *rigor mortis*. Lleva muerto al menos doce horas, probablemente más.

—El forense ha dicho lo mismo. Sabremos más después de que le hagan la autopsia.

Pine examinó la herida del pecho.

—Obviamente no le dispararon aquí. La hora estimada de la muerte se situará aproximadamente hacia el final de la tarde de ayer. Y no hay sangre en el suelo. El hombre se desangró en otra parte.

—Igual que la primera víctima. Asesinado en otro lugar y luego trasladado aquí.

Le abrió la chaqueta y buscó alguna etiqueta, pero no vio ninguna. Hizo lo mismo con la chistera, con idéntico resultado.

—El asesino debe de haber comprado el esmoquin en alguna parte. Y las chisteras no son fáciles de conseguir. Si la pidió online, eso podría darnos alguna pista. El ramillete parece bastante fresco. Eso sería otra pista.

—Mucha gente pide ramilletes por internet.

—Pero no chisteras. Algo es algo. Aunque podrían ser pertenencias del propio asesino. El esmoquin y el sombrero parecen bastante deteriorados. O también podría haberlos comprado en una tienda de

segunda mano. O incluso ser heredados.

Pine miró las uñas del hombre.

—No hay restos evidentes de piel o sangre. ¿Alguna herida defensiva?

—Ninguna que hayamos visto. Aunque, al tratarse de un disparo, tampoco tiene por qué haberlas.

Pine se levantó sin apartar la mirada del cuerpo.

—¿En qué piensas? —dijo Wallis.

—Me pregunto si la raza del hombre es pura coincidencia o si tendrá algún significado.

—¿Te refieres a… novia blanca con novio negro?

Pine asintió.

—Quizá nos encontremos ante una especie de crimen de odio. O puede que sea algo completamente distinto. Aún no tenemos suficientes datos para determinarlo.

—Es preciso identificar a la víctima cuanto antes.

—Si no tiene antecedentes, resultará difícil. Puedo hacer algunas llamadas y pedir que cotejen sus huellas en otras bases de datos.

—No soy tan orgulloso como para rechazar ayuda, de modo que sí, hazlo. Puedo enviarte el juego de huellas por correo.

—Infórmame de cuándo será la autopsia.

—De acuerdo.

—¿Alguna novedad sobre las grabaciones de las cámaras de vigilancia del edificio de Rebane? ¿O sobre la actividad de su móvil o sus tarjetas de crédito?

—Lo comprobamos todo ayer. No aparece nada en el resto de las grabaciones. Tampoco ha habido éxito con el móvil ni con las tarjetas.

Pine salió de la tienda y echó un vistazo a su alrededor. Wallis la siguió y se puso a su lado.

—Corrió bastante riesgo, depositando el cuerpo en un espacio tan público —dijo ella.

—Pero a la hora en que probablemente lo hizo no habría nadie por aquí.

—Si vino desde el pueblo, tiene que haberlo hecho conduciendo. No me lo imagino cargando con el cuerpo en brazos por la autopista en

mitad de la noche.

—Podría haber venido por el otro lado.

—Aun así, también tendría que haberlo hecho conduciendo.

—Muchos coches entran y salen de aquí. Y el aparcamiento es de asfalto. No encontraremos huellas que nos sean de ayuda.

—Puede que alguien se marchara tarde y viera algo.

—Lo comprobaremos todo —aseguró Wallis.

—Sabes que nos estamos enfrentando a un asesino en serie, ¿no?

—No hay que ser un genio para eso.

—Me refiero a que tienes que llamar.

—¿A quién?

—Al FBI.

—Tú eres el FBI.

—Yo estoy aquí de forma extraoficial. Y tienes que hacer una solicitud oficial para pedirles ayuda. Ese es su trabajo. Cuentan con numerosos recursos y especialistas para ello. Yo era una de ellos.

—¿Te refieres a perfiladores y todo eso?

—Técnicamente no existe esa figura en la Agencia. Se llaman analistas.

—¿Les hablo sobre tu implicación en el caso?

Pine no respondió al momento.

—Mejor que lo hagas. Tarde o temprano se enterarán.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Aprovechar para dormir un par de horas más. Creo que voy a necesitarlo.

26

—¿A quién crees que enviarán? —preguntó Blum.

Estaban en la habitación de Pine en el Cottage. Era última hora de la mañana, y Pine ya había informado a su ayudante sobre el reciente asesinato.

—No lo sé. Cuando estaba destinada en la zona del DC, me ofrecieron un puesto en la BAU Tres —dijo Pine, refiriéndose a una de las Unidades de Análisis del Comportamiento que formaban parte del Centro Nacional para el Análisis de Delitos Violentos del FBI—. Pero de eso hace ya mucho tiempo.

—La Unidad Tres se encarga de los delitos contra menores —señaló Blum.

Pine asintió.

—Y la Unidad Cuatro de los delitos contra adultos, e incluye el ViCAP, a cuya base de datos ya has accedido antes. Trabajé en la Tres durante un año.

—¿Y por qué solo un año? ¿La mayoría de los agentes no suele quedarse más tiempo en ese tipo de puestos?

—Digamos que ya tuve suficiente.

—He leído que hay algunas voces que critican el uso de perfiles psicológicos.

—No es una herramienta perfecta, y es solo uno de los múltiples procedimientos que utilizamos. Pero ayuda a conseguir resultados. Y ahora, gracias al equipo que vendrá, se podrá hacer una investigación más exhaustiva que permitirá integrar lo que ya sabemos con esta última muerte.

—Un traje de novio —dijo Blum con un leve estremecimiento—. Esto empieza a resultar de lo más espeluznante.

—Nuestro asesino es minucioso y organizado, con una técnica

sofisticada. Y debe conocer muy bien la zona. ¿Dejar el cadáver de un hombre negro sobre la tumba de un soldado de la Unión? ¿Y además uno de los Raiders, que eran gente de la peor calaña que martirizaba a los soldados que llevaban su propio uniforme? No puedo asegurar que haya algún tipo de mensaje en ello, pero también me cuesta creer que sea solo una coincidencia.

—¿Y qué hacemos ahora?

—No tenemos pistas que seguir en este caso, así que me gustaría centrarme en la razón por la que he venido aquí.

—¿Quiere decir eso que tenemos alguna novedad sobre tu hermana?

—Tenemos una pista. «Pito, pito, gorgorito». El hombre recitó esa cancioncilla. Sé muy bien que no me lo imaginé. De modo que, si no fue Tor quien lo hizo, ¿quién fue? ¿Y por qué empleó ese sistema?

—Para decidir a cuál de las dos llevarse —apuntó Blum.

—¿Y por qué tenía que elegir?

—Porque solo podía llevarse a una de las dos.

—¿Y eso por qué, si mis padres estaban totalmente colocados en el piso de abajo y él ya había pasado a través de la casa para subir a nuestro cuarto? Si bajó con Mercy por las escaleras, ¿por qué no se me llevó a mí también? Solo teníamos seis años. Podría haber cargado perfectamente con las dos. Pero se llevó a Mercy y a mí me machacó el cráneo.

—Tal vez, por alguna razón, solo quería a una de las dos.

—Cierto. Pero me pregunto cuál podría ser esa razón. Y, si realmente quería matarme, ¿por qué no lo hizo sin más? Podría haberme estrangulado, romperme el cuello. Pero se limitó a golpearme. No podía estar seguro de si moriría a causa de las lesiones.

Blum se reclinó en su asiento y se quedó pensativa.

—Es un auténtico misterio.

—Myron Pringle sabe más de lo que está dispuesto a contar.

—¿Y qué piensas hacer al respecto?

—Volver a hablar con él. Y tendremos que ir a su casa, ya que carece de teléfono y de correo.

—¿Qué te parece si, mientras tú hablas con él, yo me quedo charlando con Britta? Creo que ella también guarda algunos secretos.

Quizá si hablo con ella, de madre a madre, podamos averiguar cuáles son.

—Pues vámonos.

Casi una hora más tarde enfilaron por el inquietante camino de acceso que llevaba a la residencia de estilo contemporáneo de los Pringle. Aún no habían llegado a los escalones de la entrada cuando la puerta principal se abrió y Britta apareció en el umbral. Llevaba una falda plisada de color gris claro que dejaba al descubierto sus pantorrillas bronceadas y tonificadas, una camisa blanca de manga larga con un chaleco azul de punto y zapatillas de lona grises.

—Os he visto llegar por el camino —explicó—. Myron tiene controlado todo el recinto con cámaras de seguridad.

—No me cabe la menor duda —dijo Pine mientras ella y su ayudante subían los escalones—. No me gusta presentarme así. Habría llamado, pero…

—Pero no tenemos teléfono ni correo electrónico —repuso Britta en tono cansino—. Sí, lo sé. Es algo que nos ha costado muchas amistades —añadió, con cierto aire desdichado en opinión de Pine—. Bueno, ¿en qué puedo ayudaros?

—Quería volver a hablar con Myron. Imagino que está levantado.

—Sí, acaba de comer.

—Si pudiera dedicarme un poco de su tiempo…

—¿De qué se trata? —preguntó Britta.

—Me gustaría hacerle algunas preguntas.

La mujer las hizo pasar. Luego dijo:

—He oído en las noticias que han encontrado otro cuerpo en Andersonville.

—Sí, en el cementerio junto a la prisión.

—Santo Dios… ¿Significa eso que tenemos un asesino en serie entre nosotros?

—Podría ser. Seguramente llamarán al FBI para encargarse del caso.

—Pero tú ya estás aquí.

—Sí, pero no de forma oficial. ¿Dónde está Myron?

—Flotando en la piscina. Le gusta hacerlo justo después de comer.

—¿No es partidario de la norma de esperar treinta minutos?

—Ah, no, no está nadando. Creo que ni sabe. Está tumbado sobre un flotador. Dice que le ayuda a pensar. Que es como estar en el útero materno.

—¿Puedo ir a verlo allí? —preguntó Pine.

—Sí, claro.

Al ver que Blum no hacía amago de acompañar a su jefa, Britta le dijo:

—¿Tú no vas con ella?

—Creo que la agente Pine prefiere hacer esto sola. Si quieres podemos charlar un rato tú y yo.

Britta pareció animarse con la propuesta.

—Puedo preparar café. Y acabo de hornear unos muffins.

—Me encantaría.

Pine y Blum intercambiaron una mirada cómplice antes de encaminarse en direcciones opuestas.

27

«Qué cantidad de piel blancuzca», se dijo Pine mientras se acercaba al borde de la piscina.

Myron Pringle estaba tumbado sobre una colchoneta azul. Llevaba un bañador largo de color oscuro y sus blancas pantorrillas colgaban al final de la colchoneta. Tenía puestas unas gafas de sol. Estaba tan pálido e inmóvil que parecía un cadáver.

Pine se agachó y metió una mano en el agua. Estaba caliente.

Myron estaba delgado pero no muy en forma, y una gran cantidad de vello le cubría todo el cuerpo. Daba la impresión de no tener un solo músculo definido. Aunque, claro, Pine supuso que lo compensaba con un cerebro de calibre supremo.

—¿Señor Pringle?

El hombre no reaccionó al oír su voz. Pine pensó que tal vez la había visto acercarse a la piscina y había decidido guardar silencio.

—¿Señor Pringle? —repitió.

Por fin, ladeó ligeramente la cabeza.

—¿Sí?

—¿Le importa si le hago unas preguntas?

—Sí me importa. Este es mi momento para pensar.

Ella acercó una tumbona de mimbre al borde de la piscina y se sentó.

—Bueno, pues yo le daré algo sobre lo que pensar.

Él se levantó las gafas sobre la amplia y fruncida frente y se la quedó mirando fijamente.

—¿Como qué?

—Ya le advierto que no se trata de algoritmos.

—Es sobre tu madre, ¿correcto?

—¿Le importaría contarme lo que no me dijo la última vez?

—No estoy seguro de saber a qué te refieres.

—Claro que lo sabe. Es un hombre muy inteligente.

Volvió a bajarse las gafas.

—Por lo visto no soy tan inteligente, así que vas a tener que decírmelo con todas las letras, agente Pine.

—Pues empezaré hablándole de una comida que he tenido recientemente con Jack Lineberry.

—Jack, ¿eh? ¿Te dijo él que lo llamaras así?

—Sí.

—Vale.

—¿Por qué? ¿Usted cómo lo llama?

—Jefe.

—¿Le gustaría saber por qué quiso que comiéramos juntos?

—No especialmente.

—Quería saber qué había sido de mi madre.

—Muy bien.

—¿No le parece raro?

Volvió a levantarse las gafas.

—¿Adónde quieres llegar con esto?

—¿Sabía que Lineberry fue quien encontró muerto a mi padre?

—Puede que mencionara algo.

—¿Puede? ¿Es que ha conocido a mucha gente que le contara que había encontrado el cuerpo de un hombre que se había volado la cabeza de un disparo? Pensaba que su memoria era mejor que la de la media.

—Vale, sí. Recuerdo que me lo contó. Pero fue hace mucho tiempo. ¿Qué tiene eso que ver con que Lineberry quiera saber qué ha sido de tu madre?

—Tal vez nada.

—¿Y qué le contaste sobre ella?

—¿Así que usted también quiere saberlo?

Se levantó las gafas por tercera vez.

—También era mi amiga.

—Pues no recuerdo que ninguno de los dos tratara de contactar con mi madre después de que se marchara de Andersonville.

—No sabía adónde os habíais mudado.

—Pero Lineberry sí que se puso en contacto con mi padre. Y él sabía dónde estábamos nosotras. Solo tendría que habérselo preguntado.

Las gafas volvieron a bajar.

—Ya, bueno. No sé qué decirte a eso.

—Así que supongo que no tenía tanta amistad con mi padre como aseguraba.

—¿Qué es lo que querías preguntarme? —repuso él con brusquedad.

—¿Qué estaban haciendo la noche en que mi hermana desapareció? Britta dice que no se acuerda.

—¿Y por qué tendría que acordarme yo?

—¿Se acuerda?

—Tendría que pensarlo.

—Bueno, pues entonces háble me del día después.

—Fui a trabajar.

—¿Cuándo se enteró de lo que había ocurrido?

—Britta me llamó a la oficina esa mañana.

—¿Y qué hizo?

—No podía marcharme de la oficina en ese momento, pero sí que salí antes. Britta ya se había ido al hospital con tu madre. Me acerqué a vuestra casa. Tu padre había salido a buscar a tu hermana. Cuando volvió, lo vi. Y entonces fue cuando aquel idiota de Barry Vincent lo acusó de haber hecho todas aquellas cosas espantosas. Tim se abalanzó sobre Vincent y yo los separé. En medio de la refriega me llevé algunos golpes. Por suerte, soy un tipo grande. Y estaba mucho más fuerte que ahora.

Pine se lo quedó mirando. Sí que era un hombre grande. Más alto que Daniel Tor. Y treinta años atrás probablemente estaba más musculado y era más fuerte, como acababa de afirmar.

—¿Y por qué no estaba la policía en la casa para impedir la pelea?

—Ya te he dicho que no lo sé. Solo sé que no había ninguno. Lo único que había era un montón de curiosos.

—¿Trataron de averiguar si, aparte de mis padres, había alguien más con ellos en la casa esa noche?

—Te vuelvo a repetir que no lo sé. Solo sé que Britta y yo no

estábamos allí.

—¿Y dónde estaban?

—Ya que te interesa tanto saberlo, estábamos en nuestra casa con unos amigos.

—¿Y por qué no me lo contó la primera vez?

—Me interrogaste de forma muy brusca. Y no me gustó, si quieres que te diga la verdad.

—Siempre prefiero la verdad. ¿Quiénes eran esas amistades?

—Tan solo unos amigos. Tomamos unas copas, fumamos un poco de hierba y eso fue todo.

—¿Y esos amigos tienen nombre?

—Ya no viven por aquí.

Pine se quedó pensando mientras Myron se bajaba de la colchoneta, se acercaba a ella y apoyaba los brazos en el borde de la piscina.

—Y ahora déjame que te pregunte yo. ¿Qué sabes acerca del pasado de tus padres?

—No mucho. Empezaron a salir en el instituto en Kansas. Se enamoraron, se casaron muy jóvenes, nos tuvieron a mi hermana y a mí, y luego se mudaron a Georgia.

—¿De verdad? ¿Quién te contó eso?

Pine frunció el semblante.

—Ellos. ¿Por qué?

—Porque tu madre era una modelo que empezó a desfilar con dieciséis años. Milán, Londres, París. Dudo mucho que tus padres fueran al mismo instituto en Kansas. Ni siquiera tengo claro que Julia acabara la secundaria.

Durante unos momentos, Pine no acertó a articular palabra. Finalmente dijo:

—Chorradas.

—Ven conmigo.

Myron salió de la piscina, se secó con una toalla y se puso una camiseta. Luego condujo a Pine al interior de la casa por una puerta trasera y subieron al primer piso. Entró en una habitación y le hizo señas para que pasara. La estancia estaba amueblada como un pequeño estudio. Myron abrió un cajón de un archivador de madera,

rebuscó dentro y sacó una revista. Tras abrirla por una determinada página, se la pasó a Pine.

—Tu madre desfilando por una pasarela en Londres.

Pine bajó la vista a la página abierta y su mente pareció agitarse nerviosamente mientras contemplaba a la esbelta adolescente de piernas larguísimas que se parecía tanto a ella.

—Ya veo que esto te pilla por sorpresa —dijo Myron, observándola atentamente.

—¿De dónde lo ha sacado? —quiso saber Pine.

—Cuando tu madre bebía o fumaba hierba, se abría más de lo normal. Una noche mencionó que había trabajado como modelo cuando era adolescente. Y eso despertó mi curiosidad.

—Pero eso no explica cómo se hizo con esta revista.

—Eso fue mucho después de que os hubierais marchado de Georgia. De hecho, fue hace solo unos años. Hice algunas búsquedas sobre ella en internet, pero no encontré nada. Entonces le pedí a un tipo que sabía que tenía muchos contactos en la industria de la moda que investigara al respecto. Le conté lo que sabía de tu madre y le entregué una foto que le había tomado cuando vivía aquí. Le llevó casi un año, pero al final me envió esto.

—No pone su nombre en el pie de foto.

—¿Acaso dudas de que sea tu madre? Nunca he conocido a una mujer como ella.

—Sí, es ella. Y ese hombre al que contrató, ¿le contó algo más?

Myron la miró fijamente.

—Bueno, de entrada, me dijo que creía que no se llamaba Julia.

—¿Qué?

—Me contó que lo tenía todo para llegar a lo más alto en el mundo de la moda, pero que, después de triunfar en las pasarelas unos pocos años, de repente lo dejó. Nadie supo por qué y nadie volvió a saber nada más de ella. Y tampoco nadie supo nunca cuál era su apellido. Pero al parecer su nombre era Amanda. O al menos era el que utilizaba en aquella época.

—¿Qué razón podría tener mi madre para cambiar de nombre? —preguntó Pine.

En respuesta, Myron extendió sus largos y delgados brazos.

—¿Y cómo voy a saberlo yo? Solo te estoy contando lo que me dijo aquel hombre. Y no era un tipo cualquiera de la calle. Venía altamente recomendado. Un auténtico profesional.

—¿Podría hablar con ese «auténtico profesional»?

—Me temo que no.

—¿Por qué?

—Murió de un ataque al corazón un mes después de entregarme su informe.

Pine se sentía como si la hubiera arrollado un camión.

—Entiendo que todo esto sea un tremendo impacto para ti —comentó Myron en tono compasivo.

Con el sensor de la sospecha acercándose peligrosamente a la zona roja, Pine preguntó:

—¿Y por qué se tomó tantas molestias para rastrear el pasado de mi madre?

—Como acabo de decir, soy un hombre al que le mueve la curiosidad. A la mayoría de la gente le gusta hablar sobre su pasado. Pero ninguno de tus padres lo hacía. No cuando estaban sobrios. Y eso me intrigaba.

—¿Por qué? —Aunque ella también estaba intrigada.

—Su actitud hizo que me preguntara si realmente eran quienes decían ser. A ver, como ya te he comentado, puede que el nombre verdadero de tu madre fuera Amanda, pero… ¿entonces viene aquí y se convierte en Julia Pine?

—¿Y mi padre?

—No lo sé. Podría muy bien ser quien decía ser. A él no lo investigué.

—¿Y Britta sabe todo esto?

—No sabe que hice investigar a tu madre, no. Pero estaba presente cuando Julia mencionó por encima que había trabajado como modelo.

Pine se dejó caer en una silla mientras examinaba la foto de la que era sin duda su madre caminando por la pasarela de un importante desfile de moda en Londres.

—¿Karl Lagerfeld? ¿Este es un desfile de Karl Lagerfeld para

Chanel? No sé prácticamente nada sobre el mundo de la moda, pero he oído hablar de él.

—Según mi informador, por lo visto en aquella época tu madre desfiló para los mejores diseñadores en las grandes pasarelas internacionales.

—¿Y cómo es que yo no sé nada de esto?

—Aquello fue mucho antes de Google. No podías simplemente buscarlo en internet. Y, como he dicho, solo trabajó de modelo durante un corto tiempo. No fue como Cindy Crawford o Claudia Schiffer, que tuvieron una carrera larguísima y se hicieron mundialmente famosas. Tu madre era más alta y hermosa que cualquiera de esas supermodelos, pero renunció a ello y se perdió en el olvido. Ni siquiera tiene página en Wikipedia ni nada de eso.

—Pero ¿por qué? ¿Qué fue lo que le pasó?

—No tengo ni idea. Un buen día tus padres aparecieron de pronto aquí con dos niñas pequeñas. Y, por lo poco que nos contaron, yo pensaba que se habían conocido en una cita a ciegas o algo así y que se habían enamorado.

—¿Así que tampoco fueron novios en el instituto?

Myron volvió a coger la revista y contempló la foto de la esbeltísima Julia Pine desfilando por la pasarela con una elaborada creación de Karl Lagerfeld y con el cabello peinado en un recogido alto. Parecía como si el mundo y todos sus habitantes le pertenecieran.

—¿Tiene pinta esta chica de haber estudiado en un instituto en Kansas? En esta foto no podría contar más de diecisiete años. —Luego dirigió a Pine una mirada penetrante—. Y, cuando he dicho que tus padres aparecieron de pronto aquí contigo y con tu hermana, no te ha sorprendido nada. Ya sabías que no habíais nacido aquí.

—Cuando ya era adulta descubrí que había nacido en Nueva York. Fue una tremenda sorpresa, la verdad, porque hasta entonces había estado convencida de que nací en Georgia.

Myron asintió, pero no hizo ningún comentario.

—Ha dicho que solo hablaban de sí mismos cuando no estaban sobrios. ¿Alguna vez dijo mi padre algo sobre su pasado cuando estaba borracho?

Myron dejó la revista a un lado y se frotó la barbilla.

—De hecho, sí lo hizo. Tu padre había querido ser actor. Al menos, eso es lo que contó. Por ese motivo fue a Nueva York, para abrirse camino en la profesión. Y allí fue donde debió de conocer a tu madre. Eso fue prácticamente lo único que me contó sobre él durante el tiempo que estuvieron viviendo aquí.

Pine dejó escapar un breve resoplido lleno de incredulidad.

—¿Mi padre, un aspirante a actor? ¿Mi madre, una modelo internacional? Está hablando de la vida de otra persona. Ellos nunca me contaron nada de eso. Nada.

—No sé por qué no lo hicieron. Quizá pensaron que no tenía importancia. Quizá creyeron que tú podrías pensar que habían tomado malas decisiones en la vida, o que habían renunciado a sus carreras para criaros a vosotras. Obviamente, solo estoy especulando.

—Sé que no tenían hermanos y que sus padres estaban muertos. Por lo menos, eso es lo que me contaron. ¿Es eso cierto, o también tengo abuelos y parientes de los que no sé nada? De ser así, ninguno de ellos ha intentado ponerse en contacto conmigo.

—Me temo que no sé nada de esa parte de sus vidas —dijo Myron.

—Pero ¿por qué mi madre se cambiaría el nombre de Amanda por el de Julia?

Aunque resultaba evidente que Pine se estaba haciendo la pregunta a sí misma, Myron respondió:

—Quizá solo quería desaparecer. Y tampoco es ilegal cambiar de nombre.

Los ojos de Pine se posaron sobre la revista.

—¿Puedo quedármela?

—Con mucho gusto —repuso él, entregándosela.

—¿Alguna vez mencionaron mis padres por qué habían elegido un lugar como Andersonville para venir a vivir? Quiero decir, mi madre había viajado por todo el mundo y esto le resultaría un tanto aburrido en comparación.

—Bueno, no todo el mundo sirve para vivir en esos lugares. Britta y yo podríamos vivir en cualquier parte, pero escogimos hacerlo aquí. Tal vez tu madre se hubiera hartado de todas esas ciudades bulliciosas

y ostentosas y buscara una vida más sencilla.

Pine bajó la mirada a la revista.

—Me ha dado mucho sobre lo que pensar.

—¿Y qué vas a hacer con esa información?

—Vine aquí para tratar de descubrir qué le había pasado a mi hermana. Y ahora, encima de eso, también tengo que intentar averiguar quiénes fueron realmente mis padres.

—Supongo que no habías contado con eso.

—¿Y quién se habría esperado algo así?

28

—¿Y de qué quiere hablar Lee con Myron? —había preguntado Britta mientras preparaba el café en la cocina, mirando por la ventana cómo Pine se dirigía hacia la piscina donde su marido flotaba sobre una colchoneta.

—Imagino que querrá hacerle algunas preguntas sobre sus padres. Ella es una investigadora muy experimentada y sabrá qué preguntar.

Tras dejar sobre la mesa las tazas de café y una bandeja de muffins de maíz calientes, Britta se sentó frente a Blum.

—Es evidente que estabas muy unida a Julia. ¿Qué recuerdas de ella?

Britta se tomó un momento para organizar sus pensamientos.

—Era una mujer adorable. Y no solo físicamente. En ese sentido era impresionante. Tan alta y delgada, con aquella melena preciosa y con aquel cuerpo y aquella estructura facial sencillamente perfectos. Está claro que Lee ha heredado todo eso de ella. Es igual de alta que su madre, aunque está mucho más… musculada.

—En el mundo en que ella se mueve, estar fuerte y en forma es mucho más importante que el aspecto físico. Y trabaja muy duro para conseguir ese cuerpo.

—Ya me imagino. En fin…, Julia era algo complicada.

—¿En qué sentido?

—Nunca hablaba de su pasado, pero por los comentarios que hacía se notaba que había visto mundo, que había viajado por el extranjero. Myron me contó que había sido modelo y, la verdad, no me sorprendió. Tenía el cuerpo, la cara y la altura para ello. Aunque creo que no trabajó de modelo mucho tiempo. No podría haber seguido haciéndolo.

—¿A qué te refieres?

—Tuvo a sus hijas muy joven.

—¿Te acuerdas de cuándo nacieron?

—Ah, no, no nacieron aquí.

El rostro de Blum permaneció impasible, aunque el comentario la había sorprendido.

—Las niñas tenían unos dos años cuando Julia y Tim vinieron a Andersonville.

—Ya —dijo Blum—. Solo he visto una foto de ellas. De la agente Pine y de su hermana. Sus padres no salían. Me dijo que era la única que tenía.

—¿Solo una foto? Qué raro…

—¿Tienes alguna otra en la que salgan los Pine?

—Déjame ver. Vuelvo enseguida.

Después de que Britta se marchara, Blum miró por la ventana y vio cómo Myron salía de la piscina, se secaba con una toalla y se ponía una camiseta. Luego condujo a Pine por una escalera exterior hasta el primer piso de la vivienda. Esta parecía un tanto desconcertada. Tal vez Myron le estuviera ofreciendo una información similar a la que Britta le estaba proporcionando a ella.

—Aquí está.

Blum se giró para ver a Britta acercándose con una foto pequeña en la mano.

Se la entregó.

—Creo que es de cuando las niñas cumplieron cuatro años.

En la imagen aparecían alineados los cuatro miembros de la familia Pine: Tim en un extremo; Julia, ligeramente más alta, en el otro; y, en medio, Pine y su hermana Mercy. Blum la examinó atentamente.

—Vaya, resulta muy difícil distinguirlas, salvo porque Atlee lleva pantalones y Mercy un vestidito con volantes…, si no me equivoco.

—No te equivocas. Lee fue siempre la más chicazo. Mercy era más femenina. Esa era la única manera de poder distinguirlas. Rara vez verías a Lee con un vestido, y menos con tantos volantitos.

—Su madre era extraordinariamente hermosa.

—Y Tim no se quedaba atrás tampoco. En verano, cuando estaba trabajando fuera en pantalones cortos y descamisado, eran muchas las

mujeres de los alrededores que se buscaban alguna excusa para acercarse a la casa a deleitarse con las vistas, yo incluida.

—Creo que yo también habría formado parte de ese grupo —dijo Blum sonriendo—. ¿Alguna vez te contaron algo más acerca de sus vidas antes de venir a Andersonville?

—No. Como he dicho, Julia era de lo más reservada y Tim tampoco era muy hablador.

Blum dio un mordisco a un muffin y tomó un sorbo de café.

—¿Y cómo es que tu marido y tú acabasteis aquí?

Las facciones de Britta se suavizaron.

—Myron tenía un amigo en la industria minera y le ayudó a conseguir un empleo en la explotación de bauxita.

—¿Y a un genio informático le gustaba trabajar en una mina?

—No tenía que encargarse de tareas pesadas. Su trabajo era más bien científico. De hecho, ayudó a encontrar un par de usos para la bauxita de los que no se tenía conocimiento por entonces. Siempre ha sido un pensador de lo más heterodoxo.

—¿Y cómo os conocisteis?

—En una cita a ciegas en Huntsville, Alabama. Yo acababa de graduarme en la universidad y él lo había hecho el año anterior. Myron era muy alto y bien parecido, aunque bastante callado. No tenía ni idea de que era un genio, parecía tan solo un chico retraído. Mucha gente no le entendía, pero los dos conectamos a la perfección. Y llevamos juntos desde entonces… —Su voz se fue apagando—. Pensaba que a estas alturas ya sería abuela. Pensaba muchas cosas que ahora ya nunca ocurrirán.

Blum posó una mano sobre el brazo de la mujer.

—Lo siento muchísimo, Britta. No puedo ni imaginarme lo terriblemente doloroso que habrá sido para ti.

—Sí, bueno…, como se suele decir, la vida debe continuar. Y, teniendo en cuenta las circunstancias, hemos seguido adelante con nuestras vidas lo mejor que hemos podido. Pero no hay un solo día en que no piense en mis hijos, y en cómo podrían haber sido las cosas.

Blum le dio otro afectuoso apretón en el brazo antes de reclinarse en su asiento.

Britta suspiró, dio un sorbo a su café y finalmente alzó la vista.

—Lee y tú parecéis llevaros muy bien.

Agradecida por el cambio de tema, Blum comentó:

—Es una jefa estupenda, y una mejor agente.

—Seguro que estás muy orgullosa de ella.

—Ha tenido que trabajar muy duro para llegar adonde está. La Agencia sigue siendo un dominio básicamente de hombres, pero desde el primer momento ella ha sabido abrirse camino y marcar su territorio. No aguanta tonterías de nadie, y si pretendes adoptar actitudes misóginas con ella atente a las consecuencias. Créeme, lo he visto.

Britta miró por la ventana.

—Me pregunto cómo les estará yendo a ella y a Myron.

—Supongo que él sabe todo lo que me has contado.

—Oh, sí. Puede que más.

—Entonces seguramente ya se lo habrá contado a la agente Pine.

—¿Y por qué no le ha preguntado todo esto directamente a Julia? Aún vive, ¿no?

—No lo sé.

—Pero ella sí lo sabrá…

—No lo sé —repitió Blum con vaguedad—. No me gusta fisgar.

—Ah, entiendo.

—Jack Lineberry también quería saberlo —insinuó Blum con toda la intención—. Le preguntó a la agente Pine por su madre.

—¿En serio?

—¿Te sorprende?

—La verdad es que no. Eran muy buenos amigos.

«¿Cómo de buenos?», quiso preguntar Blum, pero optó por dejarlo estar.

—¿Te gusta trabajar en el FBI? —preguntó Britta.

—Sí, me gusta. Nunca te aburres con la agente Pine. Justo antes de venir a Andersonville salvó a una niña después de recibir una Alerta Amber. El desgraciado que la secuestró era un pedófilo exconvicto que ya había raptado y probablemente matado a varias pequeñas en el pasado. La agente Pine se encargó de detenerlo ella solita y el tipo se

llevó su merecido. Gracias a Dios, ahora estará a la sombra durante una larga temporada.

—Parece una mujer formidable.

—Buena elección de palabra, sí.

—Su madre debe de estar muy orgullosa.

«¿Lo está?», se preguntó Blum.

29

Esa noche, Pine y Blum fueron a cenar a La Trena.

Con anterioridad ya se habían puesto al corriente de sus respectivas conversaciones con Myron y Britta.

—Esto tiene que ser muy angustioso para ti, agente Pine.

—¿El qué, no saber absolutamente nada de dónde procedo o quiénes eran realmente mis padres? ¿O que todo lo que me contaron de ellos fuera mentira?

—¿Qué recuerdas sobre su pasado?

—Solo lo que me dijeron ellos, que fue muy poco.

—¿Y después de que os marcharais de aquí?

—Como ya te he contado, nos mudamos a una pequeña población de Carolina del Sur. Y, unos años más tarde, mis padres se divorciaron.

—¿A causa de lo que había ocurrido?

Pine jugueteó con su servilleta de papel.

—Siempre he supuesto que ese fue el motivo. Discutían a todas horas. Por cualquier cosa, pero el nombre de Mercy siempre salía a relucir.

—¿Y qué pasó después?

—Escogí vivir con mi madre. Nos quedamos en Carolina del Sur. Mi padre no vivía muy lejos. Entonces todo cambió.

— ¿Y eso?

—Acababa de empezar el instituto cuando mi madre me dijo que nos trasladábamos.

—¿Adónde?

—No me lo contó hasta que vinieron los de las mudanzas. Y al final nos marchamos a Texas.

—¿Te explicó por qué?

—La verdad es que no.

—¿Y llegaste a enterarte de dónde habías nacido? Britta me ha dejado claro que no naciste aquí. —Tras un breve silencio, añadió—: Me quedé francamente sorprendida…, pero no te preocupes, no dejé que se me notara.

Pine miró a Blum, sabiendo muy bien lo que estaba pensando.

—Sé dónde nací. Perdona por no habértelo contado antes.

—Tienes todo el derecho a guardarte los detalles de tu vida privada para ti, agente Pine. Pero espero que sepas que todo lo que me cuentes permanecerá en la más estricta confidencialidad.

—Lo sé, Carol. —Hizo una pausa para reorganizar sus pensamientos —. Nací en Nueva York. Ellos no me lo dijeron. Solo me enteré cuando ya iba a la universidad y tuve que tramitar el pasaporte. Estaba en el equipo de halterofilia de categoría olímpica y tenía que viajar al extranjero para las competiciones. Recuerdo quedarme mirando mi partida de nacimiento, que necesitaba para obtener el pasaporte. Se la había pedido a mi madre. Me quedé allí sentada, mirando mucho rato aquel pedazo de papel. Hasta aquel momento yo siempre había pensado que había nacido en Georgia. No tengo ningún recuerdo de haber vivido en Nueva York.

—Bueno, Britta dice que os vinisteis aquí cuando tenías solo dos años, así que no me extraña que no guardes recuerdos de Nueva York.

—Le pregunté a mi madre y ella se limitó a escurrir el bulto. Me dijo que claro que había nacido en Nueva York, y que luego nos mudamos a Georgia. Me aseguró que ya me lo había contado, pero creo que no me habría olvidado de algo así.

—No, no es algo que se olvide fácilmente.

—Para mí fue muy duro tener que trasladarnos a Texas justo cuando acababa de empezar el instituto. Ya había hecho amigos y ahora iba a tener que volver a empezar de cero. —Hizo una pausa—. Mi padre ya no estaba cerca. Y me rebelé contra el mundo: empecé a beber más de la cuenta, pequeños hurtos, fumar hierba… La policía tuvo que intervenir varias veces. Estaba yendo de cabeza por el mal camino.

—¿Y qué te hizo cambiar? ¿Fue tu madre?

—No, no fue ella. A ver, claro que intentó persuadirme para que me

enmendara, pero yo no estaba dispuesta a escucharla. Estaba demasiado enfadada con ella para dejarme convencer. Ya no tenía a mi padre conmigo y echaba muchísimo de menos a Mercy. Supongo que me sentía muy sola.

—Bueno, ¿y entonces qué pasó?

—Esto va a sonar un poco tonto.

—Ya he visto de todo en la vida. Ponme a prueba.

—En el lugar donde vivíamos se instaló una pequeña feria ambulante. Y un día fui a ver a una pitonisa para que me leyera el futuro. No sé por qué lo hice. En fin, aquella mujer me dijo algo.

—¿El qué?

—Cuando me tomó la palma de la mano, dijo que sentía dos latidos en mí, no solo uno. Y me dijo que creía que yo sabía el porqué.

Blum se reclinó en su asiento.

—¿Por Mercy?

Pine asintió.

—Fue como si hubieran encendido un interruptor dentro de mí. Después de aquel día volví a coger los libros, empecé a hacer deporte y me dediqué en cuerpo y alma a…

—¿… vivir tu propia vida y la vida de tu hermana por ella?

—Algo así —dijo Pine con voz dolida—. Y ya puesta a abrirte mi corazón, te contaré que un verano, al volver de la universidad, descubrí que mi madre ya no estaba. Solo había una nota en la que apenas explicaba nada, solo que había tenido que marcharse. Me dejó suficiente dinero para ir tirando y para pagar el resto de mi educación. Y desde entonces no he vuelto a saber de ella.

—Cielo santo —exclamó Blum, visiblemente consternada—. Así que… ¿te abandonó?

—Bueno, yo ya era adulta, así que legalmente no era el caso. Pero en el sentido más estricto de la palabra, sí, me abandonó. Llamé a la policía y denuncié su desaparición, pero no hay ninguna ley que impida a un adulto marcharse por voluntad propia. Y tampoco había ninguna prueba de que hubiera ocurrido nada raro.

—Aun así, debiste de quedarte destrozada.

—Lo estuve, durante mucho tiempo. Naturalmente la busqué. Y,

cuando me convertí en agente del FBI, lo intenté aún con más ahínco, siempre en mi tiempo libre. Pero tampoco encontré el menor rastro. Seguí buscándola de vez en cuando, pero era como si hubiera desaparecido de la faz de la tierra. Puede incluso que esté muerta. —Pine bajó la mirada—. Aunque estaría bien poder tener alguna certeza.

—Bueno, al final acabaste enderezando tu vida. Y ahora eres agente del FBI.

—El jurado aún está deliberando —dijo Pine en tono siniestro, y dio un sorbo a su cerveza—. A pesar de lo que dijo Dobbs, podría retirarme su confianza en cualquier momento. ¿Por qué iba a arriesgar su carrera por mí?

—Sé que es un tipo bastante duro, pero también podría sorprenderte, agente Pine. Te ha dado esta oportunidad para enmendar las cosas. Y no tenía por qué hacerlo.

—Tienes razón. No tenía por qué.

—¿En qué trabajó tu madre cuando os trasladasteis a Texas?

—¿Por qué?

—Solo intento poner en orden algunas ideas.

—No trabajó en nada, al menos al principio.

—¿Y cómo podía manteneros a las dos?

—Dijo que había heredado algún dinero de un pariente lejano. —Pine levantó la vista para encontrarse con la expresión incrédula de Blum—. Lo sé. No era más que una adolescente estúpida y me creí lo que me decía.

—Y al final se buscó un trabajo, ¿no?

—Sí. Pero lo único que comentaba era que consistía básicamente en mover papeleo. Y yo estaba totalmente inmersa en el deporte y los estudios. Nunca me interesé por saber lo que hacía en su trabajo.

—Durante esa época, ¿viajaba por cuestiones laborales? ¿Salió alguna vez del país?

—No, nada de eso.

—¿Y tu padre? ¿Se quedó en Carolina del Sur?

—Sí. Aquello me cabreó mucho. A ver, era mi padre. Mi madre me explicó que había recibido esa oferta de empleo en Texas y que debía

cogerlo. Y que mi padre lo había entendido. Pero eso tampoco tenía ningún sentido, porque, como te he dicho, no empezó a trabajar en cuanto llegamos.

—Bueno, era tu madre, no podías no confiar en ella. ¿Tu padre te comentó alguna vez algo sobre el hecho de que te llevara a Texas y lo dejarais allí solo?

—Cuando hablaba con él por teléfono, notaba que le estaba costando mucho conservar el trabajo. Estaba bebiendo más de la cuenta, puede que incluso tomara drogas. Pero de su boca nunca salió una mala palabra contra mi madre. —Bajó la mirada—. Siempre me decía que me quería. Que sentía enormemente la pérdida de Mercy, pero se alegraba de que yo aún estuviera en su vida.

—¿Y luego?

—Y luego, cuando yo estaba en la universidad, mi madre recibió una llamada. Mi padre había muerto. Se había suicidado. Me contó que lo habían encontrado en algún motel de Luisiana, pero al parecer no fue así.

—Es cierto —repuso Blum—. Jack Lineberry dijo que lo encontró en el apartamento de tu padre en Virginia, adonde por lo visto se había mudado. ¿Y él nunca te lo mencionó?

—Nunca. En fin, mi madre se fue para encargarse de organizarlo todo, o eso me contó. Yo quise ir con ella, pero no me dejó. Lo incineraron. Me dijo que había esparcido sus cenizas en un lugar que era muy querido para él.

—¿Sabes cuál era ese lugar?

—No, no me lo dijo. Y ahora descubro que fue Jack Lineberry quien encontró su cuerpo. Mi madre tampoco me contó nada de eso.

—Quizá no lo supiera.

—Lineberry tenía que saber que mi madre iría allí para encargarse del funeral de mi padre. Pero ella no dijo nada de que lo hubiera visto. Y él comentó que tampoco la había visto.

—¿Y tu madre te abandonó poco después de aquello?

—Sí. De hecho, al cabo de un par de meses.

—Todo esto es muy raro —opinó Blum.

Pine meneó la cabeza.

—Mírame, soy una investigadora adiestrada para esclarecer la verdad, para discernir cuándo miente la gente, para detectar las cosas que no encajan. Y ahora, mientras hablo de mi propia vida, me doy cuenta de que había tantas señales de advertencia… ¿Cómo es que no supe verlas, Carol? ¿Cómo diablos no supe verlas?

—Lo que pasa es que, cuando todo aquello ocurrió, tú aún no eras una investigadora experimentada. Y la gente quiere creer y confiar en aquellos a los que ama, especialmente en el caso de los hijos con sus padres.

—Bueno, pues ahora la verdad me está mirando a la cara, y tengo que enfrentarme a ella.

—Volvamos a lo del dinero que tu madre te dejó. ¿Alguna idea acerca de dónde pudo haber salido?

—No, pero era mucho. Y en el banco me dijeron que todo estaba correcto, que ese dinero era suyo.

—Bueno, es evidente que quería dejarte bien protegida y que no te faltara de nada después de marcharse.

—Pero ¿por qué se marchó? ¡Habría preferido un millón de veces tener a mi madre antes que una cuenta bancaria!

Permanecieron un rato en silencio, hasta que Blum comentó:

—Tu madre era guapísima. Cuando Britta me enseñó una foto de ella, me quedé como… ¡guau!

—¿Tiene una foto de mi madre?

—Sí. Perdona, supongo que no había modo de que tú pudieras saberlo.

—Todos los hombres volvían la cabeza cuando ella pasaba. Hasta de niña me daba cuenta de eso.

—¿Crees que algo de esto podría tener alguna relación con lo que le ocurrió a tu hermana?

Pine tomó un trago de cerveza.

—¿Te refieres a que el pasado oculto de mis padres tuviera algo que ver con mi agresión y la desaparición de Mercy?

—Sí.

—He empezado a plantearme esa posibilidad. Pero ahora que estamos aquí tenemos que seguir investigando a fondo. Quizá lo que

descubramos nos permita averiguar algo sobre el posible paradero de mi madre.

—¡Hola, chicas!

Al alzar la vista, vieron a Cy Tanner y Agnes Ridley dirigiéndose hacia su mesa.

Tanner vestía el mismo pantalón vaquero, pero con una camisa tejana recién lavada. Llevaba el viejo Stetson en la mano, y en la enorme hebilla de su cinturón aparecía grabada la imagen de una lata de Budweiser.

El vestido de algodón de Ridley era amarillo y de manga larga, y sus zapatillas de lona dejaban ver sus tobillos rojos e hinchados. El pelo gris le colgaba suelto por los hombros.

—¡Hola! —respondió Blum.

—¿Os importa si nos sentamos con vosotras?

—Adelante —contestó Pine, mirando a Ridley.

Tomaron asiento. Tanner colgó el sombrero en el respaldo de una silla y levantó un brazo para pedir una cerveza.

—Otro cadáver… —dijo Ridley—. Válgame el Señor.

—¿Se sabe quién es? —preguntó Tanner.

—Todavía no.

—He oído que iba vestido muy elegante —dijo la anciana.

—¿Quién le ha dicho eso? —replicó Pine con brusquedad.

—En este lugar es difícil mantener algo en secreto —comentó Tanner.

—¿Así que tú también estás investigando, Lee? —preguntó Ridley.

—Estoy ayudando al detective en el caso. Pero, a raíz de este segundo asesinato, tendrán que acudir refuerzos.

—¿Y quién vendrá? —preguntó Tanner. La camarera le sirvió la cerveza y él dio un largo trago antes de secarse la boca con el dorso de la mano.

En ese preciso instante se abrió la puerta del restaurante y todos se giraron a mirar.

—Él —contestó Blum.

Plantado en el umbral había un hombre de treinta y muchos años, espaldas anchas y más de metro ochenta, vestido con un traje oscuro,

camisa blanca y corbata a rayas. Por encima de la americana llevaba un cortavientos azul oscuro del FBI.

Cuando Pine posó su mirada en el hombre, masculló con la mandíbula ladeada:

—Hijo de puta…

—¿Lo conoces? —le preguntó Blum, que había oído su exabrupto.

—El agente especial Eddie Laredo.

—¿Es un amigo o algo así?

—Algo así —replicó Pine.

30

Los penetrantes ojos color verde claro de Eddie Laredo se clavaron en Pine y permanecieron allí pegados como un imán sobre el metal. El hombre tenía la mandíbula cuadrada y una nariz larga y fina que dividía su rostro simétricamente en dos. Sus gruesas cejas eran tan oscuras como el pelo. El esbelto cuello descendía hacia unos hombros anchos que se ajustaban perfectamente a las costuras de la americana. El fuerte torso se iba estrechando hasta acabar en una fina cintura y sus muslos musculosos se marcaban contra la tela de los pantalones.

Pero eran sus ojos lo que más llamaba la atención. Una mirada calmada, aunque quizá un tanto amenazadora en su intensidad.

Avanzó por la sala y se detuvo junto a Pine.

—Hola, Eddie —lo saludó ella sin alzar la vista.

—He oído que estabas por aquí, Atlee —dijo él en voz baja.

Ahora sí lo miró.

—¿Y quién te lo ha dicho?

—Lo he oído por ahí.

—¿En Phoenix?

—Por ahí.

Acercó una silla vacía de otra mesa y se sentó junto a ella.

Miró a los demás y saludó con la cabeza.

—Agente federal Eddie Laredo.

Blum lo observó de arriba abajo y después lanzó una rápida mirada a Pine, que permanecía sentada con expresión pétrea.

—Soy la ayudante de la agente Pine, Carol Blum. ¿Has venido por el caso de los dos asesinatos? Imagino que sí.

Laredo asintió.

—Tomé un vuelo desde Atlanta y luego conduje hasta aquí.

—¿Has venido solo? —preguntó Pine.

—De momento sí. Aunque eso puede cambiar.

—Cierto.

—¿Así que ya os conocíais de antes? —preguntó Ridley.

Laredo miró a Pine antes de responder.

—Fue hace muchos años. Trabajamos juntos en el mismo departamento. BAU Cuatro. Unidad de Análisis del Comportamiento —se apresuró a añadir al ver la expresión desconcertada de la anciana.

—Fue durante muy poco tiempo —dijo Pine.

—Corto, pero intenso —replicó Laredo.

—¿Has hablado con Max Wallis? —le preguntó ella, ignorando su comentario.

—De hecho, se supone que hemos quedado aquí. —Se miró el reloj —. Llegará en cualquier momento.

Pine se levantó.

—Bueno, pues entonces todo tuyo.

Laredo la miró perplejo.

—Creía que trabajabas en el caso. ¿O es que me han informado mal?

—No. «Trabajaba» en el caso. Pero, ahora que tú estás aquí, creo que mi ayuda ya no será necesaria.

Y, dicho esto, cruzó el restaurante y salió por la puerta.

Blum la observó marcharse antes de volverse a mirar a Laredo, que se estaba examinando las manos.

—Por lo visto tuvisteis una historia complicada —comentó Blum.

—Doy por hecho que trabajas con Pine en Shattered Rock, ¿no?

—¿Así que también sabes eso?

—La Agencia no es tan grande.

—Es bastante grande. En fin, podemos hacerte un informe de lo que hemos averiguado junto al detective Wallis.

—Muy bien. —Se giró para mirar a Ridley y Tanner—. ¿Quiénes son tus amigos?

—Cy Tanner y Agnes Ridley. Cy vive en la casa donde se crio la agente Pine.

Laredo dirigió una mirada inquisitiva a Blum.

—Sí, agente Laredo, por eso estamos aquí. Al menos, esa es la razón

por la que vinimos. Luego empezaron los asesinatos.

—Entiendo. ¿Y habéis hecho algún progreso sobre… lo otro?

—Alguno. Pero aún queda mucho camino por recorrer. Y ahora será mejor que vaya a ver cómo está mi jefa.

Se puso en pie, deseó buenas noches a Tanner y Ridley y se marchó.

Blum no tuvo que ir muy lejos, ya que Pine estaba sentada en un banco junto a la entrada. Se levantó al verla salir.

—¿Ya habéis acabado ahí dentro?

—Ya. No tenías por qué esperarme.

—No pasa nada. Me irá bien la compañía.

Echaron a andar hacia el Cottage.

—Así que Eddie Laredo… —empezó Blum—. ¿Te apetece hablar de ello?

—La verdad es que no, y tampoco hay mucho que contar.

—No tienes por qué entrar en detalles.

—Trabajamos juntos y luego me trasladaron.

—Sabe que estás destinada en Shattered Rock.

Pine no comentó nada al respecto.

—Es un buen agente. Solo que discrepábamos en algunas cosas. —Echó una ojeada a su compañera—. ¿Algo más que deba saber?

—Le he presentado a Cy y Agnes. Le he dicho que Cy está viviendo en tu antigua casa.

— ¿Y?

—Le he lanzado un anzuelo para ver cuánto sabía… sobre ti.

— ¿Y?

—Y parece saber por qué estás aquí.

Pine asintió lentamente con la cabeza.

—¿Le contaste algo cuando trabajabais juntos?

—No, pero mi historia personal no es ningún secreto, Carol. Solo tienes que buscar en Google.

—Así que solo ha tenido que atar cabos.

—Está entrenado para eso.

—¿Sabías que podían enviarlo a él cuando le propusiste a Wallis que pidiera ayuda al FBI?

Pine negó con la cabeza.

—A diferencia de Laredo, yo no he seguido su carrera profesional. No sabía que estaba aún en la Unidad Cuatro.

—Así que lleva allí bastante tiempo, ¿no?

—A menos que lo transfirieran y luego haya vuelto. A veces pasa. Yo dejé la BAU porque me mantenía alejada de las trincheras. Me fue muy bien la experiencia, pero quería atrapar a los malos por mí misma.

—En fin, pues ahora él está aquí. ¿De verdad vas a pasárselo todo a Laredo y retirarte del caso? No es propio de ti.

—No tengo voz ni voto en el asunto, Carol. Técnicamente estoy aquí de vacaciones. Y no importa lo que diga o quiera el detective Wallis, oficialmente no estoy asignada al caso. Y ya sabes que la Agencia es muy estricta en lo que respecta a ceñirse a normas y jurisdicciones.

—¿Y si Laredo te pide que sigas trabajando en el caso?

Pine lanzó una mirada a Blum.

—¿Por qué? ¿Es que te ha dicho que iba a hacerlo?

—En realidad no ha dicho nada. Me refiero a si te lo pidiera.

Ella se encogió de hombros.

—Si eso llega a suceder, ya veré lo que hago. De momento tenemos otros asuntos de los que ocuparnos.

—Muy bien. ¿Cuál es el siguiente paso en el caso de tu hermana?

—Tenemos gran cantidad de material y pistas. Pero, en mi opinión, lo más importante es que creo que nadie está siendo del todo sincero con nosotras. Lineberry, los Pringle… Incluso Lauren Graham parece guardar algún secreto.

—Entonces estás hablando de una especie de conspiración. En la que todos ellos estarían implicados. Sea lo que sea.

—Solo tengo la impresión de que esa gente no está siendo totalmente honesta. Y una de las razones principales para no serlo es que estén ocultando algo. Pero ¿qué pueden estar ocultando? ¿Algo relacionado con la desaparición de mi hermana? ¿Qué motivos podrían tener para ello? Parece evidente que todos sentían un gran aprecio por mis padres.

—No tiene ningún sentido. Y eso nos devuelve a la hipótesis de la autoría por parte de un desconocido. Alguien que podría haberse

marchado del lugar hace mucho tiempo. O incluso podría estar muerto. —Blum miró a su amiga—. ¿Y si no consigues cerrar nunca el caso?

—Cuando me propongo algo voy a por todas, Carol. No me gustan las medias tintas.

—Pero puede que esto no esté bajo tu control. De hecho, casi nada lo está.

—No me importa.

Llegaron a la pensión y entraron.

—Me he fijado en que el agente Laredo no lleva alianza —dijo Blum.

—¿Y por qué has reparado en ese detalle?

—Simplemente me he fijado. E imagino que otras muchas mujeres también lo harán.

Pine se encogió de hombros.

—Cuando lo conocí estaba casado. Puede que se haya divorciado.

—Es algo que ocurre a menudo en la Agencia.

—Es un trabajo de una exigencia implacable. Y que condena a la soledad a muchas esposas.

—¿Por eso nunca has dado el paso? —preguntó Blum.

—No. Nunca he encontrado al hombre adecuado.

—Hay algunos ahí fuera.

—Seguro que sí. Pero nunca se han cruzado en mi camino.

Pine subió a su habitación.

Blum no la siguió. Se quedó al pie de las escaleras y tomó una decisión expeditiva.

Hizo una llamada, formuló algunas preguntas y colgó. Cinco minutos más tarde, sonó el teléfono. Descolgó, escuchó atentamente y, tras dar las gracias a la mujer al otro lado de la línea, volvió a salir.

«Punto para el legendario equipo de administración del FBI».

31

Wallis y Laredo estaban sentados a la misma mesa que habían ocupado ellas. Tanner y Ridley ya se habían marchado.

Blum entró en el restaurante, divisó a la pareja y se acercó con paso presuroso. Se sentó al lado de Wallis.

—Carol —dijo este—. He oído que Pine no sigue en el caso.

—Tiene otros asuntos de los que ocuparse. Pero me ha enviado a mí para poder seguir al tanto.

Al oír aquello Laredo la miró con curiosidad, pero no dijo nada.

—Me alegra oírlo. Como le estaba comentando a Laredo y ya le he dicho a tu jefa, en el caso de Hanna Rebane hemos llegado a un callejón sin salida. No tenemos nada después de que saliera de su apartamento aquel día. Ninguna actividad en el móvil. Ni compras con tarjeta ni retiradas de efectivo. Nadie la ha visto, ni sola ni acompañada. Es como si se la hubiera tragado la tierra.

—Bueno, al final acabó en Andersonville, Georgia —señaló Blum.

—¿Habéis buscado huellas en el apartamento? —preguntó Laredo.

—Sí. Y tras descartar las de rigor, no se ha encontrado ninguna. El único juego de huellas masculinas es el del actual novio de Clemmons. Y se encontraba en Miami en las fechas clave.

—¿Y qué hay del segundo cadáver? ¿Habéis encontrado algo?

—Sí. Ahí hemos tenido suerte. Las huellas acaban de dar una coincidencia. Se trata de Layne Gillespie. Treinta y dos años. Su última dirección conocida lo sitúa en Savannah.

—¿Qué más sabemos de él? —preguntó Laredo.

—Estuvo en el ejército durante unos años. Fue licenciado con una baja ordinaria.

—No un licenciamiento con honores, pero tampoco deshonroso —caviló Laredo.

—Y tampoco por mala conducta —añadió Blum—. Pero ese licenciamiento ordinario ¿fue en condiciones honorables o no?

Los otros dos la miraron con gesto inquisitivo.

—Mi hijo mayor es policía militar —explicó Blum—, así que sé de qué va la cosa. Un licenciamiento ordinario en condiciones honorables implica que la persona ha cumplido satisfactoriamente, pero no ha alcanzado el nivel esperado para un miembro del ejército. Por el contrario, un licenciamiento ordinario en condiciones no honorables significa que no ha alcanzado el nivel de cumplimiento y conducta requeridos. Eso tiene que aparecer en los documentos de su baja. ¿Cómo fue en el caso de Gillespie?

—Licenciamiento ordinario pero en condiciones no honorables —respondió Wallis, consultando sus notas.

—¿Y los motivos? —preguntó Blum.

—Lo único que pone aquí es que no alcanzó el nivel de conducta que se esperaba de él, como acabas de decir. —El detective hizo una pausa—. Pero parte de su expediente militar fue censurado. Al menos en los papeles que yo tengo.

Blum y Laredo se miraron extrañados.

—¿Y eso por qué? —dijo Laredo.

Wallis se encogió de hombros.

—He hecho algunas pesquisas, pero no he encontrado nada. Después de dejar el ejército, Gillespie fue trampeando de aquí para allá, haciendo varios trabajos, en ninguno de los cuales duró mucho.

—¿Y a qué se dedicaba en Savannah? —preguntó Laredo.

—No estoy seguro, tengo que investigarlo. Savannah está a poco más de tres horas en coche. Había planeado ir por allí mañana.

—¿Estaba envuelto en algo por lo que pudieran haberlo asesinado aquí? —siguió inquiriendo Laredo.

—Nada que sepamos de momento. La autopsia de Gillespie será mañana. La agente Pine quería estar presente cuando lo abrieran. —Miró a Blum—. ¿Sabes si eso sigue en pie? Solo por que haya solicitado la ayuda oficial del FBI no significa que no agradezca que continúe participando en la investigación. —Se giró hacia Laredo—. Si a ti también te parece bien…

El agente se limitó a asentir de forma breve y enérgica, en un gesto que Blum no supo si interpretar como de respaldo total o de indiferencia absoluta.

—Creo que quiere seguir implicada —dijo Blum.

—Muy bien, pues por el momento eso es todo. —Wallis se puso en pie—. Y ahora tengo que irme a casa. Mi mujer está empezando a olvidar cómo me llamo y qué aspecto tengo.

Se despidió con un movimiento de cabeza y se marchó.

Al momento Blum centró toda su atención en Laredo.

—¿Quieres que hablemos de ello, agente Laredo?

Este jugueteó con el papel de una pajita mientras la miraba por debajo de sus párpados caídos.

—No sé muy bien a qué te refieres con «ello», Blum.

Ella se reclinó en la silla.

—¿Cuánto tiempo llevas en el FBI?

—Dieciséis años. Prácticamente desde que salí de la universidad.

—Bien hecho. Yo llevo en la Agencia cerca de cuatro décadas.

Sus ojos se abrieron ligeramente por la impresión.

—¿En administración, te refieres?

Blum suspiró.

—Esperaba de ti una respuesta mejor informada.

—¿Qué significa eso exactamente? —dijo él en tono hostil.

—Durante mi tiempo en la Agencia he entrenado personalmente a cerca de cuatrocientos agentes.

Laredo empezó a sonreír hasta que, por la expresión de ella, vio que hablaba absolutamente en serio.

Blum continuó.

—En el FBI hay unos once mil agentes especiales masculinos y unas dos mil setecientas femeninas, es decir, una proporción aproximada de cuatro varones por cada mujer. La plantilla profesional, el personal administrativo al que te referías, está formada por unos nueve mil quinientos hombres y más de trece mil mujeres.

—Desconocía las cifras exactas, pero gracias por informar.

—La proporción entre agentes masculinos y femeninos apenas ha mejorado en este tiempo —señaló ella.

—Ser agente es muy duro. No digo que las mujeres no puedan hacerlo. Tu jefa es buena prueba de ello. Pero, si quieres tener hijos y todo eso, resulta muy difícil. La Agencia no es especialmente comprensiva en temas de conciliación.

—Pues tal vez debería esforzarse por serlo, ya que resulta evidente que están obligando a una gran cantidad de mujeres cualificadas a abandonar la profesión.

—No sé bien qué decirte, no soy más que otro soldado en las trincheras.

—Llevo colaborando un tiempo con la agente Pine. Y es extraordinaria en su trabajo.

—No lo dudo.

—Y te he investigado, agente Laredo.

Él se irguió en el asiento, su expresión cada vez más sombría.

—¿Cómo dices?

—Después de dejar a mi jefa y antes de volver aquí, he llamado a una amiga. Una amiga de «administración». Y ella ha hablado con alguien. Me ha pasado el informe sobre ti con suma rapidez. Es lo que tiene ser del personal administrativo.

Los ojos verde claro parecieron agitarse sacudidos por una descarga eléctrica.

—Esto no me hace ninguna gracia. No creo que tengas el menor derecho a hacer algo así —dijo Laredo con un destello de ira.

—¿Es que tú nunca has pedido información sobre alguien en la Agencia?

Laredo empezó a decir algo, pero luego pareció pensárselo mejor.

—Te alegrará saber que el resultado de mis pesquisas ha sido muy positivo. Estás muy bien considerado. En tu historial no hay nada turbio ni problemático.

—Si me hubieras preguntado, yo mismo podría habértelo dicho.

—¿Me lo habrías contado?

—Lo dudo mucho. Nunca habría pensado que yo pudiera ser una causa de preocupación. Creía que la insignia que llevo sería prueba suficiente de mi carácter íntegro.

—Me gusta corroborar la información.

—Ahora hablas como una agente, no como una administrativa.

—Te sorprendería saber cuántas destrezas propias de un agente utiliza en su trabajo una empleada de administración como yo. Aunque me temo que no es algo recíproco.

Laredo enarcó sus gruesas cejas.

—¿A qué te refieres?

—¿Conoces todos los procedimientos abreviados para confiscar equipamiento?

—Eeeh…

—¿Sabes cómo realizar una videoconferencia con más de cinco interlocutores a distancia, algunos de ellos ubicados en otros países?

—Yo…

—¿O las dietas estipuladas por trabajar en distintas fechas festivas? ¿O cuál es el personal al que recurrir en el Edificio Hoover si quieres llevar a cabo una búsqueda prioritaria en bases de datos referentes a determinado material clasificado? ¿O algo tan básico como qué departamento se encarga de gestionar las peticiones sobre cafés de distintos aromas?

—Supongo que para eso contamos con personal de apoyo.

—Exacto. Somos un equipo. Y juntos realizamos una ardua e importantísima labor aunando nuestras mejores aptitudes como colectivo.

—¿Y adónde quieres llegar exactamente con todo esto?

—De vuelta a mi pregunta inicial. ¿Quieres hablarme de lo que ocurrió entre tú y la agente Pine? Ese es el «ello» al que me refería antes, aunque evidentemente tú ya lo sabías.

—No creo que haya mucho que contar.

Ella se echó hacia atrás en el asiento con gesto decepcionado.

—¿Te he mencionado que también he entrenado a agentes para que detecten cuándo alguien oculta información?

—¿Te refieres a mentir? Los agentes también estamos muy bien adiestrados para ello.

—Un cursillo de refresco nunca va mal.

—De acuerdo. Dime: ¿crees que estoy mintiendo?

—Cuando has respondido que no había mucho que contar, has

bajado la vista hacia la derecha y te has cruzado de brazos. Típico recurso de evasión y autoprotección. También he criado a seis hijos. Y has mostrado la misma expresión entre desafiante y compungida que ponía mi hijo de nueve años cuando había hecho algo malo y se negaba a admitirlo. De modo que ¿piensas desembuchar o vas a decirme otra vez que no hay mucho que contar?

La expresión de Laredo se tornó aún más sombría.

—Estás a punto de cruzar una línea roja, Blum. No me gustaría que hicieras nada que pudiera poner en peligro tu larguísima carrera en la Agencia.

Ella lo miró no con miedo o ira, sino con tristeza.

—Siento que te lo tomes así. Cuando mis hijos todavía iban en pañales les enseñé que la mejor manera de actuar se basa siempre en la honestidad, agente Laredo. Y está claro que discrepamos en ese punto.

Blum se puso en pie.

—La agente Pine es una mujer tenaz, inteligente, versátil y con un físico formidable.

Él se encogió de hombros.

—No me estás diciendo nada que no sepa ya.

—Y además es implacable. Con ella y con aquellos que no están a la altura de los valores que se exige a sí misma.

Laredo la miró con hostilidad.

—Yo también tengo mi propio sistema de valores. Y también tengo un nivel de exigencia condenadamente alto. Tan alto como el suyo.

—Entonces no tiene por qué haber problemas entre vosotros. Espero que me garantices eso por tu parte y que podáis trabajar juntos con normalidad. Gracias por escucharme.

Se dio media vuelta y se marchó, mientras Laredo la veía alejarse con expresión hosca.

32

Pine no se había acostado. Ni siquiera había llegado a cerrar los ojos. Se había limitado a sentarse en la cama, totalmente vestida, hasta bien pasada la medianoche. Había oído cómo Blum volvía a la pensión y subía a su cuarto. En ese momento debería haber salido para ir a hablar con ella, pero al final decidió no hacerlo. No sabría decir por qué.

«Cobarde».

Era la una de la madrugada cuando Pine se levantó, bajó las escaleras y salió por la puerta a la gélida y húmeda noche. Se arrebujó en su abrigo y puso rumbo a un destino al que no había pensado ir hasta el último momento.

No cogió el vehículo de alquiler, sino que caminó con paso presuroso por la autopista en dirección al Sitio Histórico Nacional de Andersonville, evitando por los pelos que la atropellara un motorista nocturno que serpenteaba por la carretera sin prestar demasiada atención. Entró en el recinto y no tardó en llegar al lugar en el que habían depositado el segundo cadáver. Todavía seguía acordonado con la cinta policial, pero no había nadie vigilando la escena del crimen; al parecer ya habían recogido todas las pruebas o, tal vez, como en el lugar donde fue encontrada Hanna Rebane, no disponían de efectivos suficientes para asegurar la zona. Y eso que ahora, con la intervención oficial del FBI, contaban con más recursos.

Nunca habría imaginado que uno de esos recursos sería Eddie Laredo.

Contempló el lugar en el que habían hallado el cadáver. Aún no sabía que lo habían identificado como Layne Gillespie, antiguo miembro del ejército estadounidense licenciado con carácter ordinario por razones aún desconocidas. Tampoco sabía que su última dirección

conocida era Savannah. Pero, sobre todo, ignoraba la razón por la que alguien había acabado con su vida y luego lo había vestido como un muñequito de pastel de bodas.

Estaba claro que había algo de sistemático en los métodos y la selección de las víctimas por parte del asesino, así como en la presentación de los cuerpos ataviados con extraños ropajes. Pero aún no disponía de información suficiente para determinar cuál podía ser su objetivo.

«Estos tipos nunca te lo ponen fácil. Supongo que de eso se trata».

Se agachó para pasar bajo el cordón policial.

Empezó a soplar un viento cortante procedente del norte. De niña no recordaba que Georgia fuera un lugar especialmente frío, pero ahora le parecía gélido.

«Probablemente no ayude estar de noche en un cementerio».

Se arrodilló para examinar la inscripción de la tumba. Era la primera por la izquierda.

—«Patrick Delaney, de Pennsylvania» —leyó. Los otros nombres, siguiendo hacia la derecha, eran: Charles Curtis, William Collins, John Sarsfield, W. Rickson y A. Munn, estos dos últimos pertenecientes a la Armada estadounidense.

¿Tenía algún significado especial que el cadáver hubiera sido colocado sobre la tumba de Delaney? Había que tener en cuenta que la víctima era negra. Sin embargo, todas esas sepulturas contenían los restos de soldados de la Unión. Y, aunque como prisioneros de guerra habían mostrado un comportamiento deleznable, habían luchado para abolir la esclavitud.

«O puede que esté presuponiendo demasiado y nada de eso tenga que ver con lo ocurrido aquí».

El asesino había corrido un gran riesgo al transportar el cadáver hasta allí. Pero también se había arriesgado mucho al dejar el cuerpo de Hanna Rebane en un lugar tan público. Estaba claro que al tipo le gustaba jugar al límite.

Flotaba en el ambiente un olor a muerte, pese a que el último enterramiento en la corta hilera de tumbas había tenido lugar hacía más de ciento cincuenta años. Pero el hedor persistía. Y seguiría por

siempre porque los que habían muerto allí nunca abandonarían el camposanto. Si creías en Dios, confiarías en que sus espíritus estaban hacía mucho tiempo en algún lugar mejor. Pero Pine sabía que, a dos metros por debajo de sus botas, los restos humanos de aquellos «espíritus» serían una presencia eterna en Andersonville.

Justo en ese momento, Pine se llevó la mano al arma sin tener muy claro si lo había hecho al oír el ruido de una ramita al quebrarse o movida por su propio radar personal. Giró sobre las puntas de los pies para abarcar con la vista la mayor cantidad de terreno posible. Tal vez hubiera sido una ardilla, o algún visitante nocturno como ella.

O quizá fuera el asesino que había vuelto a por algo.

Quizá había vuelto a por ella.

Se oyó el chasquido de otra ramita.

Pine pasó a la acción. No pensaba convertirse en un blanco fácil. Su primer movimiento táctico fue obligar a quien anduviera por allí a perder contacto visual con ella, si es que la estaba observando. Para ello, cruzó a toda prisa el cementerio hasta llegar al edificio administrativo del Servicio de Parques. Se trataba de una estructura de dos plantas construida en madera y ladrillo pintados en rojo, rodeada por algunos setos podados y con una barandilla de hierro forjado que recorría el perímetro del primer nivel. Detrás del edificio había un gran cobertizo. Vislumbró carretillas alineadas contra una de las paredes e hileras de herramientas colgadas de ganchos. Debía de ser el lugar donde se almacenaba el material necesario para las labores de mantenimiento del recinto.

Pine se escondió detrás de uno de los setos y esperó a oír pasos. El condenado viento había arreciado, lo cual dificultaba apreciar si alguien se acercaba. Mirando por encima del raíl superior de su Glock, volvió a pivotar sobre sí misma mientras apuntaba en la dirección por la que había venido.

Se oyó el chasquido de otra ramita. Parecía haber montones de ellas en los terrenos de aquel cementerio nacional tan bien cuidado y preservado. Y alguien parecía estar pisándolas todas.

«Mierda».

Volvió a girar en redondo justo cuando alguien se abalanzaba

contra ella por detrás, y ambos cayeron contra el seto tras el cual había tomado posición. Notó el olor a sudor y alcohol que desprendía el hombre. Su pelo largo y grasiento le rozó la cara mientras caían.

Se quedó sin aliento cuando impactó contra el suelo de tierra, sintiendo sobre su cuerpo todo el peso del atacante, que estaba en posición de ventaja hasta que ella le golpeó con la Glock en un costado de la cabeza.

El tipo gritó, se agarró la cabeza con una mano y con la otra lanzó un puñetazo no demasiado fuerte contra el hombro de ella. Tras absorber el golpe con una mueca de dolor, Pine plantó su rodilla contra la entrepierna del hombre, manteniéndola allí mientras estampaba la palma abierta de la mano contra su nariz. El atacante respondió dejando caer todo su peso sobre ella, dejándola sin aire en los pulmones.

Él le agarró la mano con que sujetaba el arma, y la situación empezó a ponerse peligrosa.

Hasta que ella le clavó el codo por debajo de la garganta y le cortó la respiración. Pine sabía que el tipo se echaría hacia atrás tratando de recuperar el aliento, y entonces le propinó un tremendo cabezazo que impactó contra su ya maltrecha nariz. Se trata de un apéndice muy sensible. El primer golpe duele; el segundo te incapacita.

El tipo se incorporó sobre sus rodillas, liberándola de su peso, mientras se retorcía de dolor de un lado a otro. Ella se escabulló de debajo de él y le dio una brutal patada en los riñones que le hizo caer de costado. Entonces Pine estampó su bota sobre la cabeza del hombre, clavándosela con fuerza contra el suelo. El rojo de la sangre coloreó las briznas de hierba.

Tras propinarle un nuevo pisotón para asegurarse, el cuerpo del hombre se puso muy rígido y luego se quedó inmóvil.

Pine disfrutó un par de segundos de su triunfo antes de verse derribada de nuevo por otro hombre que le atizó un violento puñetazo a la altura de la cintura. Luego el tipo la levantó del suelo y la arrojó con fuerza por encima de su cabeza. Pine podría haber caído de espalda o de bruces contra la tierra, lo cual la habría dejado muy aturdida. Sin embargo, extendió un brazo para frenar el impacto e

hizo palanca con la mano para rodar por el suelo e incorporarse con más rapidez de la que el atacante habría creído posible. Ahora Pine sentía un nuevo y lacerante dolor en el brazo y el hombro que había utilizado para amortiguar la caída. Y lo que resultaba más problemático: había perdido su arma y, con ella, su mayor ventaja.

El nuevo atacante se plantó ante Pine. Era muy grande, mediría un metro noventa y pesaría casi el doble que ella. A la tenue luz de la luna, podía ver que el tipo estaba pero que muy cabreado. Y que tenía intención de desfogar toda esa furia contra ella.

Pine se puso en cuclillas para calibrar la situación mientras el hombre hacía acopio de fuerzas y de las pocas luces que tuviera.

—Soy agente del FBI —dijo casi sin aliento—, por si eso supone alguna diferencia para ti.

El tipo pareció no comprender lo que le decía. Llevaba una sudadera muy sucia y una chaqueta tejana encima, con unos vaqueros aún más mugrientos debajo. Botas embarradas, una cadena en torno a la muñeca. Una barba que casi le llegaba al recio pecho. Debía de tener unos veinticinco años.

—Has herido gravemente a mi colega Deke —bramó, señalando el bulto que yacía inmóvil en el suelo—. Puede que esté muerto.

—Pues Deke no debería ir por ahí atacando a la gente.

—Solo queríamos pasar un buen rato. Nada más. Podríamos haberlo pasado muy bien los tres juntos. —Volvió a mirar a su colega caído—. Pero ahora voy a zurrarte de lo lindo, puta. Por Deke.

—Y yo te digo que mejor que no lo hagas porque te vas a arrepentir pero que muy mucho.

El hombre meneó la cabeza de lado a lado, se golpeó el pecho con un carnoso puño, escupió un asqueroso gargajo al suelo y mugió como un toro antes de abalanzarse contra ella.

Pine se levantó y lo esquivó fácilmente, lanzándole una patada circular en el trasero al pasar por su lado. Eso, junto con el impulso de la embestida, provocaron que aterrizara contra un arbusto y cayera de bruces sobre la hierba.

El tipo rodó sobre sí mismo, profirió una sarta de improperios y se incorporó a trompicones.

—Ahora sí que estás muerta —vociferó.

Y volvió a arremeter contra ella.

Un segundo más tarde, la Beretta Nano que Pine se había sacado de la pistolera del tobillo apuntaba a la entrepierna del tipo. Este frenó tan en seco que las puntas de sus botas se clavaron en la tierra y lo hicieron trastabillar hacia delante, cayendo a los pies de ella.

Cuando alzó la mirada, vio que el cañón del arma apuntaba ahora a su cabeza.

—Tienes derecho a permanecer en silencio —empezó a decir Pine muy despacio, sintiendo cómo empeoraba el dolor en el hombro, la cabeza, la muñeca y las costillas—. Y te juro por Dios que más vale que lo hagas.

33

Estúpida.

Esa fue la primera palabra que le vino a Pine a la cabeza mientras se sentaba en una silla en la oficina del sheriff del condado de Sumter. ¿Arriesgarse a ir sola en mitad de la noche a un lugar tan aislado sin que nadie supiera dónde estaba? Ese era el insulto que le habría soltado a cualquiera, sobre todo a una mujer, por hacer lo que ella había hecho.

Apretaba una bolsa de hielo contra su hombro magullado y le habían colocado unos apósitos en torno a las doloridas costillas y la muñeca derecha. Y tenía un moratón entre violáceo y amarillento en la parte superior de la frente, provocado por el cabezazo que le había atizado al primer tipo.

Deke estaba en el hospital con conmoción cerebral y diversas lesiones, aunque se esperaba que estuviera completamente recuperado para cuando entrara en prisión. Su colega estaba en el calabozo y no paraba de vociferar que quería un abogado y que «¡Ha empezado esa zorra!».

Los policías habían llegado diez minutos después de que ella los llamara. Deke estaba aún inconsciente y el otro capullo seguía insultándola a gritos por haber noqueado a su amigo.

—Solo queríamos pasar un buen rato y ahí estaba ella, ¿qué tiene eso de malo? —repetía una y otra vez, como si fuera una explicación perfectamente razonable y bastara para justificar su comportamiento —. A ver, ¿por qué iba a estar una tía a esas horas de la noche por ahí si no andaba buscando algo?

Ella había contado su versión de la historia a los policías que se personaron en el lugar de los hechos. Luego tuvo que repetírsela a un detective de expresión cansina que iba tomando notas en un cuaderno.

—Está claro que no sabían que iba armada —dijo el detective.

—Obviamente —repuso Pine—. Aunque el resultado no habría sido muy distinto.

Él se la quedó mirando de reojo al oír su comentario.

—Eran dos tipos bastante grandes.

—Cuanto más grandes, es más fácil que caigan.

—Eso es verdad. Bueno, rellenaré el papeleo. Cuando tenga lista la declaración tendrá que firmarla.

—Con mucho gusto.

Y se había quedado allí, había firmado su declaración y estaba a punto de marcharse cuando al alzar la vista vio a un atribulado Max Wallis acercándose a toda prisa por el pasillo. Y soltó un gemido por dentro cuando vio quién lo seguía.

Eddie Laredo.

Eran las seis de la mañana. Aún no había telefoneado a Blum. Sabía que la mujer iba a soltarle el mismo sermón que ella le soltaría a cualquiera lo bastante idiota como para hacer lo que había hecho ella. Ese era el principal motivo por el que no la había llamado. Podía imaginarse perfectamente lo que le diría. Y tendría toda la razón.

Wallis acercó una silla y se sentó frente a ella. Laredo se quedó de pie con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión en la que, al menos a ojos de Pine, se mezclaban la sonrisita arrogante y el ceño fruncido. Hirviendo de ira en su interior, se dijo que ya había tragado suficiente mierda por esa noche como para tener que aguantar también esto.

—¿Quieres contarnos lo que ha pasado? —le pidió Wallis. Se palpó los bolsillos de la chaqueta buscando algo, sacó un único cigarrillo medio torcido y se lo puso sin encender en la boca.

—Ya lo he contado dos veces y he firmado mi declaración.

—Por favor. Solo como cortesía. —Sacó su bloc de notas.

—¿Y qué estáis haciendo vosotros aquí?

—Recibí una llamada que me sacó de la cama. Una agente femenina del FBI metida en no sé qué problemas. Y tú eres la única que tenemos en el pueblo.

—Me alegra que sean tan específicos con el género.

—Eres una anomalía por aquí. Y les llamó la atención.

Esto último lo dijo Laredo.

Ella ni siquiera miró en su dirección.

Pine relató lo sucedido en solo cinco frases que, de tanto repetirlas, le llevaron apenas veinte segundos.

—¿Y qué estabas haciendo allí a esas horas? —preguntó Laredo.

—Siguiendo una corazonada.

—¿Sobre…?

—El hecho de que hubieran colocado el cuerpo sobre la tumba de Delaney, un miembro de los Raiders.

—Sí, ya me han informado acerca de ese grupo —dijo Laredo mirando a Wallis—. ¿Y cuál es tu corazonada?

—¿Por qué dejarlo precisamente allí cuando tenía más de diez mil opciones? —dijo Pine, que no había mirado una sola vez a Laredo a los ojos y mantenía la vista clavada en Wallis y su cuadernillo abierto.

—¿Crees que podría simbolizar algo? ¿O crees que existe alguna relación entre ese tal Delaney y nuestro asesino?

—Si la hay, debe de ser una relación bastante tenue. Delaney lleva muerto desde 1864.

—Entonces ¿crees que es algo simbólico? —preguntó Wallis.

—Puede ser. Tengo la impresión de que nuestro hombre no deja nada al azar. Más bien al contrario.

—Lo que significa que todo lo que ha hecho hasta ahora ha sido minuciosamente estudiado y planificado —observó Laredo.

—Sí.

—Pero podrías haber esperado hasta la mañana para ir —prosiguió el agente—. Por lo que me han contado por aquí, ese cementerio puede ser un lugar peligroso en mitad de la noche. Qué diablos, cualquier lugar puede serlo por la noche.

Pine decidió no dejar pasar esa. Alzó la vista hacia Laredo, absorbiendo hasta la última molécula de su ser antes de espetarle:

—Pues sí, ha resultado ser peligroso… para esos dos cabrones.

Él meneó la cabeza.

—Siempre corres muchos riesgos. Demasiados para algunos de nosotros.

Pine le sostuvo la mirada hasta que Laredo bajó la suya al suelo de linóleo.

Luego miró a Wallis.

—¿Algo más? ¿O ya hemos acabado?

—Es todo. Esos dos idiotas son viejos conocidos. Tienen un largo historial de antecedentes, en su mayoría pequeños delitos. Pero con este se pasarán un buen tiempo a la sombra.

—Será mi palabra contra la suya. Dirán que fui yo quien los atacó, como no ha parado de gritar ese tipo desde su celda.

—No creo que tengamos problemas en que se declaren culpables para rebajar la pena. ¿Dos hombres contra una tía? Ningún jurado se va a tragar eso, y mucho menos en Georgia. Y me sorprendería que esos dos imbéciles tengan el valor de intentarlo siquiera. A ver, ¿qué es un tiempecito en prisión comparado con el hecho de admitir que una pava les ha pateado el culo? Nunca podrían volver a entrar en un bar.

—Es bueno saber lo tolerantes que se han vuelto por estos lares.

—En fin, ¿y qué hemos conseguido sacar en claro de tu pequeña excursión nocturna? —preguntó Laredo—. Me gustaría saber qué tienes que decir al respecto.

Pine apretó los dientes ante esa pulla apenas velada.

—Por lo menos —replicó—, he conseguido sacar de las calles a un par de canallas durante una temporada de entre cinco a diez años. Porque puede que la próxima chica con la que se encuentren no sea yo, ¿no?

—No creo que haya otra como tú.

Wallis miraba a uno y a otra con las cejas arqueadas y expresión confusa.

—Muy bien —dijo—, supongo que ya hemos acabado aquí. Seguramente querrás irte a descansar un poco.

Pine se miró el reloj.

—Lo que realmente me apetecería es tomar un café y desayunar. —Lanzó una miradita sarcástica a Laredo—. Correr riesgos y patear culos hace que me entre hambre.

—Vale, me apunto —fue la sorprendente respuesta de él—. Vamos,

te llevo.

Dio media vuelta y echó a andar antes de que ella pudiera decir nada.

Wallis la miró con gesto compasivo.

—Ya veo que la vuestra es una relación complicada.

Pine, cuya boca se había abierto quizá más de la cuenta, la cerró. Asintió brevemente con la cabeza y siguió a Laredo afuera.

34

—¿Dónde te alojas? —preguntó Pine.

Iba de copiloto en el SUV negro que Laredo conducía.

—En un motel a unos tres kilómetros a las afueras de Andersonville. ¿Y tú?

—En el mismo pueblo, en una pensión llamada el Cottage.

Él se encogió de hombros.

—Si es más agradable que un vertedero, costará más que lo que paga la Agencia en dietas.

—Cuéntame algo que no sepa. Pero este viaje corre por mi cuenta.

—Me encantan todas esas series de televisión en las que los agentes vuelan en lujosos Gulfstreams, visten ropa de marca y se alojan en el Ritz. Y las pruebas forenses nunca se contaminan. Y reciben los resultados en un santiamén, y poco después el asesino se declara culpable entre lágrimas porque una fibra de cabello podría coincidir con el suyo. Y luego se van todos a celebrarlo con botellas de champán de cien dólares en un bar de polis de lo más chic.

—Querrás decir que odias esas series, ¿no?

Laredo sonrió y asintió con la cabeza.

—Así es. Las odio.

—¿Y adónde vamos? —preguntó ella.

—A un restaurante que hay un poco más abajo en la carretera. Lo he visto al venir. —Hizo una pausa. Sus dedos tamborilearon sobre el volante—. Debes de estar hecha polvo, sin haber pegado ojo en toda la noche.

—¿Y cuánto dormiste tú anoche?

—Como un bebé.

—Anda, cuéntame otra mentira.

Llegaron al Hole in the Wall Diner. Desde luego, «Agujero en la

Pared» era un nombre de lo más apropiado para aquel cuchitril. Aparcaron junto a la entrada y bajaron del coche.

—Puedes distinguir la clase de un local por la cantidad de contrachapado que hay en la fachada —comentó Pine, echando una ojeada al restaurante.

—Eh, que tú creciste aquí. Yo soy de Queens. Vivíamos en un bloque de seis pisos sin ascensor. No me acuerdo de lo que ponían allí en las fachadas. Solo sé que no había hierba por ninguna parte y que, si en tu edificio había ascensor, es que eras rico. Y, si encima había portero, es que eras multimillonario.

Al entrar, la señora con pinta de matrona que atendía a los recién llegados les indicó que se sentaran donde quisieran. Ellos escogieron una mesa al fondo del local para tener algo de privacidad, aunque en realidad no importaba. A esas horas de la mañana había muy pocos clientes.

Pidieron el café y la comida a una camarera flacucha de unos sesenta años, vestida con un raído y manchado uniforme que en algún momento del pasado habría sido de un blanco deslumbrante. Su demacrado rostro mostraba los surcos dejados por una dura vida marcada por los excesos y las carencias. Aun así, los recibió con una sonrisa y un alegre «Buenos días, chicos».

No hizo el menor comentario sobre la frente magullada de Pine, ni tampoco sobre la visible rigidez de sus miembros. Seguramente no era la primera vez que veía entrar allí a clientes tan hechos polvo como ella, pensó Pine.

Bebieron su café mientras Laredo examinaba atentamente a Pine.

—¿Qué tal la cabeza?

—¿Por qué estás realmente aquí? —preguntó ella.

—Es mi trabajo.

—Chorradas. ¿Me estás diciendo que eres el único agente de la BAU Cuatro?

—Era mi turno.

—Más chorradas. —Ella se inclinó hacia delante—. ¿Por qué me da a mí que, cuando mi nombre apareció de refilón en la solicitud de ayuda enviada a Washington, tú te pusiste en primera línea?

—No seas tan creída, Pine.

—Pues dime que me equivoco, Laredo.

Él jugueteó con su servilleta de papel, rasgándola en pulcros triangulitos. Ella lo observó hacerlo.

—¿Nunca te cansas de tus pequeños rituales?

—Todos tenemos nuestros rituales. Tal vez tú estés realizando ahora uno de los tuyos.

—No he vuelto a este lugar desde que era una niña.

—Quizá no físicamente.

—¿Así que ahora eres psiquiatra? Si ni siquiera estoy tumbada en un diván. Venga ya, Eddie, puedes hacerlo mucho mejor.

Se hizo un silencio largo e incómodo.

—Quizá tengas razón —dijo él al fin—. Puede que haya venido porque vi que tú estabas implicada.

—¿Y por qué iba a importarte eso? Ya nos dijimos todo lo había que decir y nos despedimos hace mucho tiempo.

Laredo dejó de juguetear con la servilleta.

—Tú lo hiciste. Yo no tuve ocasión.

Ella señaló su dedo anular.

—¿Qué pasó?

Él se frotó el lugar de la alianza con el pulgar.

—Denise se divorció de mí y se llevó a los niños. Hace tiempo.

—¿Por alguna razón en particular?

—Vamos a ver. Nunca estaba en casa porque trabajaba lo que no está escrito. La mitad de las veces no podía contarle a Denise dónde me encontraba ni lo que estaba haciendo. La gota que colmó el vaso fue cuando estaba trabajando de incógnito y me descubrieron, y un cártel de mala muerte amenazó a mi familia.

—¿Seguías aún en Washington?

—No. Antes de que la sangre llegara al río me las apañé para que me trasladaran a Nueva York. De vuelta a casa. Pensé que sería bueno para todos. Que comenzaríamos de nuevo.

— ¿Y?

—Denise consiguió un trabajo a tiempo parcial en Wall Street y se enamoró de un agente de fondos de inversión que ganaba más dinero

en un día de lo que yo ganaré en mi vida. Ahora viven en Londres. Y tienen otra casa en el sur de Francia y viajan allí en avión privado. Ahora está disfrutando de la vida después de haber dejado atrás su pasado como esposa del FBI.

—No la conocí muy bien, pero nunca me dio la impresión de que fuera una persona superficial.

Laredo hizo una bolita con los trozos de servilleta y la dejó junto al salero.

—No lo es. Habría seguido conmigo si yo no estuviera tan absorbido por mi trabajo, si tuviera un empleo normal que no me obligara a jugarme el cuello constantemente. Lo más peligroso que hace su nuevo maridito es practicar su swing en un club de golf. Algo mucho menos angustioso para Denise.

—¿Y los niños?

—Los veo un par de veces al año. Así puedo enseñarles la otra cara de la vida en mi pequeño apartamento de Virginia. —Su rostro reflejaba ahora una gran pesadumbre—. El caso es que…, bueno, ahora a ese hombre lo ven más como su padre que a mí. Y en el fondo así es, supongo. Yo soy como ese pariente raro que viene de vez en cuando a hacer una incómoda visita y todos están deseando que se marche cuanto antes. Todos menos yo —añadió en voz baja.

Pine bajó la mirada y, con ella, su actitud agresiva.

—Lo siento, Eddie. Debe de ser muy duro para ti.

Él se encogió de hombros.

—Ya sabes, recoges lo que siembras.

—¿Y ya está?

—Si quieres puedo llorar sobre la cerveza que seguramente me pediré esta noche con la cena. Pero prefiero tomármelo con estoicismo. Al fin y al cabo, es lo que dice el manual de la Agencia.

—Tus hijos deberían poder conocerte mejor. Entender lo que haces para ganarte la vida. No conozco a ese agente de inversiones para nada. Por lo que sé, puede ser un santo. Pero él no arriesga su vida por este país. No sacrifica nada por nadie. No como tú cuando llevas esa insignia.

—Mis hijos lo saben. Al menos creo que lo saben. Quizá cuando

sean mayores podamos pasar más tiempo juntos.

—Puede que para entonces sea demasiado tarde.

Él le sostuvo la mirada.

—¿Y para ti? ¿Es demasiado tarde para ti?

—¿En qué sentido? —preguntó ella con expresión impávida.

—A estas alturas podrías ser la número tres en la WFO —dijo Laredo, refiriéndose a la prestigiosa Oficina de Campo de Washington del FBI —. Quizá la número dos para cuando cumplas los cuarenta. Tienes el talento. Y la energía.

—Pero no las ganas.

—Nunca te entendí. Tenías todo eso al alcance de la mano y en cambio ahora trabajas como miembro único de una agencia residente en mitad de la nada, Arizona.

—Y feliz como una lombriz.

—La felicidad de las lombrices está demasiado sobrevalorada.

Ese comentario arrancó una breve sonrisa a Pine.

—Así que sabías que estaba aquí. ¿Por qué has querido venir?

—Creo que sabes por qué.

—Quiero oírtelo decir.

—Fui un auténtico capullo contigo. Iba en plan Míster Testosterona, tratando de demostrar en todo momento que yo era el jefe y que no creía que las mujeres pudieran tener su lugar en la Agencia. Hice todo lo posible para joderte la vida. Y, a pesar de lo que acabas de decir, creo que fui yo quien te obligó a renunciar al lugar que te correspondía. Y…

— ¿Y?

—Que nunca te pedí perdón por ello. Y he venido aquí para decírtelo. Te pido perdón. No te lo merecías. Y el único culpable de todo aquello soy yo.

—Muy bien.

—Muy bien.

Pine se inclinó sobre la mesa.

—Sin embargo, no dejé la WFO por tu culpa, Eddie. Sí, fuiste todas esas cosas. Pero nunca me acosaste como otros tíos, que se creían que estaría encantada de meterme en la cama con ellos.

—Por aquel entonces estaba casado. Y, aunque no lo hubiera estado, nunca te habría hecho algo así. Puedo ser un cabrón, pero no de ese tipo.

—Dejé la WFO porque no me gustan las multitudes. No me gusta vivir en vertical. Me gustan los espacios abiertos. Me gusta encargarme de mis propios casos sin tener a ningún burócrata mirando por encima de mi hombro a cada momento. Nunca me ha importado ser la número tres, ni la dos ni la uno. Lo único que quiero es trabajar en mis casos y atrapar a los malos. Eso es todo.

—Está bien —dijo Laredo. Luego pareció encorvarse un poco —. En fin, después del divorcio busqué ayuda profesional. Eso me hizo ver las cosas con más claridad. Lo hice a través de la Agencia, que también ofrece ese servicio. —Lanzó a Pine una rápida mirada—. ¿Sabías eso?

—¿Por qué lo preguntas? —repuso ella con frialdad.

—Porque has ido a ver a Daniel James Tor tres veces.

La expresión de ella se tensó.

—¿Y tú cómo sabes eso? ¿Y por qué coño crees que es asunto tuyo?

—La Agencia es un ecosistema pequeño.

—Eso no responde a mi segunda pregunta.

—¿Una Alerta Amber en Colorado, que hace que casi mates a aquel tío? ¿Y luego te tomas un tiempo libre y vienes aquí para intentar aclarar tu pasado? Porque eso es lo que estás haciendo, ¿no?

Pine apartó la vista. Ahora su expresión parecía cansada.

—Por lo visto se ha corrido la voz.

—Nada de «por lo visto». Estás aquí para averiguar lo que le pasó a tu hermana y salvar tu carrera. Y quiero ayudarte a hacer las dos cosas, porque no quiero que la Agencia pierda a alguien como tú.

Ella se reclinó en la silla y se lo quedó mirando con cierta perplejidad.

—Fuera cual fuese la ayuda que recibiste, deberían venderla en frascos. O eso, o es que eres un embustero de primera.

—Me llevó un tiempo, y al final lo conseguí. Pero aún no has respondido a mi pregunta.

Pine no contestó enseguida. Cuando lo hizo, su tono era distante,

como si se hubiera remontado a un tiempo muy lejano.

—Tienes razón sobre por qué estoy aquí, por los dos motivos. Y lo único que sé a ciencia cierta es que se me acaba el tiempo para no intentarlo ahora. Si es que eso tiene algún sentido.

Él asintió.

—Lo tiene.

—Se me ha concedido una segunda oportunidad. Y no tengo intención de desperdiciarla.

—De acuerdo. Estoy aquí para investigar esos dos asesinatos, pero, si quieres otro par de ojos para intentar averiguar lo que ocurrió tanto tiempo atrás, pues bien, también me tienes para eso. No puedo prometerte que encontrarás lo que has venido buscando. No soy ningún genio. Solo soy un agente que hace su trabajo.

—¿Y esto es en compensación por todo lo que me hiciste pasar? ¿Para sentirte mejor contigo mismo? Porque, si es así, no tienes por qué hacerlo. Y no quiero que lo hagas.

—Soy un agente federal. Y tú también. Los dos hicimos el juramento de servir y proteger. Y eso incluye a todo el mundo, a ti y a mí. Ambos portamos la misma insignia. Tú quieres atrapar a quien te atacó y secuestró a tu hermana. Eso es un delito federal. Así es como me gano la vida. Y es por eso por lo que estoy aquí. No por ninguna otra razón, puesto que ya me he disculpado contigo.

Ella lo examinó con la intensidad de un espectómetro de masas.

—Creo que has cambiado de verdad.

—Todos cambiamos, Atlee. Para bien o para mal. Hasta el día en que nos entierran en un hoyo a dos metros bajo tierra.

35

Blum le dijo a Pine que no iba a sermonearla por lo ocurrido la noche anterior, y acto seguido procedió a hacerlo. Cuando la mujer acabó de desfogarse, Pine le dijo:

—¿Te sientes mejor?

—No mucho. ¿Y tú?

—Tampoco.

—¿Qué tal la cabeza?

—La hinchazón está empezando a bajar.

Se hallaban sentadas de nuevo en la sala del desayuno del Cottage. Pine había descansado durante unas cinco horas de sueño profundo, se había duchado y cambiado de ropa, y había almorzado algo que no le había sentado demasiado bien a su estómago, ya que tenía mucho con lo que lidiar en su interior.

También había informado a Blum de su excursión nocturna al cementerio y de su corazonada acerca de la colocación del cadáver sobre una tumba en particular.

Ahora Blum estaba tomando una taza de té caliente mientras observaba a su jefa.

—¿Qué ocurrió después de que te dejara anoche? —le preguntó Pine—. Esta mañana he visto a Wallis y Laredo en la comisaría, pero no hemos hablado del caso.

—Decidí regresar a La Trena y obtuve alguna información por parte de Wallis. —Acto seguido le contó que la víctima había sido identificada como Layne Gillespie y le habló de su pasado militar.

—Licenciado, pero en condiciones no honorables —dijo Pine con aire pensativo—. ¿Alguna idea?

—Ninguna, y por eso llamé a mi hijo, el policía militar. Él sí tenía varias hipótesis.

—¿Como cuáles?

—Gillespie hizo algo que no gustó a sus mandos, pero no querían montar demasiado revuelo. Solución: licenciamiento ordinario en condiciones no honorables. El ejército le dio la patada sin honores, pero de una manera que no le perjudicara excesivamente para seguir adelante con su vida. Solo otros militares podrían apreciar el matiz. Y dudo mucho que Gillespie quisiera volver a alistarse en otra rama castrense.

—¿Y cuáles podrían haber sido esas condiciones? —preguntó Pine.

—Unas cuantas.

—¿Tu hijo te ha dado alguna idea al respecto?

—Me volvió a llamar y me dijo que pensaba que podía tener algo que ver con la vida privada de Gillespie. Si fuera algo relacionado con su historial de servicio, las explicaciones habrían sido más claras y concretas.

—Agradezco que nos haya ayudado con esto, y también que le hayas preguntado. Pero, eh…, me habías dicho que no tenías muy buena relación con tus hijos.

La sonrisa de Blum se tiñó de cierta melancolía.

—Está mejorando con el tiempo. Creo que han comprendido que su padre no es ese dechado de virtudes que siempre habían pensado, y que yo hice lo que pude con las cartas que me habían tocado. —Guardó silencio un momento—. Aunque también tengo gran parte de responsabilidad. Al fin y al cabo, me casé con él.

Pine sonrió.

—Siempre te he admirado por ir de frente y no escurrir el bulto, Carol.

—No vale la pena. Al final, la realidad siempre te alcanza.

—Así que Savannah, ¿eh?

—Sí.

—¿Y Wallis quiere ir?

—Es lo que ha dicho.

—¿Cuándo?

—Cuando tú estés lista.

—Ya lo estoy.

—Me lo imaginaba. Por eso lo he llamado y ya viene de camino.

Entonces Blum se la quedó mirando con gesto inquisitivo.

—¿Qué? —dijo Pine.

—Wallis me ha dicho que Laredo y tú habéis desayunado juntos esta mañana.

—Así es.

—¿Y cómo ha ido?

—Ha ido bien, lo creas o no.

—¿Y habéis aclarado la situación entre vosotros?

—¿Crees que la cosa iba por ahí?

—No lo sé. Voy bastante a ciegas en esto.

—Wallis comentó que parecíamos tener una historia complicada, y no andaba muy desencaminado.

—Ya.

—Pues sí, Carol, es una historia complicada. Y no pienso decir nada más.

—¿Y está aquí solo para trabajar en los asesinatos?

—Me ha dicho que estaba dispuesto a ayudarme con el caso de mi hermana.

—¿Y a ti te parece bien?

—Es un investigador criminal experimentado. Me irá bien toda la ayuda que pueda recibir. ¿Cuándo llegará Wallis?

—Dentro de unos diez minutos. Laredo también viene con él.

—Como debe ser. Es el agente sobre el terreno.

—¿Y qué pasa con el caso de tu hermana? Me refiero a que, con el agente Laredo aquí, podrías centrarte en ello. El detective Wallis cuenta ahora con todo el respaldo oficial de la Agencia.

—¿Quieres dejar de colaborar en la investigación de los asesinatos?

—No depende de mí. Yo he venido aquí para ayudarte. Y no me gustaría que trataras de abarcar demasiado y acabaras frustrándote en un sentido o en otro.

—Sabes muy bien cómo ponerme en una tesitura incómoda.

—¿Es que hay alguna que no lo sea? Porque yo no me he encontrado ninguna en la vida.

—Somos mujeres, Carol. Podemos hacer varias cosas a la vez.

—Y como mujer te digo que esa es una réplica fácil, pero que no responde a mi pregunta.

Pine bajó la vista a sus manos.

—De niña nunca pensé que trabajaría como agente de la ley. Cuando perdí a Mercy, me encerré en mí misma. No quería hacer amigos. Tenía a mis padres, pero seguía estando aquel vacío, ¿sabes?

—Ya, lo comprendo.

—Encontré mi vocación en el deporte. Se me daban muy bien todos y disfrutaba practicándolos, pero eran deportes de equipo. Me…, me costaba formar parte de algo. Me costaba mucho. Descubrí que no podía conectar con la gente. Me aterraba que cualquier conversación acabara derivando hacia el tema de mi familia, y entonces ¿qué iba a decirles? Era como si guardara un terrible y oscuro secreto. Sé que no tiene ningún sentido, pero sentía vergüenza.

—Entiendo que fuera muy difícil para ti.

—Entonces empecé a practicar la halterofilia a nivel de competición. De ese modo, era solo yo contra todas las demás. No tenía que relacionarme con nadie. Solo derrotarlas.

—Te comprendo. Pero debió de ser muy solitario para ti.

Pine exhaló un largo suspiro y alzó la vista hacia su amiga.

—Tremendamente solitario. Sobre todo después de que mi madre se marchara. Más tarde dejé la universidad, estuve dando bandazos durante un tiempo, y entonces ocurrió algo que me cambió la vida.

—¿El qué?

—Una noche iba andando por la calle cuando de repente salió un tipo corriendo de un callejón. Por poco no me tiró al suelo. Di un salto hacia atrás y entonces me di cuenta de que iba armado. Me entró el pánico. No sabía qué hacer ni lo que estaba pasando. Parecía como algo salido de una película.

—Santo Dios… —exclamó Blum.

—Apenas medio segundo después salió otra persona por el callejón. Era una mujer. Y también iba armada. Para entonces yo ya me había agazapado detrás de un cubo de basura. El tipo se giró y disparó contra la mujer, pero falló. Entonces ella arremetió contra el tipo como un tren de carga desbocado. Y lo desarmó tan rápido que ni

siquiera pude ver cómo lo hacía. Antes de que yo lograra volver a soltar el aire, ella ya lo tenía boca abajo en el suelo y lo estaba esposando. Luego aparecieron otros policías. Entonces la mujer se me acercó y me preguntó si estaba bien. Fue sumamente agradable. Y estaba de lo más calmada, sobre todo después de lo que acababa de pasar. Yo aún estaba temblando.

—¿Quién era?

—La agente especial del FBI Marilyn Shales. Llevaba vigilando a ese tío desde hacía un par de semanas. Un tipo de la peor calaña. Drogas, robo a mano armada, reclamado por asesinato en varios estados. Marilyn casi no me llegaba al pecho y pesaría como mucho cincuenta kilos, pero era la persona más dura que había visto en mi vida. Le dije que estaba totalmente alucinada por lo que acababa de hacer. Ella me dio su tarjeta. Y al cabo de una semana la llamé. Quedamos, y una semana después presenté mi solicitud para entrar en el FBI.

—¿Seguisteis en contacto?

Pine asintió.

—Se convirtió en mi mentora durante todo el proceso de formación. Incluso vino a mi graduación en Quantico.

—¿Y continúas viéndola?

—Ojalá. Murió hace tres años. Cáncer de mama. —Pine dejó escapar un breve resoplido—. Me encanta ser agente, Carol. Me gusta todo lo que conlleva. Pero lo que más me gusta es el bien que puedo hacer gracias a esta insignia. ¿Sabes esa niña, Holly? Le sorprendió que una mujer pudiera ser agente del FBI. Le dije que nosotras las chicas podíamos hacer todo lo que nos propusiéramos. Porque eso es básicamente lo que me dijo Marilyn Shales.

—Así que has sido una especie de mentora para Holly. Quién sabe, quizá algún día asistas a su graduación como agente federal.

Pine sonrió.

—Estaría muy bien —dijo en voz baja. De pronto se puso en pie y soltó—: Venga, nos vamos a Savannah.

—He oído que es muy bonito. Nunca he estado allí.

—Yo sí, y es precioso. ¿Has leído la novela *Medianoche en el jardín del bien y del mal*?

—Sí. Me pareció magnífica.

—Y nos enseña que hasta los lugares más hermosos tienen sus lados oscuros.

36

La última dirección conocida de Layne Gillespie en Savannah se encontraba en la parte más alejada posible del histórico Garden District. Pequeñas casitas con ropa colgando en los tendederos de unos patios en los que se veía más tierra que hierba. Edificios tapiados, gente merodeando por las esquinas sin mucho que hacer.

Iban cuatro en el vehículo: Wallis y Laredo delante, Pine y Blum detrás.

—No se ve mucho trapicheo de drogas —observó Wallis.

Pine se encogió de hombros.

—¿Y cómo vas a verlo? Estos días puedes pedir tu cóctel de fentanilo mediante una aplicación de móvil y te lo traen a casa antes de que llegue tu pizza.

—Es realmente triste —dijo Wallis.

—Bueno, no sé a lo que se dedicaba Gillespie, pero parece que no se ganaba muy bien la vida —comentó Laredo mientras se acercaban a su destino, un sórdido bloque de apartamentos que parecía tener más de cien años y que estaba a dos manzanas de la calle principal. Estacionaron en el pequeño aparcamiento de asfalto agrietado, justo delante de la entrada marcada con el rótulo de OFICINA, y bajaron del coche.

El hombre que los recibió allí dentro era negro, de unos sesenta años, flacucho y de aspecto ajado. Miró a los cuatro recién llegados con expresión recelosa, como si fueran un ejército invasor que había venido a arrebatarle lo poco que tenía y algo más. Llevaba una camiseta de un blanco deslumbrante y unos vaqueros desvaídos por el uso.

Se encendió un Camel mientras los miraba desde detrás del estrecho tablón de madera gastada que constituía la recepción.

—¿En qué puedo ayudaros? —dijo. Aunque no estaban en Carolina del Sur, tenía el típico acento arrastrado de las tierras sureñas. Y su semblante reflejaba que ayudarles era lo último que tenía en mente.

Wallis sacó su placa y una tarjeta de identificación.

—Detective Wallis, policía estatal de Georgia. Mis colegas son del FBI. Queremos hablar con usted sobre Layne Gillespie.

—¿Quién?

—Layne Gillespie —repitió Laredo—. Vive aquí. O vivía.

El hombre sonrió, mostrando dos hileras de grandes dientes nacarados que abarcaban toda su boca.

—Ah, Layne. Pensaba que habíais dicho «Wayne». Bien. ¿Y qué pasa con él?

—¿Cuándo lo vio por última vez?

El tipo expulsó el humo por la boca y lo inhaló por la nariz mientras se rascaba la hirsuta barbilla.

—No sabría decir. La gente no me informa de cuándo entra y sale. Esto no es un centro de día.

—Trate de recordarlo. Es importante.

—Quizá ayudaría si me contáis lo que pasa con él.

—Ya llegaremos a eso. Primero esto —dijo Wallis.

—Vale. Vi a Layne…, eh…, como hace una semana.

—¿Habló con él? —preguntó Pine.

—Solo nos saludamos.

—¿Y cómo lo vio?

—Como siempre. Alegre. Como unas castañuelas, podría decirse. Layne es así.

—¿Lo conocía bien? —preguntó Laredo.

Los ojos del hombre se clavaron en él. Se hicieron más pequeños, reflexionando, cavilando, un millón de movimientos de ajedrez por segundo. Dio una larga calada al Camel y exhaló de forma lenta y deliberada.

—No, si ha hecho algo tan malo como para que el FBI venga hasta aquí.

—¿En Savannah se puede fumar en espacios públicos? —dijo Laredo, apartando el humo con la mano.

Los dientes nacarados volvieron a aparecer.

—Esta es mi casa, tío, no un espacio público.

—Es un bloque de apartamentos donde vive gente —replicó Laredo.

—Bueno, si tú lo dices… —Y dio otra calada a su cigarrillo.

—¿Qué puede contarnos sobre Gillespie? —preguntó Pine, lanzando una mirada reprobadora a Laredo.

—Lleva aquí como un año o así. Un tanto reservado, la verdad. Pero siempre está dispuesto a echar una mano con la mudanza a la gente que viene o se marcha, ese tipo de cosas. Y es muy mañoso. Ha arreglado el aire acondicionado varias veces. Y también la lavadora. Me cae bien el tío. —El Camel se movió al otro lado de la boca con un certero movimiento de la lengua—. ¿Está bien?

—¿Hay alguna razón por la que piensa que podría no estarlo? —preguntó Wallis.

—Puedo pensar hasta en cuatro —replicó, señalando a cada uno de ellos.

—Necesitamos echar un vistazo a su apartamento —dijo Laredo.

—¿Tenéis una orden?

—Así que sabe mucho sobre órdenes judiciales y todo eso, ¿eh? —dijo Wallis, arqueando las cejas.

—Veo *Ley y orden*, tío, como todo el mundo. Esa Mariska Hargitay es de lo más sexy. —Miró a Pine—. Me recuerdas a ella.

Wallis sostuvo en alto la orden judicial y dejó que el hombre la leyera.

—Muy bien, pero no creo que a Layne le haga mucha gracia.

—Créame, a Layne no le importará.

El conserje abrió la puerta y les hizo un gesto para que entraran.

—Tengo cosas que hacer abajo —dijo—. Ya me avisaréis cuando hayáis terminado.

—Lo haremos, gracias —dijo Pine.

El hombre pareció dudar un momento.

—Está muerto, ¿verdad?

Pine lo miró.

—¿Hay alguna otra razón por la que podríamos estar aquí?

Él se encogió de hombros. Tiró el cigarrillo al suelo de hormigón del pasillo y lo aplastó con el tacón de su zapato.

—Os dejo con lo vuestro.

—No nos llevará mucho —dijo Wallis mientras ojeaba los exiguos confines del apartamento—. Yo me encargo del baño.

—Yo del ropero —dijo Blum, abriendo la puerta y asomando la cabeza al interior.

Laredo miró a Pine.

—Supongo que eso nos deja a nosotros el dormitorio.

Ella le dirigió una mirada divertida, pero no dijo nada.

El registro exhaustivo del apartamento les llevó unos treinta minutos.

Wallis no encontró nada inusual en el cuarto de baño, y todos los medicamentos del botiquín eran sin receta.

Pine y Laredo habían rebuscado por todo el dormitorio sin encontrar apenas nada.

Sin embargo, Blum había descubierto oro en el ropero y había expuesto algunos de sus hallazgos sobre la cama.

—Mirad lo que tenemos aquí —dijo Wallis, mientras todos contemplaban los vestidos, la ropa interior, los zapatos y los bolsos de mujer que Blum había colocado sobre la colcha.

—A mí me parecen trajes para actuar —comentó Pine, sosteniendo en alto uno de los modelitos y los zapatos que iban a juego.

—Coincido contigo —convino Blum—. Y este material no es nada barato. Todo es de la mayor calidad, con mucha clase.

—¿Y el tipo vivía en este vertedero? —dijo Wallis.

—Quizá se gastaba todo su dinero en ropa —sugirió Laredo.

Pine cogió unas braguitas blancas.

—Puede que esto explique por qué lo echaron del ejército.

—Estaba pensando lo mismo —dijo Blum.

—Creía que en el ejército tenían esa política de «no preguntes, no digas» para los homosexuales —dijo Wallis.

—Esa ley discriminatoria ya fue derogada —señaló Pine—. Pero no saquemos conclusiones precipitadas. El hecho de que tenga toda esta

ropa no significa que sea gay. Por lo que sabemos, todo esto podría pertenecer a otra persona. Tal vez a una mujer que solía quedarse aquí.

—O puede que Gillespie fuera un travestido o una drag queen —añadió Blum—. Si tal es el caso, eso explicaría por qué el ejército lo dejó marchar con un licenciamiento ordinario. De lo contrario, podrían haberse enfrentado a acciones legales. Pero el modo en que gestionaron ese licenciamiento puede que fuera su manera de decirle lo que pensaban de su estilo de vida.

—¿Y qué coño importa eso? —saltó Pine—. A ver, lo importante es que cumpliera con su trabajo, ¿no?

—Tal vez fuera un motivo de distracción en su unidad —intervino Wallis—. O puede que hiciera algo más. Me inclino por conceder al ejército el beneficio de la duda.

—Bueno —dijo Pine—, si Gillespie era homosexual, podría haber estado trabajando en algún club de la zona. En Savannah hay mucho ambiente gay.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Wallis.

—He estado aquí antes. Y, si sabes dónde mirar, las vibraciones son bastante evidentes.

—En una ciudad sureña tan pintoresca —comentó Blum en tono remilgado—. ¿Quién lo habría dicho?

—Sé que solo soy un vejestorio y no entiendo nada de estas cosas —dijo Wallis—, pero mi lema es vive y deja vivir.

—Pues está claro que ese no era el lema del tipo que mató a Gillespie —observó Pine—. Bueno, vamos a hablar otra vez con el conserje.

—¿Por qué? —preguntó Wallis.

—Porque estoy muy segura de que sabe mucho de todo esto.

—Es imposible que ese viejo sea gay —dijo Wallis muy convencido.

—No digo que lo sea o no lo sea. Solo digo que sabe de qué va la cosa. Así que vamos a comprobarlo.

37

El nombre del conserje, tal como les dijo cuando volvieron a hablar con él, era Clarence Spotter. Tenía sesenta y ocho años, vivía con otro hombre y conocía muy bien la comunidad gay de Savannah. También sabía que Gillespie trabajaba como bailarín en un nightclub llamado Silver Shell.

Meneó la cabeza con tristeza cuando le confirmaron que el hombre había muerto.

—Qué pena, joder. Layne era muy buena persona.

—¿Tenía amigos? —preguntó Pine—. ¿Gente con la que se relacionara y que pueda ayudarnos?

—Nunca trajo a nadie aquí. Pero podéis preguntar en el Shell. Quizá allí alguien sepa algo. ¿En Andersonville? —Volvió a menear la cabeza.

—¿Le habló alguna vez de ese lugar? —preguntó Wallis.

—No. Estuvo en el ejército un tiempo, hasta que lo echaron. Viajó mucho antes de venir aquí, o al menos eso es lo que me contó. Tal vez ahora quería asentarse por fin.

—Sabemos que dejó el ejército, pero no las circunstancias.

—Yo tampoco las sé, pero imagino que tendría que ver con su forma de ser. —En tono sarcástico, añadió—: Al ejército le gusta que sus soldados lleven pantalones todo el tiempo.

—Sabe que podría habernos contado todo esto cuando le preguntamos antes —señaló Wallis.

Spotter sonrió.

—Claro que podría haberlo hecho, pero decidí no hacerlo.

—¿Por qué? —preguntó Laredo.

—Porque vosotros no me dijisteis qué le había pasado a Layne, por eso. Si queréis que os cuente la verdad, lo único que pido es que la

cosa sea recíproca.

—Me parece justo —repuso Blum.

Mientras caminaban de vuelta hacia el coche, Wallis meneó la cabeza.

—Nunca habría dicho que ese tío es homosexual. Simplemente no da el tipo.

—¿Y cuál sería ese tipo? —preguntó Blum.

—Ya sabes…

—¿Extravagante?

Wallis se encogió de hombros.

—Sí, algo así.

—Mi hija menor es lesbiana. No me enteré hasta que salió del armario a los veintidós años. Quizá debería haber buscado algo más de «extravagancia» en ella.

Ya en el coche, Pine dijo:

—Son casi las seis. Podríamos ir a ese club y hablar con la gente de allí antes de que se llene el local. ¿Te parece bien? —añadió, mirando a Wallis.

—Supongo.

—¿Algún problema?

—No, ninguno.

—El mundo es lo bastante grande para dar cabida a todo tipo de gente —señaló Pine.

—Joder, lo sé. Y ya he visto más que de sobra de…, bueno, gente diferente. Lo que pasa es que me confunde todo eso del LGB o como se diga.

—LGTBI —repuso Blum—. Y se pueden añadir todas las letras que se quieran.

—Ya, a eso me refiero. ¿Cómo puede aclararse uno con todas esas siglas?

—Pero es que tú no tienes por qué hacerlo. Ya lo hacen las personas que se identifican con esos grupos. Y no creo que ellas tengan ningún problema en aceptar lo que son.

Al ver el desconcierto de Wallis, Blum añadió:

—Míralo de esta manera: tú eres claramente un VH.

—¿Que soy un qué? —preguntó Wallis, más confuso si cabe.

—Un varón heterosexual —contestó Pine—. ¿Crees que en algún momento ibas a olvidarte de algo así?

—Pero es lo que soy —exclamó él—. ¿Cómo voy a olvidarlo?

—Pues entonces deberías entender lo que quiere decir Carol.

Wallis parpadeó varias veces y por fin asintió.

—Sí… Bueno, visto así, supongo que lo entiendo.

—En fin… —dijo Blum—. ¡Silver Shell, allá vamos!

Tardaron veinte minutos en llegar al Silver Shell, un edificio de dos plantas que se alzaba en una esquina de una zona que, de forma bastante generosa, podría considerarse «en transición».

—Ya veo por qué lo llaman así —comentó Blum, echando un vistazo por la ventanilla.

En la fachada había un enorme mural de una concha de almeja plateada.

—Me pregunto si tendrá algún simbolismo —dijo Wallis en tono algo nervioso.

—Quizá al dueño le gusten las almejas —replicó Pine.

Llamaron a una puerta lateral y un hombre vestido con mono de trabajo les abrió. Clarence Spotter había telefoneado antes y los estaban esperando. El tipo los condujo a lo largo de una serie de camerinos hasta llegar a una puerta en la que aparecía grabada la palabra GERENTE. Llamó y alguien respondió que podían pasar.

El hombre abrió. Los cuatro entraron y se apretujaron en la pequeña habitación. El trabajador cerró la puerta y Pine oyó sus pasos alejándose por el pasillo.

En el cuarto había dos sillas y un maltrecho sofá tapizado con estampado de cebra. Las paredes estaban pintadas en color berenjena; el techo estaba presidido por una lámpara de araña que tendría como un millón de lágrimas de cristal tallado. Pegado a la pared del fondo había uno de esos grandes tocadores con espejo, con el contorno rodeado de bombillas.

La persona allí sentada estaba de espaldas a ellos, vestida con una

larga bata roja adornada con lo que parecían ser pieles falsas alrededor del cuello y los puños.

Los cuatro se quedaron en el centro de la habitación y Wallis carraspeó.

—Supongo que ya sabe por qué estamos aquí —dijo.

Pine se fijó en que los anchos hombros de la persona temblaban un poco.

Entonces hizo girar la silla para situarse de frente a ellos.

El hombre tendría unos cuarenta y tantos años, con un rostro de facciones angulosas y una mata de cabello rubio pegada al cráneo mediante una complicada serie de horquillas y pasadores. Pine calculó que mediría cerca de metro noventa y pesaría poco más de setenta kilos, aunque era de constitución atlética. Al parecer estaba empezando a maquillarse, porque tenía base en las mejillas y sus labios brillaban con una intensa tonalidad anaranjada. Las cejas estaban depiladas y perfiladas, y los ojos bajo ellas eran de un azul deslumbrante.

—Layne —dijo.

—Layne Gillespie. Tenemos entendido que trabajaba aquí, señor…

El hombre asintió.

—Perdón. Me llamo Ted Blakely. Soy el dueño del local. Yo… —Se llevó una mano a la cara y empezó a sollozar.

Blum cogió unos pañuelos de papel de una caja que había sobre el tocador y se los pasó.

Él asintió para darle las gracias y se enjugó los ojos. Cuando alzó la cabeza, las lágrimas derramadas habían dejado regueros sobre el maquillaje de las mejillas.

—Lo siento. Es que ha sido algo… muy fuerte.

—Estoy seguro de que le ha afectado mucho…, esto…, señor Blakely —dijo Wallis—. ¿Prefiere que dejemos el interrogatorio para otro momento?

—No, no. Haré todo lo que esté en mi mano para ayudarles a atrapar al monstruo que haya hecho esto. —Blakely se sonó, tiró los pañuelos a una papelera y alzó la vista—. ¿Pueden contarme lo que ha pasado?

—El señor Gillespie fue encontrado muerto de un disparo en un cementerio en Andersonville, Georgia.

—¿Andersonville, Georgia?

—¿Ha oído hablar de ese lugar? —preguntó Pine.

—No. Y Layne nunca lo mencionó.

—Doy por hecho que eran amigos —prosiguió Pine.

—Muy buenos amigos y colegas profesionales. Actuábamos juntos.

—¿Cuánto tiempo llevaba trabajando aquí? —preguntó Wallis.

—Un año más o menos. Pero ya le conocía de antes. Fui yo quien le pidió que viniera a Savannah. Sabía que aquí se convertiría en una estrella.

—¿De modo que ya conocía sus… aptitudes profesionales? —dijo Laredo.

Blakely le dirigió una mirada escrutadora que dio paso a una sonrisa enigmática.

—Sí, sus aptitudes… profesionales.

—¿Cuándo lo vio por última vez? —preguntó Pine.

—En esta misma habitación, tres noches atrás. Habíamos acabado la última actuación de la velada. Serían las dos de la madrugada. Nos tomamos una copa y luego nos despedimos.

—¿Se preocupó cuando no se presentó a trabajar? —continuó preguntando ella.

—No, porque no estaba en el programa. Se había tomado unos días libres. Le había dado un tirón muscular en el cuádriceps derecho y también tenía un tobillo hinchado. No es fácil hacer lo que hacemos.

—Estoy convencida de ello. ¿Sabe cómo pensaba emplear esos días libres?

—Iba a tomárselo con calma y descansar. No tenía ni idea de que tuviera planeado viajar a ninguna parte. Y mucho menos a ese lugar… ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Andersonville —respondió Wallis.

—No —prosiguió Blakely—. No comentó nada de ir a ningún sitio.

—¿Se veía con alguien? —preguntó Laredo—. ¿O había alguien que estuviera causándole problemas?

—No y no, al menos que yo sepa. Aquí tengo una norma muy

estricta: no confraternizar. No me importa lo que la gente haga en su vida privada. Pero en el lugar de trabajo esas cosas siempre acaban afectando a la labor profesional. Así que decidí cortarlo de raíz.

—¿Y a cuántos artistas tiene actuando aquí? —preguntó Laredo.

—Incluyéndome a mí, unos doce. Dos funciones por noche y una sesión matinal los sábados. Es un buen espectáculo, deberían venir alguna vez. Cantamos, bailamos, actuamos. Hacemos de todo. Hasta algún numerito de comedia. —Lanzó una mirada a Laredo—. Ya saben, buen y sano entretenimiento para toda la familia.

—Como tiene que ser —replicó Laredo.

—Empecé trabajando como abogado de empresa —contó Blakely—. Y odiaba cada minuto de mi vida. Ahora tengo esto, que es para lo que he nacido.

—¿Sabe si Layne Gillespie sentía también lo mismo? —preguntó Pine.

—Eso creo, sí. Supongo que están al tanto de que lo expulsaron del ejército.

—Sí, aunque ignoramos el motivo exacto.

—Lo pillaron actuando vestido de mujer. Era algo totalmente inofensivo, y ni siquiera estaba en la base ni nada de eso. Pero le dieron la patada. Y, por lo que he oído, Layne era un buen soldado. Sabía luchar, era fuerte como un toro, muy atlético. Realizaba ese número en el que se colgaba de unas largas telas y hacía giros y volteretas en el aire. Era el único que podía hacerlo. Yo me habría roto el cuello. —Blakely hizo una pausa y se miró el regazo—. No puedo creerme que esté muerto.

—¿Así que no tenía problemas con nadie? —preguntó Pine—. ¿No había nadie nuevo en su vida?

—No, no se me ocurre nadie. Layne le caía bien a todo el mundo.

—¿Ningún amante despechado, o algún cliente que quisiera algo más que verlo actuando?

—Bueno, hemos tenido algo de eso, pero nada en concreto con él.

Pine se quedó pensando un momento.

—¿A qué se dedicaba Layne antes de venir aquí? ¿Cómo lo conoció?

—Oh, bueno, a través de un amigo.

—¿Qué amigo?

—Murió en un accidente de navegación en Miami. Pero estaba en la industria del… cine. —Blakely los miró con aire nervioso.

—Un momento —dijo Pine—. ¿Está hablando de cine para adultos?

—Sí. Layne era actor porno.

—¿Y dónde trabajaba? —siguió preguntando Pine, su tono traicionando la emoción de haber abierto por fin una brecha en el caso.

Blakely cogió un pañuelo de papel mientras se miraba en el espejo. Con gesto abstraído, se retiró una mancha de maquillaje humedecido de la mejilla.

—Él… viajaba a Miami o a algún lugar cerca de allí para rodar. Al parecer pagaban muy bien. Una vez pensé en dedicarme a ello también, pero me di cuenta de que no era para mí. No podía hacerlo, no delante de una cámara. —Se ruborizó y los fue mirando uno a uno —. Perdón, estoy desvariando. Sé que esto no viene al caso.

—¿Alguna vez mencionó Layne a una mujer llamada Hanna Rebane o Beth Clemmons? —preguntó Pine.

—Creo que no.

—Por favor, piénselo bien —le instó ella—. Es muy importante.

Blakely se esforzó por recordar, pero al final negó con la cabeza.

—Lo siento. No me suena ninguno de esos nombres.

Pine no pudo ocultar su decepción.

—Fuimos a interrogar a una persona que trabajaba también en el porno —intervino Wallis—. Tenía un apartamento de lo más lujoso, pero el del señor Gillespie…, bueno, no lo es tanto. ¿Sabe cuál puede ser el motivo?

—Layne también ayudaba a su madre, su abuela, una hermana y un hermano. No le quedaba mucho para él, pero nunca le importó demasiado el dinero. Creo que rodaba películas para poder ayudar a su familia. Pero dejó de hacerlo cuando entró a trabajar aquí. Al menos que yo sepa.

Wallis se aclaró la garganta y dijo:

—Está muy bien que cuidara de su familia. Eso dice mucho de él. No importa…, bueno, no importa de dónde viniera el dinero.

—Para aclarar un poco la cuestión —dijo Pine—, ¿hacía porno gay o…?

Blakely pareció confuso.

—Ah, entiendo. Hacía porno hetero, no gay. ¿Por qué? ¿Piensa que porque alguien actúe vestido de mujer para ganarse la vida tiene que ser necesariamente gay?

Wallis miró a los otros.

—Bueno, reconozco que yo lo he pensado.

—De hecho, no sé cuál era la orientación sexual de Layne ni tampoco se lo pregunté nunca. Y, aunque la mayoría de los hombres que se travisten son gais, en realidad los hay de todo tipo y condición. Sin embargo, les diré que con frecuencia he visto a Layne con señoritas jóvenes, y me daba a mí que parecían ser algo más que amigos. Les dejo que saquen sus propias conclusiones.

—Eso es lo que vamos a tener que hacer —dijo Pine—. Y esperemos que sea más pronto que tarde.

38

Esa noche se quedaron en Savannah y volvieron a Andersonville a la tarde siguiente. Mientras estuvieron allí siguieron algunas pistas que les habían dado Blakely y Spotter, ninguna de las cuales condujo a nada. Gillespie era un hombre muy apreciado y no tenía enemigos.

Cuando llegaron a Andersonville, sobre las cinco y media, se dividieron en dos equipos. Wallis y Laredo asistieron a la autopsia de Layne Gillespie, y Pine y Blum pusieron rumbo a Columbus, Georgia, para volver a hablar con Beth Clemmons.

—Así que al menos tenemos una conexión entre las víctimas: el cine para adultos —comentó Blum durante el corto trayecto hasta Columbus.

—No saquemos conclusiones precipitadas. No sabemos si Layne Gillespie conoció o trabajó con Hanna Rebane. Pero, aunque no fuera así, nuestro asesino podría ser alguien que odia el cine y los actores porno. Esa podría ser una pista sólida para nosotros.

—¿Y el velo y el esmoquin?

—No tengo ni la menor idea. Aunque podría ser una especie de afrenta hacia ellos, una manera de ultrajarlos: actores porno vestidos como anticuados muñequitos de un pastel de bodas tradicional.

—Si Gillespie trabajó con Rebane, también podría haberlo hecho con Clemmons.

—Eso es lo que espero, porque ya no podemos preguntarle nada a Rebane.

—¿Qué crees que está pasando aquí, agente Pine?

—Algo que parece realmente complicado. —Hizo una pausa y se quedó mirando por el parabrisas—. Lo cual significa que podría ser algo increíblemente simple.

—¿Simple? Nunca me atrevería a describirlo de ese modo.

—Nunca digas nunca, Carol. Te ahorrará mucho tiempo.

Tardaron poco más de una hora en llegar a Columbus, sobre las siete de la tarde. Hacía una temperatura más cálida que en Andersonville, pero más fresca y menos húmeda que en Savannah. Pine había telefoneado a Clemmons, pero la mujer no había contestado. Se detuvieron delante del edificio de apartamentos, bajaron del coche y entraron en el vestíbulo. Se presentaron ante el conserje y la placa de Pine las llevó hasta el ascensor y la sexta planta. Llamaron a la puerta de Clemmons, pero no obtuvieron respuesta.

—Tal vez haya salido, aunque se supone que el conserje nos lo habría dicho —comentó Pine.

—O puede que haya otra razón para que no responda —dijo Blum en tono ominoso.

—No tenemos ninguna justificación para entrar en el apartamento. Y tampoco puedo echar la puerta abajo.

Pine llamó más fuerte. En vano.

—Qué raro —dijo una voz.

Cuando se giraron, vieron a un hombre con gafas plantado en la puerta abierta de su piso, al otro lado del pasillo lujosamente enmoquetado.

—¿Qué es lo raro? —preguntó Pine.

—Bueno, estoy bastante seguro de que Beth está en casa. Cuando llegué hace unas horas, ella entraba en su apartamento.

—Puede que haya vuelto a salir —sugirió Blum.

—No, me dijo que iba a tomar un baño caliente y que pensaba quedarse en casa esta noche. Y todo este tiempo he estado leyendo en el salón. Si hubiera salido, seguro que la habría oído.

Pine miró a Blum, luego la puerta.

—¿Crees que eso nos da una causa probable para entrar?

—Yo diría que sí.

—¿Son policías? —preguntó el hombre.

Pine le mostró su insignia del FBI.

—Vaya abajo y dígale al conserje que suba ahora mismo con la

llave. ¡Deprisa!

El hombre echó a correr pasillo abajo. Segundos después oyeron el timbre del ascensor.

El conserje y el vecino regresaron al cabo de un minuto. El primero llevaba una llave.

—¿Qué ocurre?

—Estamos bastante seguras de que la señorita Clemmons está en su apartamento, pero no responde a nuestras llamadas. Y nos preocupa que haya podido pasarle algo. Necesitamos que abra la puerta ahora mismo.

El conserje palideció y se apresuró a abrir con la llave. Pine sacó su arma y les hizo un gesto para que se quedaran donde estaban.

Entró en el apartamento a oscuras, tratando de vislumbrar algo a su alrededor mientras apuntaba con la pistola.

—¿Señorita Clemmons? —llamó—. ¿Beth? Soy la agente Pine, del FBI. ¿Está en casa?

No hubo la menor respuesta y Pine tampoco oyó ningún movimiento. Comprobó las estancias delanteras y la cocina, y luego avanzó por el pasillo que daba a los dormitorios. Llegó al de Clemmons.

Estaba vacío.

Pero había algunas prendas tiradas en el suelo del vestidor. Y el bolso y el móvil estaban sobre la mesita de noche.

«Está aquí, o al menos estaba».

La puerta del cuarto de baño estaba abierta y la luz encendida.

Pine se preparó para lo peor. Lo primero que hizo fue arrodillarse para comprobar si había unos pies asomando por debajo de la puerta. No había nadie escondido detrás. Entró rápidamente en el baño, con la pistola trazando arcos en el aire.

El cuarto era enorme, con una bañera con patas dentro del espacio de la ducha.

Desde su posición podía ver que estaba llena hasta el borde.

«Mierda».

Temió que la mujer se hubiera tomado una sobredosis y se hubiera ahogado.

Se adentró muy despacio en la zona de la ducha y miró.

No encontró lo que se esperaba. La bañera estaba vacía, salvo por el agua que rebosaba.

Confusa, retrocedió y comprobó los grandes armarios que se alineaban en las paredes. No había ningún cuerpo oculto en ellos. Aun así, la bañera llena de agua seguía desconcertándola. Todavía quedaba por registrar el dormitorio de Hanna Rebane, pero no le entraba en la cabeza que Clemmons pudiera estar allí cuando el baño estaba preparado en su cuarto.

Se disponía a salir del lavabo cuando de pronto se quedó petrificada al fijarse en el hueco entre la pared y la puerta.

La cerró un poco. Beth Clemmons estaba colgada de un gancho en la parte posterior de la puerta, con una ligadura en torno al cuello y una bolsa de plástico en la cabeza.

39

El tranquilo y lujoso edificio de apartamentos bullía de actividad policial.

Demasiadas partes móviles sin la menor tracción.

O así era como lo veía Pine.

Mientras la policía local examinaba el cadáver y registraba el apartamento de Clemmons, Pine y Blum se encontraban al otro lado del pasillo hablando con el vecino de enfrente.

Estaba sentado en el sofisticado sofá de su apartamento elegantemente decorado, y parecía que fuera a vomitar de un momento a otro sobre la carísima alfombra oriental.

—Pu…, puede que yo haya sido la última persona en verla con vida —dijo el hombre, que se había identificado como Gene Martin. Tendría poco más de treinta años y era evidente que se dedicaba a algo con lo que se ganaba muy bien la vida.

—Aparte de la persona que la mató —repuso Blum, haciendo que Martin se la quedara mirando con ojos desorbitados.

—¿Cómo…? Oh, sí, claro. —Luego se giró hacia Pine, que lo observaba con semblante estoico—. Un momento, ¿no estarán pensando…? Yo…, yo no he tenido nada que ver con lo que ha pasado. —Se puso en pie de golpe—. Por Dios, yo nunca mataría a nadie. Soy…, soy un contable público autorizado. La única manera en que puedo «dañar» a alguien es desestimando una deducción.

—No creo que la haya matado usted, señor Martin. Estoy más interesada en lo que pueda haber visto u oído.

—Pero es que yo no sé nada.

—Tómese un momento para tranquilizarse. Siéntese de nuevo, despeje la mente y trate de recordar. Hágalo paso a paso. Nos contó que había estado leyendo. Y que antes había visto a Clemmons. Ella le

dijo que iba a darse un baño para relajarse durante el resto de la tarde. Ella entró en su apartamento y usted en el suyo. Empiece a partir de ahí diciéndonos qué hora era.

Martin se sentó. Se quitó las gafas y, tras usar un pañuelo arrugado para limpiar los cristales con mano temblorosa, volvió a ponérselas.

—Muy bien, hablé con Beth y luego entré en casa. Recuerdo que miré el reloj. Pasaban unos minutos de las cuatro.

—Vale, entonces la vio poco antes de esa hora.

—Sí.

—¿Ha sido la única vez que la ha visto hoy?

—Sí.

—¿Por qué llegó a casa tan pronto? —preguntó Blum.

—Me he tomado unos días libres para encargarme de algunos asuntos y descansar un poco. Acabo de terminar hace poco una auditoría a una gran compañía pública, trabajando durante cuatro meses seguidos siete días a la semana. Estaba totalmente quemado.

—Muy bien, continúe.

—Me preparé una taza de té, lo cual me llevó unos dos minutos. Luego me senté con mi libro. Es una biografía de Churchill. —Lo cogió de la mesita de café—. Es fascinante, pero también un mamotreto considerable, como pueden ver.

Pine miró el voluminoso libro.

—Bien. ¿Y luego?

—Me senté para tomar mi té y leer mi libro.

—¿No oyó ningún ruido en el pasillo? ¿Puertas abriéndose o cerrándose? ¿Pasos? ¿Voces?

—La mayoría de los vecinos de esta planta no suelen llegar tan pronto. Normalmente vuelven hacia las seis o las siete.

—¿Y Clemmons no suele llegar tan tarde?

—No, ella no. Dios, es horrible pensar que alguien haya podido matarla. Y en este mismo edificio. —De nuevo se puso muy pálido y pareció que podría vomitar en cualquier momento.

—Respire hondo y trate de relajarse —le aconsejó Pine en tono tranquilizador—. Vuelva a concentrarse e intente recordar. No hay ninguna prisa, podemos esperar. Tan solo cálmese y aclárese la mente.

Como contable estoy segura de que es muy minucioso con los detalles. Y eso es lo que queremos: detalles.

Martin respiró varias veces de forma profunda y regular, se reclinó en el sofá y tamborileó con los dedos en el reposabrazos. A medida que lo hacía, sus movimientos se volvieron más lentos y rítmicos.

—¿Saben? De hecho sí que oí algo en el pasillo. Fue como una media hora más tarde. Un poco antes de las cinco.

—¿Qué es lo que oyó exactamente?

—Oí los pasos de alguien alejándose por el pasillo. Pero, antes de eso…, bueno, oí una puerta que se abría y luego se cerraba. De manera muy sigilosa, pero aun así pude oírlo.

—¿Se levantó para ir a echar un vistazo?

—No porque oyera los ruidos. A ver, en un edificio como este no hay nada de extraño o siniestro en que se abran y cierren puertas o en que la gente camine por los pasillos. Pero el té se me había enfriado y me levanté para ir a recalentarlo. Entonces decidí asomar la cabeza por la puerta para ver quién era. —Pareció algo avergonzado—. Pensé que podía ser Beth. Fue un acto impulsivo. Ella me… caía bien. Me gustaba hablar con ella.

—No me extraña —dijo Blum—. Era una joven realmente encantadora.

—¿Y vio a alguien? —preguntó Pine.

—Bueno, en un principio miré hacia los ascensores. Es hacia donde se dirigiría cualquiera, ¿no?

—Cierto —dijo Pine—. ¿Pero…?

—No vi a nadie. Entonces miré hacia el otro lado.

—¿Y…? —preguntó Pine con cierta impaciencia al ver que el hombre tardaba más de la cuenta en continuar.

—No podría jurarlo, pero creo que vi la parte de atrás de un zapato doblando la esquina. Obviamente, un zapato que llevaba alguien puesto.

—¿Qué hay en esa dirección? —dijo Blum.

—Bueno, están los montacargas.

—¿Era un zapato de hombre? —preguntó Pine.

—Sí. No era un zapato de tacón ni nada de eso.

—¿Pudo ver algo más?

—No mucho más. Un momento… Creo que llevaba también pantalones grises.

—Pantalones grises. ¿Tipo pantalones de vestir?

—No, no era eso. Me he explicado mal. No eran pantalones, al menos creo que no lo eran. Lo que llevaba era una especie de mono. Y el zapato que vi parecía más bien una bota de trabajo.

Pine miró a Blum.

—¿Un trabajador dirigiéndose hacia los montacargas?

—Podría ser.

Le hicieron algunas preguntas más, pero no obtuvieron nada que pudiera ser de ayuda.

Poco después Pine se encaminó hacia los montacargas, seguida por Blum.

Después de doblar dos esquinas, a derecha e izquierda, llegaron a los ascensores de carga. Estaban ubicados al fondo del pasillo.

Pine pulsó un botón, entraron en uno de los montacargas y bajaron. La puerta se abrió en el aparcamiento subterráneo, cerca de la salida.

—Tiene su lógica —dijo Pine—. Si quieres entrar o salir del edificio, dejas el vehículo aquí y utilizas el montacargas para subir o bajar el material que necesites. —Echó un vistazo alrededor—. No veo ninguna cámara por aquí. Y tampoco veo ninguna barrera, así que cualquiera podría entrar y salir fácilmente.

Miró hacia la puerta del montacargas. Trató de abrirla.

—Pero se necesita una llave de tarjeta para acceder al interior —observó, señalando un panel con lector.

—Seguramente el trabajador tenía una.

—Necesitaremos que la policía local lo verifique, que vuelvan a hablar con Martin y que comprueben si algún otro vecino vio a alguien por el pasillo más o menos a esa hora.

—Pero Martin ha dicho que oyó que la puerta se abría y cerraba solo una vez —observó Blum—. Si el hombre entró en el apartamento y luego salió, ¿no habría oído abrirse y cerrarse la puerta dos veces?

—No si ya estaba dentro del apartamento esperando que Clemmons volviera a casa. La bañera estaba llena. Está claro que iba a darse un

baño. Se había desvestido y llevaba puesto el albornoz. El asesino tuvo que atacarla antes de meterse en la bañera.

—De modo que debía llevar un tiempo dentro del piso antes de que ella llegara. Pero ¿cómo accedió al interior?

—La entrada no estaba forzada. Y, si ella no se encontraba en la casa para dejarlo entrar, es que el hombre tenía una llave. Me pregunto cómo la conseguiría. —Miró el panel junto a la puerta del montacargas—. Seguramente del mismo modo que la tarjeta.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —dijo Blum.

—Si estás pensando que el asesino ha utilizado la llave y la tarjeta que le quitó a Hanna Rebane, sí, estamos en la misma onda.

—¿Y que la razón para matarla ha sido silenciarla, ya que podría habernos contado algo que perjudicara a alguien?

—Pero ahí veo un problema. Anteriormente ya habíamos hablado con Clemmons. Lo normal habría sido que la matara antes de que lo hiciéramos.

Blum meneó la cabeza.

—Pero ¿y ahora que Layne Gillespie también ha sido asesinado? Eso podría suponer una diferencia.

—¿Quieres decir que Clemmons podría haber tenido alguna información sobre Gillespie y su conexión con Hanna Rebane?

—Sí. El asesino sabía que volveríamos para hablar con ella sobre esa segunda muerte.

—Es bastante posible. Pero, una vez más, todo en este caso parece posible.

—¿Crees que esto hace más probable que existiera una conexión entre Gillespie y Rebane?

—Bueno, desde luego no lo hace menos probable —replicó Pine.

—Y ahora que Clemmons ya no está, ¿cómo haremos para averiguarlo?

—Ella no era la única persona que trabajaba en la industria del porno. Siempre hay alguien a quien preguntar.

—Bueno, solo espero que lo encontremos antes de que el asesino lo haga.

40

«Todo mi pasado es una mentira. Bueno, eso también lo es. La mayor parte de mi pasado es una mentira».

No era mucho consuelo.

Era al día siguiente, y Pine estaba sentada en la cama de su habitación en el Cottage.

Cogió la revista que le había dado Myron y la abrió por la página en que aparecía su madre. Pine se quedó contemplando la imagen durante mucho rato. Recorrió con el dedo los cabellos de la mujer que le había dado la vida. Leyó lo que ponía debajo de la foto. Londres. Karl Lagerfeld. La pasarela. Amanda algo. Estaba preciosa, aunque quizá con exceso de maquillaje y luciendo un vestido demasiado revelador, como los que solían llevar las modelos en ese tipo de desfiles.

De Londres a Andersonville. Extraño recorrido… Pine no le encontraba ni pies ni cabeza.

Dejó la revista a un lado. Abrió la segunda maleta, sacó su vieja muñeca y se puso a acariciarle el pelo mientras fuera empezaba a llover de nuevo. Habían regresado de Columbus bajo la lluvia, pero al llegar a Andersonville había parado. Sin embargo, se habían vuelto a formar negros nubarrones y se había levantado mucho viento. Se avecinaba un tiempo inclemente.

En el trayecto de vuelta había telefoneado a Wallis y le había explicado lo ocurrido a Beth Clemmons. A su vez, él le había informado sobre la autopsia realizada a Layne Gillespie. No había habido sorpresas. Muerte por disparo. Sin rastros. Sin lesiones defensivas. El análisis del esmoquin, la chistera y el ramillete tampoco había conducido a ninguna parte. El cadáver no había dado nuevas respuestas; no estaban más cerca de atrapar a su asesino.

Pine había comunicado a la policía de Columbus lo que Gene Martin había contado acerca del trabajador que vio dirigiéndose hacia los montacargas. Estaban siguiendo esa pista, aunque hasta el momento no habían encontrado nada. Había una cámara exterior junto a la entrada al aparcamiento, pero estaba fuera de servicio. Habían conseguido determinar que la tarjeta de Hanna Rebane era la que se había utilizado para acceder desde el garaje. Así era como el asesino había entrado y salido del edificio. Y Pine estaba segura de que también estaba en posesión de la llave del apartamento, y que la había utilizado para entrar y esperar allí a que llegara Beth Clemmons.

Habían muerto tres personas, todas ellas relacionadas: Rebane y Clemmons, como amigas y compañeras de piso, y las dos mujeres y Layne Gillespie, como trabajadores de la industria del cine para adultos.

Dejó la muñeca a un lado y miró los otros objetos que había dentro de la maleta.

Barry Vincent… ¿Por qué se había peleado ese hombre con su padre? Ella ni siquiera recordaba a alguien llamado así. Pero Myron Pringle sí. Él los había separado. Sin embargo, nadie más había mencionado a ese hombre. Y tampoco había nada sobre él en el expediente de la investigación policial.

Bueno, quizá pudiera hacer algo al respecto.

Bajó y llamó a una puerta situada cerca de la recepción con el rótulo de OFICINA.

—¿Sí?

Pine abrió la puerta y vio a Lauren Graham sentada a su escritorio delante del portátil.

—Si interrumpo algo puedo volver más tarde.

—No, ahora mismo estoy en pleno bloqueo creativo.

Pine cerró la puerta tras de sí.

—Me preguntaba si podrías ayudarme con algo.

Graham se quitó las gafas de leer y las dejó sobre la mesa.

—Muy bien, pero ¿has pensado algo acerca de mi petición? —Entonces reparó en la magulladura en la frente de Pine—. ¿Qué te ha pasado?

—Me di contra una pared. En fin, he pensado que sí que podría hablarte de un modo general sobre algunos de mis casos.

—Genial. ¿Podría ser esta noche mientras cenamos?

—¿En La Trena?

—No, en Americus. Hay un bistró italiano que me muero de ganas de probar.

Pine vaciló, pero solo un segundo.

—Claro.

—Estupendo. Bueno, ¿qué querías preguntarme?

Pine se sentó frente a Graham.

—Barry Vincent. ¿Te acuerdas de él?

—¿Barry Vincent?

—Era el hombre que acusó a mi padre de estar implicado en la desaparición de mi hermana —dijo para ayudarla a recordar—. Myron Pringle me lo contó. Vincent y mi padre se enzarzaron en una pelea delante de nuestra antigua casa y él tuvo que separarlos.

Graham se quedó pensando unos momentos, con los labios fruncidos.

—Es que no me acuerdo de ese nombre para nada. ¿Estás segura de que era de Andersonville?

—Di por sentado que lo era, ya que Pringle me dijo que estaba allí discutiendo con mi padre.

—Quizá Agnes Ridley lo sepa.

—Vale, se lo preguntaré.

—Da la impresión de que estás haciendo algunos progresos —dijo Graham, dirigiendo a Pine, o eso le pareció a ella, una extraña mirada.

—Algunos. ¿Sabes?, no tenemos por qué salir a cenar. Podemos quedarnos aquí para hablar de algunos de mis casos.

—No, creo que será mucho mejor hacerlo alrededor de una buena comida y bebida. —Se miró el reloj—. Deberíamos salir hacia las seis.

—Muy bien. Nos vemos aquí a esa hora.

Graham se quedó mirando la indumentaria de Pine: vaqueros, jersey, botas y su cortavientos del FBI.

—Esto…, ¿no tendrás un… vestido y… tacones? El lugar al que vamos requiere más bien un traje ejecutivo o de cóctel.

—Creo que podré agenciarme algo más apropiado.

—No pretendo parecer una esnob ni nada de eso.

Pine no dijo nada.

Graham siguió mirándola con detenimiento.

—Eres muy atractiva, Atlee. Lo has heredado de tu madre. Con ese cuerpo y esas piernas tan largas y esbeltas. Cualquier cosa que te pongas te quedará estupenda. ¿Podrías… dedicarle algo de tiempo?

—Tengo cosas más importantes que hacer con mi tiempo —repuso ella con brusquedad—. Pero, cuando tengo que arreglarme un poco, generalmente me las apaño.

—Estoy segura de ello. Sin ánimo de ofender… En fin, ¿vas a ir a hablar con Agnes ahora?

—Sí.

—¿Crees que ese tal Barry Vincent podría ser importante para el caso?

—Lo es hasta que deje de serlo. Pero así es como suelen desarrollarse las investigaciones, al menos las mías. Tal vez resulte algo aburrido para una novela —añadió Pine, echando una ojeada al portátil sobre la mesa.

—Mi trabajo es hacer que no resulte aburrido.

—Supongo que ahí es donde entra en juego la imaginación.

—Espero tener suficiente para conseguirlo —dijo Graham, un tanto dubitativa.

Pine salió de la pensión y se encaminó hacia su coche. Había conseguido la dirección de Agnes Ridley durante su primera conversación con la anciana. Se encontraba a unos kilómetros del pueblo, en la misma dirección de su antigua casa.

En el camino de grava delante de la vivienda de Ridley había un viejo Buick. Tenía más herrumbre que otra cosa y la matrícula de Georgia había expirado hacía tres años. La casa le resultó algo familiar, aunque no recordaba haber estado nunca allí. Cuando Pine llamó a la puerta, Ridley abrió casi al momento. Ella también le preguntó por sus magulladuras, y una vez más Pine respondió que los culpables habían sido una pared y su propia torpeza.

Siguió a la anciana hasta el salón, que estaba abarrotado de

voluminosos muebles antiguos y de una enorme cantidad de frágiles figuritas que cubrían precariamente todas las superficies. Una gata, gorda y de pelaje atigrado, estaba tumbada sobre el reposabrazos de un maltrecho sofá. La felina le dirigió una mirada llena de indiferencia con sus ojos grandes y luminosos.

—Esa es Boo —dijo Ridley, señalando a la gata.

—Parece muy sociable.

La anciana se rio mientras se sentaba.

—A su manera puede serlo. Oh, ¿quieres tomar algo?

Pine negó con la cabeza y fue directa al grano.

—Señora Ridley, ¿recuerda a un hombre llamado Barry Vincent?

Ridley se reclinó en su asiento y se llevó un dedo a la barbilla.

—¿Barry Vincent?

—Myron Pringle me contó que Vincent y mi padre tuvieron una pelea el día después de que Mercy desapareciera. Por lo visto, Vincent afirmaba que mi padre había tenido algo que ver con lo ocurrido.

—Ah, sí, oí algo de eso. Barry Vincent… Santo cielo, no había oído ese nombre desde hacía siglos. Sí que estuvo viviendo un tiempo aquí. Puede que en el mismo pueblo, pero no estoy segura.

—¿Trabajaba en la mina?

—No que yo supiera.

—¿Alguna idea de dónde puede estar ahora?

—No. No me hagas mucho caso, pero creo que se marchó de la zona poco después de que tú y tus padres os mudarais.

—¿Qué aspecto tenía? ¿Cuánto tiempo estuvo viviendo aquí? ¿De dónde era?

Ridley pareció abrumada por la batería de preguntas.

—No…, no me acuerdo demasiado de él, Lee. No estuvo mucho tiempo aquí.

—¿Tenía mujer o hijos?

—No que yo recuerde. ¿A qué viene tanto interés por ese hombre?

—Solo intento seguir algunas pistas. Siento curiosidad por saber por qué ese hombre estaba tan convencido de que mi padre había tenido algo que ver con la desaparición de mi hermana que llegó incluso a pelearse con él.

—Bueno, otra gente también tenía sus sospechas al respecto.

—Pero al parecer Vincent fue el único que llegó a las manos por ello.

—No sabría decirte nada de aquello. Quizá debas volver a preguntarle a Myron. Si se acuerda de la pelea, seguramente recuerde más de Vincent que yo.

—Es el siguiente en mi lista, pero pensé en preguntarle a usted primero. Me lo sugirió Lauren Graham.

—Pues lamento no poder ser de más ayuda. En fin, ¿y cómo avanza el caso?

—Muy lentamente.

41

Pine condujo de nuevo hasta casa de los Pringle. Fue Myron quien le abrió la puerta. Le dijo que Britta estaba fuera. Llevaba pantalones caquis, un polo de color naranja intenso y unos náuticos. Cuando ella le comentó que quería hacerle algunas preguntas, él no pareció muy dispuesto a dejarla entrar.

—Estoy ocupado —se justificó.

—No nos llevará mucho tiempo.

—¿Por qué tengo la impresión de que siempre dices eso?

—Es muy importante —insistió ella, en un tono suplicante que hizo que el estómago se le encogiera un poco. Como agente del FBI estaba acostumbrada a hacer las preguntas necesarias cuando había que hacerlas, y a obtener respuestas. Pero esto era distinto. Este caso requería tacto y delicadeza. Y sabía que también podía hacerlo, aunque le costaba más.

Myron dio un paso atrás e hizo un gesto para que entrara. Se fijó en el moratón de su frente, pero no dijo nada.

—¿Y bien?

—Barry Vincent.

Él la miró confuso.

—¿Vincent? ¿Qué pasa con Vincent?

—¿Qué puede contarme sobre él?

—¿Por qué?

—Porque se peleó con mi padre. Y me gustaría entender en qué contexto se produjo la disputa.

—No creo que haya ninguno, aparte de lo que ya te conté. Él creía que tu padre era culpable de haber hecho algo terrible. Dijo lo que pensaba y entonces le golpeó.

—¿Y quién era?

—Un vecino, supongo.

—Vale. ¿Qué más?

Myron suspiró, cruzó los larguiruchos brazos sobre el delgado pecho y se recostó contra la pared.

—No era alguien que dejara demasiada huella.

—¿Mujer? ¿Hijos?

—No que yo sepa. Si los tenía, no vinieron con él.

—¿Dónde trabajaba?

Ahora pareció algo más interesado.

—No estoy seguro. En la mina no. Seguramente iba haciendo algunos trabajillos aquí y allá. En aquel entonces había mucha gente que vivía así. Y ahora también.

—Ha dicho que era un vecino. ¿Dónde vivía?

—Si no recuerdo mal, al principio vivía en el pueblo, en una pensión. Más tarde ya no lo sé. No éramos amigos íntimos. Tan solo lo veía por ahí de vez en cuando.

—¿Y cómo era? Descríbalo.

Myron miró al techo, en un esfuerzo evidente por recordar.

—Treinta y muchos años. No muy alto, pero corpulento. Con pinta de tipo duro. Desde luego sabía pelear. Tu padre era más joven y alto, pero si yo no hubiera intervenido las cosas no habrían acabado muy bien para Tim.

—¿Cuándo llegó al pueblo?

Myron se quedó pensativo.

—No me hagas demasiado caso —dijo al fin—, pero creo que no fue mucho antes de que tu hermana desapareciera. Como unos meses antes o así. Más o menos por esa época.

—Y, por lo que tengo entendido, ¿se marchó poco después de que nos fuéramos nosotros?

—Podría ser —respondió él en tono cauteloso.

—¿Qué fue exactamente lo que le dijo a mi padre aquel día?

—¿Estás segura de que quieres oírlo?

—Tengo que hacerlo. Por eso estoy aquí.

Myron dejó escapar una breve exhalación que sonó más bien como un gruñido.

—No son palabras textuales, pero dijo algo así como que Tim había matado a una hija y casi mata a la otra.

—¿Y cómo es que llegó a hacer esa acusación?

—No lo sé. Simplemente la hizo. A ver, todo el mundo en el pueblo sabía lo que había ocurrido. Sabían que Mercy había desaparecido y que tú estabas en el hospital gravemente herida.

—Pero Vincent afirmó que mi padre había «matado» a una hija.

—Supongo que dio por hecho que Mercy estaba muerta. Y no era el único que lo pensaba. ¿Qué se puede pensar cuando una niña desaparece en mitad de la noche y su gemela ha aparecido medio muerta? No hay que ser un genio para llegar a esa conclusión.

—¿Hubo otra gente que hiciera ese tipo de acusaciones contra mi padre en persona?

—Yo no oí a nadie más hacerlas.

—Entonces ¿por qué Vincent se enzarzó en aquella bronca con mi padre?

—No lo sé. Como ya te he dicho, no le conocía muy bien.

—¿Y usted los separó?

—Sí. No iba a dejar que ese tipo le pegara a tu padre, sobre todo en un día tan terrible. Ya estaba sufriendo bastante como para tener que aguantar también a aquel capullo de Vincent.

—¿Así que no cree que mi padre tuviera nada que ver con lo ocurrido?

Myron respondió tajante.

—Ya te lo dije antes y no he cambiado de opinión.

—¿Y se acuerda de los nombres de los amigos que estuvieron en su casa aquella noche?

—No. No debió de ser nada especial, o de lo contrario me acordaría. ¿Te acuerdas tú de dónde estabas en una determinada noche de hace treinta años?

—Sí. Estaba en la cama con mi hermana gemela mientras me destrozaban el cráneo.

Myron apartó la vista.

—Mire, si estaban haciendo algo…, no sé, ilegal, fumando porros o lo que fuera, no me importa. Mis padres fumaban hierba. Y todo

aquello ha prescrito hace mucho tiempo.

—No sé qué decirte —respondió él, encogiéndose de hombros—. No me acuerdo de quiénes eran. Eso sí, del día siguiente me acuerdo perfectamente.

—¿Y no le preguntó a Vincent por qué se peleó con mi padre?

—No, simplemente los separé. No consideré que tuviera que preguntarle por sus motivaciones.

—¿Tuvo mi padre algún otro encontronazo con Vincent?

—No que yo sepa.

—Es un pueblo pequeño. Es muy posible que se hubieran vuelto a ver por ahí.

—Si ocurrió, yo no me enteré. Después de que Mercy desapareciera, tus padres apenas volvieron a relacionarse con nadie. Se encerraron en sí mismos. Casi no salían de casa. Tim siguió yendo a trabajar a la mina, pero todos sabíamos que estaba totalmente ausente. Y entonces un buen día desaparecisteis.

—De modo que, después de que se llevaran a Mercy, Britta y usted no se vieron mucho con mis padres.

—No. Pero estábamos ahí siempre que podíamos para ayudar. Britta preparaba comidas y se las llevaba. Incluso llevó a nuestros hijos algunas veces para que pudieras jugar con alguien de tu edad. Aunque no creo que tú estuvieras muy interesada en jugar. O en seguir siendo una niña.

—Ese es un pensamiento muy profundo.

—Perdí a mis dos hijos hace unos años. Eso te hace reflexionar.

—¿Recuerda algo más?

—De vez en cuando llevaba a Tim al trabajo y lo traía de vuelta a casa, ese tipo de cosas. Pero, aparte de eso, apenas nos veíamos, tus padres ya no tenían ganas de fiestas. Era como si ya no hubiera luz en su interior.

Pine asintió y bajó la vista a sus botas.

—Supongo que puedo entenderlo.

—¿Y qué recuerdas tú de aquella época?

—Hospitales, muchas pruebas, doctores hurgando en mi cabeza.

—¿Y de tu madre y de tu padre?

—Creo que, cuando «se encerraron en sí mismos», también me dejaron a mí fuera.

—No, recuerdo muy bien que tu madre apenas se apartaba de tu lado. Se habría sentado junto a ti en el pupitre de la escuela si la hubieran dejado.

—No estoy hablando en un aspecto físico. En ese sentido, ella me asfixiaba. Pero, emocionalmente, había levantado un muro que nunca conseguí derribar.

—Le aterraba la idea de perderte.

Pine levantó la vista y le sostuvo la mirada unos momentos antes de decir:

—De todos modos, al final acabamos perdiéndonos la una a la otra, ¿no?

42

Pine repasó una vez más su pequeño inventario de recuerdos de la infancia.

Sentada en una silla, Carol Blum la observaba examinar los objetos extendidos sobre la cama.

Pine ya la había informado sobre sus encuentros con Agnes Ridley y Myron Pringle.

—¿Crees que ese Barry Vincent tiene alguna relevancia especial para el caso? —preguntó Blum.

Pine levantó la vista de sus recuerdos y dijo:

—No lo sé. Lo que me parece extraño es que nadie pueda contarme gran cosa sobre él. Vino aquí después de que lo hicieran mis padres y se marchó poco antes que ellos. Fue el único que se peleó con mi padre en relación con lo sucedido. Myron cree que mi padre ni siquiera conocía demasiado a ese hombre. Entonces ¿por qué empezó a lanzar contra él todas esas acusaciones?

—Quizá tuvieron una discusión privada de la que nadie se había enterado —conjeturó Blum.

—Pues, si fue algo solo entre ellos dos, va a ser muy difícil averiguar de qué se trataba.

—¿Tu madre o tu padre hablaron alguna vez de Vincent después de aquello?

—No que yo recuerde. Ni siquiera sabía de su existencia hasta que regresé aquí y Myron mencionó su nombre. —Volvió a mirar los objetos sobre la cama—. Hay tanto que no sé de mi propia familia, Carol. Mi padre no murió donde mi madre me dijo. Jack Lineberry fue quien encontró su cuerpo. No tengo ni idea de si mi madre fue siquiera allí para encargarse de todo y esparcir sus cenizas. Tan solo se marchó y, cuando volvió, apenas me explicó nada de lo sucedido.

—Si Lineberry encontró el cadáver y tu madre fue allí para ocuparse de todo, lo normal es que se hubieran visto.

—Él dijo que no se vieron. Pero no hay manera de corroborarlo.

Blum examinó los objetos esparcidos sobre la cama.

—¿Y esto es todo lo que te ha quedado?

—No es mucho, ¿no?

—Bueno, eso hace que cada uno de estos recuerdos resulte aún más valioso —sentenció Blum juiciosamente.

—Preferiría que me dieran alguna pista que me llevara a conocer la verdad.

—¿Y qué hay de la muñeca de tu hermana? —preguntó Blum, levantándose de la silla y cogiendo la muñeca de Pine.

—¿Qué pasa con ella?

—Britta Pringle contó que tu madre estuvo buscándola la mañana después de que Mercy desapareciera.

—También dijo que la gente hace cosas extrañas en situaciones de estrés, y tenía razón. Tal vez mi madre pensó que, si encontraba la muñeca, también encontraría a Mercy.

—Tal vez.

Blum volvió a dejar la muñeca sobre la cama mientras Pine cogía uno de los posavasos.

—Los usábamos para jugar a las damas —dijo en respuesta a la mirada inquisitiva de su ayudante.

—Muy creativo.

Pine sonrió al recordarlo, pero su sonrisa se fue desvaneciendo conforme se fijaba más atentamente en el posavasos.

—¿Qué pasa?

—Eran de mi padre. De un bar de Nueva York. El Cloak and Dagger.

—Qué buen nombre para un bar. Sugiere misterio.

Pine se quedó mirando la colección de posavasos.

—Pero ¿por qué mi padre tenía tantos posavasos del mismo bar?

—¿Puede que hubiera trabajado de camarero allí? ¿O que fuera un cliente asiduo?

—Ni siquiera estoy segura de que fuera mayor de edad para beber entonces.

—En algunos estados puedes trabajar como camarero antes de haber alcanzado la edad necesaria para consumir alcohol. No tiene mucho sentido. Y tampoco estoy muy segura de cuáles eran las leyes en Nueva York en aquella época.

—Bueno, por lo que me contaron, mi padre trataba de abrirse camino en el mundo de la interpretación. Y supongo que los actores tienen que hacer otros trabajos para mantenerse.

—Eso es verdad.

—El bar Cloak and Dagger… Me pregunto por qué escogerían ese nombre.

—¿Te refieres a si simplemente era un nombre atractivo o si podía tener algún significado?

Pine cogió su móvil e hizo una búsqueda rápida.

—Con ese mismo nombre hay una boutique en la ciudad de Nueva York y un bar en Washington, DC. Pero actualmente no hay ningún bar Cloak and Dagger en Nueva York.

—Y en los ochenta no había páginas web, así que probablemente no encontremos registros digitales de su existencia en aquel entonces.

—En los posavasos no aparecen la dirección ni el número de teléfono. Tan solo el nombre del bar y que estaba en Nueva York.

—Bueno, hay muchos posavasos como esos. No ponen toda la información en ellos.

—A lo mejor estoy disparando a ciegas.

—Recuerda tu axioma: todo es importante hasta que se demuestra lo contrario.

Pine empezó a guardarse el móvil, pero luego se lo pensó mejor.

—Puede que haya una manera de averiguarlo.

Repasó su lista de contactos, escogió un número y pulsó.

—Hola, Stan. Soy Atlee Pine. Sí, ha pasado mucho tiempo. ¿Cómo estás? Bien, me alegro. Ya, los caminos de la Agencia son inescrutables. No, ya no estoy en Utah. Ahora estoy en Arizona. Cerca del Gran Cañón. Sí, es muy bonito. Mira, necesito que me hagas un favor. Quiero que compruebes un bar. Estaba en funcionamiento a principios de los ochenta. Se llamaba el Cloak and Dagger. —Pine escuchó mientras el hombre al otro lado de la línea decía algo—.

Cualquier cosa que encuentres. Sí, corre bastante prisa. De acuerdo, gracias.

Colgó y miró a Blum.

—Stan Cashings trabaja en la Oficina de Campo de Nueva York desde hace más de dos décadas. Si hay alguien que puede averiguar algo sobre ese lugar, es él.

—Al menos puede que te proporcione alguna pista sobre el pasado de tu padre que no conocías hasta ahora.

—También podría explicar por qué una modelo de éxito renuncia a su carrera, se queda embarazada, se casa con mi padre y poco después abandona Nueva York para trasladarse a Andersonville, Georgia, con dos crías pequeñas.

—Nada de esto parece tener mucho sentido.

Pine se guardó el móvil.

—Sí que lo tiene. Lo que pasa es que aún no sabemos cuál es. Y ahora debo empezar a prepararme.

—¿Para qué?

—He quedado para cenar con Lauren Graham en un restaurante en Americus. Tengo que ir un poco arreglada, o al menos eso me ha dicho con no demasiada sutileza.

—Bueno, estoy segura de que irás estupenda.

—Ya veremos… —Se miró en el espejo giratorio que había sobre la cómoda para examinarse el moratón—. La hinchazón ha desaparecido, pero aún se ve un poco descolorido.

—Nada que no se pueda solucionar con algo de maquillaje. Si quieres te puedo ayudar con eso.

—Gracias. No es que se me dé precisamente bien. Hay que recordar demasiadas cosas.

—¿Y por qué vas a ir a cenar con ella?

—El pretexto es que quiere que le hable sobre mis métodos de investigación y todo eso. Pero mi verdadera razón para ir es que tengo la impresión de que esa mujer no está siendo del todo sincera.

—Bueno —repuso Blum—, esa parece ser la tónica general en este pueblo.

43

—Vaya, estás deslumbrante.

De pie en el vestíbulo del Cottage, Lauren Graham contempló cómo Pine bajaba las escaleras. Ella lucía una falda granate por las rodillas y ceñida en las caderas, con una blusa blanca y una chaqueta verde oscuro. Tanto las medias como los zapatos de tacón eran de color negro.

Pine se había puesto el único vestido que había llevado consigo. Era negro y de corte sencillo, pero se amoldaba a la perfección a su figura. Alrededor de los hombros llevaba un chal turquesa que Blum le había prestado. Sus zapatos eran abiertos por delante, con unos tacones que añadían varios centímetros a su más de metro ochenta de altura. También se había arreglado el pelo; en vez de recogérselo atrás como de costumbre, lo llevaba suelto, dejando que la oscura melena le cayera sobre los hombros. Blum le había ayudado a disimular el moratón de la frente con una generosa capa de maquillaje.

—Gracias. Tú también estás estupenda.

—¿Sabes quién me ha venido a la cabeza cuando te he visto ahí? Tu madre. Eres igualita a ella.

—Es muy amable por tu parte. Pero no creo que pueda compararme con ella ni de lejos. Yo no soy tan glamurosa.

—Puede que te hayas equivocado de profesión —dijo Graham.

—Creo que escogí bien. ¿Estás lista? Ya conduzco yo.

—Bueno —dijo Graham durante el trayecto a Americus—, ¿ya has pensado lo que puedes contarme?

—Puedo hablarte de métodos de investigación, contarte algunos detalles sin revelar a qué casos se refieren. Y también puedo responder

las preguntas de carácter general que puedas tener.

—Es muy generoso por tu parte. Muy bien, lo primero: ¿cuáles crees que son las cualidades más importantes que debe tener un detective?

Pine se quedó pensando, aunque en realidad no necesitaba hacerlo para contestar a una pregunta tan básica.

—Paciencia y tenacidad. Ambas van de la mano. Los casos pueden resolverse de dos maneras: o bien muy deprisa porque los criminales son demasiado estúpidos, o bien pueden llevar años y mucho trabajo de campo y tener que volver una y otra vez sobre el mismo terreno. He estado implicada en ambos tipos de investigación.

—¿Puedes compartir algunos matices más concretos?

—Los detalles pequeños pueden ser más importantes que los grandes. Los criminales siempre acaban fallando en eso. Manchas de sangre, restos de fibras, huellas dactilares, coincidencias de balística. El ADN. Creen que pueden eliminar todos los rastros de sangre utilizando lejía. Pero si de verdad quieres destruir cualquier resto de ADN debes usar un detergente con base de oxígeno que produzca muchas burbujas. Eso impide que el oxígeno del ADN se revele a la luz del luminol que se emplea para detectar las manchas de sangre. O puedes elegir el método contrario e inundar la escena del crimen con muestras de ADN de otras personas que puedan tener alguna conexión con la víctima. Eso complica enormemente la investigación y concede a los abogados de la defensa mucho margen de maniobra.

—Resulta fascinante.

—Son gajes del oficio.

—¿Y siempre vas armada?

Pine tocó su bolso de mano.

—Beretta Nano de ocho disparos. Solo por si acaso. En este trabajo, es el mejor amigo que puede tener una chica.

—Me encantaría usar esa frase en mi novela, si te parece bien.

—Adelante.

Al cabo de veinte minutos, y después de una larga serie de preguntas y respuestas, llegaron por fin al restaurante, un bistró italiano íntimo y selecto con una carísima carta de vinos y camareros con pajarita negra y camisa almidonada. Las condujeron hasta una

mesa junto a una ventana.

—Deberías saber que mi economía no alcanza para venir a este tipo de sitios —comentó Pine después de echar un vistazo a los precios.

—Invito yo —dijo Graham—. Siento no haberlo dejado más claro antes.

—No tienes por qué hacerlo. Pensaba pedir solo agua y un entrante.

—No, por favor. Me has proporcionado un material magnífico y te estoy muy agradecida.

Pidieron, y estaban tomando unas copas de un vino tinto del valle de Sonoma cuando oyeron una voz que les decía:

—Señoritas, si hubiera sabido que estaban aquí las habría invitado a sentarse a mi mesa.

Cuando alzaron la vista, vieron a Jack Lineberry de pie junto a ellas. Iba elegantemente vestido, con unos pantalones gris perla, camisa a rayas, americana azul oscuro y mocasines con borlas. Un colorido pañuelo asomaba del bolsillo de la pechera. Tenía la piel ligeramente bronceada y llevaba el pelo pulcramente peinado. Quizá por vez primera, Pine se fijó en que era un hombre muy atractivo.

Graham esbozó una amplia sonrisa.

—Jack, no sabía que estarías aquí.

—Un cambio de planes de última hora. Acabo de terminar de cenar. Pero no quiero interrumpiros.

—Por favor, siéntate y tómate una copa de vino con nosotras —lo invitó la mujer.

Cuando Lineberry se giró y se fijó en Pine, se quedó petrificado.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó esta.

El rostro del hombre pareció cambiar de color.

—Sí, sí…, perdona —dijo sonriendo de forma débil y forzada—. Por un momento…

—… has pensado que se trataba de Julia —terminó Graham por él, y al decirlo su expresión radiante se esfumó rápidamente.

Lineberry se sentó muy despacio junto a Pine y asintió sin mirarla a la cara.

—Sí. —Tenía el semblante pálido y su voz sonó ronca.

—Siento que el verme te haya perturbado tanto —dijo Pine.

Él levantó la vista hacia ella.

—No, todo lo contrario. Ha sido una sensación francamente agradable. —Pareció algo avergonzado al reconocerlo, y acto seguido se volvió hacia Graham—. ¿Has dicho algo de una copa de vino, Lauren?

El camarero debió de oírlo, porque se apresuró a acercarse a la mesa y a servirle una.

—Gracias, William —le dijo él.

Cuando el hombre se alejaba, Pine comentó:

—Doy por hecho que eres un cliente habitual.

Lineberry asintió, pero Graham añadió:

—Él financió este local. De lo contrario nunca podrían haber abierto.

—La buena comida y el buen vino no deberían ser exclusivos de las grandes ciudades —señaló él. Luego se giró para mirar a Pine—. Estás realmente preciosa esta noche, Lee. Yo… —empezó a decir, y apartó la vista.

—¿No te diste cuenta del potencial que podía haber por debajo de mi ropa, mi actitud y mi pistola? —Pero Pine lo dijo sonriendo, lo cual suavizó la brusquedad de sus palabras.

Lineberry le dirigió una cálida sonrisa.

—Algo así.

Graham los interrumpió:

—La agente Pine me está ofreciendo asesoramiento profesional para la novela que estoy escribiendo.

—Eso es fantástico —dijo él—. Es muy considerado por tu parte, Lee.

—Aunque debes tener en cuenta —comentó Pine— que, si vas a escribir una novela de detectives histórica, las referencias al ADN, el luminol y todo lo demás no serán muy apropiadas en el contexto.

—Lo sé, pero también estoy planeando escribir una segunda novela ambientada en la actualidad, y todo eso me será de mucha ayuda. —Graham se levantó—. Y ahora, si me disculpáis, voy un momento al servicio.

Pine supuso que, debido a la presencia de Lineberry, Graham iría

seguramente a retocarse un poco el peinado y el maquillaje. Sin embargo, eso le daría la oportunidad de librarse un rato de aquella chismosa mujer.

—Ahora que estás aquí, Jack, me gustaría hacerte algunas preguntas de seguimiento, si no tienes inconveniente.

Lineberry pareció sorprendido.

—¿Preguntas de seguimiento?

—Sobre mis padres.

Él asintió despacio.

—Bien, te diré lo que pueda.

Pine se quedó un tanto contrariada por su respuesta, ya que no supo muy bien cómo interpretarla.

—Myron Pringle me dio una revista en la que aparecía mi madre de adolescente, desfilando como modelo por una pasarela de Londres. Y al parecer su nombre por aquel entonces era Amanda, y su apellido desconocido.

Lineberry se limitó a mirarla con semblante inexpresivo.

—¿No sabes el apellido de soltera de tu madre?

—Sorprendentemente no. Sé que parece una locura, pero nunca habló de su familia. Ni una sola vez. Y mi padre tampoco. Supuse que no tenían ningún pariente vivo.

—Ya.

—¿Sabías eso de ella? —preguntó Pine—. ¿Que había sido modelo?

Lineberry dio un sorbo a su copa y volvió a dejarla sobre la mesa cuidadosamente.

—Recuerdo que tu madre comentó algo de eso una vez.

—¿Y no te sorprendió?

—¿Que tu madre fuera modelo? No, claro que no. Era la mujer más hermosa que he visto en mi vida. Yo… —Tosió, algo avergonzado, y clavó la mirada en su copa de vino.

—Pero, después de todo aquello, ¿acabar en Andersonville?

—Para ser sincero, no puedo decir que no me extrañara. Pero tus padres nunca explicaron sus razones para venir aquí y yo no quise ser indiscreto. Todos tenemos cosas en nuestras vidas de las que preferimos no hablar.

—Resulta evidente que la apreciabas mucho —dijo Pine.

Él fue a coger de nuevo su copa de vino, pero al final retiró la mano. Se aclaró la garganta y, sin mirarla, dijo:

—Los apreciaba mucho a los dos. Lo que les pasó nunca debería haber sucedido. Me preocupaba entonces y sigue preocupándome ahora.

—¿Has intentado buscar a mi madre?

—Quería saber si estaba bien, sí. —Luego la miró a los ojos—. Espero que esos problemas por los que está pasando no sean insalvables. —Sus facciones reflejaron la angustia que le producía hacer esa pregunta.

—Sinceramente, no lo sé.

Él asintió.

—¿Sabes? La vida es muy extraña.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Pine.

—Tienes una visión, una idea preconcebida de cómo serán las cosas. Pero al final nada resulta como esperabas.

—Creo que la gran mayoría se sentiría muy afortunada de llevar la vida que tú llevas.

Él la miró con una tristeza que a ella le resultó profundamente desconcertante.

—Bueno, las cosas no son siempre lo que parecen —dijo. Luego apuró su vino y se despidió deseándole buenas noches.

Mientras lo veía alejarse, Graham volvió a la mesa. Pine había estado en lo cierto: se había retocado el pintalabios y se había arreglado el pelo.

—¿Va a volver Jack? —preguntó en tono esperanzado.

—No, se ha marchado —dijo Pine.

De pronto se le ocurrió algo y miró a la mujer.

—¿Sabías que él estaría aquí esta noche?

—¿Qué? Oh, no. No tenía ni idea.

Graham mentía fatal, pensó Pine.

Las dos se quedaron mirando cómo Lineberry salía por la puerta del restaurante. Pine creyó ver a Jerry esperando fuera.

—Es un hombre estupendo —dijo Graham—, pero creo que le

afectan mucho las cosas. Quizá demasiado.

Pine se estaba preguntando otra cosa.

«¿En qué momento exacto Jack Lineberry se enamoró perdidamente de mi madre?».

44

Por segunda vez esa noche, Pine oyó que exclamaban «¡Guau!» cerca de ella.

Después de la cena en Americus habían vuelto al Cottage. Graham ya se había retirado a su habitación, pero Pine se había quedado un rato en el vestíbulo meditando acerca de su conversación con Lineberry. Fue entonces cuando un hombre salió de las sombras y soltó la exclamación.

Era Eddie Laredo.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Él sonrió.

—Me han subido la dieta por día, alegando circunstancias atenuantes. Y hoy me he registrado aquí. Les quedaba una habitación libre, mucho más agradable que donde me estaba alojando. —Luego la miró de arriba abajo—. ¿Dónde has ido tan arreglada? ¿A una fiesta de gala o algo así?

—He ido a cenar con Lauren Graham.

—¿Sabes que no te había visto nunca con un vestido?

—¿Y por qué tendrías que haberme visto? Nunca llevo vestido en el trabajo.

—Vale, vale —se apresuró a decir él, dando un paso atrás—. ¿Y cómo ha ido la cena?

—No he bebido suficiente.

—¿Cómo?

Pine se miró el reloj.

—Aún es pronto. ¿Quieres que vayamos a La Trena?

Laredo se quedó muy desconcertado por el ofrecimiento, pero no dudó en asentir.

—Claro. ¿Quieres cambiarte antes?

Ella lo miró muy seria.

—¿Quieres que me cambie?

Él pareció aún más aturullado.

—¡Qué! No… Lo que tú quieras. —Volvió a contemplarla una vez más—. Estás…, eh…, no sé cómo decirlo, pero estás…

Ella lo apartó a un lado para dirigirse hacia la puerta.

—Me encanta tu don de la palabra.

Tres cuartos del aforo de La Trena estaban completos, y Pine atrajo las miradas de todos cuando ambos entraron en el local.

Allí de pie en la entrada, Laredo alzó la mirada hacia Pine.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Con tacones eres más alta que yo.

—Si eso hiere tu orgullo masculino, puedo descalzarme.

—Dependiendo de cuántos tragos nos tomemos, puede que tengas que hacerlo.

Ella respondió con un breve resoplido.

Encontraron una mesa al fondo del local, cerca del pequeño escenario improvisado donde actuaban una cantante y un guitarrista.

Pine pidió una Budweiser y Laredo un gin-tonic con hielo y tres rodajas de lima.

—Veo que no has cambiado tus hábitos de bebida —observó ella.

—Tú tampoco.

—No podía permitirme tomar cócteles con mi sueldo.

Cuando llegaron las bebidas, ella entrechocó su lata con la copa de él.

Durante un rato tomaron sus tragos y escucharon a la pareja de músicos, meneando la cabeza al son de las canciones. Luego Laredo preguntó:

—¿Y de qué habéis hablado durante la cena?

—Ha sido una especie de compensación para agradecerle a Lauren Graham su ayuda. Pero entonces ha ocurrido algo muy interesante.

—¿El qué?

Pine le contó su conversación con Jack Lineberry.

—¿Así que sentía algo por tu madre?

—A menos que lo haya malinterpretado, diría que sí. De hecho, ha habido un momento…

—¿Qué?

—Bueno, aunque ahora mi madre debe de tener más de cincuenta años, ha habido un momento en que creí que Lineberry pensaba que yo era ella.

Laredo volvió a mirarla de arriba abajo.

—La verdad es que tienes pinta de supermodelo. —Y se apresuró a añadir—: Ya sabes, vestida así.

Ella le miró sin dar crédito.

—Para nada tengo pinta de supermodelo. Puedo levantar más de doscientos kilos en arrancada. Y mis muslos son mucho más gruesos que los de esas modelos flacuchas.

Los ojos de Laredo recorrieron las largas y musculadas piernas desnudas de Pine, y luego alzó la vista rápidamente.

—Yo solo te he conocido con una pistola en una mano y una placa en la otra, poco más.

—Lineberry es un hombre muy rico. Tiene su propio avión privado y una mansión enorme. Y también a un antiguo miembro del Servicio Secreto como jefe de seguridad.

—¿Y qué?

—Pues que alguien como él, si de verdad quisiera encontrar a mi madre, podría contratar sin problemas a la mejor agencia de detectives privados para que la localizaran. ¿Tan difícil sería? Ella ni siquiera se volvió a cambiar el nombre después de instalarnos en Andersonville. Y yo también me estaba haciendo un nombre en el mundo de la halterofilia. ¿Cuántas Atlee Pine puede haber? Y luego está esa maldita página que alguien colgó en Wikipedia sobre mí y en la que se habla de la desaparición de mi hermana.

—Lo sé. La he visto.

—Yo no tuve nada que ver con esa página, Eddie.

—También lo sé.

Laredo dio un trago a su copa con aire pensativo.

—Así que Lineberry podría haberos encontrado fácilmente a tu

madre o a ti, pero está claro que no lo hizo. Y la pregunta es por qué.

—¿A ti también te parece extraño?

—Todo en este lugar es extraño. Desde que llegué aquí no han hecho más que intentar que para desayunar me coma unas gachas con una pinta rarísima.

—Nunca he pillado tu sentido del humor, Eddie.

—Estoy hablando en serio, Atlee.

—Ya veo.

—Bueno, ¿y qué pasa con Blum, tu ayudante?

—¿A qué te refieres?

—Cuando la conocí me hizo un tercer grado. Quería saber qué había habido entre nosotros.

—¿Y qué le dijiste?

—Que no era asunto suyo. Y entonces me contó que había hecho que me investigaran.

Pine soltó una carcajada.

—Vaya, te echó toda la caballería encima.

—¿De verdad te hace gracia?

—¿A ti no?

Finalmente, Laredo se echó a reír.

—Bueno, supongo. En fin, me dijo que los informes habían sido positivos.

—Está claro que no habló con la gente apropiada. —Pero Pine esbozó una sonrisilla para hacerle ver que estaba bromeando.

Laredo apuró su gin-tonic y levantó una mano para pedir otro. Pine pidió otra Bud.

—Volviendo a Jack Lineberry —siguió él después de que trajeran las bebidas—. Yo también he hecho que lo investigaran.

—¿Qué? ¿A Lineberry? ¿Por qué?

—Bueno, es un tipo muy rico y anda por aquí cerca.

—¿Y crees que va por ahí matando gente y vistiéndola con ropas antiguas?

—Yo no he dicho eso.

—¿Y qué has averiguado?

—Que es realmente rico. Sus negocios de inversión son totalmente

legales. Dona mucho dinero a beneficencia y es un hombre muy apreciado.

—¿Y cuándo vino a Andersonville? ¿O nació aquí?

—No nació aquí, al menos no consta en los informes que he revisado.

—Entonces ¿dónde?

—No está del todo claro —respondió él con cara de desconcierto.

—¿Cómo puede ser eso, Eddie?

—A decir verdad, no estoy seguro. Pero también es cierto que no todo el mundo tiene una partida de nacimiento o sabe dónde ha nacido.

Pine reflexionó sobre ello. Tampoco ella se había enterado de dónde había nacido hasta que vio el certificado que necesitaba para pedir el pasaporte.

—Tendrá algo más de sesenta años, así que estamos buscando a alguien que nació en la década de los cincuenta. Pero ¿y si nació en una zona rural, en casa o con una comadrona, en vez de en un hospital?

—Es posible. Pero, hasta donde hemos podido rastrear su pasado, Lineberry nunca ha tenido problemas con la policía.

—De modo que, en algún momento, llegó aquí y empezó a trabajar en la mina de bauxita, en administración.

—Sí. Eso también aparece en los informes.

—¿Y pone cuándo llegó exactamente?

Laredo sacó su móvil y fue deslizando pantallas.

—En algún momento de los ochenta. No pone la fecha exacta. Supongo que podríamos averiguarlo.

—Seguramente no importe mucho.

—¿Crees que tuvo algo que ver con lo que le ocurrió a tu hermana?

—Es posible, aunque no muy probable. Parece sentir un afecto sincero por mi familia, especialmente por mi madre. Y pensaba ofrecerle a mi padre un empleo en su compañía de inversiones. Iba a reunirse con él cuando encontró su cuerpo.

—Joder… Tuvo que ser un impacto terrible.

—Mi madre me contó que la muerte tuvo lugar en Luisiana. Pero,

según Lineberry, fue en Virginia. En aquel entonces yo tenía diecinueve años. De hecho, se suicidó el día de mi cumpleaños.

—Vaya, lo siento, Atlee. Debió de ser muy duro para ti.

Pine dio un trago a su cerveza.

—No fue… fácil. Lo que sentí fue sobre todo rabia. Por no haber estado allí para convencerle de que no lo hiciera. Pensé que quizá mi padre creyó que no lo quería o no me preocupaba lo suficiente por él. Aquello nunca debería haber ocurrido.

—Es muy difícil saber lo que pasa por la cabeza de alguien que se está planteando quitarse la vida. Pero no debes culpabilizarte por ello. Si alguien quiere de verdad suicidarse, encontrará la manera de hacerlo. Lo sabes tan bien como yo.

—Sí, lo sé cuando esa persona no es mi padre.

Laredo alzó su copa hacia ella.

—En eso tienes toda la razón.

Pidieron otra ronda y, cuando algunos clientes empezaron a llenar la pequeña pista de baile, Pine dijo:

—¿Te apetece?

Laredo pareció confuso.

—¿Si me apetece qué?

Ella respondió agarrándolo de la mano y tirando de él.

Antes de dirigirse a la pista, Pine se quitó los tacones y los dejó sobre su silla.

Alzó la vista hacia Laredo y sonrió.

—¿Te sientes mejor ahora?

Él le devolvió una amplia sonrisa.

—¿Qué quieres que te diga? Resultas intimidante a cualquier altura.

Bailaron durante un buen rato, un tanto apartados del resto, girando y contoneándose al son de las canciones country.

—Para ser agente del FBI te mueves bastante bien —observó ella.

—Me crie en Queens, así que mi mayor ambición era convertirme en miembro de una boy band. Parecía el camino más fácil para conseguir dinero y chicas.

—¿Y qué pasó?

—Desafinaba como una almeja. Me deprimí bastante.

—¿Me lo estoy inventando o es cierto que hacías atletismo en la universidad?

—Me dieron una beca completa por lo rápido que corría. Un acuerdo muy ventajoso.

La siguiente canción era lenta. Se acercaron de forma vacilante. El brazo de él rodeó la cintura de ella, el de Pine se posó sobre su deltoides.

Ella aspiró su aroma y supuso que él estaba haciendo lo mismo. Iba a apoyar la cabeza sobre su pecho, pero se lo pensó mejor.

Se miraron a los ojos, luego apartaron la vista.

Cuando acabó la canción, Pine dijo:

—Es tarde. Deberíamos volver.

—Vale.

Regresaron caminando al Cottage. Hacía una noche cálida y húmeda. Pine llevaba los zapatos en la mano, sintiendo el frescor del pavimento bajo los pies. No se cruzaron con nadie; la calle estaba a oscuras, iluminada solo por la luna.

—Tendrían que poner más luz aquí, si no quieren que la gente se tropiece o choque con algo —comentó él.

—Los pueblos no son como las grandes ciudades.

—No, no lo son.

Cuando llegaron a la pensión, subieron las escaleras.

—¿Dónde está tu habitación? —preguntó Pine.

Laredo señaló hacia la derecha.

—Por ahí.

—La mía está en el otro lado. Por ahí.

Él asintió. Pine también.

—En fin… Buenas noches, Eddie. Gracias por una velada tan agradable.

—Ha estado muy bien, Atlee. Buenas noches.

Ella lo miró. Percibió decepción en su rostro, aunque tal vez solo se lo imaginara.

Se separaron.

Ella miró hacia atrás una vez, pero él no. Laredo llegó a su habitación y entró.

Cuando Pine cerró la puerta de la suya, otra se abrió.

Carol Blum asomó la cabeza al pasillo. Primero miró hacia el cuarto de Pine, luego hacia el de Laredo. Su expresión resultaba un tanto inescrutable, entre sonriente y ceñuda.

Cerró la puerta y todo quedó en silencio.

Pine se quitó el vestido y lo colgó. Luego se quedó plantada en medio de la habitación en bragas y sujetador. Miró hacia la puerta y negó con la cabeza.

«No he bebido lo suficiente para tomar una decisión tan estúpida».

Pero Laredo se había mostrado muy dulce, y arrepentido. Quizá había cambiado realmente. Y había parecido decepcionado cuando ella no lo había invitado a su habitación y a su cama, o se había ofrecido a ir a la suya. Pero ese era problema de él, no suyo. «Y tampoco has hecho nada para darle falsas esperanzas, Atlee. No lo has hecho».

Sin embargo, no estaba segura de creérselo del todo.

45

—La pista del trabajador no ha llevado a ninguna parte —dijo Wallis.

Estaba sentado con Pine, Blum y Laredo en la sala del desayuno del Cottage. Era la mañana siguiente. Lauren Graham les había servido café antes de marcharse.

—No hemos encontrado a nadie que lo viera —continuó Wallis—. Tampoco hay grabación de vídeo.

—Igual que con Hanna Rebane —señaló Laredo.

—Al parecer nuestro asesino sabe cómo encubrir su rastro —sugirió Pine—. Y también tenía la tarjeta y la llave de Rebane para entrar y salir a su antojo. ¿Qué has averiguado sobre la productora de porno para la que trabajaban Rebane y Clemmons?

Wallis pareció animarse.

—Ahí sí hemos tenido suerte. Resulta que Layne Gillespie también trabajaba como actor para la misma productora.

—¿Y salió en alguna película con Rebane o Clemmons? —preguntó Laredo.

—Con las dos. Me han enviado un archivo de vídeo en el que aparecen practicando un trío —dijo Wallis, ruborizándose un poco—. Yo, eh…, he visto lo suficiente para confirmar que se trata de ellos tres sin la menor duda. Gillespie utilizaba el nombre artístico de ZZ Shaft. Al menos es lo que he deducido por los créditos.

—Qué creativo —ironizó Pine.

—O sea que eso pone a la productora en el foco de atención —dijo Laredo—. Por ahora es la única conexión que tenemos entre las tres víctimas.

—Y además resulta bastante difícil de rastrear —añadió Wallis—. Se trata de una empresa fantasma con sede en las Bermudas. Toda la

información que he conseguido recabar hasta ahora es un enorme cero patatero. He hecho llamadas y enviado correos y mensajes, y lo único que he recibido en respuesta es el silencio más absoluto.

—¿Y has preguntado a los actores que han trabajado en las películas? —intervino Blum.

—Por lo visto no saben nada. El productor con el que he hablado por teléfono solo ha podido darme el nombre de la compañía. Nunca ha conocido a nadie en persona. El dinero para financiar los rodajes y pagar a los actores se envía desde el extranjero mediante transferencia. La distribución se realiza a través de una compañía externa que parece totalmente legal. Y los beneficios desaparecen en el agujero negro de algún paraíso fiscal. Solo soy un policía local. No disponemos de medios para penetrar ese tipo de escudos.

Laredo y Pine se miraron.

—Para el FBI tampoco resulta fácil —dijo ella—. La gente se cree que los federales estamos por encima del bien y del mal. Mejor pregunta a los de Hacienda, que cuentan con muchos más recursos; a ellos, o a algunos de los multimillonarios a los que persiguen. Ni punto de comparación. No hay quien tosa a los ricos.

—Puede que exista alguna conexión con Andersonville —sugirió Blum—. Al fin y al cabo, es donde han aparecido dos de los cadáveres.

—Es muy posible —dijo Pine—. Y quien esté detrás de todo esto también debe tener alguna relación con la industria del porno.

—Quizá sea alguien que está en contra del porno —añadió Laredo —, y esta sea su manera de mostrar su rechazo, asesinando a actores del ramo.

—Pero ¿por qué vestirlos de esa manera? —preguntó Wallis—. ¿Qué sentido tiene?

—Un velo y un esmoquin —caviló Pine—. Obviamente, una novia y un novio. Eso tiene que encajar de algún modo en todo esto. Es importante para el asesino.

—Así que volvemos a la casilla de salida —dijo Wallis, levantándose con gesto preocupado—. Y ahora debo regresar a la oficina e informar a mis superiores. No es algo que me apetezca mucho hacer, básicamente porque no tenemos nada. Hacedme saber si se os ocurre

algo.

Cuando se marchó, Laredo se giró hacia Pine.

—Esta mañana he recibido un mensaje de Stan Cashings.

El rostro de ella permaneció impertérrito, mientras que los ojos de Blum se agrandaron ligeramente.

—Bien —dijo Pine.

—¿El Cloak and Dagger? —insistió Laredo.

—¿Cómo es que conoces a Stan?

—Trabajé con él. Pensé que lo sabías.

—No lo sabía.

—¿Por qué quieres obtener información de un lugar llamado Cloak and Dagger?

—Creo que era un bar que estaba en Nueva York en los años ochenta. Y creo que mi padre podría haber trabajado allí. Pero ¿por qué Stan se ha puesto en contacto contigo para eso?

—Porque lo transfirieron a Washington el año pasado. A la WFO —añadió, refiriéndose a la Oficina de Campo de Washington.

—Entonces puede que haya llamado a la persona equivocada. No me comentó nada por teléfono.

—No, es una buena fuente. Conoce Nueva York mejor que cualquiera. Si ese local existía, Stan será capaz de averiguarlo todo sobre él.

—Eso sigue sin explicar por qué te ha llamado a ti.

—Porque le dije dónde iba a ir y que tú estarías allí.

—Tampoco me mencionó nada de eso.

—Stan es un tipo muy reservado para esas cosas. Estilo FBI. Como si tú y yo no actuáramos del mismo modo. —Los dos se miraron durante un largo e incómodo momento.

Blum carraspeó y dijo:

—Bueno, volviendo a los asesinatos…

—Tenemos que investigar esa conexión con la industria del porno —prosiguió Pine—. El asesino debía de conocer detalles íntimos de los actores, sus verdaderas identidades, dónde vivían.

—¿Crees que las víctimas podrían conocerlo? —preguntó Laredo.

—Clemmons nos dijo que había alguien en la vida de Rebane. Sobre

Gillespie aún no sabemos nada al respecto, pero es posible que tuviera alguna relación con el asesino. Podría haberlos traído aquí con algún pretexto, matarlos y dejar sus cuerpos para que los encontráramos. Entonces, por alguna razón, empezó a ponerse muy nervioso respecto a Clemmons. Quizá pensó que podría revelarnos la conexión entre Rebane y Gillespie, y por eso tenía que morir.

—Puede que alguien los haya visto juntos en alguna parte —sugirió Blum.

—Disponiendo de tan poco personal, sería una tarea ingente intentar rastrear eso —señaló Laredo.

—¿Es que no esperas más refuerzos federales? —preguntó Pine.

—De momento no. La Agencia ya está bastante tensionada. Demasiados fuegos que apagar.

—Yo diría que tres asesinatos no son algo baladí —replicó ella.

—A mí no tienes que convencerme de eso… En fin, pediré más efectivos, pero no te hagas muchas ilusiones.

En ese momento, oyeron el sonido de unos pasos presurosos por el pasillo, y poco después Lauren Graham irrumpió en la sala. Tenía la cara muy pálida, y su expresión aterrorizada hizo que Pine y Laredo se pusieran rápidamente en pie llevándose la mano al arma.

—¿Qué pasa? —gritó Pine.

—Tenéis que venir… ¡Deprisa! Oh, Dios mío. Daos prisa.

Dio media vuelta y volvió a enfilar apresuradamente por el pasillo, seguida por los otros tres.

Salieron a la calle principal y caminaron a toda prisa detrás de Graham, hasta que la mujer se detuvo delante de un edificio.

Era el Museo del Tamborilero de la Guerra Civil, una estructura de ladrillo pintado en gris, con postigos negros en las ventanas y una cubierta metálica por encima del porche en saledizo. En la fachada ondeaba la bandera confederada, y delante había grandes figuras recortadas en madera que representaban a soldados con sus uniformes azules y grises, y otras más pequeñas vestidas de tamborileros. El lugar del rostro estaba ocupado por un agujero para que los visitantes pudieran introducir sus caras y hacerse fotografías. También podías hacer lo mismo con la figura de una damisela con falda de miriñaque.

Una mujer cuarentona, con el pelo castaño ondulado, vestido azul marino y zapatos de tacón bajo con medias de nailon, estaba delante del edificio con una expresión aún más angustiada que la de Graham. Con una mano se apoyaba contra la pared de ladrillo, intentando mantenerse en pie. Con la otra se agarraba fuertemente el pecho.

—Lily —la llamó Graham—. He traído a la gente del FBI.

Laredo y Pine se adelantaron para acercarse rápidamente a la mujer llamada Lily.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Laredo, con una mano en la culata de su pistola.

En respuesta, Lily señaló débilmente hacia el interior del museo.

—Eso… está ahí —dijo casi sin aliento.

Los dos agentes dirigieron la mirada hacia la entrada principal.

—¿«Eso»? —repitió Pine.

—Al fondo. Con el… uniforme. Oh, es horrible —dijo, hundiendo la cara en las manos y rompiendo a llorar.

Pine miró a Blum y le hizo un gesto para que se quedara junto a la mujer.

Luego ella y Laredo abrieron la puerta del museo y entraron. El lugar estaba lleno de objetos y artefactos relacionados con la Guerra Civil. Había vitrinas de exposición y armas colgadas en las paredes. En el espacio central había una maqueta a gran escala de la prisión de Andersonville, con su doble empalizada, figuritas de presos y guardias, torres de vigilancia, los toldos de las tiendas y suelos de tierra arenosa.

Junto a las paredes, detrás de barandillas negras con placas informativas enmarcadas, se alineaban diversos maniquíes ataviados con uniformes militares. En otra pared había una mujer vestida toda de negro, con un tocado estilo capota y una sombrilla también negra. Junto a ella había un soldado que portaba su gorro, su fajín dorado y su espada.

Pine fue la primera en verlo y, a pesar de sus nervios de acero, experimentó un terrible sobresalto.

Laredo miró hacia donde ella estaba mirando y siseó entre dientes:

—Maldita sea, ¿eso es…?

Se acercaron. Detrás de otra serie de barandillas negras había dos maniquíes de soldados adultos, con mosquetones al hombro y banderas confederadas en la pared de detrás. Pero Pine apenas se fijó en eso. Tenía la vista clavada en la pequeña figura que estaba entre ambos. Se suponía que era el epónimo del tamborilero, vestido con el gris de los rebeldes, con el tambor colgando de una cinta blanca alrededor del hombro y un par de baquetas en la mano. Solo que, a diferencia del resto de las figuras expuestas, esta había sido hasta hacía muy poco una persona viva.

46

Las ventanas estaban cubiertas con papel de estraza para impedir cualquier posible ángulo de visión al interior del museo. Habían acordonado la entrada con cinta policial. Frente al edificio merodeaba un grupito de curiosos. Algunos hablaban con el policía que custodiaba la puerta. Todos parecían muy nerviosos y preocupados.

Dentro, la atmósfera era tensa.

Pine y Blum estaban junto al cuerpo. Todavía llevaba el uniforme puesto, ya que los técnicos forenses aún no habían acabado su trabajo y seguían tomando fotos.

La víctima tendría unos diez años, un niño, hispano.

Pine contempló los grandes ojos marrones que ya no podían ver nada. Puede que la última imagen captada por sus retinas fuera la de su asesino.

—Un asesinato siempre es perturbador —murmuró Blum, apartando la vista—. Pero cuando se trata de un niño… —No dijo nada más, no hacía falta.

Laredo y el detective Wallis estaban hablando con un par de ayudantes del sheriff uniformados. A Lily, la temblorosa encargada del museo, la habían dejado que se marchara a casa después de ofrecer un relato completo de lo que había visto.

Contó que había llegado al museo como todas las mañanas. Había guardado su bolso y se había preparado una taza de té. Se puso a trabajar en una vitrina al fondo de la sala principal cuando algo captó su atención.

—El maniquí era blanco —les había explicado—. Este…, este no lo era.

Ya habían averiguado cómo habían conseguido que el cuerpo se mantuviera en pie: con un pequeño arnés colocado por debajo de la

chaqueta del uniforme y sujeto a un anclaje en la pared.

En su mente, Pine seguía viendo a la pequeña jugadora de fútbol, Holly. A ella había conseguido salvarle la vida, pero a este niño no. Se frotó los ojos, tratando de aclararse la vista y los pensamientos.

No lo consiguió.

Laredo se acercó a ella.

—No han forzado la entrada. La mujer se marchó ayer sobre las seis y media. El asesino debía de tener una llave.

Pine asintió.

—En la puerta principal hay una cámara de seguridad fijada a la cubierta del porche. Lo observé al llegar. También hay una entrada trasera. Nuestro hombre podría haber accedido por ahí con el cuerpo. Habría tenido tiempo de sobra para arreglar el… —Pine se quedó en silencio y miró al niño.

—Ya —dijo Laredo, siguiendo su mirada.

—¿Alguna información sobre la víctima?

—De momento no. Aún es muy pronto.

—Se nos está agotando el tiempo. Ese tío no va a parar solo porque nosotros no podamos seguir su ritmo.

Wallis se les unió.

—Es espantoso. Un niño… —dijo, meneando la cabeza.

Pine asintió.

—Le he preguntado a Lily si ha visto a alguien por el museo que actuara de manera extraña o que le resultara desconocido. Pero, claro, con las recreaciones de la guerra que van a tener lugar próximamente, el pueblo se ha visto inundado de forasteros. De hecho, me ha dicho que el museo ha estado bastante lleno estos días.

—Hey —dijo Laredo—, ¿creéis que alguno de los padres del pequeño podría estar implicado en la industria del porno?

—De ser así —contestó Pine—, es probable que hayan echado en falta a su hijo. Haced circular la foto. Alguien acabará dándonos alguna pista.

—Primero —resumió Laredo—, un lugar solitario junto a la calle principal, a solo unas manzanas de aquí. Luego, el cementerio. Y ahora, el museo.

—¿Y qué hay de Beth Clemmons? —intervino Blum.

—No encaja en el patrón de víctima —repuso Pine—. Solo era una amenaza y por eso la asesinaron. No apareció vestida de ninguna manera extraña ni su cuerpo fue depositado en ningún lugar concreto. La mataron para hacerla callar.

Laredo negó con la cabeza.

—Pero habríamos acabado averiguando por otra fuente que los tres trabajaban en el porno. No necesitábamos a Clemmons para eso.

—Lo cual implica que sabía algo más que era de suma importancia.

—Y por eso tenía que morir —concluyó Blum—. Poco después de que muriera Gillespie. Porque el asesino sabía que, tarde o temprano, volveríamos para interrogarla al respecto.

—Exacto.

—Me encargaré de hacer circular una descripción del niño junto con un retrato robot de su cara —dijo Wallis. Luego bajó la vista hacia el pequeño—. Tendremos que utilizar esta imagen de él. No tenemos otra.

—También podemos cotejarla con nuestras bases de datos —propuso Laredo.

—Y con las del Centro Nacional de Niños Desaparecidos y Explotados —añadió Pine.

Wallis asintió y se marchó.

Blum se acercó a Pine. Esta le dijo en voz baja:

—Nuestro asesino se está apartando de su temática original.

—¿Quieres decir… primero el velo y luego el esmoquin?

—Sí, pero ahora ha vestido al niño con un traje representativo de este lugar, y… —Pine se calló, con la mirada muy fija en el cuerpo. Se arrodilló junto a él.

—Eh —le dijo uno de los técnicos—. Si no le importa, estoy intentando sacar algunas fotos a escala.

La mirada que le lanzó Pine hizo que retrocediera rápidamente y empezara a trastear nerviosamente con su cámara.

—¿Qué pasa? —preguntó Blum, agachándose junto a ella mientras Laredo miraba por encima de su hombro.

Pine se había puesto unos guantes de látex y, con mucho cuidado,

desabrochó el cuello de la chaqueta. Acababa de reparar en que el pequeño llevaba una fina cadena de plata. Procedió a quitársela por debajo de la ropa y la sostuvo en alto.

—Es una medalla de san Cristóbal —observó Blum.

—Así es —asintió Pine. Deslizó un dedo por una sección del contorno que estaba dañada—. Fijaos en este borde ligeramente irregular. Algo lo golpeó con la suficiente fuerza como para abollar el metal.

—¿Sabemos algo sobre la causa de la muerte? —preguntó Blum.

—No. Pero no hay heridas visibles. Y tampoco signos de estrangulamiento. No presenta marcas de ligaduras alrededor del cuello.

—¿Envenenamiento?

—No lo sé. —Pine examinó la cabeza del niño—. Pero el cuello está en un ángulo extraño.

—¿Crees que está roto? —preguntó Laredo.

—Podría ser.

Llamó al fotógrafo para que tomara fotos de la medalla.

Para entonces Wallis ya había vuelto. Pine le señaló la medalla.

—¿Crees que formaba parte del uniforme original o que pertenecía al niño? —preguntó el detective.

—Puede que se la pusiera el asesino —sugirió Pine.

—Lily ha explicado que le han quitado el uniforme a uno de los maniquíes expuestos —dijo Laredo—. Lo han encontrado en la parte de atrás del museo.

—Creo que la mujer nos confirmará que la medalla de san Cristóbal no forma parte del atuendo original.

—¿Es lo que te dice el instinto? —preguntó Wallis—. En tal caso, podría pertenecer al niño.

—No —dijo Laredo—. Creo que Pine se está refiriendo al patrón del asesino. Primero vistió a los dos adultos. Y ahora ha hecho lo mismo con el niño, aunque las ropas utilizadas no sean suyas.

—Pero añadió esto —prosiguió Pine—. No agregó nada a las otras dos víctimas, al menos que hayamos visto, aparte de vestirlas como novia y novio.

—De modo que ha cambiado sutilmente su patrón —observó Blum.

—Eso es lo que parece.

—Los asesinos en serie no suelen cambiar de metodología a mitad del proceso —señaló Laredo—. Lo sabes.

Pine asintió.

—La mayoría no, pero algunos sí lo hacen. Y hay que tener en cuenta que aún no sabemos cuáles son su patrón ni sus motivaciones. Quizá se encuentre todavía en proceso de evolución. Para nosotros, este asesinato y esta escena del crimen pueden sugerir que el tipo está cambiando su *modus operandi*, pero para él pueden encajar perfectamente dentro de su planificación.

—Ahora entiendo por qué te dedicas a esto —comentó Wallis—. Eres capaz de introducirte en sus mentes. —Luego torció el gesto—. Aunque mejor que lo hagas tú y no yo.

—Tampoco es un sitio en el que me guste entrar —repuso Pine—. Pero no dudaré en hacerlo si eso nos da la posibilidad de atrapar a ese tipo.

Laredo la miró, asintiendo para darle a entender que la comprendía perfectamente.

—Hablaré con Lily sobre la medalla —prosiguió Wallis—. Pero si resulta que es algo que añadió el asesino, ¿qué significado tendría?

En respuesta, Pine mostró la que ella llevaba alrededor del cuello.

—San Cristóbal es el santo patrón de los viajeros. Según la leyenda, ayudó a cruzar a un niño al otro lado de un río, solo para descubrir más tarde que se trataba de Jesucristo. Desde entonces, se le considera una especie de protector de la gente viajera.

—Pues fracasó estrepitosamente con este niño —señaló Blum con sequedad.

—Puede que lo estés planteando del modo equivocado, Carol —repuso Pine.

Laredo la miró fijamente.

—¿Y cuál sería el modo correcto?

—Si averiguamos cómo resultó dañada esta medalla, eso podría responder a tu pregunta.

—¿De verdad piensas que es importante? —preguntó Wallis.

—Creo que podría ser lo más importante que hemos descubierto hasta el momento.

47

—¿Quién te dio la medalla de san Cristóbal, si es que alguien te la dio? —preguntó Blum mientras caminaban de vuelta al Cottage.

—Mi madre —contestó Pine—. Es lo último que recibí de ella.

—¿Quieres decir que te la dio antes de desaparecer?

—Obviamente sabía que iba a marcharse —dijo Pine en tono pragmático—. Supongo que fue su regalo de despedida. Ya sabes, en plan: «No estaré aquí para cuidarte, así que toma este estúpido trozo de metal».

—Entonces ¿por qué lo llevas, si es eso lo que sientes?

—Porque es lo único que tengo para recordarla. Y…, y por eso es tan importante para mí. Una especie de relación amorodio. Una parte de mí toca la medalla y siento que ella me abandonó. Y luego la toco de nuevo y otra parte de mí se siente acompañada y segura, como si volviera a tener seis años y mi madre me tomara de la mano.

Blum asintió con aire pensativo.

—Las relaciones entre madre e hija son complicadas. Quizá las más complicadas de todas. Al menos lo fueron para mí. En comparación, criar a mis hijos fue pan comido.

Ya habían buscado huellas en la medalla del niño y no habían encontrado ninguna. A ojos de Pine, eso la hacía aún más importante. Alguien se había tomado la molestia de limpiarla a fondo.

—Confío en que los técnicos forenses puedan decirnos cómo se dañó la medalla.

—¿De verdad crees que es tan relevante? Como Wallis sugirió, podría haber pertenecido al niño y dañarse mientras él la llevaba.

—No. Si te diste cuenta, el borde irregular de la medalla estaba metido hacia dentro. Se le habría clavado en la piel, y no había marcas coincidentes en el cuello del niño. Y tampoco vas a llevar algo

que te hace daño.

—Entonces es muy probable que se la pusiera el asesino.

—Se trata de algo personal, Carol, estoy convencida de ello. Un objeto como ese lo es de forma intrínseca. Antes lo había llevado alguien, alguien que era importante para el asesino. Es una pista directa, pero tenemos que averiguar en qué sentido lo es.

—¿Lee?

Cuando levantaron la vista, vieron que Agnes Ridley estaba delante de la pensión.

—¿Es verdad? —preguntó la anciana—. ¿Otro asesinato?

Las dos mujeres se acercaron a ella.

—Me temo que sí —respondió Pine, asintiendo—. Esta vez es un niño.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Ridley—. ¿Un niño? Pero eso no tiene ningún sentido, ¿no?

—Todavía desconocemos las motivaciones del asesino —señaló Pine —. Así que no tenemos ni idea de cuál puede ser su lista de objetivos.

—¿Se sabe quién es el niño? —preguntó Ridley.

—Todavía no. Están haciendo circular una descripción y un retrato robot de él. ¿Ha desaparecido algún niño por la zona recientemente?

—No que yo sepa. Si fuera de por aquí, lo más lógico es que los padres ya hubieran alertado a la policía de su desaparición.

—Sí, es cierto.

—¿Hay algo que yo pueda hacer? —preguntó la anciana.

—Mantener los ojos y los oídos bien abiertos. Y, si hay algo sospechoso, llamar a la policía.

Al entrar en la pensión, encontraron a Lauren Graham esperándolas en el vestíbulo.

—Santo Dios, ¿qué está pasando en este pueblo? —gimió nada más verlas.

—¿Por qué vino Lily aquí primero? —quiso saber Pine—. Con todo el jaleo, se me olvidó preguntárselo.

—Lily sabía que os alojabais aquí —respondió Graham—. Fue lo primero que le vino a la cabeza al ver aquello en el museo.

—¿Y qué te contó exactamente? —preguntó Blum.

—Que había un niño muerto vestido con un uniforme y colocado como un maniquí de exposición. Dijo que casi se desmayó al verlo. Entonces salió como alma que lleva el diablo y vino corriendo aquí.

—¿Cuánto hace que conoces a Lily?

—Prácticamente de toda la vida. Lleva trabajando en el museo desde hace muchísimo tiempo. Aunque dudo que ahora sea capaz de volver.

—El maniquí por el que fue reemplazado el niño ha sido encontrado en la parte de atrás del museo. Creemos que el asesino entró por allí. Pero debía de tener una llave, porque la cerradura no estaba forzada. ¿Alguna idea de cómo podría haberla conseguido?

—Supongo que alguien haría un duplicado de la llave de la puerta trasera —conjeturó Graham—. No creo que Lily tuviera su bolso controlado todo el tiempo. Y también recuerdo que me contó que esa cerradura nunca ha sido del todo fiable. Tenía intención de que la repararan, pero por lo visto no llegó a hacerlo.

—Imagino que ahora será lo primero que haga —comentó Pine—. El museo también cuenta con un sistema de seguridad. Sabemos que estaba activado cuando Lily entró a trabajar, porque nos contó que había tenido que desactivarlo al llegar. Eso quiere decir que el asesino también debía de conocer el código. ¿Sería fácil de conseguir?

—No lo sé. Lo que sí sé es que aquí nunca había ocurrido algo así.

—Bueno, para todo hay una primera vez, ¿no? —replicó Pine.

48

—Mira, sobre lo de anoche… —empezó a decir Laredo.

Pine y él estaban sentados en la sala del desayuno del Cottage. Blum ya se había retirado a su habitación.

—No hay nada de que hablar —dijo Pine, tajante.

—¿No crees que debemos hablar?

—Tomamos unas copas y bailamos. ¿Y qué?

Él dejó escapar una larga exhalación, con la consternación reflejada en el rostro.

—Perdóname, Atlee. Estoy siendo un idiota. —Hizo una pausa—. Solo pensé que…

—¿Qué?

—Imaginé que las copas y el baile, y…

—No pretendía darte falsas esperanzas. Si pensaste eso, lo siento.

—¿Por qué lo sientes? ¿Por arreglarte y ponerte un vestido, y estar absolutamente deslumbrante? No es algo que pase muy a menudo en nuestras vidas…

—No se trata de eso. Lo de anoche fue algo excepcional. Los dos somos demasiado inteligentes para dejar que la situación vaya más allá y luego tengamos que arrepentirnos. Así que dejemos las cosas como están. ¿Te parece bien?

—No creo que tenga otra opción.

Al ver su cara de decepción, Pine le puso una mano en el brazo y añadió:

—Mira, yo fui la que quiso ir a tomar unas copas. Yo fui la que te sacó a bailar. Quizá flirteé más de lo que pretendía sin darme cuenta. Y cuando volvimos aquí… me di cuenta de que pensabas que la cosa podía ir más allá. Así que decidí dejarlo estar.

—¿Cómo sabías lo que yo pensaba? —preguntó él, alzando la vista

y mirándola muy serio.

—Porque yo también pensaba lo mismo, Eddie.

—Y entonces ¿qué pasó?

—Entonces caí en la cuenta de que no nos habíamos visto ni tenido el menor contacto desde hacía más de una década. Y yo no soy de ese tipo de chicas.

—Para tu información, nunca he pensado que lo fueras. —Se metió las manos en los bolsillos—. Denise me dejó hace ya mucho tiempo. Y con mi profesión es prácticamente imposible tener citas.

—Dímelo a mí.

—Oh, vamos. Estoy seguro de que todos los hombres de Stunted Rock…

—Shattered Rock —lo corrigió Pine—, como bien sabes…

Él sonrió, ella también.

—Vale, estoy seguro de que todos los hombres de Shattered Rock han caído rendidos a tus pies. Probablemente tendrás que usar tu pistola para mantenerlos a raya.

—No sé si todos, pero quizá alguno sí esté interesado —repuso Pine pensando en Sam Kettler, el guardabosques del Gran Cañón con el que llevaba viéndose un tiempo.

—Bueno, pues es un tipo afortunado. Espero que esté a la altura —añadió.

—Eso solo el tiempo lo dirá.

—Mientras no te trate como a una damisela en apuros.

—No creo que tengas que preocuparte por eso.

—Me alegro mucho por ti, Atlee.

—De verdad que has cambiado, Eddie. ¿Cómo ha sido?

—Mi forma de ser me hizo perder lo que más me importaba en la vida. Podría haber sido un idiota y seguir comportándome igual o peor. Pero decidí utilizar el cerebro y cambiar mi actitud ante la vida. Porque si continúas haciendo lo mismo una y otra vez, ¿cómo esperas obtener un resultado distinto?

—Seguro que hay alguien para ti ahí fuera. No tires la toalla. No tengo ni idea de cómo me irán las cosas con ese tío de Arizona, pero siempre podremos ser amigos. Eso tampoco es tan malo.

—Bueno, espero que nosotros también podamos ser amigos.

—Creo que estamos en ello.

Una chica joven que trabajaba en la pensión entró en la sala y les preguntó si necesitaban algo.

—No, estamos bien —respondió Pine.

En cuanto se marchó, Laredo se inclinó sobre la mesa; su lenguaje corporal indicaba que volvían al trabajo.

—¿Seguimos con lo del niño?

—Sí.

—He estado pensando.

—Te escucho.

—Puede que suene a locura.

—Tu teoría no puede ser más descabellada de lo que resulte ser la realidad, así que adelante.

—En el cómputo de víctimas, hasta el momento tenemos a una novia, un novio y ahora un niño pequeño.

—Eso ya lo sé, Eddie —replicó ella con brusquedad, y luego se detuvo—. Espera, ¿estás diciendo…?

—Sí —repuso él—. Exacto.

—Solo para aclarar las cosas…, ¿estás diciendo que ese tipo está construyendo una familia? ¿De cadáveres?

—Construyendo o reconstruyendo.

—Dios…

—¿Cómo lo llaman en la escuela?

—La familia «nuclear» —respondió Pine—. Una unidad social particular, en contraposición a una familia con un solo progenitor.

—Pero en nuestro caso existe una diferencia, al menos por lo que a mí me enseñaron.

Ella asintió.

—En una familia nuclear hay dos progenitores, como acabo de señalar.

—Y, por lo que yo recuerdo, en una familia nuclear tradicional hay por lo menos dos hijos.

Pine se recostó contra la pared.

—¿Lo que significa que tendremos al menos una víctima más?

—Y que probablemente la próxima será otro crío.

—Pues tenemos que asegurarnos de que no haya una próxima vez —repuso Pine con firmeza.

—Eso es más fácil de decir que de hacer. No tenemos ninguna pista sobre ese tipo.

—¿Hay algún patrón en Quantico que encaje con esto? —preguntó ella.

—Nada parecido que yo haya visto. Y lo he comprobado antes de venir aquí. Volveré a verificarlo a partir de esta nueva revelación. Pero no creo que vayamos a encontrar similitudes.

—Puede que nos enfrentemos a un jugador nuevo en el tablero.

Laredo se encogió de hombros.

—O quizá a un viejo jugador que ha cambiado su *modus operandi*. Pero ¿cuáles son sus motivaciones?

—Si está reconstruyendo una familia, puede que haya perdido la suya.

—¿Te refieres a mujer e hijos?

—Sí —repuso Pine—. O…, espera, podría tratarse de los cuatro; podría estar contemplando desde fuera la pérdida de otra familia que era muy cercana a él.

—Mierda. ¿Y cómo empezamos a rastrear eso?

—Este es un lugar pequeño. Si el asesino es de aquí, no debería resultar muy difícil. No hay tanta gente en el pueblo.

—Pero, si no es de aquí, resultaría prácticamente imposible. Tú viviste aquí durante un tiempo, Atlee.

—Me marché cuando era una niña.

—Vale. Y, desde que has vuelto, ¿has oído hablar de toda una familia que quedara destrozada?

Mientras reflexionaba sobre ello, a Pine se le fue demudando el rostro.

—¿Qué pasa? —preguntó Laredo al observar su reacción.

—Supongo que depende de lo que se entienda por «destrozada». Tal como yo lo veo, sí conozco a una familia de cuatro a la que le ocurrió eso.

—¿Quiénes eran?

Pine lo miró con miedo en los ojos.
—Mi familia.

49

Pine conducía, con Laredo en el asiento trasero y Blum de copiloto.

El SUV se detuvo frente a su antigua casa.

El viejo Roscoe se encontraba en el porche. Se incorporó a duras penas sobre las débiles patas traseras para saludarlos con un ladrido amistoso y meneando la cola. La herrumbrosa camioneta de Cy Tanner estaba aparcada delante de la casa.

—¿Aquí es donde vivías? —preguntó Laredo mientras bajaban del vehículo.

—Un universo totalmente distinto al de Queens —replicó Pine.

—No tanto. Me gustan los suelos de tierra.

Salía humo del barril de la basura, y oyeron ruidos procedentes de la parte trasera de la casa. Pine se acercó a Roscoe y le rascó entre las orejas caídas.

—¿Cómo lo llevas, viejo amigo? ¿Estás bien?

El perro respondió dándole varios lametones en la mano.

—¿Cy? —llamó Blum—. ¿Estás por ahí?

No hubo respuesta, y procedieron a rodear la casa siguiendo los sonidos que llegaban de detrás. Vieron un viejo cobertizo de madera. La puerta estaba abierta y los ruidos surgían de su interior.

Parecía una sierra mecánica.

Se acercaron al cobertizo y Pine llamó a la puerta. Luego una segunda vez, más fuerte.

El ruido de la sierra cesó y Tanner apareció en el umbral, levantándose las gafas protectoras. Llevaba una camiseta blanca, que dejaba a la vista los músculos fibrosos de sus brazos, y unos pantalones de pana, que el cinturón de Budweiser sujetaba en torno a sus estrechas caderas.

—Hola, gente —saludó, mirándolos con curiosidad.

Entonces, para gran asombro de todos, una niña apareció detrás de él. La pequeña llevaba también unas gafas protectoras que le quedaban demasiado grandes, y se los quedó mirando con los ojos parpadeando detrás del plástico.

—¿A quién tenemos aquí? —preguntó Blum en tono alegre.

Tanner se agachó sonriente junto a la niña.

—Esta es Jenny, la hija de mi hija pequeña. Cumplió siete años el mes pasado. Ha venido de visita, ¿a que sí, Jenny?

Jenny, toda ella ricitos rubios y grandes ojos azules, se quedó muy cortada en presencia de los adultos y se agarró a la pernera de su abuelo.

Pine miró a Tanner.

—¿De visita? ¿Su madre también está aquí?

La sonrisa desapareció del rostro del hombre.

—Eh, no, ella tenía que… encargarse de unas cosillas.

Blum miró hacia la casa.

—¿Y va a quedarse aquí? Pero… ¿tú no tienes que trabajar?

—Bueno, esperaba que Agnes pudiera venir y quedarse con ella si hiciera falta.

—Agnes es demasiado mayor para cuidar de una niña pequeña —dijo Pine.

—¿No hay nadie más con quien pueda quedarse Jenny? —insistió Blum.

De pronto Tanner pareció enfadarse.

—Yo puedo encargarme de todo, ¿vale? No creo que tenga que pedirle permiso a nadie. —Miró a Pine—. Bueno, ¿a qué habéis venido? Estoy muy ocupado.

—Me gustaría hacerte algunas preguntas —dijo ella—, pero preferiría que no fuera delante de la niña.

Tanner se quedó confuso, pero entonces Blum tomó las riendas de la situación.

—Jenny, ¿has desayunado ya?

La pequeña alzó la vista hacia su abuelo, quien a su vez se la quedó mirando. Luego dijo en tono vacilante:

—Iba…, iba a prepararle algo ahora mismo.

—¿Qué tienes en la casa? —preguntó Blum—. ¿Cereales, leche, tal vez tostadas?

—Sí, tengo algo de eso. Pero comprueba la leche antes, a ver si está…, eh, ya sabes… Pensaba ir hoy a la tienda. Pero no tengo tostadora.

Blum se puso en cuclillas y miró a Jenny.

—Tengo un montón de nietas y hay dos que se parecen muchísimo a ti, Jenny. ¿Tienes hermanos o hermanas?

La niña negó con la cabeza.

—¿Te gustaría ver algunas fotos de mis nietas?

Jenny volvió a mirar a su abuelo, que asintió. Luego respondió con un hilillo de voz:

—Bueno.

Blum se incorporó y tendió una mano hacia la pequeña.

—Vamos a preparar algo de desayunar y a ver si encontramos alguna cosa para que Roscoe también pueda comer, ¿de acuerdo?

—Vale.

Y las dos se encaminaron hacia la casa.

Pine se las quedó mirando un momento y luego se giró hacia Tanner.

—Cy, ¿qué diablos está pasando aquí? ¿Cómo es que ha venido siquiera?

El hombre suspiró con aire cansino, se embutió las gafas protectoras en el bolsillo del pantalón y se pasó una mano por el espeso pelo.

—La ha traído esta mañana el novio de mi hija.

—¿Ella también va a venir?

—Diablos, no. Ni siquiera conocía a ese maldito novio suyo. Cuando he visto a Jenny en la camioneta con ese tío me he acercado corriendo y a punto he estado de pegarle. No sabía qué estaba haciendo Jenny con él. Entonces me ha explicado quién era y me ha dicho que Linda necesita que me quede con la niña un tiempo.

—¿Un tiempo? ¿Dónde vive ella?

—En Alabama. Cerca de Tuscaloosa.

—¡Tuscaloosa! —exclamó Pine—. Eso está a cuatro horas de aquí.

—Sí, han salido muy temprano.

—¿Y por qué la ha traído el novio? ¿Por qué no Linda?

—Bueno, el novio…, joder, me he olvidado de su nombre… El tío me ha dicho que Linda ha vuelto a entrar en rehabilitación.

—¿Drogas? —preguntó Laredo.

Tanner asintió.

—Se enganchó a la metanfetamina hace mucho tiempo. Pensé que lo había dejado, pero volvió a recaer cuando Jenny tenía dos años. Después se desintoxicó. Pensaba que ahora todo estaba bien… hasta esta mañana.

—¿El novio ese es el padre?

—No. Joder, si ni siquiera creo que Linda sepa quién es el padre.

—¿Y cómo sabían dónde vives? —inquirió Pine.

—Linda y Jenny han venido a visitarme algunas veces. Mi hija le daría las indicaciones al tipo.

—¿Cuánto tiempo se supone que va a estar aquí la niña? —preguntó Laredo.

—Bueno, no ha quedado muy claro.

—¿Y el novio no podía encargarse de la niña? ¿O alguna amiga de Linda?

—El tío ese es un imbécil que apenas puede cuidar de sí mismo. Me sorprende que haya sido capaz de llegar hasta aquí. Y Linda no tiene amigos, al menos que yo sepa.

—¿Y la madre de Linda? ¿Tu esposa? —preguntó Pine.

—Murió hace seis años.

—Lo siento.

—Estábamos divorciados hacía tiempo. En gran parte por mi culpa. Era una buena mujer. A veces bebía demasiado, pero quién no.

—¿Y qué piensas hacer? —dijo Pine—. No puedes cuidar tú solo de una niña de siete años. No puede dormir contigo en ese puf. ¿Tienes un retrete en condiciones? ¿Una cocina que funcione? ¿Un lugar para ducharos? Y luego también está la cuestión del colegio. ¿Vas a matricularla en la escuela local?

Tanner se rascó el mentón.

—Sí, ya sé que son muchas cositas. Pero es que, joder, me la han soltado aquí sin más —dijo a la defensiva. Y añadió—: Si hasta he

hecho que se pusiera las gafas protectoras cuando estaba en el taller conmigo.

Los dos agentes intercambiaron una mirada de preocupación.

—Déjame ver si se me ocurre algo —dijo Pine—. Seguro que habrá alguien en el pueblo que pueda… ayudar con esta situación. ¿De acuerdo?

Tanner pareció aliviado.

—Te lo agradecería mucho, sí. —Luego volvió a cambiar de expresión—. Bueno, ¿y qué os trae de nuevo por aquí? Me has dicho que querías hacerme algunas preguntas.

Pine miró a su compañero.

—Cuéntale tu teoría sobre la familia nuclear.

Laredo se la explicó, y mientras lo hacía daba la impresión de que Tanner iba a echarse a vomitar.

—¿Qué clase de mundo es este en el que semejantes cabrones enfermizos pueden andar sueltos por ahí? —despotricó.

—Lo sé, Cy. Pero, si de algún modo todo esto está relacionado con mi familia, tenemos que saber si has visto a alguien merodeando por aquí. Tal vez un coche o una camioneta aparcada cerca, controlando el lugar. ¿Alguien que se mostrara interesado por la casa o por los terrenos de alrededor?

Tanner se apoyó contra el marco de la puerta y se quedó pensativo. Finalmente negó con la cabeza.

—Los únicos que han venido por aquí sois vosotros y Agnes. Un momento… También esa tal señorita Graham ha venido por aquí un par de veces.

—¿Lauren Graham? ¿Para qué?

El hombre soltó una risilla.

—Primero me trajo una tarta de arándanos y luego unas galletas. —Sonrió—. Puede que me equivoque, pero parece un poco coladita por mí. Y eso que soy demasiado viejo para ella. —Echó un vistazo alrededor de la ruinosa propiedad—. Tal vez vaya detrás de mi dinero —añadió, y se echó a reír a carcajadas.

—¿Alguien más? —preguntó Laredo—. Quien sea. ¿Alguien que se parara para pedir indicaciones?

—Ahora que lo pienso… Había un coche aparcado ahí cerca, esto…, hará como unas tres semanas. Me había levantado muy temprano, miré por la ventana y lo vi.

—¿Qué clase de coche? —insistió Laredo.

—Lujoso. Tan rojo que dolía solo de mirarlo. Parecía el maldito Batmóvil. Nunca había visto un cacharro así en mi vida.

—¿No te fijaste en nada más, la marca, un emblema o algo así?

—Bueno, me adentré a hurtadillas en el bosque para poder echarle un buen vistazo. A fin de cuentas, esto es la Georgia rural. Ver por aquí un coche como ese es como ver un maldito Rolls-Royce en la luna.

—¿Y qué viste cuando te acercaste? —preguntó Pine.

—Tenía cuatro tubos de escape saliendo de lo que parecía el maletero.

—¿Viste la marca del coche?

Tanner frunció el ceño.

—Sí. Nunca la había oído antes. Paga no sé qué.

—¿Paga? —repitió Pine, mirando a su compañero.

—Espera un momento… ¿Un Pagani Huayra? —exclamó Laredo.

—No me acuerdo del apellido, pero sí, Pagani, eso es.

—¿Te suena? —le dijo Pine a Laredo.

Él asintió, con cara de absoluta perplejidad.

—¿Es muy caro? —preguntó ella.

—Dependiendo del modelo, unos tres millones de pavos.

—¡Hostia puta! —graznó un estupefacto Tanner—. ¿Por un trasto que solo sirve para llevarte de aquí para allá?

—Qué quieres que te diga… —repuso Laredo—. Es el síndrome de tener demasiado dinero: en algo hay que gastarlo. Tampoco es que yo vaya a tener nunca ese problema.

Pine se giró lentamente hacia Tanner.

—¿Había alguien en el coche, Cy?

—No vi a nadie. Las ventanillas estaban tintadas y me dio miedo que quien estuviera dentro pudiera verme.

—¿Por qué?

—Bueno… —respondió Tanner un tanto cohibido—. Estoy viviendo

aquí porque no tengo otro sitio al que ir. Y pensé que quizá esa persona pudiera ser el propietario de la casa o de los terrenos. O sea, ¿por qué si no iba a venir alguien aquí? No tenía ganas de meterme en jaleos ni nada de eso.

—Por casualidad, ¿te acuerdas del número de la matrícula?

—Eso es lo raro. No tenía matrícula, al menos en la parte de atrás.

—Muy bien. Si el coche vuelve por aquí o te acuerdas de algo más, háznoslo saber, ¿de acuerdo?

—Hecho.

Caminaron de vuelta hasta la parte delantera de la casa, donde en el barril de la basura todavía humeaban algunas llamas.

—No es aconsejable tener eso ardiendo con una niña pequeña por aquí.

—Ese maldito trasto no para de encenderse solo. Deben de quedar algunas brasas en el fondo. Le echaré un cubo de agua.

—Buena idea.

Entraron en la casa, donde Blum estaba poniendo de comer a Jenny y Roscoe.

Cuando terminó, llevó a Pine aparte.

—Esa niña no puede quedarse aquí. Dentro de una semana habrá muerto de malnutrición, porque se le ha caído la escalera encima o porque la ha atacado un ejército de gérmenes.

—Ya me encargo yo de eso —dijo Pine, al tiempo que sacaba el móvil y hacía una llamada.

Después de hablar un par de minutos, colgó y miró a Blum.

—Dice que ahora me llama.

—¿Quién?

—Lauren Graham. Cree que podrá buscar un arreglo.

Y así fue. Poco después, tras explicarle la situación a Tanner, Jenny recogió la pequeña bolsa donde guardaba sus escasas pertenencias.

Iba a quedarse con una familia que tenía dos niñas más o menos de su edad y que vivía en una casa situada a una manzana de la calle principal. El padre era pastor en la iglesia local; la madre era ama de casa y tenía fama de ser una mujer atenta y cariñosa.

Al principio Tanner se había resistido, pero acabó cediendo después

de que Pine y Blum hablaran con él.

—Cy, lo más importante es el bienestar de Jenny —le dijo Blum—. Sé que la quieres, pero también sé que no estás en condiciones de ofrecerle los cuidados y las atenciones que necesita. Eso no te convierte en una mala persona. Pero, ahora mismo, la prioridad es ella.

Durante un rato Tanner no dijo nada, pero al final asintió.

—Cuando era pequeño, la maestra de primaria nos contó la historia de Salomón. Bueno, no voy a cortar a la niña por la mitad. Tiene que estar donde sea mejor para ella. —Miró por encima de su hombro hacia la decrépita casa—. Yo puedo vivir aquí, pero una niña pequeña no.

Blum sonrió.

—Acabas de demostrar que eres un abuelo de lo más sensato.

—Iré a visitarte todos los días, Jenny —le dijo Tanner a su nieta, sentada en el asiento trasero del SUV de Pine.

—Vale, yayito.

—Te portarás bien con esa gente, ¿verdad?

Se inclinó a través de la ventanilla bajada y besó a la niña en la mejilla. Ella soltó una risita y se frotó la piel donde él le había besado.

—Rascas, yayito.

—Me afeitaré bien antes de ir a verte. Te lo prometo, cielo.

Blum le puso una mano en el hombro.

—Nos encargaremos de que esté bien. Estará muy bien cuidada.

Tanner se giró hacia ella y dijo en voz baja:

—Lo sé. Solo desearía… no haber tenido que llegar a esto.

—En la vida siempre ocurren cosas así. Y luego te adaptas y sigues adelante. Además, me ocuparé de comprobar que tu hija está realmente en rehabilitación.

—Sí, también había pensado en eso, Carol. —Los dos intercambiaron una mirada cómplice.

—Nunca queremos pensar mal de nuestros hijos —dijo Blum—, pero a veces es lo más prudente que podemos hacer. Es la única

manera de ayudarlos.

Tanner se apartó de la puerta del vehículo. Blum se montó y se sentó junto a Jenny. Pine arrancó el motor. Sentado en el asiento del copiloto, Laredo comentó:

—No creo que haya mucha gente por aquí que tenga un Pagani.

—A mí solo se me ocurre una persona —dijo Pine—. Jack Lineberry.

50

Dejaron a Blum y Jenny en el nuevo hogar donde la niña se instalaría temporalmente, y luego Pine y Laredo continuaron hacia el Cottage.

Durante el trayecto, Laredo hizo una llamada y envió algunos correos. Finalmente se guardó el móvil con gesto frustrado.

—No encuentro ningún Pagani registrado a nombre de Jack Lineberry, pero podría estarlo a nombre de alguna sociedad corporativa.

—Es muy probable.

—Pero ¿por qué llevar un coche tan llamativo a lo que parece ser una misión de vigilancia de tu antigua casa?

—Ojalá tuviera una respuesta para eso.

—Supongo que también vamos a investigarlo.

—Por supuesto. Pero primero hay que preparar el terreno.

—Si mal no recuerdo, antes te dejabas llevar más por el instinto.

Ella se lo quedó mirando.

—Me gusta planificar las cosas tanto como a cualquiera, pero no siempre hay tiempo para ello.

—Imagino que, allá en Arizona, a menudo tendrás que decidir y actuar sobre la marcha.

—Imaginas bien. Normalmente soy la única agente federal sobre el terreno.

—¿Y de verdad te gusta trabajar así?

Ella le lanzó una rápida mirada.

—¿Y por qué no iba a gustarme?

—A mí me gusta disponer de recursos. Hacer una llamada y tener un equipo de apoyo en cuestión de minutos. O poder contar con otro agente o con personal de administración para hacer el trabajo más pesado y monótono.

—No me importa hacer ese tipo de trabajo si con ello consigo un arresto.

—Aparte de hacer que me investigaran, tu amiga Blum también me leyó la cartilla la otra noche.

— ¿Y eso?

—Te defendió. Me dijo que tenías el listón muy alto. Quería asegurarse de que no iba a hacer nada que pudiera perjudicarte.

—Es una buena compañera.

—También me dijo que, como miembro del personal de administración, ella es quien maneja el cotarro.

—No voy a decir que no.

—Sé que Clint Dobbs dirige la Oficina de Campo de Phoenix. Y he oído que puede ser un auténtico incordio.

—Pero me ha dado la oportunidad de arreglar las cosas —dijo Pine —, y lo respeto por eso.

—¿Y si no lo consigues?

—Cuando llegue el momento, ya veré lo que hago.

Aparcaron delante de la pensión y bajaron del coche. Al otro lado de la calle había un pequeño descampado cubierto de hierba. Un grupo de niños estaba jugando con una vieja pelota.

—¿Hoy no hay clases? —preguntó Laredo.

—Supongo que no.

Él se dirigió hacia la entrada, pero entonces se dio cuenta de que Pine se quedaba atrás contemplando a los niños.

Se acercó a ella.

—¿Pensando en tu hermana, o tal vez en Jenny?

—Supongo que en las dos.

Laredo observó cómo los dos críos mayores se plantaban frente al resto del grupo.

—Ojalá no tuviéramos que crecer y pudiéramos seguir siendo siempre pequeños e inocentes y jugando a la pelota.

—¿Sabes lo aburrido que sería eso? —replicó Pine.

—En serio, cuando crezcan esos niños tendrán que enfrentarse a un

montón de problemas, y no solo porque se hayan criado en una población pequeña. El mundo está cambiando demasiado deprisa.

—Pero en muchos sentidos continúa siendo igual. Siempre habrá gente malvada haciendo cosas malas.

—Supongo que nunca nos faltará el trabajo.

—Aunque estaría bien que nuestra profesión quedara obsoleta.

Pine se disponía a dar media vuelta para entrar en la pensión cuando, de pronto, algo captó toda su atención.

—Pito, pito, gorgorito —empezó a recitar el chico más grande, señalando alternativamente con el dedo a dos de los niños pequeños. Cuando acabó la cancioncilla, el dedo apuntaba al crío de la derecha, todo sonriente al haber sido escogido para el equipo. El otro dio un paso atrás con cara de decepción.

—Mierda —masculló Pine.

—¿Qué? —dijo Laredo.

—El niño señalado al final de la cancioncilla ha sido claramente el ganador. Lo han escogido para el equipo.

—Bueno, ya, así ha sido.

—Pero es que yo siempre he pensado que a quien apuntaban al final era el perdedor.

—Supongo que puede ser de las dos maneras, dependiendo de quién establezca las reglas. En las películas *Pulp Fiction* y *Asesinos natos* utilizaban esa cancioncilla para elegir quién debía morir. La persona a la que señalaban al decir la última palabra era la que acababa mordiendo el polvo. Yo a eso lo llamo ser el perdedor.

Al ver que ella no decía nada, Laredo añadió:

—¿Y por qué te importa tanto eso?

Pine le contó lo del intruso que tantos años atrás había utilizado la misma cancioncilla con su hermana y con ella.

—Cuando acabó, el dedo apuntaba a Mercy. Lo recuerdo muy claramente. Pero siempre supuse que eso significaba que ella era la perdedora. A ella se la llevaron. Y yo me quedé. Fui la ganadora.

—¿Y qué te pasó a ti?

—Que el hombre me destrozó el cráneo. Los médicos dijeron que fue un milagro que sobreviviera a aquella noche. Pero sobreviví. Y por

eso pensé que Mercy se había llevado la peor parte. Que se la había llevado para matarla.

—Así que ¿estás diciendo que el hecho de que acabara la cancioncilla con tu hermana significa que…?

Ella lo miró.

—Estoy diciendo que el hecho de que eligiera a Mercy significa que aún está viva.

51

Tras subir a su habitación, Pine se desvistió, se metió en la ducha y dejó que el agua caliente cayera con fuerza sobre su piel.

«Eres una idiota. Durante treinta condenados años has sido una completa idiota. Y eso incluye trece años como agente idiota del FBI».

Apoyó la cabeza contra la fibra de vidrio de la mampara.

Quería llorar y reír. Llorar porque, en su absoluta estupidez, nunca había contemplado la posibilidad de que el objetivo de la cancioncilla infantil pudiera ser otro muy distinto. Pero también quería reír porque eso implicaba que aquella noche ella había sido la perdedora y Mercy, la ganadora.

«Y no se mata a los ganadores».

Pine era consciente de que no se trataba más que de especulaciones, unas especulaciones burdas y seguramente descabelladas. La única «prueba» que tenía era haber visto a un niño elegir a otro para un juego de pelota. Y, en las dos películas que Laredo había citado, la persona escogida al final de la cancioncilla era la que moría. Todo aquello resultaba tan absurdo que hasta tenía ganas de gritar.

Se relamió el agua de los labios y cerró los ojos. Se concentró para recordar y pudo ver el dedo golpeando primero su frente y luego la de su hermana. El dedo había tocado su piel y la de Mercy. Luego el puño había caído con fuerza sobre ella, quizá más de una vez. No podía saberlo porque por lo visto había quedado inconsciente tras el primer golpe.

«Pero yo tuve que ser la perdedora. A Mercy la tocó la última y a mí quiso matarme. Seguramente pensó que estaba muerta. Y entonces se llevó a Mercy».

Pero ¿con qué propósito?

Nunca hubo una petición de rescate. Tampoco hubiera importado

mucho. Sus padres no tenían dinero para pagar.

Entonces ¿para qué llevarse a Mercy, si no era para matarla?

Era cierto que el tráfico de seres humanos existía desde tiempos inmemoriales. Aun así… ¿en 1989, en las afueras de Andersonville, Georgia? ¿Habría alguien obsesionado con los hermanos gemelos? ¿Alguien que habría estado vigilando a su familia? ¿Y que pretendía matarla a ella? Pero ¿por qué?

«Yo tenía seis años. El hombre iba enmascarado y no podía identificarlo. Si quería impedir que gritara, o que fuera a avisar a mis padres, podría haberlo hecho de muchas otras maneras, y no destrozándome el cráneo».

Salió de la ducha, se secó y se sentó en la cama envuelta en una toalla. Cogió el móvil porque, mientras estaba bajo el agua —uno de sus métodos favoritos para meditar—, se le había ocurrido una idea que podría conducir a una posible pista.

Había tomado fotos de todos los informes policiales de la investigación original sobre la desaparición de su hermana. Y había uno que ahora la intrigaba.

Seis de la mañana. Esa era la hora en que, según la policía, su madre había entrado en la habitación y se había encontrado con que Pine estaba terriblemente herida y que Mercy había desaparecido. Volvió a repasar las notas de los investigadores que dejaban constancia de ese dato. Y la hora también había sido corroborada por otros testigos.

Sin embargo, la cuestión era que su madre seguía siempre una rutina bastante estricta en lo que se refería a sus hijas. A diario las acostaba a las nueve de la noche. A las diez volvía a pasarse por el cuarto para asegurarse de que seguían metidas en la cama y no jugando. Pine había incumplido tantas veces esa norma que se la sabía muy bien. A las siete y media de la mañana las levantaba para que se aseasen y vistieran, se tomaran el desayuno y estuvieran a las ocho y media en la parada del autobús escolar. Y aunque aquello había tenido lugar hacía décadas, esa rutina la había acompañado durante gran parte de su vida, día tras día. Era como si estuviera grabada a fuego en su ser.

De modo que la pregunta era: ¿por qué su madre había entrado en el cuarto a las seis de la mañana? Y, ahora que Pine pensaba en ello, no recordaba que su madre hubiera subido a las diez de la noche anterior para comprobar si seguían acostadas.

A Pine le gustaban y le disgustaban las incongruencias. Le disgustaban porque lo más probable era que no tuvieran una explicación. Pero también le gustaban porque a veces podían dar pie a un importante avance en la investigación.

Confiaba en que esta fuera una de esas veces.

Su madre podría haberse despertado después de una noche de colocón y borrachera y haber subido corriendo al cuarto para comprobar cómo estaban las niñas. Tal vez no fuera consciente de la hora que era porque estaba demasiado resacosa. Hasta podía ser que hubiera pensado que se había quedado dormida y que las niñas llegarían tarde a la escuela.

Pine sacudió la cabeza para desechar esa idea.

En esa época del año, a las seis de la mañana, seguiría estando oscuro. Por lo tanto, ¿cómo iba a pensar su madre que era varias horas más tarde?

Mientras se vestía, Pine sabía la respuesta a esa pregunta: era imposible que su madre se hubiera confundido sobre la hora. Tenía que haber otra explicación.

Bajó las escaleras de la pensión y se encontró a Blum sentada en una silla.

—Jenny está en buenas manos. He examinado el lugar a conciencia antes de dejarla allí.

—Estaba segura de que lo harías.

—La señora Quarles me ha traído en coche y durante el trayecto hemos tenido una agradable charla. Es una mujer muy atenta y cariñosa.

—Me alegro.

—Jenny es una niñita realmente encantadora. Una vez que se ha abierto, no ha parado de hablar.

—Te creo.

—¿Por qué me da la impresión de que has tenido una especie de

revelación?

—¿Tanto se me nota?

—Cualquiera no lo notaría, pero yo sí. Así que cuenta.

Pine se sentó frente a ella y le habló sobre la incongruencia horaria que acababa de descubrir.

—A eso lo llamo yo toda una revelación. ¿Alguna teoría?

—No estoy segura. Podría deberse a múltiples razones. Algunas inocuas, otras más problemáticas.

—Te escucho.

Pine negó con la cabeza.

—Todavía no. Tengo que darle aún más vueltas.

—Me parece razonable.

—¿Sabes? Me alegro mucho de que lo de Jenny haya podido arreglarse.

—¿Quién iba a pensar que Cy Tanner tendría una nieta tan mona? Desde luego, el hombre no sabía qué hacer con ella. Diría que ni siquiera es capaz de cuidar de sí mismo.

—El pastor y su familia han sido muy amables acogiendo a la niña.

—Hablando de niños, ¿han identificado ya al muchacho?

—Que yo sepa no. Pero tenemos una nueva pista. —Y le contó lo del Pagani que Tanner había visto delante de la casa.

—¿En serio piensas que podría estar relacionado con Jack Lineberry?

—¿Te crees que esos Paganis crecen en los árboles?

—Pero ¿por qué iba a estar vigilando tu antigua casa?

—Incluso si el coche fuera de Lineberry, no tendría por qué ser él quien estuviera dentro vigilando.

—Eso es verdad. ¿Cómo piensas enfocar esto?

—Aún no lo he decidido. Eddie no ha conseguido relacionar el Pagani directamente con Lineberry, pero existen muchas artimañas legales para enmascarar al auténtico propietario.

El móvil de Pine emitió un zumbido. Lo miró y puso una mueca.

—Es de Stan Cashings.

—¿Por el asunto del Cloak and Dagger que le pediste que investigara?

Pine asintió y abrió el correo.

Mientras lo leía, Blum observó cómo su expresión iba cambiando gradualmente: de la curiosidad al desconcierto, y por último a la incredulidad.

—Creo que nunca te había visto poner esa cara —dijo Blum, preocupada.

Pine alzó la vista y la miró.

—Es que nunca habría imaginado que pudiera ser algo así.

—¿Qué es el Cloak and Dagger? ¿Un bar, como pensabas?

—Sí y no —fue la sorprendente respuesta.

—No te sigo. O lo es o no lo es.

—Según Stan, ni una cosa ni la otra. En el mensaje cuenta que, después de investigar a fondo, no ha conseguido ninguna respuesta clara. No solo porque hace mucho tiempo de aquello y apenas queda gente que se acuerde, sino también porque gran parte de la información sigue estando clasificada.

Ahora fue Blum la que se quedó de piedra.

—¿Cómo? ¿Clasificada? Pero ¿qué clase de lugar era ese bar?

—Era la base de una operación encubierta puesta en marcha por el servicio de inteligencia estadounidense.

—¿Una operación encubierta? ¿En un bar? ¿Y a quién querían atrapar?

—Por lo poco que Stan ha podido averiguar, cree que tenía algo que ver con espionaje internacional.

—¿Y llamaron al bar Cloak and Dagger? ¿No pensaron que resultaba demasiado obvio?

—Le preguntó a alguien que sabía del tema y este le contó que supuestamente era algo irónico. Por aquella época se abrieron otros muchos bares con nombres llamativos y temáticas diversas. Ya sabes, como aquellos viejos locales clandestinos donde tenías que decir la contraseña secreta para que te dejaran entrar por una puerta oculta, o tenías que llamar desde una cabina a un número que alguien te había dado para poder acceder a algún portal. La Guerra Fría aún estaba en su apogeo, aunque empezaba a dar sus últimos coletazos y terminaría al final de la década con la caída del Muro de Berlín.

—¿Y consiguieron atrapar a alguien?

—Por lo visto sí. Stan no da ningún nombre, pero ha podido determinar que la operación fue todo un éxito.

—Pero ¿qué relación tiene todo eso con tus padres? ¿Y por qué conservaba tu padre todos esos posavasos?

—Stan no ha podido averiguarlo. No ha conseguido que le den ningún nombre de la gente que participó en la operación.

—¿Entonces…?

El rostro de Pine palideció.

—Creo que la cuestión se reduce a si mi padre trabajó allí y ayudó a los buenos a atrapar a los malos.

—¿O…?

Pine se miró las manos con gesto abatido.

—O si mi padre era uno de los malos, tuvo que salir huyendo y por eso acabamos aquí.

52

La morgue.

Una vez más.

Pine sentía que se le revolvía el estómago como nunca antes al enfrentarse a un cadáver. La razón era evidente.

El muerto era un niño.

Wallis, Laredo y ella estaban de pie ante la mesa metálica donde yacía el cuerpo sin vida del muchacho.

La médica forense, la misma mujer de la vez anterior, estaba al otro lado de la mesa. Sostenía un iPad en una mano e iba echando vistazos a la pantalla.

Blum había declinado respetuosamente acompañarlos, por lo que Pine se sentía agradecida. Una madre de seis hijos con más de una docena de nietos no debería ver algo así.

«Joder, nadie debería ver algo así».

—¿Causa de la muerte? —preguntó Wallis, tratando de contener las náuseas.

—Si quieren el nombre común, se trata de una fractura del ahorcado —respondió la forense.

—Eso explicaría el ángulo extraño del cuello —apuntó Laredo.

—¿Ha muerto por ahorcamiento? —dijo Wallis—. Y, por tanto, ¿asfixia?

—No. La fractura del ahorcado puede provocar la muerte por asfixia, pero este niño no ha sufrido ahorcamiento. El nombre técnico para esto sería fractura bilateral de la *pars interarticularis* del axis vertebral. Pero se trata simplemente de una hiperextensión catastrófica de la columna en la zona que parte de debajo del mentón. El resultado es un aplastamiento de la médula espinal entre los elementos posteriores de la C1 y la C2. La muerte habrá sido

instantánea, o lo más instantánea posible.

—Pero ¿cómo se produjo?

—Este tipo de lesiones suele darse en accidentes de tráfico, de paracaidismo, incluso en deportes de contacto. Te chocas o te golpeas con algo en la barbilla, pero cuando esta está apuntando hacia arriba y la cabeza está arqueada hacia atrás contra la parte superior de la columna. Si aquello contra lo que te golpeas es algo muy rígido e inflexible, y lo haces con la suficiente fuerza, el impacto puede romperte la columna.

—¿Y cómo cree que sucedió en este caso? —preguntó Pine.

—No puedo afirmarlo con seguridad, pero es una hipótesis bastante probable en vista de las otras lesiones que presenta. Si se fijan, la barbilla está amoratada y descolorida. Y la mandíbula está fracturada, lo cual no resulta fácil, ya que se trata del hueso más duro de la cara.

—Un momento… —dijo Laredo—. ¿Podría haber muerto en un accidente de coche?

La forense negó con la cabeza.

—No lo creo. Si fuera ese el caso, habría otro tipo de indicadores. Con todos los sistemas de sujeción actuales, la víctima tendría que haber ido con el cinturón desabrochado. Y, si eso hubiera sucedido, el cuerpo presentaría una gran diversidad de múltiples lesiones. Pero sí hay algo que puedo decirles: quienquiera que haya hecho esto sabía muy bien lo que se hacía. La fractura es limpia.

—¿Quizá alguien con formación militar? —aventuró Wallis—. Gillespie estuvo en el ejército. Podría haberlo hecho alguien que lo conocía de aquella época y que tenía algo contra él.

—¿Sabemos ya la identidad del niño? —le preguntó Pine.

—Todavía no —respondió el detective—. Hemos hecho circular su descripción y un retrato robot entre la gente y los medios solicitando su colaboración.

—La búsqueda en el Centro de Niños Desaparecidos y Explotados tampoco ha dado resultados —añadió Laredo.

—Es como si nunca hubiera existido —dijo Pine, contemplando el cuerpo—. Pero sí que existió. Tenía toda una vida por delante y alguien se la arrebató. Pero va a pagar por ello.

En el trayecto de vuelta a Andersonville, Laredo se quedó mirando a Pine, que iba conduciendo.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, muy bien, Eddie. No me ha afectado para nada. ¿Y tú qué tal? Vamos a comer algo, o a tomar una cerveza. Venga, vamos a divertirnos.

—Sabes que no me refiero a eso.

Ella no respondió.

—Yo también quiero volarle la cabeza a ese tipo, Atlee. Pero ¿y qué? Nosotros no podemos hacerlo. Nuestro trabajo es atrapar a ese hijo de puta, no ejecutarlo.

—No soy ninguna novata y no necesito que me vengas con lecciones de ética policial, muchas gracias. Solo me estoy desfogando. ¿Es eso un crimen?

—No. De hecho es muy saludable. Así que adelante.

—No podemos permitir que muera otra persona, Eddie. Otro niño no.

—¿Crees que eligió a ese chico porque era una presa fácil? ¿Porque quizá no tenía familia o nadie que cuidara de él?

—¿Por qué complicarse cuando no hay necesidad de ello? Pero ¿cómo puedes estar tan enfermo para hacerle eso a un niño?

—Generalmente solo tratamos con gente enferma, Atlee. Por defecto. —Tamborileó con los dedos sobre el reposabrazos del asiento —. ¿Estás pensando en esa niña de la Alerta Amber a la que salvaste? —Al ver que ella no decía nada, continuó—: No puedes convertirlo en algo personal. Lo sabes tan bien como yo. De hecho, tú misma me diste este sermón allá en Washington.

—El caso McAllister —respondió Pine de forma automática.

—Durante más de quince años aquel tipo estuvo secuestrando a niñas y violándolas, y teniendo hijos con ellas. Y, cuando cumplían los dieciocho, las mataba. No se puede estar más enfermo. Cuando por fin lo capturamos, yo quería descerrajarle un tiro en la cabeza. Y tú me convenciste para que no lo hiciera.

—Lo sé, Eddie —repuso ella muy despacio—. Sé que tienes toda la razón en lo que dices. Y lo acepto. Y, cuando pillemos a ese tío, no

haré nada que pueda fastidiarlo todo.

—Nunca he tenido la menor duda al respecto —repuso él con firmeza.

Ella lo miró con cara de sorpresa.

—¿En serio? ¿Después de lo que le hice al tipo de la Amber?

—Bueno, todos tenemos que desfogarnos alguna vez.

La expresión de Pine se suavizó.

—Este Eddie 2.0 me gusta mucho más que la versión anterior.

—Ya, mi ex también opina lo mismo. Denise dice que siempre voy a destiempo.

—En esta vida todo es cuestión de manejar bien los tiempos.

En ese momento sonó el móvil de Laredo. Después de responder, escuchó. Cuando colgó sin decir nada, Pine lo miró con gesto preocupado.

—Por favor, no me digas que…

—No. Era Wallis. Son buenas noticias. Tenemos una pista sobre el niño. Y una dirección.

—¿Dónde?

—Tenemos que volver a Columbus, Georgia.

Pine hizo un giro de ciento ochenta grados y apretó a fondo el acelerador.

53

Francisco Gomez.

Lo llamaban Frankie, seguramente porque eso iba a ayudarle a adaptarse mejor a su nueva vida.

Eso es lo que les contaron a Wallis, Pine y Laredo, sentados en la sala de estar de una pequeña casa que era todo lo contrario del lujoso apartamento donde Hanna Rebane y Beth Clemmons habían vivido, y donde la última había encontrado la muerte. Estaba situada en un barrio que había conocido días, y noches, mejores. Clase obrera deprimida, un despojo del Estados Unidos dejado de la mano de Dios.

La mujer sentada en una silla frente a ellos tendría unos cuarenta y tantos años. Tenía el pelo castaño ceniza y llevaba un vestido estampado de algodón y zapatos negros de suela plana. Se llamaba Genie Duncan, y unos gruesos lagrimones anegaban sus ojos.

—Frankie era un buen chico —dijo, enjugándose con un pañuelo.

En la planta de arriba se oían las risas y gritos de varios críos, y los estruendosos pisotones de unos pies infantiles que amenazaban con echar abajo las viguetas del suelo.

—¿Cuándo vino a vivir aquí? —preguntó Wallis, con el bloc oficial abierto y dispuesto para tomar notas.

—Hará unos seis meses. Venía de Texas, creo. De hecho, no lo tenían muy claro. Nosotros acogemos a niños. Ahora mismo tenemos a tres. —Ahogó un sollozo—. Sin contar a Frankie.

—¿«Nosotros»? —dijo Pine—. ¿Se refiere a usted y su marido?

—Sí. Roger se encuentra ahora en el trabajo. Está empleado en un concesionario local.

—¿Como vendedor? —preguntó Laredo.

—No, como mecánico. Los vendedores trabajan a comisión. Nosotros necesitábamos algo más estable. A Roger se le dan muy bien

los coches y gana un sueldo decente. Pero si le pagaran mejor la hora podría sacarse mucho más —añadió con brusquedad—. Apenas podemos llegar a fin de mes.

—¿Tienen hijos propios? —siguió preguntando Laredo.

La mujer negó con la cabeza.

—No podemos tenerlos. Por mi culpa. Y por eso decidimos convertirnos en padres de acogida. Esos críos necesitan que unos adultos los ayuden y los guíen en la vida.

—Desde luego que sí —convino Wallis—. Están llevando a cabo una labor admirable.

—Lo hacemos a través de nuestra iglesia. Tuvimos que pasar por todo tipo de…, creo que lo llaman cribado o algo así. Pero con todo el sentido, porque esos niños lo merecen realmente. Y además nos pagan, claro. La mayoría del dinero es para los gastos de los niños y todo eso, pero algo queda para nosotros. Es que, ¿saben?, esto da mucho trabajo.

—Estoy seguro de ello —dijo Wallis. Entonces se sacó algo del bolsillo—. Ahora, señora, necesitaríamos que identifique a Frankie. Yo, eh…, tengo una foto aquí.

Duncan se puso tensa.

—Ya he visto el retrato en las noticias. Por eso he llamado al número. ¿Te…, tengo que verla…?

—Si es tan amable, señora —dijo él con delicadeza—. Solo para asegurarnos.

Y le pasó la foto.

Duncan la miró, esbozó una mueca de dolor y palideció. Luego se apresuró a devolvérsela, asintiendo.

—Es… Frankie.

Wallis se guardó la foto y dijo:

—Sentimos mucho su pérdida.

Los ruidos en el piso de arriba se intensificaron.

—Los otros niños aún no lo saben —dijo la mujer—. Son tan pequeños que he pensado no contarles lo que ha… pasado. Creo que solo les diré que Frankie ha encontrado otra familia.

—Lo que considere más oportuno, señora Duncan —dijo Wallis.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Frankie? —preguntó Pine.

Duncan se reclinó en su silla, a la que le faltaba la mitad del relleno y cuyo respaldo estaba cubierto por un tapete raído.

—Hace tres días. Se fue a la escuela, y cuando vi que no volvía a casa hice algunas llamadas para ver si alguien sabía dónde estaba. Ya tiene algunos amigos por el barrio. Pensé que quizá habría ido a casa de alguno de ellos.

—¿Cómo iba y volvía de la escuela?

—En el autobús. Normalmente lo acompañaba a la parada por las mañanas. Pero por las tardes, cuando se bajaba del autobús, volvía él solo a pie. Siempre hay muchos niños por el camino de vuelta. Y también padres.

—¿Y lo acompañó a la parada esa mañana? —preguntó Wallis.

Ella negó con la cabeza, sus ojos llenos nuevamente de lágrimas.

—No. Me…, me dijo que sabía el camino y que quería ir solo. Creo que…, creo que le daba vergüenza que lo vieran conmigo. Casi todos los demás niños van solos hasta la parada. No sé, quizá se burlaban de él.

—¿Se enteró de si había ido realmente a la escuela ese día?

—Sí, no faltó a ninguna clase.

—¿Tomó también el autobús de vuelta?

—Sí.

—¿Y se bajó en la parada de siempre?

En ese momento la mujer pareció indecisa.

—El caso es que los niños y los padres con los que hablé no lo tenían claro. Y la policía habló también con el conductor del autobús, pero les dijo que con tantos niños no se fijaba siempre en quién se bajaba en cada parada. Y además… hay muchos críos que son como Frankie.

—¿Se refiere a hispanos? —preguntó Pine.

—Sí.

—¿De modo que no está confirmado que se bajara en su parada habitual?

—No. Pero ¿por qué se iba a bajar en otra? Sabía muy bien cuál era la suya.

—Alguien podría haberle pedido que lo hiciera.

—¿Quién iba a decirle que hiciera algo así? Y, si alguien se lo pidió, Frankie no le habría hecho caso. Siempre le advertía de que no hablara con desconocidos.

—Bueno, puede que no fuera un desconocido —señaló Pine.

—Me niego a creer que ninguno de nuestros conocidos pudiera pedirle a Frankie que hiciera algo así —repuso ella tercamente.

—Y, cuando bajaba del autobús, ¿volvía a casa caminando con sus otros hijos de acogida?

—No. Los otros van a la guardería y tienen horarios diferentes. Frankie ya estaba en cuarto. Y nunca se me pasó por la cabeza que no pudiera ir él solo en el autobús. Su inglés era bastante bueno. Decía que se lo había enseñado su madre.

—¿Y dónde están sus padres? —preguntó Laredo.

—No lo sé. Nadie me lo ha dicho nunca. Frankie no tenía fotos de ellos. Creo que lo más probable es que naciera ya aquí en el país.

Laredo miró a Pine. Esta continuó:

—¿Y qué hizo cuando vio que no podía encontrarlo?

—Empecé a telefonear a todo el que se me ocurría que pudiera saber algo, y también a la escuela. Al final llamé a la policía.

—¿Y entonces vinieron e hicieron el atestado? —preguntó Wallis.

—Sí. Y eso es lo último que supe de ellos. Hasta que…, hasta que vi el retrato y escuché la descripción en las noticias. Supe al momento que era Frankie. —Frunció los labios—. ¿Pueden…, pueden decirme lo que le ha pasado?

Wallis miró a los dos agentes federales. Luego dijo:

—Lamento decir que su muerte no ha sido por causas naturales.

Los ojos de la mujer volvieron a llenarse de lágrimas.

—¿Alguien le ha… hecho daño?

—Me temo que sí.

Pine se inclinó hacia delante en su asiento.

—Por eso es tan importante que nos cuente todo lo que recuerde. Sus amigos. Alguien de quien pudiera haberle hablado. ¿Ha visto últimamente a algún desconocido merodeando por aquí?

—No recuerdo que pasara nada de eso. Frankie tampoco llevaba

tanto tiempo viviendo aquí.

—¿Cómo iba vestido ese día?

—Vaqueros, un jersey rojo y zapatillas deportivas. ¿Llevaba…, llevaba puesto eso cuando lo encontraron?

—No exactamente, no. ¿Y su marido? ¿Podría saber algo que nos sirviera de ayuda?

—Roger no pasaba mucho tiempo con Frankie. A ver, es muy bueno con los niños y todo eso. Está tan entregado a ellos como yo, pero pasa muchas horas trabajando.

—¿Alguna vez llevó a Frankie con él al trabajo? —preguntó Laredo —. A los niños les encantan los coches.

—Bueno, ahora que lo dice, sí. Una o dos veces. En fin de semana.

—¿Qué tipo de coches se venden en ese concesionario? —inquirió Pine, lanzando a Laredo una mirada de soslayo.

—Mercedes-Benz. —La mujer esbozó una leve sonrisa—. Resulta curioso.

—¿El qué?

—Roger conduce una camioneta GMC que tiene diez años, y yo tengo un Kia de tercera mano. —Alzó la vista y su sonrisa se ensanchó a través del velo de lágrimas—. Pero si necesitas un cochazo de lujo para ser feliz, es que algo no va muy bien en tu vida.

—Eso me recuerda a esa canción de Janis Joplin en la que le pide a Dios que le compre un Mercedes-Benz —comentó Laredo—. Aunque, a diferencia de Janis, mis amigos tampoco conducen Porsches —añadió.

—¿Y dice que su marido se encuentra ahora en el trabajo? —preguntó Pine.

—Sí. Estaba muy afectado por lo de Frankie. Él y otros padres del barrio salieron a buscarlo y a preguntar por ahí si lo habían visto. Pero fue en vano.

—Necesitaremos hablar con él.

—Les daré la dirección. Está en la otra punta de la ciudad.

—Gracias. Por casualidad, ¿conoce a alguien llamado Hanna Rebane o Beth Clemmons?

Pine la observó atentamente para calibrar su reacción. Pero la mujer pareció sinceramente perpleja.

—No, ¿quiénes son?

—Unas personas que podrían estar relacionadas con el caso. ¿Tiene una foto de Frankie?

—Sí, se la tomé con el móvil cuando llegó aquí. La imprimí y la enmarqué. Lo hacemos con todos los niños para que sientan que forman parte de la familia.

—Eso está muy bien. ¿Le importaría prestárnosla? —pidió Wallis—. Nos aseguraremos de que se la devuelven.

Duncan fue a buscar la foto, se la entregó al detective y luego los acompañó hasta la puerta.

—Llamaré a Roger para decirle que van para allá.

—No hace falta que lo avise —se apresuró a contestar Pine—. No se preocupe. No creo que nos lleve mucho tiempo hablar con él.

—Vale —repuso la mujer, un tanto desconcertada.

—Una última cosa. —Wallis se sacó del bolsillo la medalla de san Cristóbal y se la mostró—. ¿La reconoce? ¿La llevaba puesta Frankie?

—No, Frankie nunca ha llevado nada así.

—Bien, gracias.

Caminaron de vuelta al coche.

—Bueno —dijo Wallis—, o bien Frankie se hizo con la medalla en alguna parte, o bien se la puso el asesino. Me decanto por la segunda opción.

—¿Por qué no has querido que la señora Duncan avise a su marido? —le preguntó Laredo a Pine.

—Solo ha sido una intuición. Me pregunto cuántos concesionarios venderán Paganis en Georgia.

—¿Paganis? —exclamó Wallis—. ¿Qué demonios es eso?

—Unos coches italianos que cuestan unos tres millones —respondió Laredo.

Wallis lo miró con cara de incredulidad.

—¿Tres millones de dólares? ¿Por un coche?

—Hay gente que los paga.

—¿En Georgia? —preguntó Wallis, aún sin dar crédito.

—Nunca se sabe.

—Pero el marido de Duncan trabaja en un concesionario Mercedes,

no con esos… Paganis —señaló el detective.

—Cierto —dijo Pine con gesto abstraído. Se notaba que su mente estaba trabajando frenéticamente.

—¿Y qué tiene que ver un Pagani con todo esto? —insistió Wallis.

—Vieron uno vigilando la antigua casa de Atlee —contestó Laredo.

Wallis meneó la cabeza.

—¿Un coche de tres millones de dólares en Andersonville? Nunca pensé que vería algo así.

—Pues a mí me gustaría ver ese Pagani y a quien fuera que lo conducía —replicó Pine—. Pero por el momento ciñámonos a los Mercedes-Benz. Y a Roger Duncan. —Miró de reojo a Laredo—. Mis amigos tampoco conducen Porsches.

—Bueno, en vez de comprarnos un Mercedes, tal vez Dios podría darnos una pista en este caso.

—Me gustaría decir amén a eso —repuso Wallis.

—Amén —respondieron los dos agentes al unísono.

54

Roger Duncan se frotó despacio las manos con un trapo grasiento y luego les indicó que lo siguieran hasta un cuarto al fondo de la zona del taller, donde había estado reparando un sedán Mercedes con acabado gris mate.

Era un hombre alto y larguirucho, con unos antebrazos gruesos y musculados.

Le explicaron por qué estaban allí. Él se recostó contra la pared, se apartó la mata de pelo rubio que le caía delante de la cara y soltó un suspiro.

—Mierda. ¿De verdad está muerto? ¿El pequeño Frankie? Pero ¿cómo demonios…?

—Me temo que así es —dijo Wallis—. Su esposa nos ha contado que en ocasiones había venido con usted al concesionario.

—Un par de veces. Tienen unas normas muy estrictas al respecto, por motivos de seguridad. Pero lo traje en fin de semana y se quedó conmigo en la zona del taller mientras le explicaba las cosas que iba haciendo. Incluso le dejé sentarse en alguno de los coches. Le encantaba. Nunca le dije lo que costaban. Seguramente nunca iba a poder permitirse uno, al igual que yo.

—¿Le presentó a alguien cuando vino con usted? —preguntó Laredo.

—Sí, a un par de los otros mecánicos. A Don, que trabaja en la oficina de administración. Él y Frankie estuvieron charlando un rato mientras yo tenía que ocuparme de algo. Y también a uno de los tipos de ventas. ¿Por qué?

—Solo intentamos averiguar cómo ha acabado apareciendo muerto en Andersonville, Georgia, así que estamos rastreando todas las interacciones que pudiera haber tenido con otra gente.

—Bueno, no creo que nadie de la empresa pudiera hacerle daño. ¿Por qué iban a hacerlo? Todos llevan trabajando mucho tiempo aquí, como yo.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Frankie? —preguntó Pine.

El hombre se quedó pensando un momento.

—Yo ya me había marchado al trabajo ese día antes de que él se fuera a la escuela. Estuvimos cenando todos juntos la noche anterior. Luego subió a acostarse. Y por la mañana se fue a clase. —Luego añadió, a la defensiva—: Genie es una madre estupenda. Vigila a esos niños como si fuera un halcón. Pero tienen que ir al colegio.

—¿Y su mujer se preocupó mucho cuando vio que no volvía de la escuela?

—Joder, claro. Genie se puso histérica. La parada está a solo unas manzanas de casa. Muchos niños se bajan allí, así que nunca nos preocupábamos. Me llamó al trabajo. Luego telefoneó a la agencia que nos dio a Frankie, pero según ella no fueron de mucha ayuda. Después siguió llamando a todo el que se le ocurría que pudiera saber algo, pero nadie lo había visto después de la escuela. Entonces llamó a la policía. Yo salí antes del trabajo y estuve con otros padres buscándolo por todo el barrio.

—Su esposa nos lo ha contado —dijo Wallis.

—¿Y cómo diablos acabó en ese lugar? ¿Está muy lejos de aquí?

—Como a una hora y media en coche.

—Esto es de locos. ¿Creen que lo secuestró algún pervertido? Quien fuera que se lo llevó no habrá…, ya me entienden…

—No ha sufrido abusos sexuales, si es a eso a lo que se refiere —repuso Wallis.

—Es que se oyen tantas cosas estos días —prosiguió Duncan en tono asqueado—. ¿Cómo se puede llamar ser humano a quien comete ese tipo de atrocidades?

—¿Tiene alguna teoría sobre lo que pudo haber sucedido? —preguntó Pine—. ¿Ha visto algún coche extraño circulando por el vecindario? ¿Algún desconocido merodeando cerca de la casa?

—No, nada de eso. Nuestro barrio es una comunidad muy cerrada y nos cuidamos unos a otros. Si alguien hubiera visto algo así lo habría

comentado. —Hizo una pausa y bajó la vista—. Supongo que… tendremos que hacernos cargo de sus… restos.

—Así es. Le informaremos cuando podamos entregarles el cuerpo, señor Duncan —dijo Wallis—. Probablemente no tardaremos mucho.

—Muy bien. Maldita sea…, ¿quién puede hacerle daño a un niño?

—La respuesta a eso podría sorprenderle —dijo Pine, observándolo atentamente—. Y dígame: ¿aquí solo trabajan con Mercedes?

—Como en un noventa por ciento de los casos, sí.

—¿Y el otro diez por ciento?

—Lo que podría llamarse coches exóticos.

—¿Como cuáles exactamente?

—Aston Martin. Rolls-Royce. En una ocasión reparamos un Lamborghini Veneno. Ese fue una pasada. —Sonrió débilmente—. Ese coche cuesta más de lo que ganaré en toda mi vida.

—¿Y un Pagani?

—Un Pagani… —repitió con un bufido—. No hay Paganis por aquí.

—¿Así que conoce la marca? —preguntó Laredo.

—Hombre, claro, pero solo los he visto en revistas. Son una auténtica preciosidad. Me encantaría trabajar con uno.

—¿Quién era la persona de administración que ha mencionado antes?

—Don, Don Bigelow. Lleva trabajando aquí toda la vida.

Pine, Laredo y Wallis se dirigieron a la oficina y allí encontraron a Bigelow, un hombre de algo más de sesenta años, corpulento y con una enorme barriga, que estaba a la vez removiendo papeles sobre su escritorio y tecleando en el ordenador que tenía delante.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó, levantándose las gafas sobre la frente—. ¿Quieren comprar un coche o necesitan financiación? Normalmente suelen traerme primero la documentación.

Los tres sacaron su placa.

—No queremos comprar nada —dijo Pine—. Lo que buscamos es información.

Bigelow pareció ponerse nervioso.

—¿Federales? Por favor, no me digan que alguien de aquí ha estado desfalcando o algo así. Miren, pueden comprobar todos mis

expedientes. Estoy limpio como una patena.

—No, no estamos aquí por eso. Tenemos entendido que recientemente Roger Duncan vino aquí con uno de sus niños de acogida.

Bigelow se los quedó mirando con cara de no entender.

—Ah, ¿se refieren al pequeño mexicanito?

—Sí.

—Ah, sí. Un crío muy majo. Le encantan los coches. Joder, ¿a quién no le gustaría tener un Mercedes aparcado delante de casa? —Se calló y los miró con gesto receloso—. ¿Por qué preguntan por el niño? No le habrá pasado nada, ¿no?

—¿No se ha enterado? —dijo Pine.

—¿De qué?

—Sí que le ha pasado algo —dijo Wallis.

—¿Qué?

—Lo han asesinado.

Visiblemente impactado, Bigelow se levantó muy despacio de detrás de la mesa.

—Cielo santo… Dios bendito… ¿A ese pobre crío? ¿Y quién demonios…?

—Eso es lo que estamos tratando de averiguar —dijo Pine—. ¿Habló con él cuando estuvo aquí?

—Sí. Roger me lo trajo aquí para que lo conociera. Tengo seis nietos y mi mujer y yo tenemos que cuidar de ellos todo el tiempo. Era un chaval encantador. Y hablaba muy bien inglés. Se notaba que Roger y él tenían una relación muy buena, no paraban de hacer bromas y todo eso.

—¿Y estuvo aquí mucho rato?

—Como unos diez minutos. Roger tuvo que salir para ir a ocuparse de algo y yo empecé a hablarle un poco al crío de mi trabajo aquí, pero no le interesó nada. —Sonrió con aire resignado—. Demasiado aburrido para atraer la atención de un niño. Lo que a él le gustaba era sentarse al volante de los coches y fingir que los conducía, no oír cómo se vendían. ¿Y quién podía culparlo? Yo también preferiría hacer eso. Le di una pequeña réplica en metal de un Mercedes de

carreras. Las tenemos para promoción y todo eso, y guardaba uno de esos cochecitos en un cajón. Por la cara que puso, parecía que le hubiera regalado un millón de dólares.

—Roger ha comentado que el concesionario trabaja también con otras marcas, aparte de Mercedes —dijo Pine.

—Así es, normalmente para clientes nuestros que tienen otros coches.

—¿Coches exóticos?

—Sí. Exacto. Cuesta mucho encontrar personal cualificado para reparar esos vehículos. Tienen que ir a Atlanta, y de este modo les ahorramos el viaje. Nuestros mecánicos son de primera. Con certificación en montones de marcas y modelos.

—Roger ha comentado que trabajó con un Lamborghini Veneno —señaló Laredo.

—Sí. Debía de ser del señor Driscoll, que tiene uno. La única persona que posee uno de esos por aquí. Ha amasado una gran fortuna con proyectos comerciales inmobiliarios. Y también tiene negocios con la gente de Fort Benning.

—¿Algún propietario de un Pagani? —preguntó Laredo.

Bigelow negó con la cabeza.

—No, nunca hemos tenido un Pagani en nuestro taller. Nunca he visto uno en mi vida.

—¿Conoce algún lugar que los venda por aquí cerca? —preguntó Pine.

—Hay un concesionario en Atlanta que vende Ferraris y Maseratis. Puede que venda también Paganis. Al fin y al cabo, todos son coches italianos.

—¿Alguna vez le ha vendido un coche a Jack Lineberry? —prosiguió Pine—. ¿O ha traído algún otro vehículo para ser revisado?

Wallis le lanzó una mirada a Pine, pero no dijo nada.

Laredo se limitó a observarla.

—¿Lineberry? No me suena de nada. Pero déjenme comprobarlo. No puedo acordarme de todo el mundo.

Bigelow se sentó a su mesa y empezó a teclear en el ordenador.

—No. Nunca le he vendido un coche a nadie con ese nombre.

—¿Y le ha reparado algún otro vehículo?

Presionó algunas teclas más y negó con la cabeza.

—No, tampoco.

—Muy bien, gracias.

—¿Quién creen que mató al niño? —preguntó Bigelow.

—Es lo que estamos tratando de averiguar.

—Espero que atrapen a ese cabrón.

—Nosotros también —repuso Pine.

El móvil de Wallis emitió un zumbido. Contestó y se retiró a un rincón de la oficina para hablar.

Cuando colgó, volvió con los demás.

—Tenemos una pista.

—¿Qué? —preguntó Pine.

—Una niña vio a un hombre hablando con Frankie cuando se dirigía hacia la parada de autobús el día que desapareció. Y la niña cree que el hombre le pasó una nota dentro de un sobre junto con algo de dinero.

55

Sarah Toomey tenía unos diez años y parecía aterrada allí sentada junto a sus padres de semblante sombrío. La niña era toda ella trencitas oscuras y pecas, ojos enormes y dientes mellados, y llevaba un peto vaquero descolorido con una camiseta blanca debajo y unos zuecos rosas.

Pine, Laredo y Wallis se encontraban en la pequeña sala de estar, sentados en unas sillas frente a ella.

—Sarah, solo queremos que nos cuentes lo que recuerdes de cuando viste a Frankie con ese hombre el otro día, ¿vale, cielo? —dijo Pine.

Se había inclinado hacia delante en su silla para mirarla directamente a los ojos.

Con un tembloroso hilillo de voz, Sarah dijo:

—Vale, me esforzaré por recordarlo.

—Sé que lo harás. Y ahora dime: ¿conocías mucho a Frankie?

—Bastante. Me caía bien. Íbamos juntos a algunas clases y teníamos la misma tutoría. Era muy divertido. Le gustaba hacer bromas. Y sabía hablar español. Me estaba enseñando algunas palabras.

—Qué bien. Parece que hacíais buenas migas.

—Me caía bien —volvió a decir—. Era simpático.

—Seguro que sí. Por lo que sabemos, era un niño encantador. Y, ahora, ¿podrías contarnos lo que viste y oíste ese día?

Sarah miró a su madre, que le dijo:

—Cuéntales todo lo que recuerdes, Sarah. Venga, puedes hacerlo, cariño.

La niña asintió y juntó las manos sobre el regazo.

—Esa mañana Frankie iba caminando por la calle delante de mí. Nos dirigíamos hacia la parada de autobús. Solo nos faltaba una manzana para llegar. Estaba a punto de alcanzarlo para sorprenderlo

diciéndole algo en español cuando, de pronto, apareció un hombre y se acercó a Frankie.

—¿Puedes describirlo, Sarah? —le pidió Pine—. Cualquier detalle que recuerdes. Tómate tu tiempo. No hay ninguna prisa.

—Era alto. Más alto que usted o sus amigos. Un hombre grande.

—¿Puedes decirnos si era blanco, negro…?

—Ah, sin duda era blanco.

—¿Edad?

—Era mayor. Tenía el pelo blanco. Se le veía muy alto y fuerte debajo de su sombrero.

—¿Su sombrero? ¿Qué clase de sombrero era? —preguntó Pine, lanzando una mirada a Wallis y Laredo.

—Como de vaquero. Como los que se ven en la tele.

—¿Y el resto de la ropa?

—Llevaba vaqueros y una camisa. Una camisa oscura, creo.

—¿Y los zapatos?

—No me acuerdo.

—Vale. ¿Qué hizo el hombre cuando llegó junto a Frankie?

—Le dijo algo y luego le entregó un sobre.

—¿Puedes decirnos lo que había dentro?

—No, pero era un sobre normal, blanco.

—Muy bien. ¿Qué más?

—Luego le dio dinero a Frankie. Unos billetes. No sé de cuánto eran ni cuántos le dio. No pude verlo.

—¿Y qué hizo Frankie?

—Le dijo algo al hombre, y este le dio unas palmaditas en el hombro y volvió a decirle algo. Frankie sonrió. Me acuerdo bien de eso.

—¿Qué pasó después?

—El hombre se marchó, y yo me lo quedé mirando un rato. Al principio estaba muy preocupada. A ver, a mí no me dejan hablar con desconocidos y seguro que a Frankie tampoco. Pero entonces el hombre se marchó sin más, y yo tampoco sabía qué estaba pasando. Pensé que a lo mejor Frankie lo conocía.

—¿Qué hizo Frankie con el sobre y el dinero?

—El dinero se lo guardó en el bolsillo. Luego abrió el sobre y sacó una hoja de papel. Pareció que iba leyéndola mientras seguía andando. Yo estaba muy lejos para ver lo que ponía. Luego se la guardó también en el bolsillo.

—¿Le preguntaste más tarde lo que quería el hombre? ¿Por qué le dio el dinero y qué había en el sobre?

Sarah se quedó un momento con la boca abierta.

—Iba a hacerlo, pero entonces el autobús pasó junto a nosotros en dirección a la parada. Se nos iba a escapar, así que echamos a correr. Frankie era más rápido que yo. Cuando llegué, él ya estaba en la cola muy por delante de mí, y se subió con otros niños y se sentó con ellos. Yo tuve que sentarme al fondo. Pensaba preguntarle más tarde cuando llegáramos a la escuela, pero… ese día hubo bastante jaleo y no lo hice.

—¿Volviste a casa en el autobús ese día? —preguntó Wallis.

La madre contestó por ella.

—Sarah tenía que ir al médico ese día. Fui a la escuela y me la llevé una hora antes de que acabaran las clases. Desde la consulta nos vinimos directamente a casa, de modo que no volvió a ver a Frankie.

Sarah los miró con semblante angustiado y lágrimas en los ojos.

—Si…, si le hubiera preguntado lo que quería aquel hombre, tal vez ahora no estaría…

Pine le puso una mano sobre el hombro tembloroso.

—Nada de esto es culpa tuya, Sarah. Tú no has hecho nada malo. Todo esto ha sido obra de otra persona. Y has sido de gran ayuda al contarnos muchas cosas que no sabíamos y que nos permitirán atrapar a ese hombre. Agradecemos muchísimo tu ayuda, ¿vale?

—Vale —dijo la niña, antes de enterrar la cara en el hombro de su madre y romper a llorar.

Cuando volvían al coche, Laredo comentó:

—Bueno, el tipo le dio una nota y dinero. ¿Alguien quiere apostar sobre lo que ponía en la nota? Seguro que decía bájate del autobús en tal parada y alguien te estará esperando para llevarte a…, no sé, a casa, o tal vez al concesionario para dar una vuelta en uno de los Mercedes.

—O puede que pusiera que iba a encontrarse con sus padres biológicos —sugirió Pine.

—¿Crees que se encontró con ellos? —preguntó Wallis.

—Genie Duncan parecía sinceramente afectada. Y no creo que su marido haya tenido nada que ver con esto. Pero el tipo ese podría haber mencionado el nombre de los padres para ganarse la confianza de Frankie.

—Y no le habría costado mucho conseguir la información —añadió Wallis.

—Un hombre alto y mayor con un sombrero vaquero —dijo Pine en tono sombrío.

—Ya —repuso Laredo—. Podría describir a un montón de gente, pero también recuerda muchísimo a ese amigo tuyo, Cy Tanner. Esto no lo había visto venir.

—Yo tampoco —murmuró Pine.

56

—¿Cómo quieres abordar esto? —preguntó Wallis.

Estaban dentro del coche del detective, parados enfrente de la antigua casa de Pine. La camioneta de Cy Tanner estaba aparcada delante y Roscoe dormía en el porche.

—Tenemos que sacarle una foto para enseñársela a Sarah —contestó Pine—, pero sin que se entere de lo que estamos haciendo.

—Muy bien —dijo Wallis—. Aunque, según Carol, ese tal Tanner estaba en La Trena cuando se encontró el cadáver de Hanna Rebane.

—No creo que pueda estar segura de la cronología exacta. Tanner podría haber dejado el cuerpo y luego haber ido directamente a La Trena para asegurarse una coartada. No habría tardado más de dos minutos en ir desde el callejón donde apareció Rebane hasta el restaurante. Es imposible que Carol sepa el momento exacto en que Tanner llegó al local, del mismo modo que nosotros no sabemos el momento exacto en que se depositó el cadáver.

—Cierto —convino Wallis—. Bien visto.

—Puedo fingir que estoy tomando fotos de la casa —propuso Laredo —, y sacarlo a él en una.

—Parece un buen plan —dijo ella con aire ausente.

—¿No crees que Tanner encaje en todo esto? —repuso él.

—No tengo ni idea. Lo que está claro es que necesitamos mucha más información. Pero si él es el hombre que buscamos, tampoco hay que asustarlo.

Bajaron del coche. Un momento después oyeron los ruidos.

—Está en el cobertizo de detrás —dijo Pine—. Ese es el sonido de una sierra.

—Me pregunto qué estará cortando —comentó Wallis en tono nervioso.

Pine se acercó al perro y le rascó las orejas.

—Hey, Roscoe, ¿cómo estás?

—Creo que el viejo Roscoe está dando ya sus últimos coletazos —comentó Laredo—. No me gusta cómo suena su respiración.

Pine caminó hasta la camioneta de Tanner.

—Ni se te ocurra practicar un registro ilegal —le advirtió su compañero.

—No te preocupes, no voy a contaminar ninguna prueba. —Entonces echó un vistazo al interior de la caja del vehículo y se quedó petrificada.

—¿Qué pasa? —preguntó Laredo al reparar en su reacción.

—Venid a ver esto.

Los dos hombres se acercaron rápidamente y miraron la trasera de la camioneta.

—¿Qué estamos buscando? —dijo Wallis—. Ahí dentro no hay nada.

—Mirad la cabeza de los tornillos que recubren el suelo.

Laredo y Wallis se inclinaron para mirar más de cerca. El agente fue el primero en caer en la cuenta.

—Las marcas en la espalda y las piernas de Rebane. Vi las fotos de la autopsia justo después de llegar. Encajan con esto.

—Sí, encajan.

Laredo se giró hacia el barril que Tanner utilizaba para quemar basura. De su interior seguía saliendo humo. Se dirigió hacia él a toda prisa, cogió un palo largo del suelo y se puso a remover su contenido.

Pine y Wallis se le unieron.

—¿Crees que…? —preguntó ella.

—No lo habría creído hasta hace cinco segundos.

Usando la punta del palo, empezó a sacar algunos restos del barril y a dejarlos en el suelo.

—¿No necesitáis una orden de registro para esto? —preguntó Wallis visiblemente nervioso.

—El dibujo de los tornillos de la camioneta, junto con la descripción de Sarah, son motivos más que fundados para proceder —dijo Pine—. Además, Tanner me dio permiso para echar un vistazo alrededor, incluyendo el interior de la casa. Creo que podemos correr ese riesgo.

Wallis no pareció muy convencido, pero tampoco puso la menor objeción en cuanto vio el objeto que a continuación sacó Laredo del barril.

Pine lo desenganchó del palo, lo dejó caer al suelo y apagó las brasas con la suela de su bota. Se agachó y lo recogió.

—¿No os parece que es un jersey Nike rojo?

—Lo que queda de él —dijo Wallis.

—Hey, ¿qué estáis haciendo aquí?

Al girarse vieron a Tanner plantado junto al lateral de la casa, con unas gafas protectoras subidas sobre la frente.

Pine escondió el jersey chamuscado a su espalda.

—Hola, Cy, ¿qué tal?

El hombre se acercó a ellos.

—Carol se ha pasado antes por aquí. Dice que Jenny se encuentra muy a gusto con esa gente. Luego iré a verla.

—Eso está muy bien. ¿Te importa si entramos en la casa? —preguntó Pine—. Me gustaría tomar algunas fotos. Tal vez me ayude a refrescar la memoria.

—Claro. —Entonces miró los restos que Laredo había sacado del barril—. ¿Qué ha pasado aquí?

—Lo que ya nos habías contado antes —se apresuró a responder Pine—. Algunas cosas habían vuelto a prender y mi compañero las ha sacado para apagarlas.

—Ah, vale. Gracias, socio.

—De nada. —Laredo sacó su móvil—. Eh, dejadme que os haga una foto a los dos juntos, para asegurarme de que la cámara está bien ajustada.

Sacó una foto de Tanner y Pine, y luego todos se encaminaron hacia la casa. Aprovechando que Tanner iba delante, Pine le pasó el jersey a Wallis, que se lo escondió por dentro de la gabardina.

Mientras deambulaban por el interior, Laredo fue tomando fotos con el móvil.

Cuando ya bajaban del piso de arriba, Tanner preguntó:

—¿Tenéis alguna pista sobre el malnacido que ha matado a toda esa gente?

—Estamos en ello. Ya hemos identificado al niño y hemos hablado con sus padres de acogida.

—Apuesto a que están destrozados.

Pine lanzó una rápida mirada a Laredo.

—Puede que alguien haya visto al asesino.

—¿En serio? —soltó Tanner—. ¿Quién?

—Hay un testigo en Columbus que vio al tipo hablando con el niño que apareció muerto.

—Ah, vaya, eso es genial. Entonces podréis atrapar a ese cabrón.

—Lo intentaremos. ¿Vas a ir ahora a ver a Jenny?

—Sí, pero antes tengo que adecentarme un poco. Mirad, le he hecho esto. ¿Qué os parece?

Se inclinó sobre el enorme puf, cogió una muñeca y se la pasó a Pine.

Ella la examinó.

—¿Tú has hecho esto? ¿Con qué?

—Con restos que he ido encontrando aquí y allá.

—Es muy bonita, Cy.

—Espero que le guste.

—Seguro que le encantará. —Pine se la devolvió y él la dejó de nuevo sobre el puf—. ¿Qué tal si te esperamos? Y luego te acompaño a la casa.

—Vale, vuelvo en un santiamén. Tampoco puedo darme una ducha normal ni nada de eso. Solo voy a asearme un poco en el lavabo.

—¿Y por qué no puedes ducharte?

—No hay agua caliente —dijo, y subió al piso de arriba.

Pine miró a los otros dos.

—¿Y bien?

—Si él es el asesino —dijo Wallis en voz baja—, es el tipo más frío y calculador que he visto en mi vida. A ver, ¿mata a cuatro personas y luego le hace una muñeca a su nieta? Por el amor de Dios…

Pine se giró hacia Laredo.

—¿Y tú qué piensas?

—El jurado sigue deliberando. Primero tenemos que enseñarle su foto a la niña.

—Estoy de acuerdo. Pero hasta que no consigamos una identificación definitiva, será mejor que no lo perdamos de vista en ningún momento.

57

La primera impresión de Pine fue que los Quarles eran una familia realmente encantadora.

La casa era enorme, antigua y algo desvencijada, con mucho terreno donde Jenny podría correr a sus anchas y un montón de niños con los que jugar. Había también un par de perros de orejas caídas, tres gatos —al menos los que Pine pudo ver—, un cerdito llamado Oinks y un periquito dentro de una jaula en la sala de estar.

Cuando llegaron, Ted Quarles y su esposa, Emma, los habían recibido en la puerta y los habían invitado a pasar. Pine había visto su SUV de alquiler en el camino de entrada, por lo que sabía que Blum estaba también allí. Y, antes de salir, le había propuesto a Tanner que fuera con ellos en el Crown Vic de Wallis.

Cuando Tanner se arrodilló en el suelo y le entregó a Jenny la muñeca que le había hecho, Pine observó a Blum. Parecía que fuera a echarse a llorar de un momento a otro. Fue entonces cuando decidió llevarla aparte y contarle al oído el relato de la testigo de Columbus y lo que habían encontrado en el barril de la basura.

Dando muestra de un control admirable, el semblante de Blum apenas se alteró. Miró a Pine, luego a Laredo, y finalmente volvió a clavar la mirada en Tanner, a quien su nieta estaba abrazando en ese momento.

—¿Te importa si pruebo algo? —le preguntó a su jefa.

—¿Qué?

—¿Confías en mí?

—Sí.

—Bien.

Después de charlar un rato con su abuelo, Jenny fue corriendo a enseñarles la muñeca a los otros niños. Fue entonces cuando Blum se

acercó a Tanner, que acababa de aceptar el vaso de limonada que le había ofrecido Emma Quarles.

—Jenny parece muy feliz —le dijo.

Él asintió, aunque se le veía un poco triste.

—El caso es que yo soy su abuelo y debería ser capaz de cuidar de mi familia.

—Tampoco es como si no pudieras ver a tu nieta, Cy. Puedes venir aquí siempre que quieras. Estoy convencida de que a los Quarles no les importará.

—Ya, supongo. Pero quiero pagarles. O al menos arreglarles alguna cosa a cambio de lo que están haciendo. No quiero limosnas.

—Seguro que algo podrá hacerse.

—Está bien, vale —dijo él con cierta incomodidad.

—Pero también es bueno que los tengas a ellos para cuidar de Jenny.

—¿Qué quieres decir?

—Imagino que querrás ir a visitar a tu hija al centro de rehabilitación.

—Oh, sí, claro. De hecho, tenía pensado ir la próxima semana. Quiero asegurarme de que Linda se encuentra bien instalada y todo eso. Tendrá que pasarse allí un par de meses. Eso es lo que me dijo su novio.

—¿Vas a ir en tu camioneta?

—Claro, sí, no puedo ir andando hasta Tuscaloosa. No es un cacharro muy fiable, pero es lo único que tengo.

—Aquella noche que nos vimos en La Trena viniste al pueblo conduciendo la camioneta, ¿verdad? Cuando yo estaba allí y llegasteis Agnes y tú. La noche que encontraron el cadáver de la mujer.

Tanner negó con la cabeza.

—Pues la verdad es que no.

—¿Por qué no? No me digas que viniste andando. Hay una buena caminata.

Pine se encontraba a escasos pasos, escuchando atentamente la conversación.

—Bueno, el maldito trasto no arrancó.

—¿No arrancó? ¿Te había pasado antes algo así?

—No. Bueno, esos viejos cacharros siempre dan problemas, pero que el motor no arrancara nunca había sido uno de ellos. Hasta esa noche.

—¿Y entonces cómo viniste al pueblo?

—Fui andando hasta casa de Agnes y luego vinimos en su coche. Conducía yo, porque ella lo utiliza muy poco. De hecho, creo que no lo coge nunca. Está limpio como una patena. Es un Buick, que pertenecía a su marido. Muy buena máquina. Hace tiempo que no pasa ninguna inspección, pero en fin…

Blum lanzó una mirada de soslayo a Pine.

—Así que por eso vinisteis los dos juntos. De eso me acuerdo.

—Sí. Aunque luego ocurrió algo condenadamente raro.

—¿El qué?

—La camioneta. A la mañana siguiente fui a ver qué le pasaba para intentar arreglarla, pero cuando metí la llave en el contacto arrancó al momento.

Blum volvió a mirar a Pine.

—Qué cosa más extraña, ¿no?

—Yo necesito un vehículo. Es la única manera que tengo de ir a trabajar. Los clientes casi siempre quieren que vaya a su casa. O que me lleve en la camioneta las máquinas que tengo que reparar en el taller.

—¿Y cómo volviste del restaurante esa noche?

—¿Cómo? Ah, llevé a Agnes a su casa y estuvimos charlando un rato. Preparó un poco de café. Y luego volví a pie. Llegaría sobre las once o así. El cabrón de Roscoe estaba dormido como un tronco en el puf, así que tuve que acostarme en el suelo. No le hizo ningún bien a mi espalda, ya te digo yo.

Blum desplegó una gran sonrisa.

—Sientes debilidad por ese perro.

Los ojos de Tanner se humedecieron.

—Es todo lo que tengo. Bueno, hasta que ha llegado Jenny.

Ella le dio unas palmaditas en el hombro.

—Pues ahora tienes que cuidar de los dos.

Luego se acercó a Pine.

—Buen trabajo, Carol.

—Me da la impresión de que alguien se está tomando muchas molestias para tratar de incriminar a Cy Tanner por algo que no ha hecho.

Pine expulsó el aire de sus mejillas.

—Creo que tienes razón. Sería el cabeza de turco ideal. Aquella noche alguien pudo haber saboteado su camioneta para utilizarla en su lugar. Y más tarde se vistió como él para ir a encontrarse con Frankie Gomez, contando con que seguramente alguien los vería.

—Lo que significa que nuestro asesino está ahí fuera controlándolo todo y manipulando la situación.

—¿El tipo del Pagani? —dijo Pine—. ¿Crees que por eso estaba vigilando la casa de Cy?

—¿Te refieres a que estaba estudiando sus rutinas y todo eso? Es bastante plausible.

—Todavía tenemos que enseñarle la foto de Cy a nuestra testigo.

—Sé que lo harás. Pero también sé que eres muy consciente de que la mayoría de las veces el testimonio de un testigo es más erróneo que acertado.

—Aun así tengo que hacerlo. Y luego está la otra prueba que hemos encontrado.

—¿En serio crees que Tanner dispone de los medios necesarios para hacerse con un velo, un esmoquin y un ramillete como esos? Y después de ver cómo se comporta con su nieta, ¿piensas que podría hacerle daño a un niño pequeño?

—No digo que tus observaciones no sean buenas, porque lo son. Pero no puedo descartarlo como sospechoso solo por las sensaciones que me transmite como persona. Tengo que basarme en pruebas fehacientes.

—¿Y qué harás si tu testigo confirma que efectivamente es él?

Pine miró a Tanner, que en ese momento estaba dando unas palmaditas cariñosas en la cabeza de uno de los perros de los Quarles.

—No lo sé, Carol —respondió en tono abatido—. De verdad que no lo sé.

58

Al día siguiente, Laredo informó por teléfono a Pine.

—Sarah no está segura. —Había vuelto a Columbus para enseñarle la foto a la niña—. Dice que solo lo vio de espaldas.

—Vale —dijo Pine, que estaba sentada en el SUV de alquiler enfrente de su antigua casa—. ¿Y dónde nos deja eso?

—En tierra de nadie, por lo visto —repuso Laredo—. Pero todavía tenemos que buscar muestras de ADN en el jersey que encontramos, y también sacar una impresión de los tornillos de la caja de la camioneta para ver si coinciden con las marcas aparecidas en el cuerpo de Hanna Rebane.

—Necesitaremos una orden de registro.

—Eso no será un problema. Wallis ya está trabajando en ello. Tenemos una causa más que probable.

Pine guardó silencio.

—¿Qué? —preguntó él en tono perentorio.

—No creo que Tanner tenga nada que ver con esto. Me he pasado toda la mañana vigilando su casa. Me he acercado un par de veces para ver lo que hacía y está tirado en el puf durmiendo a pierna suelta, con Roscoe encima y cinco latas de cerveza vacías alrededor. Y en la radio portátil enchufada en la pared lleva sonando sin parar Charlie Daniels. Así que ¿me estás diciendo que ese es el hombre que ha conseguido matar a cuatro personas y vestirlas con ropas raras, y que nos ha estado poniendo las cosas difíciles para poder dar con él? ¿Pero que luego, muy convenientemente, quema pruebas en su barril de la basura y tampoco se molesta en envolver el cuerpo de Rebane con algo para que no le queden las marcas de los tornillos de la caja de su camioneta?

Laredo soltó un suspiro.

—Bueno, visto así…

—Y hay algo más.

—¿Qué?

—Roscoe.

—¿Quién?

—El perro de Tanner. ¿Cuántos asesinos en serie conoces que tengan una mascota y la cuiden como hace él?

Laredo tardó un momento en responder.

—Bueno, ahora mismo no se me ocurre ninguno.

—Los asesinos en serie suelen comenzar su carrera criminal torturando y matando animales, no encariñándose con ellos.

—Eso es verdad, aunque siempre hay excepciones a la regla.

—Siguiendo con las probabilidades, no veo a nuestro asesino como un hombre que tenga perro. Y mucho menos uno con problemas de riñones que se mea por todas partes. Así que yo de momento no pediría la orden de registro. Me limitaría a mantener vigilado a Tanner y seguiría otras pistas.

—¿Qué otras pistas?

—Te lo diré cuando tenga alguna.

Pine colgó, arrancó el motor y se alejó de la casa, dejando a Tanner que continuara durmiendo acunado por la música de Charlie Daniels.

«Bueno, el diablo ha venido a Georgia, como dice la canción de Daniels, y yo tengo que encontrarlo. Pero estoy condenadamente segura de que no está durmiendo como un tronco en esa casa».

Siguiendo un impulso, condujo hasta la mansión de Jack Lineberry. Por alguna razón la verja estaba abierta, así que entró directamente hasta llegar a la residencia principal. En cuanto bajó del vehículo, se le acercó un hombre.

Era Jerry, el poco amistoso guardia de seguridad. Llevaba traje oscuro, camisa blanca y corbata, y un auricular insertado en la oreja derecha.

—¿Qué quiere? —le preguntó bruscamente.

—He venido a ver a Jack.

—¿Tiene cita con el señor Lineberry?

—No, es una visita amistosa. ¿Está en casa?

—Usted no tiene por qué saber si está o no.

Pine dio un paso atrás y se lo quedó mirando.

—¿Cómo te apellidas?

—¿Por qué?

—¿Es que todo debe tener una razón?

—Conmigo sí.

—¿Dónde estuviste destinado en el Servicio Secreto?

—No es asunto suyo.

—¿Trabajaste como guardaespaldas del presidente?

—Misma respuesta.

Pine asintió y lo miró con aire divertido.

—Vale, Jerry. Espera un segundo. —Sacó su móvil y pulsó un número—. Hola, Jack, soy Atlee. Sí, estoy aquí fuera. Por lo visto Jerry necesita que le dé una razón para poder hablar contigo. ¿Cómo? Ah, claro. Será un placer. —Le pasó el teléfono al guardia—. Quiere hablar contigo.

Jerry se quedó mirando el aparato como si fuera una cobra a punto de atacar.

Lo cogió, se aclaró la garganta y dijo:

—¿Sí, señor? —Escuchó y asintió—. Sí, señor —repitió, y le devolvió el móvil a Pine.

—¿Y bien? —dijo ella.

—Por aquí.

Giró sobre sus talones y se dirigió hacia la casa, mientras Pine lo seguía sin hacer nada por ocultar su expresión jocosa.

Lineberry la recibió en la entrada y luego la condujo a su despacho. Iba vestido con unos pantalones azules, una camisa blanca abierta por el cuello y mocasines con borlas. Pine se fijó una vez más en lo apuesto que era. Sin embargo, percibía que algo subyacía por debajo de sus facciones marcadas; no estaba segura, pero podría tratarse de algo parecido a una profunda tristeza.

—Te pido disculpas por lo de Jerry —dijo—. A veces muestra un exceso de celo en su trabajo.

—¿Cuál es su apellido?

—¿El de Jerry? Danvers, Jerry Danvers.

—¿Dijiste que estuvo en el Servicio Secreto?

—Sí. En fin…, ¿a qué debo esta visita?

Pine observó los montones de papeles que cubrían su mesa.

—Parece que estás muy ocupado.

—Nada que no pueda esperar. Por favor, siéntate. ¿Quieres beber algo?

—No. Estoy bien, gracias.

Después de que ambos tomaran asiento, Lineberry la miró con gesto expectante.

—¿Tienes un Pagani? —le preguntó ella.

Él pareció confuso.

—¿Un Pagani? ¿Qué es eso?

—Un coche. Un coche carísimo. Cuesta tres millones de dólares.

—No, no tengo un Pagani.

—No quiero ser indiscreta, pero ¿podrías permitirte uno?

—Sí, pero también es demasiado dinero por un activo que se depreciaría en cuanto lo hubiera conducido mucho.

—Vale.

—Para tu información, suelo conducir un Jaguar. Verde oscuro.

—¿Es el único coche que tienes?

—No, también el SUV Porsche en el que te montaste el otro día. Y un Aston Martin descapotable de color plateado. ¿Por qué?

—Simple curiosidad.

Él la miró con aire suspicaz.

—Permíteme que lo ponga en duda.

—¿Conociste a un hombre que vivió aquí llamado Barry Vincent? Al parecer conocía a mis padres.

La expresión de Lineberry se endureció de forma casi imperceptible, aunque a Pine no se le escapó. Se reclinó en su asiento.

—¿Barry Vincent? Parece que quiere sonarme ese nombre.

Pine le contó que Myron Pringle había tenido que intervenir para separar a Vincent y su padre, que tuvieron una pelea el día después de la desaparición de Mercy.

—Sí, sí, también me acuerdo de algo así. Creo que Myron comentó alguna cosa por aquel entonces. Pero, respondiendo a tu pregunta, no

llegué a conocer a ese tal Vincent. No estoy seguro, pero me parece que no vivió mucho tiempo en el pueblo.

—¿Y por qué vendría a este lugar? ¿De dónde procedía?

—No tengo ni la menor idea.

—Vincent parecía tener algo en contra de mi padre. Si no vivió aquí mucho tiempo, y además tampoco trabajó en la mina, ¿cuál podría ser el motivo de su desavenencia?

—Supongo que eso tendrás que preguntárselo a Vincent.

—Lo haría, si supiera dónde está. Han pasado casi treinta años.

—Bueno, es todo un misterio.

Lineberry se quedó en silencio, y durante unos segundos los dos se miraron intensamente.

—¿Sabes?, te pareces muchísimo a tu madre.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Lo es.

Se produjo un momento bastante incómodo.

De pronto, él dijo:

—¿Te gustaría salir a cenar esta noche? ¿A Atlanta?

—Eso está a una hora en coche de aquí. Un trayecto muy largo solo para ir a comer algo.

—Hace un día estupendo y el pronóstico para esta noche es de cielo despejado. Hace tiempo que no cojo el Aston Martin. Podríamos quedar a las seis y estar de vuelta sobre las once o las doce. Puedo pasar a recogerte por la pensión.

Pine consideró la propuesta.

—De acuerdo —dijo al fin—. Pero vendré yo aquí, me cae de camino. Y, para ser totalmente sincera, puede que tenga algunas preguntas más para ti.

—Y yo espero poder tener más respuestas de las que te he dado ahora.

Pine se marchó y al salir se encontró a Jerry en la entrada. Ahora le acompañaba también el otro guardia, que la observó atentamente.

—Encantada de volver a verle, señor Danvers.

La expresión de Jerry se crispó al oír aquello.

—Vale.

Pine miró a su compañero.

—Y tú eres Tyler, ¿verdad?

El hombre sonrió y le tendió la mano.

—Tyler Straub. Encantado de conocerla formalmente, agente Pine.

—Vaya —respondió ella meneando la cabeza—, está bien saber que al menos uno de vosotros tiene modales.

—¿Se marcha? —preguntó Danvers frunciendo el ceño.

—De momento. Pero volveré esta noche. Voy a cenar con tu jefe en Atlanta.

Él examinó cómo iba vestida.

—Espero que tenga otra ropa que ponerse. El señor Lineberry solo va a los lugares más selectos.

—Eh, Jer —le recriminó Straub—, frena un poco. No sigas por ahí. La agente es muy maja y además es amiga del jefe. Así que déjalo estar ya.

Pine se giró hacia él.

—Buen consejo. Yo no soy la enemiga aquí.

Straub asintió lentamente.

—El señor Lineberry la tiene en gran estima.

—Bueno, el sentimiento es mutuo.

—No olvide arreglarse un poco —insistió Danvers—. El señor Lineberry irá de punta en blanco.

—No te preocupes, Jerry. Cuando me veas te vas a quedar muerto.

Él la miró como dando a entender que eso sería del todo imposible.

—Y tampoco hace daño sonreír un poco —añadió mientras se dirigía hacia su vehículo.

Por el camino, oyó cómo Danvers le echaba la bronca a Straub por haberle llevado la contraria.

Jack Lineberry tenía un séquito personal de lo más interesante, pensó Pine.

59

Mientras conducía de vuelta a Andersonville, Pine llamó a Max Wallis.

—Necesito información sobre un hombre llamado Barry Vincent que vivió aquí hacia finales de los ochenta. Y me preguntaba si tú podrías ayudarme.

—Bien. ¿Y a qué caso pertenece esto? ¿Tiene que ver con los asesinatos?

—No —dijo Pine—. Tiene que ver con la desaparición de mi hermana. Yo… esperaba que pudieras hacerme ese favor.

—Teniendo en cuenta todo lo que me has ayudado, ¿cómo iba a negarme? —repuso él en tono afable.

—Te lo agradezco mucho, Max.

—Ya. ¿Y qué quieres saber de ese hombre?

—Todo lo que logres averiguar sobre él, incluyendo una foto suya.

—Veré lo que puedo hacer. Seguramente encontraré algo.

—Eso estaría muy bien.

—Y otra cosa. Laredo me ha llamado y me ha dicho que quieres retrasar un poco lo de Cy Tanner.

—Mira, Max, esa es mi opinión, pero el caso es tuyo. Si quieres ejecutar la orden de registro e interrogarlo, no puedo detenerte.

—Pero ¿crees que no sería buena idea?

—Creo que no lo sería en este momento. Aunque eso puede cambiar.

—Vale —dijo él, todavía indeciso—. Bueno, ¿y qué planes tienes para hoy?

—Voy a cenar con Jack Lineberry en Atlanta. Me va a llevar en su Aston Martin y seguro que iremos a algún lugar fabuloso.

—Vaya, cómo se te han subido los humos —repuso él bromeando.

—Bueno, aparte de la cena y el coche de lujo, también quiero

averiguar todo lo que pueda sobre aquella noche de 1989.

—¿Crees que te está ocultando algo?

—Creo que todo el pueblo ha estado haciéndolo. Y ya estoy empezando a cansarme.

Esa tarde, Blum estaba en la habitación de Pine mientras la agente se arreglaba para la cena.

—Con aquel vestido negro del otro día irás estupenda.

—Tendrá que ser con ese porque no he traído otro. Pero déjame decirte que los tacones altos están sobrevalorados.

—Bueno, con tu altura tampoco te hacen falta.

—Pero es que me gusta mirar a los hombres desde arriba —repuso ella sonriendo mientras se enfundaba el vestido. Al ver que Blum enarcaba las cejas, añadió—: Estoy de broma.

Se miró en el espejo que colgaba de la pared.

—No es que me importe, pero Lineberry ya me ha visto con este vestido.

—¿Cuándo?

—Cuando fui a Americus a cenar con Lauren Graham. Él estaba en el restaurante y se sentó con nosotras para tomar una copa.

—Y todavía lo llevabas puesto cuando saliste más tarde con Eddie Laredo esa misma noche.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Os oí llegar cuando volvisteis. —Luego, en tono vacilante, añadió —: Después ya no sé dónde fuisteis.

—Fuimos cada uno a nuestra habitación y ahí nos quedamos —repuso ella con firmeza. Aunque al mismo tiempo estaba pensando que las cosas podrían haber acabado de manera muy diferente si se hubiera tomado algunas copas más y no estuviera envuelta en la investigación de unos crímenes terribles.

—Nunca lo he dudado.

Pine se la quedó mirando.

—Con esa no habrías pasado el polígrafo.

Blum sonrió.

—Tengo otro chal distinto al que te presté la otra vez. Con eso el señor Lineberry pensará que llevas un modelito nuevo.

—No estoy tratando de camelármelo, Carol.

—No, pero quieres información. Y, siempre dentro de los límites de la sensatez y el buen gusto, tienes derecho a usar todas las armas que guardes en tu arsenal.

Pine volvió a lanzarle otra miradita.

—¿Por qué me da a mí que querías utilizar la expresión «armas de mujer»?

—No creí que fuera necesario. Y tampoco hay nada malo en usar lo que tienes para conseguir lo que quieres.

Blum se quedó mirando los lóbulos de sus orejas.

—¿No tienes otros pendientes aparte de esos botoncitos de diamante? Unos turquesa te quedarían muy bien con el chal que pensaba dejarte.

—No. Me agujereé las orejas a los catorce años solo porque todas mis amigas lo hacían. Pero supongo que eso no me iba mucho. Solo tengo los que llevo puestos.

Blum se levantó, salió de la habitación y, al cabo de un minuto, volvió trayendo un par de aretes con turquesas insertadas.

—Estos te quedarán genial y resaltarán tu largo cuello.

Pine le dio las gracias, pero cuando no atinó a ponérselos como debía Blum la ayudó.

En tono algo avergonzado, dijo:

—Mi…, mi madre nunca hizo conmigo… este tipo de cosas.

—Puede que, después de sus días de modelo, se hubiera cansado de tantos vestiditos y de tanto arreglarse —repuso Blum—. Además, ¿tú no eras la más chicazo?

—Sí, bueno, pero también habría estado bien… de vez en cuando.

Blum pasó los dedos por el espeso cabello de Pine, atusándolo aquí y allá.

—Sí que habría estado bien, agente Pine. Habría estado bien.

Pine empezó a maquillarse y a pintarse los labios. De pronto soltó:

—Jack Lineberry estaba enamorado de mi madre.

—¿Cómo lo sabes?

—No hace falta ser un genio. Imagino que muchos hombres estarían enamorados de ella.

—De tal palo, tal astilla.

Pine le lanzó una dura mirada.

—¿A qué viene eso, Carol? Yo no soy para nada como mi madre. Ella nunca levantó pesas en su vida. Ni siquiera tenía ni idea de lo que son las artes marciales mixtas. Y si supiera que ahora soy agente del FBI…

—¿Qué, qué te diría?

Pine acabó de maquillarse y guardó la polvera y el pintalabios en su pequeño bolso de mano.

—No lo sé —contestó, simulando indiferencia—. ¿Acaso importa?

—Está claro que a ti te importa, como es normal.

—No quiero entrar en ese tema.

—Puede que esta noche tengas que hacerlo.

Pine volvió a clavarle la mirada.

—¿Qué quieres decir?

—Lineberry estaba enamorado de tu madre. Y ahora te ha pedido salir a cenar.

— ¿Y?

—Puede que seas muy buena como investigadora, pero en lo que se refiere a los hombres no tienes muy buen instinto.

—No lo pillo —dijo Pine, cepillándose el pelo.

—A eso mismo me refiero. Que no lo pillas.

—¿Crees que Jack Lineberry se ha encaprichado de mí?

— ¿Tú no?

Pine dejó el cepillo y se giró hacia Blum.

—Se produjo un momento algo incómodo en su casa cuando…

—¿Cuando qué?

—Cuando dio la impresión de que estaba viendo a mi madre allí sentada en vez de a mí. Ya sabes, como la otra vez.

Blum juntó las manos en una palmada silenciosa.

—Pues ahí lo tienes.

—Resultó un poco extraño.

—Lo cual significa que tendrás que andarte con pies de plomo.

—Carol, tú mejor que nadie deberías saber que puedo arreglármelas muy bien sola.

—En lo que se refiere a reducir a tipos mucho más grandes que tú, o a encontrar pistas casi de la nada, o a manejar una situación crítica para que no vaya a más, sí, tienes toda mi confianza. Pero en este caso no.

Pine se sentó en la cama para ponerse los tacones y miró a su amiga.

—Entonces… ¿qué? ¿Qué hago si al final resulta evidente que…?

—¿… está atraído por ti? Nada. Él es un hombre adulto. Sean cuales sean sus sentimientos, no debes sentirte en ningún modo responsable por pararle los pies ni por seguirle el juego. Cuando te he dicho que usaras todas las armas de tu arsenal, no me refería a que lo ataras o algo así para conseguir lo que quieres. Tan solo sé tú misma. Y si él dice o hace algo que te hace sentir incómoda, házselo saber. Si no capta el mensaje, te levantas y te vas. —Hizo una pausa y sonrió—. Pero, por favor, no le pegues una paliza.

Pine soltó un bufido.

—Ya sé que tienes muy claro cómo funcionan estas cosas —continuó Blum—, pero de vez en cuando va bien un cursillo de refresco. Tienes que establecer unas líneas muy claras. Hacerle saber que tu interés es solo profesional. Pero no te pongas demasiado dura con él si dice algo que te molesta.

—¿Por qué?

—Porque todavía lo necesitas para conseguir información. Estamos aquí para resolver un misterio, agente Pine. No lo olvides.

Pine sonrió y alargó un brazo para dar unas palmaditas en la mano de su ayudante.

—¿Qué haría yo sin ti?

—Bueno, esperemos que no tengas que averiguarlo hasta dentro de mucho tiempo.

60

—¿Te da demasiado aire? —preguntó Lineberry.

Montados en el Aston Martin con la capota bajada, surcaban a toda velocidad la carretera rumbo a Atlanta.

—No, la verdad es que resulta muy agradable. Esta es la Georgia que recuerdo. Cálida y húmeda.

Él sonrió.

Llevaba una americana marrón oscuro, pantalones color tostado y una camisa estampada. Un pañuelo asomando por el bolsillo de la pechera completaba el elegante atuendo.

—Bueno, parece que la vida te ha tratado bien —dijo ella.

—No puedo quejarme. —La miró—. ¿Y a ti qué? Tú has tenido que pasar por cosas a las que yo no he tenido que enfrentarme.

Pine se apartó unos mechones de la cara mientras clavaba la mirada en la carretera.

—Todos los problemas tienen solución. Solo hay que encontrarla.

—Esa es la actitud —dijo él en tono de admiración—. ¿Y habéis avanzado algo más en la investigación de esos espantosos crímenes?

—Estamos haciendo progresos, pero aún nos queda mucho. La última víctima ha sido un niño pequeño.

—Ya lo he oído —dijo Lineberry con gesto sombrío—. Lo que no entiendo es por qué está pasando todo esto ahora. ¿Y por qué aquí? Es el último lugar de la tierra en el que pensarías que pudiera ocurrir algo así.

—La muerte puede ocurrir en todas partes porque los asesinos pueden ser de cualquier lugar. Y también ir a cualquier lugar.

—Supongo —dijo él, vacilante.

—Bueno, ¿y dónde vamos a cenar?

—En un pequeño restaurante que descubrí hará como un año. El

menú no es muy extenso, pero no hay ningún plato que desmerezca. Y la carta de vinos es un auténtico tesoro.

—Me temo que yo soy más de cerveza.

—¿Sabes? Tu madre me dijo lo mismo una vez que los invité a cenar a casa.

—Ah, ¿sí? —repuso ella sin mostrar mucho entusiasmo, manteniendo la vista clavada en la carretera.

—Pero poco a poco se fue aficionando al vino. Primero el blanco y luego el tinto. Era una estudiante muy aventajada y su gusto se volvió bastante refinado. Espero poder hacer lo mismo por ti.

El pulso de Pine se aceleró ligeramente al recordar las palabras de advertencia de Blum.

—¿Y cómo te aficionaste tú al vino? Imagino que no fue trabajando en la mina de bauxita.

—Eh…, no —contestó él, como alguien que ya ha dicho demasiado —. Fue viajando un poco aquí y allá.

«Claro», pensó Pine. Entonces recordó que Laredo no había conseguido averiguar de dónde procedía Lineberry antes de llegar a Andersonville.

—Supongo que eso es lo bueno de viajar, que descubres cosas. Yo intento hacerlo también —comentó ella en tono críptico.

Él le dirigió una mirada inquisitiva, pero no dijo nada.

El restaurante era un local íntimo y acogedor, en el que cada mesa parecía estar ocupada por una clientela de lo más selecto. Era evidente que el propietario conocía a Lineberry, porque lo saludó efusivamente por su nombre y lo condujo a una mesa privada situada en un agradable rincón rodeado de libros y flanqueado por unos cortinajes.

—La carta de vinos de reserva —dijo el hombre, entregándole un iPad negro.

—Gracias, Ben.

Cuando el propietario se marchó, una camarera joven y guapa, visiblemente intimidada por Lineberry, se apresuró a llenarles las copas con agua mineral embotellada.

—Hola, señor Lineberry. Me alegro de volver a verle.

—Yo también me alegro de verte, Wendy. Gracias. Esta es mi amiga, la señorita Pine.

—Señorita Pine… —dijo Wendy, mirándola también impresionada.

Cuando la joven se alejó, Lineberry fue pasando despacio las pantallas del iPad con la ayuda de unas gafas de lectura que se había sacado del bolsillo de la americana.

—¿Tienes alguna preferencia? ¿Italiano, francés, español, argentino, tal vez del valle de Napa o Sonoma?

—Mientras se pueda beber, ya me va bien.

Lineberry rio ante su comentario y finalmente hizo su elección pulsando en el dispositivo electrónico.

Volvió a guardarse las gafas y se reclinó en el asiento mientras Wendy se acercaba de nuevo para entregarles las cartas.

—Su vino vendrá enseguida. ¿Quiere que se lo decanten?

—Este sí. Necesita airearse un poco.

—Muy bien, señor.

Trajo dos copas de tallo largo y un poco de pan caliente con platitos de aceite para mojar, y volvió a marcharse apresuradamente.

—Parece un tanto nerviosa por tu presencia —observó Pine.

—No entiendo por qué —repuso él, encogiéndose de hombros—. No soy uno de esos capullos arrogantes que se dan tantos aires.

—No habría aceptado la invitación si lo fueras.

—Trato a la gente como me gusta ser tratado. Con respeto.

—Estoy segura de que mis padres apreciaban eso.

Lineberry cogió un pedacito de pan y lo mojó en el aceite.

—Me gusta pensar que así era —dijo con aire meditabundo.

—Este es un rinconcito muy agradable. ¿Sueles comer siempre en esta mesa?

—Me gusta la privacidad —se limitó él a comentar.

—¿Se pueden cerrar esas cortinas? —dijo Pine, y al momento se preguntó por qué habría planteado algo así.

—No lo sé. Nunca he tenido ocasión de averiguarlo.

—¿Qué sentiste al encontrar el cadáver de mi padre?

Esto lo cogió tan desprevenido que se atragantó un poco con el pan.

Dio un trago a su copa de agua y se aclaró la garganta.

—Vaya, lo siento —dijo Pine—. Ha sido un cambio de tema bastante brusco.

—No, no…, no pasa nada. Es perfectamente comprensible que sientas curiosidad. —Volvió a echarse hacia atrás en el asiento y se limpió los dedos con la servilleta—. Si quieres que te diga la verdad, Lee, fue algo horrible. Nunca había visto a alguien muerto. No de esa manera. Y espero no volver a verlo nunca más.

—Te entiendo.

—Imagino que en tu trabajo verás mucha gente… muerta.

—Así es, por desgracia.

—¿Y consigue acostumbrarse uno?

Pine pensó en el pequeño cuerpo de Frankie Gomez.

—La verdad es que no.

—Bueno, supongo que en el fondo eso es algo bueno. Quiero decir, si te insensibilizas ante algo así, no creo que sea muy positivo para tu estabilidad emocional.

—Estoy de acuerdo en eso.

Él volvió a observarla intensamente.

—No te lo he dicho antes, pero esta noche estás adorable. Realmente preciosa. —Apartó la mirada, visiblemente incomodado por sus propias palabras—. A veces…, a veces dudo de si debo dejar de decirle eso a una mujer. Es que hay tantos hombres que se extralimitan y van más allá… Aunque supongo que estarás harta de verlo en tu trabajo. ¿No sigue siendo el FBI un mundo básicamente de hombres?

—Sí, aunque poco a poco las cosas están cambiando a mejor. Y nunca deberíamos llegar al extremo de que una persona no pueda dedicar un cumplido a otra de forma respetuosa.

—Coincido contigo —repuso él, y volvió a sonreír.

—De modo que puedo decirte que hoy tienes un aspecto muy distinguido.

Su sonrisa adoptó un aire de resignación.

—«Distinguido», qué buena palabra. Debe de ser por mi pelo canoso.

—Los hombres se vuelven distinguidos con la edad. Las mujeres solo se vuelven viejas.

—Otra gran injusticia de la vida.

Cuando les sirvieron el vino, entrechocaron sus copas. Pine dio un sorbo con vacilación.

—Guau, esto tiene su punto. —Pareció algo avergonzada al decirlo —. Aunque no sé si es una descripción muy apropiada para un vino.

—Lo es, si es así como lo percibes. Y, para que lo sepas, yo también utilizaba antes esa expresión.

—¿Qué vino es?

—Un amarone, de la provincia italiana de Verona. El proceso para esta uva conlleva una cosecha y unos métodos de secado especiales. Eso aporta al resultado final los taninos y la intensidad de aroma tan característicos. —Sonrió algo cohibido—. Y con esto acaba mi lección de hoy sobre vinos.

—No, es fascinante. Ojalá supiera más del tema.

—Tú espera a que se oxigene y se airee un poco más. ¡Ya verás que tiene un puntazo aún mayor!

Pidieron la comida y se la sirvieron con diligencia y celeridad. El dueño del restaurante se acercó un par de veces para ver cómo estaba todo, y al final de la cena no llegó ninguna cuenta a la mesa.

—¿Comes aquí gratis o qué? —comentó Pine.

—Tengo cuenta. Eso simplifica las cosas.

—Estupendo.

—Si vienes alguna vez por Atlanta y necesitas un lugar donde pasar la noche, tengo un pequeño pisito por aquí cerca, en Buckhead. Puedes alojarte ahí siempre que quieras.

—Muy generoso por tu parte —dijo ella, apartando la mirada.

—No lo digo por decir. Me sentiría muy honrado.

Pine guardó silencio unos instante mientras se preparaba para plantear la pregunta que llevaba toda la velada queriendo hacer.

—¿Cuándo viste a mi madre por última vez?

Lineberry tomó un sorbo de su vino y se secó los labios con la servilleta. Luego movió el salero y el pimentero hasta colocarlos delante de él, y por fin respondió:

—El día antes de que los tres os marcharais.

—¿No te contaron adónde se iban?

—No —dijo secamente—. Debo reconocer que aquello… me dolió.

—Pero al final volviste a ponerte en contacto con mi padre.

—Sí.

—Pero no con mi madre. Y no puedo evitar preguntarme por qué. Mi padre sabía dónde estábamos.

—Bueno, supongo que decidió guardárselo para sí mismo.

—Pero vosotros erais amigos.

—Aquello fue después de que tus padres se hubieran divorciado. Quizá Tim no quería que yo volviera a verla. No sé por qué.

—Parece que tú y ella estabais muy unidos.

—Estaba muy unido a los dos —replicó él con firmeza—. Como te he dicho, le había ofrecido trabajo a tu padre en mi empresa.

—Y entonces él se suicidó.

—Sí, así fue. Espantoso. Horrible. Yo… apenas podía creérmelo.

—Y entonces mi madre fue allí para arreglar las cosas. ¿Y no la viste entonces?

—Tu madre nunca se puso en contacto conmigo.

—¿Y tú no te quedaste para verla cuando ella llegara?

Él se encogió de hombros, evitando mirarla a los ojos.

—Por aquel entonces estaba en pleno proceso de levantar mi empresa, viajando por todo el mundo para conseguir clientes y expandir mi equipo y mis recursos. Viví sumido en un auténtico torbellino durante cerca de dos décadas. Nunca estaba en el mismo lugar más de una semana. Gracias a Dios, ahora he bajado el ritmo. —Sonrió, más para sí mismo que para ella—. Al fin y al cabo, ya no soy tan joven como antes.

—Ninguno lo somos. Al menos, los que seguimos vivos.

—Sí, ya, claro. Debería estar agradecido por todo lo que tengo. —Aunque su espíritu no parecía estar en consonancia con sus palabras.

Cuando el aparcacoches detuvo el Aston Martin ante la entrada, Lineberry sugirió:

—¿Te apetece una última copa?

—¿Dónde?

—Mi apartamento está cerca.

Ella pareció vacilar.

—¿No deberíamos ir volviendo ya?

—Bueno, si nos cansamos, podemos quedarnos allí. Tengo un cuarto de invitados.

Pine lo miró con expresión tensa.

—No he traído nada para pasar la noche fuera.

—Tengo de todo lo que puedas necesitar.

Ella apartó la mirada, visiblemente incómoda por la proposición.

—Si quieres —añadió él—, puedes hacerme más preguntas. Y yo haré lo posible por contestarlas.

Pine se giró hacia él.

—Entonces vamos.

61

El «pequeño pisito» de Lineberry en Buckhead resultó ser un ático de dos plantas en un rascacielos de construcción reciente. Contaba con su propio ascensor privado de seguridad, que se abría directamente al vestíbulo del apartamento.

—Vale, esto es impresionante —exclamó Pine cuando él la llevó hasta el salón, que ofrecía unas espectaculares vistas panorámicas de la capital de Georgia.

Se acercó a la gran pared acristalada y contempló la ciudad a sus pies.

—¿Y no hay cortinas ni persianas? No creo que tengas mucha privacidad aquí.

—Es un cristal con un tratamiento especial. Puedes ver lo de fuera, pero no se puede ver lo de dentro.

—Ah, bueno, tiene sentido. Aunque dudo que sea más barato que unas cortinas.

—En eso tienes razón —dijo él sonriendo. Se había quitado la americana y la había dejado sobre uno de los sillones—. ¿Qué te apetece beber? Tengo de todo.

—De hecho, ¿no tendrías un poco más de ese amarone?

—Pues la verdad es que sí. Ya me he dado cuenta en el restaurante de que te estaba gustando. Ven, te enseñaré la bodega.

La condujo por un largo pasillo con paneles de madera y giraron a la derecha. Frente a ellos, enmarcadas dentro de una gran pared de piedra, había dos inmensas puertas arqueadas en madera y cristal.

Pulsó un interruptor de la pared y se encendieron las luces de detrás de las puertas. Abrió una de ellas y la hizo pasar. Él entró después y cerró a su espalda.

Pine se estremeció ligeramente.

—Unos catorce grados y medio centígrados y un nivel constante de humedad —explicó él—. Tengo algunas botellas muy valiosas aquí dentro y no me gustaría que se estropearan por unas condiciones de temperatura adversas.

Pine se fijó en que los ladrillos que conformaban tanto el techo como el suelo parecían haber sido recuperados de alguna construcción antigua, y las vigas de madera se veían oscuras y envejecidas. Se notaba que el trabajo de ebanistería de los botelleros fijados a las paredes había sido realizado por maestros artesanos, con una perfección evidente en cada corte, junta y curva de la madera.

—Esto es fabuloso. Me siento como transportada a la época medieval.

—Ese es el efecto que buscaba y que pedí a la empresa que construyó esta sala.

Deslizó una de las estanterías y examinó las botellas que había en su interior.

—Creo que este servirá. —Sacó una de las botellas y la sostuvo en alto—. No es de los mismos viñedos que el que tomamos en el restaurante, ¡pero creo que este vino tendrá un punto aún mayor!

—Confío en ti.

—¿De verdad? —preguntó él.

—¿Hay alguna razón por la que no debería hacerlo?

—No, pero, desde el momento en que te vi cuando volviste a Andersonville, detecté cierto nivel de recelo.

—No te lo tomes como algo personal. Soy así con todo el mundo.

Bebieron el vino en una de las terrazas que recorrían el perímetro del apartamento en tres de sus lados. Se sentaron en unos sillones de mimbre tapizados en torno a una mesa de cristal. La brisa era cálida y agitaba suavemente los mechones de la melena suelta de Pine. Había grandes maceteros por toda la terraza e incluso una pequeña zona de césped para practicar golf. Por encima de sus cabezas contemplaron los aviones que despegaban o aterrizaban en el aeropuerto de Atlanta Hartsfield-Jackson, sus luces parpadeando en la distancia como una guirnalda de luces navideñas.

—Esto es realmente impresionante, Jack. Te ha ido muy bien en la

vida. —Pine alzó su copa—. Brindo por tu éxito y tu riqueza, y también por ser un buen hombre. —Luego esbozó una sonrisa—. Sabes que esas cosas no van siempre juntas.

—Lo sé. Pero todo esto no sirve de nada si no tienes a alguien con quien compartirlo.

—¿Nunca has encontrado a la persona apropiada?

Lineberry rellenó su copa y luego la de ella.

—Sí que lo hice.

Pine dejó muy despacio su copa sobre la mesa.

—¿De quién estamos hablando?

—Creo que ya lo sabes, Lee.

Ella se reclinó en su sillón.

—¿Desde cuándo has estado enamorado de mi madre?

—Desde el momento en que la vi por primera vez hasta el día de hoy.

—Pero ella estaba casada y tenía dos hijas.

—Estás dando por sentado que la conocí en Andersonville.

—Eso es lo que me contaste.

—No —respondió él, negando con la cabeza—, yo nunca he dicho que nos conociéramos allí.

—Entonces ¿dónde conociste a mis padres?

—Conocí primero a tu madre. Y más tarde a tu padre, cuando entró en escena.

—Un momento… ¿Estás diciendo que conociste a mi madre antes de que ella conociera a mi padre?

—Sí.

—¿Dónde? ¿Cómo?

—No puedo decírtelo.

—Y una mierda —espetó ella furiosa—. No puedes empezar y luego dejarlo a medias.

—Si por mí fuera, llegaría hasta el final.

—¿Y de quién depende?

—Tampoco puedo decírtelo.

—¿Y por qué coño has comenzado siquiera esta conversación?

—Porque me has preguntado desde cuándo he estado enamorado de

tu madre. Y he pensado que era un buen momento para contestar a esa pregunta. De hecho, por eso te he pedido venir aquí después de cenar.

—Pero ¿por qué?

—Porque puede que no tenga otra oportunidad para contártelo.

—No entiendo nada. Un momento… Si conocías a mi madre antes de que viniera a Andersonville, eso significa que la seguiste hasta aquí.

—Así es.

—¿Por qué?

—Era mi responsabilidad.

—¿Que era qué? ¿Qué tiene que ver la responsabilidad en todo esto?

—¿Qué te contó tu madre acerca de su pasado?

—Eso no importa ahora, ya que todo era mentira.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque soy investigadora. Y mi trabajo es descubrir cosas.

Pine abrió su bolso y sacó algo. Era uno de los posavasos que le había dado su padre. Lo dejó sobre la mesa para que Lineberry lo viera.

Él apenas mostró reacción alguna. Se limitó a dar un sorbo a su vino mientras contemplaba la ciudad.

—¿Y ahora te cierras en banda? Has dicho que me has traído aquí para explicarme cosas.

—No, no me estoy cerrando en banda, tan solo pensando antes de hablar. Es algo que me gusta hacer. Me ayudará a no quedar como un idiota.

La expresión de Pine se suavizó, y también su tono.

—¿Y por qué corres el riesgo de quedar como un idiota?

—Todos corremos ese riesgo en algún momento de nuestra vida. Y yo no soy una excepción.

Pine dejó su copa sobre la mesa.

—¿Estás siendo críptico a propósito o qué?

—Tu madre podría habértelo contado todo —dijo él de pronto, en un tono más tenso y duro que antes—. El hecho de que ella decidiera

no hacerlo me impide traicionarla revelando ninguna confidencia. La respeto demasiado para ello. Espero que puedas entenderlo, Lee. Y, si no puedes…, bueno, entonces es que no eres la persona que pensaba.

Pine pareció momentáneamente desconcertada. Cogió de nuevo su copa.

—Vale, supongo que eso puedo entenderlo. —Luego miró el posavasos—. Le he pedido a un colega que investigue el Cloak and Dagger.

—¿En serio? ¿Y?

—En realidad no era un bar. Era la tapadera de una operación de contrainteligencia.

—No, no exactamente.

Ella se reclinó en el sillón, mirándolo estupefacta.

—Entonces ¿también estuviste implicado? ¿Y qué era?

—Lee…

—Por favor, Jack, necesito comprender todo esto. Se trata de mi familia. Tengo derecho a saber la verdad. Han pasado ya treinta años. Ya va siendo hora, ¿es que no puedes entenderlo?

Él se quedó pensativo y finalmente asintió.

—Como acabas de decir, eres una investigadora experimentada. Así que remontémonos al Nueva York de la primera mitad de los años ochenta. ¿Qué te viene a la mente en términos de operación encubierta?

Pine se reclinó en el asiento y reflexionó sobre ello.

—La Guerra Fría empezaba a declinar, y lo más probable es que las operaciones de contrainteligencia se llevaran a cabo en el extranjero o en Washington, DC. —Lo miró fijamente—. Solo puede haber una respuesta. ¿En los ochenta? ¿La Gran Manzana? Crimen organizado.

—En 1985, los capos de las cinco familias de la mafia que operaban en Nueva York fueron condenados al amparo de la ley RICO y sentenciados cada uno a más de cien años de prisión. Aquello acabó casi por completo con las organizaciones mafiosas. Acusaciones posteriores y el testimonio de Sammy «El Toro» Gravano, que fue el primer sicario de la mafia en convertirse en delator, ayudaron a detener a John Gotti en 1992. Pero lo que realmente desencadenó

todos aquellos acontecimientos fue lo sucedido en 1985 y, sobre todo, lo que había ocurrido antes.

—¿Y tú cómo sabes todo eso?

—Leo mucho. Me interesa la historia.

Ella lo miró con gesto escéptico.

—Ya. ¿Y mi padre colaboró de algún modo en todo aquello? Por lo que me contaron, estaba tratando de abrirse camino como actor. ¿Cómo acabó en el Cloak and Dagger?

—¿Quién dice que esto tenga algo que ver con Tim?

Pine se quedó atónita.

—¿Qué estás intentando decir?

Él se levantó y caminó con su copa de vino hasta el muro acristalado que delimitaba la terraza.

Ella se apresuró a seguirlo.

—¿Jack? —dijo en tono expectante.

Él no la miró. Dejó su copa en lo alto del murete y apoyó los codos en él.

Pine lo agarró del brazo y lo obligó a girarse hacia ella.

—¿Qué estás diciendo?

Él se la quedó mirando durante un largo e incómodo momento. En su mirada se reflejó toda una oleada de emociones, pero la que finalmente prevaleció fue la ternura, imbuida de lo que parecía ser una sensación de alivio o de resignación; Pine no estaba segura de cuál de las dos, quizá una mezcla de ambas.

—De joven, tu madre fue una modelo que viajó por todo el mundo. Durante aquella época conoció a gente interesante. Gente que cayó rendida a sus pies. Que quería estar con ella.

—¿De qué clase de gente estamos hablando? —preguntó Pine muy despacio, aunque se temía que ya sabía la respuesta.

—Gente que tenía mucho dinero y también una reputación bastante turbia. Pero al final hizo lo que debía, Lee, a costa de correr un gran riesgo para su propia vida.

—¿Me estás diciendo que mi madre era una novia de la mafia? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—Ni siquiera tenía edad para votar. ¿Cuánto sabías tú de la vida a

esa edad?

—Lo suficiente para no enredarme con mafiosos.

—Bueno, eso no puedes saberlo a ciencia cierta. Lo que ofrecían era demasiado atrayente. Y tampoco es que alguno de ellos hubiera matado a nadie personalmente. Para eso tenían a sus sicarios. Ella nunca vio esa parte. De hecho, al principio ni siquiera sabía que eran delincuentes. No es como si llevaran un cartel que pusiera: «Mafiosos».

—¿Y por qué al final «hizo lo que debía», como acabas de decir?

—Llegó un momento en que sí conoció esa parte oscura. Y lo que vio le repugnó.

—¿Y quién le hizo ver la luz? ¿Tú? ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Cuál fue tu implicación en todo aquello? Y no me mientas diciendo que lo leíste en un libro porque te «interesa la historia».

—No siempre he trabajado en una mina de bauxita. Ni manejando el dinero de los demás.

—¿Eras policía? ¿Un espía de nuestro bando?

—Era un… activo. Dejémoslo así.

—¿Y reclutaste a mi madre para hacer qué?

—Nunca testificó, si es lo que quieres saber. Pero era nuestro topo. Llevaba micros ocultos. Nos contó cosas que había visto u oído. Cosas que nos ayudaron a evitar muchas muertes y a impedir que ocurrieran otras muchas desgracias en muy distintos lugares.

—¿Y entonces los malos lo descubrieron? ¿Y ella tuvo que desaparecer?

—Verás, aunque los grandes juicios empezaron en 1985, la operación llevaba años preparándose, mucho antes de que tu hermana y tú hubierais nacido. El subterfugio del Cloak and Dagger fue un gran medio para conseguir lo que necesitábamos, aparte de las otras líneas de investigación que estaban en marcha. Y tu madre explotó al máximo las posibilidades que ofrecía aquel local. Se había ganado la confianza de algunos miembros destacados de varias familias mafiosas.

—¿Y mi padre?

—Tu madre conoció a Tim en el Cloak and Dagger. Fue casi al final de la operación encubierta. Los juicios empezarían pronto. Pero él no

tuvo nada que ver en aquello. Trabajaba como camarero mientras se dedicaba a hacer audiciones. Y entonces… se enamoraron.

—¿Y qué ocurrió después?

—Tu madre le confesó lo que estaba pasando. Lo que estaba haciendo para nosotros. Ella solo me lo contó más tarde porque sabía que yo me habría opuesto. Pero él le dio todo su apoyo, y finalmente se casaron. Al hacerlo, se ganó mi plena confianza. Y, un buen día, «desaparecieron».

—Pero tú sabías dónde estaban. Viniste aquí para poder vigilarlos.

—Sí, nosotros los ayudamos a «desaparecer». Al fin y al cabo, era mi trabajo.

—¿Y lo hiciste también porque seguías enamorado de mi madre?

Lineberry se volvió para contemplar la ciudad.

—Sí, eso también —admitió—. Pero me dediqué en cuerpo y alma a protegerlos. Al cabo de unos años, pareció que las aguas se habían calmado. La mafia había quedado muy debilitada. Los capos estaban en prisión. Los nuevos jefes mafiosos no se quedaron anclados en el pasado, sino que buscaron asegurarse su propio futuro.

—¿Y luego?

—Luego tu hermana desapareció y a ti casi te mataron.

—¿Sabes quién lo hizo?

—No.

—Si me estás mintiendo…

—Te estoy diciendo la verdad, Lee. No lo sé —añadió con brusquedad.

—Pero sospechaste que lo ocurrido estaba relacionado con el pasado de mi madre.

—Pues claro. Y así se lo comuniqué a mis superiores. Hicieron todo lo posible para averiguar lo que había pasado. Para tratar de encontrar a tu hermana.

—¿Y no le contaste nada a la policía? ¿Ni al FBI? Eso podría haber abierto nuevas líneas de investigación. Las probabilidades de encontrar a Mercy habrían aumentado considerablemente. —Pine tenía el rostro colorado por la ira y sentía cómo le subía la adrenalina —. Retuviste una información crucial que puede que le costara la vida

a mi hermana.

—No estaba en mis manos.

—¿Y mis padres tampoco dijeron nada? ¡Esto es de locos!

—Os habría puesto a todos en peligro.

—Ya estábamos en peligro —replicó ella—. Yo casi muero.

—Lo sé —dijo él en tono sombrío—. Lo sé, Lee.

Pine respiró hondo tratando de calmarse.

—Y, cuando se lo comunicaste a tus superiores, ¿consiguieron averiguar algo sobre mi hermana?

—Fue como si se la hubiera tragado la tierra. Nadie pudo descubrir nada.

—Bueno, eso ya me ha quedado bastante claro. ¿Y no se os ocurrió investigar las conexiones con la maldita mafia?

—Estaban todos en prisión. Al menos los implicados en lo del Cloak and Dagger. Y hacía años que no mostraban ninguna actividad en relación con tus padres. No creo que ellos tuvieran nada que ver.

—Entonces ¿quién? —gritó Pine, agarrándolo por el brazo—. ¿Quién?

Los ojos de Lineberry brillaron por las lágrimas.

—Lo siento. Ojalá pudiera darte una respuesta. Pero no la tengo. —La miró con gesto compasivo, lo cual la enfureció aún más—. Sé que todo esto debe de ser muy duro para ti.

—Tú no sabes una mierda —replicó ella con rabia.

Él apuró su copa de vino.

—Tal vez tengas razón.

—¿Cuál era el verdadero nombre de mi madre?

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque soy su hija y tengo derecho a saberlo.

—No, no lo tienes. Puede que creas que lo tienes, pero no es así.

Pine parecía a punto de pegarle un puñetazo.

—No te lo digo movido por la ira, Lee.

—Me llamo Atlee —le espetó ella.

—Muy bien, Atlee. Te lo digo porque fue tu madre quien arriesgó todo lo que tenía, incluida su vida, para hacer lo que debía, y lo hizo a una edad en la que la mayoría ni siquiera es capaz de levantarse de la

cama a su hora. Le dije que me llevaría su secreto a la tumba. Ya he roto esa promesa contándote lo que te he contado. Y no pienso ir más allá.

Sus palabras traslucían tanta sinceridad, tal grado de lealtad, que, a pesar de la furia que sentía, Pine se tranquilizó un poco. Retrocedió un paso y contempló la ciudad de Atlanta a sus pies.

—Entiendo que todo esto también ha sido muy difícil para ti —dijo ella más calmada.

—Te agradezco que digas eso, pero lo mío no ha sido nada comparado con lo que tu madre y tú habéis tenido que soportar. —Se quedó mirando su copa vacía—. ¿De verdad no sabes dónde está?

—No. Ni siquiera con toda mi formación y mis recursos como agente federal, he sido capaz de encontrarla.

—Me culpo por ello.

—¿Por qué?

—Porque yo le enseñé a engañar a los demás, a esconderse. Lo hice para que estuviera a salvo, porque las fuerzas que iban tras ella eran muy poderosas, tan inteligentes como despiadadas. Pero ella se volvió muy paranoica, sobre todo en lo que concernía a la seguridad de sus hijas.

—¿Y por qué no la pusisteis en el programa de protección de testigos? Esa gente es muy buena.

—¿Qué te hace pensar que no lo hicimos? —fue la sorprendente respuesta de él.

—¿Qué…, qué pasó?

—Estuvieron a punto de mataros a toda la familia. Dos veces. Creo que vosotras tendríais un año o así.

—¿Cómo? —exclamó Pine, anonadada—. Es como si estuvieras hablando de la vida de otra persona, no de la mía.

—Entiendo que te hayas quedado totalmente estupefacta. Fue entonces cuando los otros…, cuando el «elemento» para el que yo trabajaba intervino y elaboró un plan.

—¿Y así fue como mis padres acabaron viniendo a Andersonville con Mercy y conmigo?

—Sí. Parecía estar lo bastante lejos de todo, un lugar en el que

nadie pensaría que una antigua modelo internacional podría refugiarse. La otra cosa buena era que sería fácil detectar a cualquier forastero que viniera por el pueblo.

Lineberry volvió a su sillón y se sentó. Pine lo siguió.

Él la miró desde el otro lado de la mesa.

—Siento mucho todo esto.

—Supongo que hiciste lo que tenías que hacer. Al igual que mi madre.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Haré lo que tengo que hacer —respondió ella con firmeza—. ¿Me puedes llevar ya de vuelta? Tengo mucho en lo que pensar y no puedo hacerlo aquí.

Cuando bajaron al aparcamiento, Pine le pidió:

—¿Te importa si conduzco yo?

—No, pero ¿por qué?

—Siento que necesito tener el control de algo. De lo contrario…

Él le pasó las llaves.

—Entiendo.

En el trayecto de vuelta a Andersonville, no dijeron nada.

Hasta que empezaron los disparos.

62

La primera reacción instintiva de Pine fue sacar la Beretta Nano del bolso, pero se contuvo. La segunda fue aferrar con fuerza el volante y realizar maniobras evasivas para intentar esquivar los disparos.

—Jack, ¿estás bien? ¡Jack!

Se giró hacia él y lo vio medio desplomado sobre su asiento, con el rostro muy pálido. Volvió la cabeza a un lado y vomitó. Su respiración sonaba muy agitada. Entonces Pine vio la mancha roja extendiéndose por su camisa.

«Mierda».

Dio un volantazo para sacar el Aston Martin de la carretera, le abrió la camisa a Lineberry y utilizó su chal para intentar taponar la herida de bala. Estaba en la parte superior derecha del torso. Pine sabía que aquella zona también era complicada, pero al menos no le había alcanzado directamente en el corazón o en la cabeza.

Lo inclinó un poco hacia delante y pasó la mano por su espalda. No había orificio de salida.

Sin apartar la vista del área de donde habían procedido los disparos, sacó su móvil y llamó a Laredo. Contestó al segundo tono y ella le explicó todo lo que necesitaba saber.

Laredo respondió de forma expeditiva:

—Voy para allá.

No faltaba mucho para llegar a Andersonville. Confiaba en que estuvieran suficientemente cerca.

Se giró para mirar a Lineberry, que se había quedado inmóvil.

—¡Jack! Vamos, Jack, aguanta.

Le palpó el cuello. Aún tenía pulso, aunque débil.

—Jack, quédate conmigo. La ayuda está de camino. Aguanta…

Una nueva ráfaga de disparos pasó a apenas unos centímetros de su

cabeza. Se agachó y tiró de Lineberry hacia abajo.

Pine se disponía a sacar la pistola para disparar, pero entonces se lo pensó mejor.

Oyó cómo arrancaba un motor.

Bien, era un movimiento interesante que le aportaba mucha información.

Podía oler el vómito de Lineberry mezclado con el aire húmedo y dulzón de Georgia y con su propio sudor activado por la adrenalina.

Abrió la puerta del conductor, se quitó los zapatos y se tiró de rodillas al suelo, utilizando el coche como escudo.

Los faros aparecieron como a unos cien metros de donde estaba. No pudo distinguir qué clase de coche era. Tampoco pudo ver al conductor.

Sacó la Nano de su bolso. Tenía ocho balas; esperaba que fueran suficientes.

Utilizando el lateral del Aston Martin como punto de apoyo, apuntó con la pistola al vehículo que se acercaba. Quien fuera que había disparado no sabía que ella iba armada. Seguramente pensaría que tanto ella como Lineberry habían quedado fuera de juego. La segunda ráfaga de disparos habría sido para asegurarse.

Esa era la razón por la que Pine no había respondido antes al fuego. No tenía a qué apuntar, pero ahora sí.

El vehículo estaba ganando velocidad.

«No dispares todavía, Pine. Espera…». Se apartó un mechón de pelo del ojo derecho. Soltó el aire y se quedó muy quieta, todo su cuerpo centrado en el blanco al que apuntaba, tal como le habían enseñado.

Por lo visto el conductor iba a por todas, ya que aceleró aún más. Entonces Pine vio que se trataba de un gran SUV que se dirigía hacia ellos a toda velocidad, al parecer dispuesto a acabar el trabajo.

Pine esperó hasta que estuvo a menos de veinte metros.

El primer disparo atravesó el parabrisas justo delante del asiento del conductor. El segundo abrió un agujero aún mayor en el mismo punto. Desplazó el cañón ligeramente a la izquierda y disparó dos veces contra el lado del copiloto. Después abrió un orificio en la rejilla del radiador y otro en la rueda derecha delantera. Le quedaban dos balas

y no pensaba desperdiciarlas.

Con los dos primeros disparos, el SUV había virado bruscamente, primero a la derecha y luego a la izquierda, antes de parar en seco a unos diez metros de donde se encontraba ella.

Pine esperó. El conductor del otro vehículo, también.

La Nano apuntaba directamente al SUV. En cuanto alguien saliera de él, Pine dispararía.

Pasaron varios minutos.

Cuando Pine oyó las sirenas a lo lejos, casi dejó escapar un grito de alivio.

Quien estuviera dentro del vehículo también debió de oírlas. El SUV retrocedió un poco, sus ruedas traseras girando para recuperar tracción. Luego volvió a agarrarse al asfalto y salió disparado en la dirección por donde habían venido ella y Lineberry.

Pine corrió hasta el centro de la carretera, niveló la pistola y disparó sus dos últimas balas contra el vehículo que se acercaba dando bandazos, y de cuyo capó seguía saliendo humo por el proyectil que había alcanzado el radiador.

Era imposible que ese SUV pudiera llegar muy lejos.

Volvió corriendo al Aston Martin para comprobar cómo estaba Lineberry. Seguía respirando y aún parpadeaba ligeramente.

—La ayuda ya casi ha llegado, Jack. Aguanta.

—L-Lee…

—Estoy aquí.

Los ojos de Lineberry se abrieron y se clavaron en el rostro de Pine. Alargó una mano y le acarició la cara.

—A… Aman… da.

«¿Amanda?».

Y volvió a cerrar los ojos. Luego Pine alzó la vista y vio cómo se acercaba a toda velocidad un coche patrulla seguido por una ambulancia.

Pine corrió hasta el centro de la carretera agitando los brazos.

El vehículo policial derrapó delante de ella y se detuvo. Pine ni siquiera esperó a que se bajaran. Salió corriendo hacia ellos blandiendo su placa y se inclinó sobre la ventanilla bajada para hablar

con los dos desconcertados ayudantes del sheriff que había en su interior.

—El tirador va en un SUV que ha escapado en esa dirección. He disparado contra el parabrisas, una rueda y el radiador. El tipo va armado. Id tras él y pedid refuerzos para bloquear las salidas. Yo me ocuparé de los servicios de emergencia médica.

—Sí, señora.

El coche patrulla salió disparado, y Pine hizo gestos a la ambulancia para que la siguiera mientras corría hacia el Aston Martin.

Llegaron al mismo tiempo.

—Herida de bala —gritó al personal de emergencias que bajó del vehículo—. Parte superior derecha del pecho. Ha sangrado mucho. Está inconsciente. Deprisa.

Cogieron sus equipos y se dirigieron a toda prisa hacia el coche.

Empezaron a atender a Lineberry sin moverlo del asiento. Pine se quedó maravillada viendo cómo las dos técnicas sanitarias, ambas jóvenes y mujeres, realizaban sus tareas con suma rapidez y eficiencia. Comprobaron sus constantes vitales y le administraron plasma y fluidos al tiempo que trabajaban sobre la herida y reducían la hemorragia externa.

Pine giró la cabeza cuando oyó que Laredo llegaba en su coche, acompañado por Blum.

Se acercaron corriendo y se unieron a ella junto al Aston Martin.

—¿Está…? —preguntó Blum.

Una de las técnicas sanitarias alzó la vista.

—Está estable, crítico pero estable. Hemos detenido la hemorragia y las constantes están estabilizadas. Pero tenemos que llevarlo urgentemente a Americus.

La otra sacó una camilla de la parte posterior de la ambulancia y entre todos ayudaron a tender a Lineberry en ella. Cuando lo trasladaban hacia las puertas traseras del vehículo, Pine dijo:

—Yo voy con él.

Mientras se subía a la ambulancia, Laredo preguntó:

—¿Y el tirador?

—La policía va tras él. Puede que le haya dado al conductor y

también he dejado el vehículo bastante tocado.

—Averiguaré lo que pueda —le prometió él—. Te seguiremos en el coche hasta el hospital. —Entonces le miró el brazo—. Mierda, Pine. También te han dado a ti.

Pine bajó la mirada a su brazo desnudo, cubierto de sangre ya ennegrecida.

—La bala no me ha alcanzado, solo me ha rozado. Me pondré una tirita.

—Necesitarás algo más que una tirita —repuso Blum con firmeza.

Miró a la técnica sanitaria que iba en la parte de atrás y que había oído la conversación. Esta asintió con la cabeza hacia Blum.

—Nos ocuparemos, señora.

Las puertas se cerraron y al momento la ambulancia arrancó con la sirena a todo volumen.

Pine se sentó junto a Lineberry mientras la joven sanitaria controlaba las constantes vitales del paciente, al tiempo que la examinaba a ella. Luego le limpió y le vendó la herida.

—¿Cree que saldrá de esta? —le preguntó Pine en voz baja.

—Tiene bastantes probabilidades, pero se sabrá más cuando le hagan las radiografías. He enviado un correo al hospital de Americus con lo que sabemos sobre su estado para que estén mejor preparados cuando lleguemos. Tendrán que operarlo de inmediato. Dependerá de si la bala ha provocado algún daño grave y de si sufre hemorragia interna. Pero por el momento la presión sanguínea es estable. Eso es buena señal.

Pine agarró la mano de Lineberry.

—Necesito que te pongas bien, Jack, por muchas razones.

Se apartó el pelo de la cara, se inclinó hacia él y lo besó en la frente. Al incorporarse, se sorprendió a sí misma: una lágrima corría por su mejilla. No recordaba la última vez que eso había sucedido. No tenía recuerdos de haber llorado desconsoladamente desde que perdió a su hermana. En aquel entonces, se había abandonado al llanto durante lo que se le antojaron meses.

No se enjugó la lágrima. Dejó que se deslizara por su cara hasta llegar a los labios.

Pine dejó escapar una larga exhalación, siguió agarrando la mano de Lineberry y trató de recomponerse mientras la ambulancia avanzaba a toda velocidad.

63

Sentada en una habitación en la unidad de cuidados intensivos del hospital, los pitidos de los monitores taladraban la cabeza de Pine como si fueran proyectiles.

Lineberry ya había sido operado de urgencia. Ahora estaba tendido inconsciente en una cama, rodeado de tubos y sondas por todo el cuerpo. La mirada de Pine se veía constantemente atraída hacia la pantalla del monitor, controlando la presión sanguínea, la respiración y el pulso del hombre, y esperando a que sonaran las alarmas, lo cual ya había ocurrido dos veces, provocando que doctores y enfermeras entraran a toda prisa en la habitación e hicieran todo lo necesario para acallar los ruidos.

Se levantó y miró nerviosamente a Lineberry. Ya había mantenido varias conversaciones breves con el cirujano y con el médico a cargo del paciente. La bala había causado lesiones internas, fracturando hueso y sesgando algunos vasos sanguíneos. Habían extraído el proyectil y reparado los daños. Se mostraron prudentemente optimistas, afirmando que Lineberry se restablecería plenamente si recuperaba la conciencia y no surgían nuevas complicaciones.

Blum, Wallis y Laredo habían acudido y se habían marchado.

Habían encontrado el SUV al que Pine había disparado, abandonado unos kilómetros carretera abajo. No había nadie dentro, pero había rastros de sangre en el asiento delantero. Ya estaba siendo procesada.

—El vehículo fue robado a las afueras de Atlanta unas tres horas antes de aparecer en las cercanías de Andersonville —le había informado Laredo.

—Nos estaban esperando —dijo Pine—. No nos habían perseguido, estaban esperándonos en la carretera.

—¿Así que sabían que estabais volviendo de Atlanta? —preguntó

Laredo—. Pero ¿cómo?

Pine no tenía una respuesta que darle.

Jerry Danvers estaba custodiando la puerta de la habitación, junto con un agente del condado de Sumter.

Se había mostrado muy afectado al llegar al hospital, culpándose por no haberlos llevado en persona a Atlanta.

—Es mi trabajo —no había parado de repetirle a Pine.

—Y él es tu jefe y quería conducir —le había dicho ella, en vano.

Se levantó de la silla cuando Lineberry se removió un poco, gimiendo ligeramente. Miró rápidamente hacia el monitor, pero todos los registros permanecían estables.

Se inclinó para observarlo. Le parecía casi inconcebible que solo unas horas antes hubieran estado en su fabuloso ático, tomando un vino carísimo mientras contemplaban el skyline de Atlanta.

Y que fuera entonces cuando él le había contado que su madre había estado involucrada con la mafia.

Su cabeza no paraba de darle vueltas a esa revelación. Se sentía como si alguien la hubiera arrojado de un barco en medio del océano. No sabía dónde se encontraba, si iba o si venía. Pero aún tenía a Lineberry. Él lo sabía todo. Y no podía perderlo.

—Jack, ¿puedes oírme? Has salido de la operación. Te han curado las heridas. Vas a ponerte bien. —Le puso una mano en el hombro bueno y le dio un suave apretón.

Pine se sobresaltó cuando sus ojos parpadearon y se abrieron para mirar frenéticamente a su alrededor.

—¿Jack? Tranquilo. Estás en el hospital. Estás fuera de peligro. Vas a ponerte bien.

Por fin su mirada se posó sobre Pine. Entreabrió los labios y movió la mandíbula, y ella comprendió que intentaba decir algo.

Se inclinó más hacia él.

—¿Qué pasa, Jack?

—¿A… Amanda? Yo… ¿Aman… da?

Pine no sabía qué hacer ni qué decir. La miraba con tal desesperación que tomó su mano en la suya y asintió.

—Soy…, soy Amanda, Jack. Estoy aquí contigo.

Notó que sus dedos apretaban los suyos. Él asintió y dijo:

—Te…, te quiero.

Sus ojos la escrutaban en busca de una respuesta.

—Yo…, yo también te quiero —respondió Pine al fin.

Él acertó a esbozar una débil sonrisa, parpadeó una vez más y se sumió de nuevo en la inconsciencia.

Pine retiró la mano muy despacio y volvió a sentarse en la silla.

Experimentó un leve estremecimiento al caer en la cuenta de lo que acababa de pasar.

«Solo he hecho el papel de mi madre para confortarlo».

Era lo único que se le había ocurrido hacer en unas circunstancias tan difíciles. Y aun así no se sentía bien por ello. Era un nuevo acto de engaño —no importaba si había sido por una buena razón o no—, y ya empezaba a estar harta de todas las mentiras que había descubierto desde que había llegado.

Salió de la habitación y se encontró a Danvers en el pasillo. Llevaba traje y corbata, pero estaban muy arrugados y se le veía inusualmente desaliñado.

—¿Tienes tiempo para un café? —le preguntó.

En ese momento, Tyler Straub apareció al fondo del corredor. Presentaba un aspecto pulcro y atildado, y no parecía para nada tan afectado como Danvers por lo ocurrido.

—Hey, Jerry, he venido a relevarte. ¿Cómo va la cosa?

—El señor Lineberry se recuperará —respondió Danvers con firmeza, sus rasgos crispados por la ira.

Straub miró a Pine con gesto cansino.

—Vale, vale. Bueno, eso es genial. Seguimos teniendo trabajo.

—¡Ese comentario ha estado fuera de lugar! —bramó Danvers.

Straub alzó las manos en señal de fingida rendición.

—Eh, que solo intento aligerar un poco el ambiente. Y, para que lo sepas, ya he hablado con la enfermera y me ha contado las buenas noticias. Me cae bien el jefe, ¿vale?

Danvers se tranquilizó, se giró hacia Pine y dijo:

—¿De qué quería hablar?

—De lo que pasó anoche.

—No tengo nada más que decir. Y no pienso abandonar mi puesto.

Pine miró a Straub.

—¿Y tú tienes tiempo para un café?

—Claro.

El hombre se volvió con gesto preocupado hacia Danvers. Este evitó su mirada.

—¿Te parece bien, Jerry?

Danvers se limitó a cabecear brevemente.

Pine llevó a Straub a una pequeña cocina en la que había una mesa y sillas, así como una cafetera y tazas. Sirvió unos cafés y se sentaron.

Examinó al guardia de seguridad. Debía de ser algo mayor que ella, cerca de los cuarenta. Mediría un metro noventa y era delgado, pero la anchura de sus hombros insinuaba un gran poderío físico. El bulto bajo su chaqueta indicaba el lugar donde guardaba la pistola. Tenía el pelo rubio claro, espeso y ondulado. Sus rasgos eran duros y atractivos, y Pine supuso que tendría bastante éxito entre las mujeres del lugar.

—Y bien, ¿qué pasa con Jerry? —le preguntó.

Straub se encogió de hombros, un tanto incómodo.

—Bueno, es extremadamente leal a Lineberry. Tampoco es que tenga nada en contra de eso.

—Algunos dirían que lo es en exceso. Tengo entendido que estaba en el Servicio Secreto.

—En el Servicio Secreto… uniformado —puntualizó Straub.

Pine se echó hacia atrás en la silla.

—¿En serio? No lo sabía.

—Ya lo veo por tu cara.

—¿Y qué pasó? ¿Por qué lo dejó? Es demasiado joven para haber renunciado por una pensión.

—No me gusta ir por ahí contando chismes.

—Haz una excepción. Puede ser importante.

—Bueno, el rumor es que Danvers iba camino de convertirse en uno de los agentes de mayor rango del Servicio Secreto. Pero la cosa se estropeó y se quedó por el camino.

—¿Cómo fue?

—Ni idea. Tú eres una federal. Cualquier pequeño fallo y caes en desgracia. Pero, eh, a él ya le fue bien. Ahora gana mucho más dinero de lo que se sacaría protegiendo al presidente o deteniendo a falsificadores.

—¿Y qué opinas de él?

—Se altera muy fácilmente. Ya has podido verlo. Y se muestra excesivamente protector con Lineberry. Yo también soy muy profesional, pero para mí esto es trabajo. Para él es más como…

—¿… el trabajo de su vida?

Straub tomó un sorbo de café antes de responder.

—Podría decirse así —repuso en voz baja.

—Háblame sobre vuestra planificación de seguridad.

—A veces los dos estamos de servicio, dependiendo de la situación, como cuando viniste a la casa el otro día. Por las noches contamos con un sistema de vigilancia electrónica dispuesto alrededor de todo el perímetro y conectado con alertas a nuestros teléfonos móviles, de modo que no es que estemos patrullando toda la noche ni controlando un monitor de seguridad. A ver, el tío es rico, pero tampoco es que sea una celebridad ni nada de eso.

—¿Dormís dentro de la propiedad?

—Sí, a solo unos cientos de metros de la residencia principal.

— ¿Y anoche?

—El señor Lineberry nos dijo que iba a llevarte en coche a Atlanta y que no iba a requerir nuestros servicios.

—¿Cómo se lo tomó Jerry?

—Nunca le ha hecho mucha gracia que el señor Lineberry salga solo.

—¿Tiene a alguien que se encargue de vigilar y cuidar de su ático de Atlanta?

—Sí, hay un asistente encargado de la propiedad y una doncella a tiempo completo. Ambos se alojan en las mismas dependencias.

—Estuve allí anoche y no vi a nadie.

Straub se reclinó en su silla.

—Ah, ¿sí? ¿Estuviste en el ático?

—Él me lo propuso.

—Seguramente le dio la noche libre al servicio. —La miró con curiosidad—. Quizá quería estar a solas contigo.

—¿Qué hicisteis Jerry y tú anoche?

—Yo me fui a dormir. Como te he dicho, tenemos alojamientos detrás de la residencia principal. Dos cabañas. Bueno, esa palabra no les hace justicia. Son mejores que cualquier casa en la que haya vivido.

— ¿Y Jerry?

Straub sacudió la cabeza con gesto cansino.

—Dijo que iba a rastrear al señor Lineberry en la aplicación.

—¿La aplicación?

—Sí. No es nada del otro mundo. Pero todos los coches tienen un transpondedor, y la aplicación utiliza un rastreador por satélite que muestra la ubicación del Aston Martin.

—¿Así que Jerry sabía cuándo íbamos a volver?

—Bueno, para eso sirve una aplicación de esas.

—¿Cuándo te enteraste de lo que había pasado?

—Cuando Jerry me llamó anoche. Bueno, supongo que ya era de madrugada. Me dijo que habían disparado al señor Lineberry y que lo habían llevado a Americus. Por eso estaba tan afectado. Jerry piensa que debería haber estado allí para protegerlo. Recibiría una bala por él, puedes creerme. En ese sentido, habría sido un excelente agente del Servicio Secreto.

Pine no dijo nada. Estaba pensando que, con una aplicación como esa, Jerry podría haber estado esperándolos en la carretera y abrir fuego contra ellos.

Pero ¿por qué intentar matar al hombre por el que sentía tanta devoción? Y, tal como Straub había señalado, con Lineberry vivo tenían empleo. Con él muerto se quedarían sin trabajo.

De modo que Jerry tenía la oportunidad y los medios. Pero ¿cuál podía ser su móvil?

—¿Agente Pine?

Cuando levantó la vista, vio que Straub la miraba con gesto preocupado.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—No estoy segura —respondió ella—. De verdad que no lo sé. Pero quiero que hagas algo por mí.

—Vale.

—Si ves u oyes cualquier cosa que te parezca rara, llámame. —Le entregó una de sus tarjetas.

—Rara… ¿en qué sentido?

—Guíate por tu instinto. Es importante.

—De acuerdo.

Pine se levantó y se marchó, con la mente trabajando a un millón de kilómetros por hora.

64

Pine y Blum estaban sentadas en la sala del desayuno del Cottage tomando café. Pine acababa de contar a su ayudante todo lo que Lineberry le había revelado acerca de sus padres.

Blum se quedó sin habla durante un largo rato. Al final se inclinó hacia delante y dijo:

—Bueno, es algo ciertamente extraordinario, y explica muchas cosas.

Pine dio un sorbo a su café y dejó la taza con cuidado sobre la mesa, aunque los dedos le temblaban ligeramente.

—En fin, que me siento como si me hubiera arrollado un tren.

Blum le sirvió un poco más de café y luego le dio unas palmaditas en la mano.

—¿Y te extraña sentirte así? Anoche te enteraste de que tu madre era un topo, o una informante o como quieras llamarlo, que actuaba contra la mafia. Que tuvieron que salir huyendo para salvar la vida porque los cuatro estuvisteis a punto de ser asesinados mientras estabais en el programa de protección de testigos. Aparte de eso, también estuviste a punto de morir anoche, y además resultaste herida. Son más impactos y sobresaltos de los que cualquiera se llevaría en toda una vida.

—Esa tuvo que ser la razón de que hace treinta años se llevaran a mi hermana y a mí casi me mataran. Pero, como ya te dije, creo que Mercy fue la ganadora del juego de la cancioncilla infantil. Tuvo que ser ella. De lo contrario, ¿por qué no intentar matarnos a las dos? ¿Por qué molestarse en llevársela?

—No lo sé, agente Pine. Aunque lo que dices tiene sentido —añadió Blum muy despacio.

—Pero tú no te lo crees —contestó Pine con aire cansado.

—Como bien me has aconsejado siempre, es mejor no sacar conclusiones precipitadas.

—Tienes razón. Me estoy precipitando.

—Y supongo que hay una cosa que está clara.

—¿El qué?

—Que Daniel Tor no estuvo implicado en nada de esto.

Pine torció el gesto.

—Me he estado obcecando con él casi desde el principio. No puedo creerme que haya malgastado tanto tiempo con ese malnacido.

—Pero tuviste que seguir esa pista porque resultaba viable. Aunque, como ocurre con la mayoría de las pistas, no llevara a ninguna parte.

—Pensándolo en retrospectiva, lo ocurrido nunca encajó con su *modus operandi*. Él mismo me dijo que nunca había secuestrado a una niña de ese modo. Y lo que sabíamos de sus crímenes respaldaba sus palabras. Pero yo me empecinaba en mi teoría contra viento y marea. Quería un hombre del saco al que poder atribuirle la culpa.

—Te entiendo. Pero en todo esto hay algo positivo.

Pine pensó en su último encuentro con Tor, cuando él le había pedido que le llamara Dan.

—Que nunca más tendré que ver a ese cabrón —dijo con una lúgubre sonrisa.

—Exacto.

—Muy bien, tenemos que seguir esta nueva línea de investigación. —Pine apartó su taza a un lado y se inclinó sobre la mesa—. Si lo que nos ocurrió a mí y a mi hermana está relacionado con las actividades de mi madre en Nueva York, eso significa que alguien implicado en aquello nos encontró aquí.

—Pero, en un pueblo tan pequeño, ¿no resultaría demasiado evidente la presencia de un mafioso neoyorquino?

—Bueno, no es que todos los mafiosos se parezcan a Al Pacino o Marlon Brando y hablen como en un episodio de *Los Soprano*.

—Pero ¿cómo podría haber pasado alguien por delante de tus padres para subir a vuestro cuarto, aunque estuvieran muy borrachos? No habrían permitido que un desconocido se paseara tranquilamente por la casa a menos que estuvieran totalmente inconscientes. Eso

nunca me ha encajado.

—Tengo una teoría al respecto.

—¿Cuál?

—Mi madre no siguió su rutina normal aquella noche. ¿Te acuerdas de que te lo conté?

—Sí. Y supongo que le has estado dando vueltas. ¿Has llegado a alguna conclusión?

—Sí. —Pine hizo una pausa para reordenar sus pensamientos—. Nos acostó a la hora de costumbre, pero luego no vino a ver cómo estábamos y subió a nuestro cuarto a las seis de la mañana, mucho antes de lo habitual. Eso es lo que constaba en el expediente policial.

—¿Y qué te indica eso?

Pine alzó la mirada.

—Que mis padres no estaban en la casa aquella noche. Que estaban en otra parte.

—¿En otra parte? ¿Dónde?

—En casa de los Pringle, bebiendo y colocándose. Todos debieron de quedarse dormidos. Entonces mi madre se despertó, se dio cuenta de lo que había pasado y vino corriendo a nuestra casa para ver cómo estábamos. Y me encontró a mí medio muerta y a Mercy desaparecida.

—Pero sin duda los Pringle se habrían acordado de eso.

—Mintieron —respondió Pine simplemente—. Myron dijo que estaba en el trabajo cuando su mujer le llamó para comunicarle la noticia que le había contado mi madre. Pero yo creo que seguía borracho en su casa. Puede que fuera a la mina más tarde, pero quién podría acordarse de eso a estas alturas. No, mintieron porque estaban avergonzados por lo que había pasado y no querían que los relacionaran con lo ocurrido. Por eso ninguno recordaba lo que había estado haciendo aquella noche, hasta que Myron finalmente reconoció que habían estado con unos amigos en su casa. Lo que no nos dijo era que esos amigos eran mis padres.

—De modo que tu madre os encontró a ti casi muerta y a Mercy desaparecida. Y a todos debió de entrarles el pánico.

—Un poco demasiado tarde —dijo Pine, dejando escapar un largo suspiro—. El daño ya estaba hecho.

—¿Y por qué utilizar la cancioncilla para elegir a una de vosotras?

—No lo sé. Quizá fue la única manera que se le ocurrió al secuestrador. Quizá la recordó de su propia infancia, cuando se utilizaba para elegir o ser elegido para un equipo.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Necesito información sobre Barry Vincent y sobre cualquier posible conexión con la gente de Nueva York. Si existe alguna, podré avanzar a partir de ahí. Si no, tendré que volver a la casilla de salida.

En ese momento entró Lauren Graham, con el rostro muy pálido y expresión desconsolada.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Pine.

—Estoy muy preocupada por Jack.

—Cuando me marché del hospital estaba evolucionando bien. El cirujano acababa de examinarlo y dijo que la última serie de pruebas mostraba que los daños internos habían sido reparados. La recuperación será larga, pero se encuentra fuera de peligro. Y está claro que puede permitirse los mejores tratamientos. Estoy convencida de que se pondrá bien.

—¿Ha…, ha preguntado por mí?

Pine miró a Blum antes de responder.

—Eh…, estaba inconsciente, Lauren. No podía preguntar por nadie. —No iba a contarle a la mujer que Lineberry la había llamado Amanda… dos veces.

—¿Puede recibir visitas?

—Ahora mismo está en custodia protegida debido a lo ocurrido, pero deberías hablar con el detective Wallis. Seguramente él tendrá más información.

Graham le dio las gracias y se marchó.

—Está coladita por él —dijo Blum.

—Sí. Pero es que es un hombre apuesto, obscenamente rico y además muy agradable. Imagino que a muchas mujeres les gustaría formar parte de su mundo.

—El paquete es francamente atractivo —convino Blum.

Pine rememoró la noche anterior con Lineberry. La manera en que la había mirado.

—Puede que Lauren tenga una oportunidad. Parecen gustarle más jóvenes.

Blum iba a decir algo cuando sonó el móvil de Pine.

—¿Diga? —respondió.

Era Don Bigelow, de la oficina del concesionario MercedesBenz.

—Agente Pine, acabo de dar con algo que podría serle de ayuda.

—¿De qué se trata? —preguntó ella, enderezándose en el asiento con gesto expectante.

—He cotejado ese nombre, Jack Lineberry, con otros archivos del sistema y he encontrado una coincidencia.

—¿Una coincidencia? Entonces ¿Lineberry compró algo en el concesionario?

—No, él no. Otro hombre compró un AMG S63. Un buen coche. Con todo el equipamiento, puede costar más de doscientos mil dólares. No es un Pagani, pero sin duda es un buen coche.

—¿Y qué tiene que ver eso con Lineberry?

—Bueno, el tipo pagó en efectivo, pero aun así tuve que pedirle información de contacto para enviarle los formularios de garantía y todo eso. Y en los papeles puso que trabajaba para Jackson Lineberry and Associates. Supuse que se trataba del mismo Jack Lineberry por el que me preguntó.

—Así es. ¿Y cómo se llama el hombre que compró el AMG?

Pine creía saberlo: Jerry Danvers. Pero la respuesta de Bigelow la dejó estupefacta.

—Myron Pringle.

65

—¿Myron Pringle, en serio?

Laredo estaba en el asiento del copiloto del coche de Pine.

—Eso es lo que ha dicho el hombre del concesionario.

—¿Cuánto le pagará Lineberry para poder costearse un coche de doscientos mil dólares?

—Bueno, me contó que tiempo atrás había vendido un algoritmo por una cantidad de seis cifras. Puede que el dinero saliera de ahí.

—Aun así, me gustaría saber cuánto gana ese tío.

—Estoy tratando de averiguarlo. No puedo preguntárselo a Jack, por razones obvias, pero he hecho una llamada a su empresa.

—Bueno, ¿y cuál es el plan?

—Iremos a hablar con él, pero sin asustarlo.

—Comprar un coche no es ilegal.

—Hay una conexión con el concesionario en el que estuvo Frankie Gomez.

—¿Crees que es nuestro asesino?

—Es un poco más alto que Cy Tanner, pero probablemente, con la ropa apropiada, podría hacerse pasar por él, al menos para alguien que no conozca a Tanner.

—¿Y su móvil?

—Eso es lo que vamos a investigar.

Apretó el acelerador y salieron disparados.

Por el camino sonó el teléfono de Pine. Contestó y escuchó unos momentos.

—Se lo agradezco mucho, gracias.

Colgó y miró a Laredo.

—Era alguien de la empresa de Lineberry. Es una suerte que al parecer le haya hablado a algunos de sus empleados sobre mí. No he

preguntado directamente por el salario de Myron, pero sí si cobra lo suficiente para permitirse un coche de doscientos mil dólares.

— ¿Y?

—Puede permitírselo.

—Maldita sea. Creo que me he equivocado de profesión.

—¿Y ahora te enteras? Pensaba que ya te habrías dado cuenta.

Al llegar a la propiedad de los Pringle, Pine aminoró la velocidad. Cuando el coche dobló la curva final y la casa apareció ante ellos, Laredo exclamó:

—¡Guau! Está claro que me he equivocado de profesión.

—Tendrías que ver la mansión de Jack Lineberry. Hace que esto parezca una casita de invitados.

—Eso, tú haz más leña del árbol caído.

No contestaron cuando tocaron el timbre y llamaron a la puerta.

—¿No hay nadie? —dijo Laredo, retrocediendo un poco para echar un vistazo a la fachada.

—Probemos en la parte de atrás. Hay un garaje bastante grande. Quizá podamos ver si tienen algún coche dentro.

Rodearon la casa por el lado izquierdo y llegaron a un patio donde se alzaba el garaje con capacidad para seis plazas. Su interior estaba protegido por unas grandes puertas de madera, pero había una serie de ventanas a unos dos metros y medio del suelo.

—Ayúdame a subir —dijo Pine.

Laredo colocó las manos formando un estribo y alzó a Pine para que pudiera atisbar por una de las ventanas.

—¡Hostia puta! —exclamó, agitándose de tal modo que su cadera chocó contra la cabeza de él.

—¿Qué? ¿Ves el Mercedes?

La ayudó a bajar y se la quedó mirando con los ojos muy abiertos.

—¿Qué pasa? ¡Háblame!

—No puedo estar segura, pero creo que he encontrado el Pagani.

—¿Cómo?

Pine entrelazó las manos.

—Míralo tú mismo.

—¿Estás segura de que puedes…?

Ella lo atajó con una mirada de incredulidad.

—Vale, vale, no he dicho nada.

Pine lo alzó fácilmente y él miró por la ventana.

—No hay duda de que es un Pagani.

Ella lo bajó al suelo y ambos examinaron el garaje.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Laredo.

—En que tengo que entrar ahí dentro, y también en la casa.

—Necesitarás una orden de registro.

—¿Causa probable?

—¿De qué? —replicó él.

Se giraron cuando oyeron acercarse un vehículo.

Era el Mercedes AMG. Britta Pringle bajó la ventanilla.

—¿Agente Pine? Me ha parecido reconocer tu coche en la entrada. ¿Qué pasa?

—¿Está Myron en casa?

—No, ha salido de viaje.

—¿De viaje? ¿Adónde?

—Por trabajo. Me temo que no me ha dicho mucho más.

—¿Te has enterado de lo de Jack Lineberry?

—No, ¿qué?

—Le dispararon anoche.

—¡Oh, santo Dios! —Britta dio la impresión de que fuera a desmayarse—. ¿Está…?

—Está vivo y parece que se va a reponer.

La mujer empezó a inspirar profundamente.

—Pero ¿cómo? ¿Quién? ¿Estaba en su casa? Si tiene personal de seguridad…

—Le dispararon mientras iba en el coche. Yo estaba con él.

—¿Estás herida?

—Solo un rasguño. ¿Cuándo volverá Myron?

—No estoy segura. No lo ha dicho.

—¿Ese coche que hay en el garaje es un Pagani? —preguntó Laredo —. Hemos echado una ojeada por una ventana.

Britta respondió visiblemente disgustada.

—¿Os imagináis pagar semejante dineral por un coche? Ya me siento bastante culpable conduciendo este. Lo compramos el año pasado y Myron ya está hablando de cambiarlo. ¿Y dónde está Jack?

—En el hospital de Americus.

—¿Ya han cogido a quien lo hizo?

—La policía está trabajando en ello. Esto…, ¿podemos entrar en la casa?

—Claro. Dejadme que aparque antes.

—Y me gustaría echarle un vistazo al Pagani —añadió Laredo—. Me apasionan los coches.

—Muy bien —dijo Britta, un tanto desconcertada.

Abrió la puerta del garaje y entró con el Mercedes. Ellos la siguieron y Laredo se dirigió inmediatamente hacia el Pagani.

—No veas… —exclamó, poniéndose en cuclillas detrás del coche para examinarlo de cerca—. Es un Pagani BC. Se llama así por el tipo ese, Benny Caiola.

Pine se acercó a él.

—¿Y a santo de qué recibió ese honor?

—Era un coleccionista importantísimo y un gran amigo de Horacio Pagani, que es el constructor de estas maravillas. Tiene un motor V12 con una potencia de ochocientos caballos, transmisión de siete marchas, y pesa menos de mil cuatrocientos kilos porque está fabricado básicamente con fibra de carbono.

—Realmente sabes de coches.

—Tengo ese vicio desde que era un niño. Voy a las subastas solo para mirar, ya que no puedo permitirme comprarme uno.

—Pues Cy Tanner dio una descripción bastante acertada. La verdad es que parece el Batmóvil.

—¿Cy Tanner?

Cuando se giraron vieron a Britta acercándose a ellos con una bolsa de compras en la mano.

—Sí, está viviendo donde yo vivía antes. Una mañana, a primera hora, vio el Pagani enfrente de la casa.

—No, no puede haberlo visto.

—¿Por qué no? —preguntó Pine.

—Porque Myron es el único que lo conduce y casi nunca lo hace. Y, si lo hubiera sacado, ¿para qué iba a ir a tu antigua casa?

—Esa es una pregunta que me gustaría hacerle a él. Y también tengo otra para ti. Al parecer este coche cuesta unos tres millones de dólares. Imagino que Jack le pagará muy bien a Myron, pero creo que no tanto para poder costearse un vehículo como este.

—Bueno, Myron siempre ha tenido una mente privilegiada, sobre todo a la hora de hacer dinero.

—Me comentó algo sobre que se dedicaba al juego y tenía sus sistemas para apostar en Las Vegas.

—Sí, eso fue hace años. Iba allí y regresaba con grandes cantidades de dinero, hasta que le pidieron que no volviera más.

—¿Y ahora tiene otras fuentes de ingresos aparte de su trabajo? —preguntó Laredo.

—No que yo sepa.

—¿Te importa si echamos un vistazo a su oficina?

—Imposible.

—¿Por qué?

—No tengo modo de entrar.

—¿Quieres decir que él es el único que tiene acceso mediante el escáner de retina? —preguntó Pine, y Laredo la miró extrañado.

—A ver, yo no tengo ninguna razón para entrar ahí. Tampoco me entero mucho de las tecnologías. Bastante me cuesta hacer funcionar la tele.

—¿Y qué me dices de su pequeño estudio? Me lo enseñó la última vez que vine. Y allí no hay sistema de seguridad.

—¿Por qué quieres mirar ahí? —preguntó Britta con gesto receloso.

—Me gusta ser concienzuda.

—No sé, Lee. Ese es el espacio de Myron. No creo que tenga derecho a…

—Es importante, Britta —la interrumpió Pine—. De lo contrario no te lo pediría. Puede que le haya pasado algo a Myron.

La mujer palideció y se llevó una mano a la garganta.

—¿Qué? ¿Myron podría estar en apuros?

—No lo sé seguro. Pero ahí dentro podría haber algo que me permita encontrarlo. Y tal vez necesite ayuda.

Britta pareció indecisa un momento, pero al final asintió.

—De acuerdo.

Y se dirigieron hacia la casa.

66

Britta los condujo al estudio de su marido y los dejó allí a solas.

Los dos se plantaron en medio de la habitación y miraron a su alrededor.

—¿Qué estamos buscando exactamente? —preguntó Laredo.

—Lo sabremos cuando lo encontremos. Espero… —añadió ella.

Se paseó por la estancia mientras él examinaba el ordenador que había sobre el escritorio.

—¿Así que este tío es una especie de genio informático? —preguntó mientras se sentaba delante de la pantalla y pulsaba algunas teclas.

—Eso parece.

—¿Alguna idea de cuál puede ser su contraseña?

—Ni la menor…

Pine se paró en seco y se acercó a la mesa.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Prueba con… uno, tres, cinco, siete, nueve, nueve, siete, cinco, tres, uno.

—¿De dónde te has sacado eso?

—A veces los genios se creen demasiado listos como para poder cometer errores.

Laredo tecleó los números.

—Pues esta no es, «genia». ¿No tienes otra?

Pine pensó a toda velocidad y dijo:

—Vuelve a probar con la serie que te he dicho, pero al final pon un cero en vez del uno.

Laredo lo hizo y el ordenador cobró vida.

—Vaya, ¿cómo lo has hecho?

—Es por algo que me dijo Myron. Le gustan los números impares, pero hasta cierto punto. ¿Lo pillas?

—¿Un punto representado por el número cero?

—Exacto.

Laredo pulsó algunas teclas y fue pasando diversas pantallas.

—Estoy revisando su historial de búsquedas. Echa un vistazo a algunas de las cosas que se ha estado bajando.

El monitor se llenó con una serie de títulos de películas acompañados de imágenes provocativas.

—Es todo porno —confirmó Pine.

—¿Qué te ha dado la primera pista: *Abierta hasta el amanecer*, *Polvo jurásico* o *Los sueños húmedos de la profesora*?

—Así que Myron es adicto al porno.

—Muchos hombres lo son. —Cuando ella le dirigió una mirada curiosa, él se apresuró a decir—: Exceptuando a un servidor.

Pine se fijó en un armario empotrado en una pared. Se acercó a él e intentó abrirlo.

—Cerrado.

—Bueno, la dueña de la casa nos ha dado permiso, así que…

Pine sacó su navaja suiza, extrajo una hoja y forzó la cerradura.

—Mira lo que tenemos aquí.

Se apartó un poco para que Laredo pudiera ver los estantes abarrotados de cintas de DVD, y empezó a sacar algunas.

—Porno, porno, porno… —Miró la contraportada de los estuches—. Espera un momento…

—¿Qué pasa?

Pine fue sacando más cajas.

—En todas pone Stardust Productions.

— Sí, ¿y…?

—Stardust es el nombre del programa de software que Myron patentó. Lo llamó así porque era el nombre del casino al que iba a jugar a Las Vegas. —Miró a Laredo—. Y, hablando de juego, ¿qué te apuestas a que Stardust Productions es la productora que financia las películas en las que actuaban Rebane, Clemmons y Gillespie?

—Pero no recuerdo que cuando investigamos saliera ningún nombre así.

—Se trataba de una empresa fantasma a la que no tuvimos manera

de acceder para saber quién había detrás. ¿Por qué tengo la impresión de que ahora sí lo hemos conseguido?

—¿Me estás diciendo que Myron Pringle es la fuente de financiación que está detrás de todas esas películas porno?

—Eso es lo que estoy pensando, sí.

—Joder.

—Y también que quizá sea un negocio más lucrativo de lo que nos pensamos.

—¿Qué quieres decir?

—Ese tío tiene un Pagani en el garaje.

Laredo se quedó anonadado.

—¿Tanto dinero se gana con el porno?

—Hanna Rebane y Beth Clemmons se ganaban su buen dinero. No sé por qué me da a mí que su jefe se sacaba aún muchísima más pasta. Y eran solo dos de las actrices que trabajaban para él. Seguro que tiene montones.

—Espera… Entonces ¿cuál es tu teoría? ¿Que está matando a sus propios actores?

—Está claro que Frankie Gomez no era uno de ellos —dijo Pine.

—Eso es verdad, pero Rebane, Clemmons y Gillespie sí lo eran. Y tu hipótesis es que Clemmons probablemente fue asesinada no por ser una actriz porno, sino porque podía revelarnos algo sobre la conexión entre las dos primeras víctimas. Pero ¿por qué mató a Rebane y Gillespie?

—Bueno, la respuesta más obvia es que ambos conocían algunos trapos sucios sobre él y lo estaban amenazando con sacarlos a la luz.

—¿Y estás diciendo que los mató y los vistió con esas ropas por alguna razón especial? ¿Y que después hizo lo mismo con Frankie?

—Seguramente lo hizo para hacernos creer que se trataba de un asesino en serie e intentar descolocarnos —razonó Pine—. Y además está la conexión con el concesionario. Allí fue donde debió de conocer o al menos ver a Frankie.

—Venga ya, todo esto es demasiado enrevesado —repuso Laredo en tono dubitativo.

—Ese hombre es un genio. No piensa como el resto de nosotros. Y,

si ese no es el motivo, entonces la verdad debe de ser algo que se nos escapa totalmente.

—Bueno, eso está claro.

—De modo que la gran pregunta es: ¿dónde está Myron? ¿Está de viaje matando a alguien más? ¿O está en el sur de Florida supervisando su imperio pornográfico?

—¿Crees que su esposa está al tanto de todo el asunto del porno?

—No me parece que encaje dentro del tipo. Y es muy posible que a él lo estuvieran chantajeando: o nos pagas o se lo contamos todo a tu mujer.

—Tenemos que encontrar a Myron cuanto antes.

Pine se había quedado mirando al techo con gesto abstraído.

—¿Qué pasa?

—Alguien disparó a Jack Lineberry.

—No irás a decirme que crees que Lineberry también está metido en el porno. Ya te dije que lo hice investigar. Y ese tipo no necesita vender porno. Gana más que de sobra con sus negocios legales.

—No es eso lo que estoy pensando.

—Entonces ¿qué? —preguntó Laredo, exasperado.

—¿Y si a quien dispararon anoche era a mí y no a Jack?

—¿A ti?

—Quien fuera que lo hizo conocía nuestra ruta. Estaba al corriente de nuestros planes. Tyler Straub, el otro guardia de seguridad de Jack, me ha contado que Jerry Danvers tiene una aplicación en el móvil con la que rastrea los movimientos de su jefe.

—Así que debía de saber dónde estabais en cada momento.

—Y el tirador no nos siguió. Nos estaba esperando. Oí que su coche arrancaba después de habernos disparado.

—Pero ¿por qué iba a querer matarte Danvers?

—Uno: es un capullo al que no le caigo bien. Dos: quizá tiene algún rollo raro con su jefe. ¿Alguien que se le acerca demasiado? Y además estaba en la división uniformada del Servicio Secreto, pero no pasó el corte para convertirse en agente de pleno derecho.

—¿Así que crees que podría tener algo contra ti?

—Tal vez. Pero también podría estar compinchado con Myron y

ambos querían deshacerse de mí porque me estaba acercando demasiado.

—Bueno, tiene sentido, pero sigue habiendo muchas lagunas que rellenar.

—Ya lo sé, Eddie —replicó Pine, impaciente—. Solo estoy pensando en voz alta.

Volvieron a la planta de abajo. Britta estaba en la cocina.

—¿Habéis encontrado lo que buscabais? —preguntó, levantándose de su silla—. ¿Algo que sirva para ayudar a Myron?

—Tal vez.

—Quiero que me cuentes lo que está pasando, Lee.

—Lo haría si pudiera. Pero la verdad es que no tengo muchas respuestas que darte.

—Ni siquiera está en mi mano llamar a Myron —dijo Britta con gesto angustiado—. ¡Ni siquiera tiene móvil! —Parecía que fuera a romper a llorar en cualquier momento.

Pine vaciló. Se debatía entre lanzarse a la búsqueda de Myron antes de que pudiera volver a actuar, o plantearle a Britta la pregunta que llevaba un tiempo quemándole las entrañas. Finalmente ganó la última opción.

—Britta, ¿puedo preguntarte algo?

—¿Qué? —dijo ella con cautela.

—La noche que desapareció mi hermana…

—¿Sí? —Pareció desconcertada por el abrupto cambio de tema.

—Mis padres estaban en vuestra casa, ¿verdad?

Britta bajó la vista a sus pies.

—Yo…

Pine se acercó a ella.

—Mira, he estado dándole muchas vueltas y las cosas no encajan por ninguna de las dos partes. Mi madre no siguió su rutina habitual para acostarnos. Vosotros tenéis recuerdos muy vagos de lo ocurrido. Myron reconoció que estabais con amigos en casa, pero no se acuerda de quiénes eran.

Cuando Britta alzó la mirada, tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Nunca se imaginaron que pudiera ocurrir algo así, Lee. Ni en un

millón de años. Ninguno de nosotros lo pensó.

—Nos dejaron solas, a dos niñas pequeñas.

Britta volvió a bajar la vista.

—Cuando tu madre se despertó, salió a toda prisa para vuestra casa. No paró de correr para ir a ver cómo estabais. Y… cuando llegó…

—Encontró que Mercy había desaparecido y que yo estaba medio muerta. Algo realmente difícil de imaginar.

Al levantar la mirada, Britta tenía los ojos secos y una expresión dura en el rostro. Eso sorprendió a Pine.

—Tu madre os quería. Os quería a las dos. Eso es lo que hacen las madres, amar a sus hijos. Hacer todo lo que pueden para protegerlos.

—Pues fracasó —dijo Pine con brusquedad—. Y eso que estaba avisada de antemano.

Britta se quedó muy confusa.

—¿A qué te refieres? Nada parecido había ocurrido antes.

—Bueno, no siempre habíamos vivido aquí, ¿no? —replicó Pine, antes de cambiar rápidamente de tema—. En cuanto tengas noticias de Myron, dile que se ponga en contacto con nosotros. Y si te enteras de dónde está, háznoslo saber.

—Pero has dicho que podría estar en apuros.

—No lo sé con seguridad. Solo estoy tratando de descubrir la verdad. —Hizo una pausa—. ¿Quién llevó las colillas de porros y las cervezas vacías a nuestra casa?

Britta la miró con rostro inexpresivo.

—Alguien tuvo que hacerlo, para que pareciera que mis padres habían estado allí toda la noche. De lo contrario, la historia no se sostendría.

—Fue idea de Myron —respondió ella sin rastro de emoción—. Tenía miedo de meterse en problemas. Creo que tus padres ni siquiera se enteraron.

Cuando Pine, visiblemente asqueada, se disponía ya a marcharse, Laredo se giró hacia Britta.

—¿Tiene su marido alguna afición?

Pine se detuvo en seco y se volvió, esperando la respuesta de la mujer.

—Le gustan los coches, pero eso ya lo habéis visto. En mi opinión se gasta demasiado en ellos. Pero es su dinero.

—¿Y las películas? —preguntó Pine.

—¿Películas? No, la verdad es que no.

—¿Suele viajar al sur de Florida? —preguntó Laredo.

—¿Al sur de Florida? Eh… Nunca me ha comentado nada de eso.

—¿Podría ser ahí donde estuviera ahora?

—No dijo nada de tomar un vuelo.

—Pero ¿se llevó equipaje para pasar la noche fuera?

—Podría ser. Yo no estaba levantada cuando se marchó.

—¿Y no lo oíste marcharse?

—Dormimos… en habitaciones separadas. —Y se apresuró a añadir —: Ya sabes, Myron es un ave nocturna y a mí me gusta acostarme pronto.

—¿Y qué coche se ha llevado? Obviamente, el Pagani no.

La mujer pareció confusa.

—No estoy segura. No…, no he visto que faltara ningún coche del garaje. —Britta puso una mano sobre el brazo de Pine—. ¿Qué está pasando?

—Ojalá lo supiera.

67

Mientras conducían de regreso, se vieron atrapados en un embotellamiento de tráfico en dirección al pueblo. Había caravanas, camionetas, coches, SUV e incluso un Hammer, en cuyo costado estaban pintados los perfiles de los líderes confederados que aparecen tallados en el monumento conmemorativo de Stone Mountain.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —preguntó Laredo—. Nunca habría pensado que también pudiera haber hora punta en Andersonville.

—Las recreaciones de la Guerra Civil empezarán mañana —respondió Pine—. Los «ejércitos» ya avanzan.

—No sabía que fuera algo tan grande.

—Ahora estás en el Sur. Aquí la Guerra Civil será siempre algo grande. Y eso les da a los hombres hechos y derechos una excusa para jugar a los soldaditos.

—Ya.

—Habrá un desfile en la calle principal, y el sábado y el domingo se representarán batallas en los terrenos del Pueblo de la Guerra Civil.

Cuando llegaron al Cottage encontraron a Blum en la sala del desayuno tecleando en su portátil. Alzó la vista de la pantalla y preguntó:

—¿Qué habéis podido averiguar con Myron Pringle?

Se sentaron y entre los dos la fueron informando de los últimos sucesos.

—Nunca habría tomado a ese hombre por un productor de porno —dijo la mujer, visiblemente sorprendida.

—Dudo mucho que Britta esté al corriente de eso. Pero al final me ha confirmado que mis padres estaban en su casa la noche que secuestraron a Mercy. Cuando mi madre se despertó por la mañana,

salió corriendo para nuestra casa.

—Tuvo que ser un impacto terrible para ella —observó Blum.

—Bueno, ella se lo buscó.

—Ese comentario es un tanto frío —dijo Laredo, lanzándole una mirada.

Pine se la devolvió.

—No, lo que demuestra una gran frialdad es que mi madre nunca me lo contara. A lo largo de todos estos años podría haberlo hecho y nunca lo hizo. Y también le mintió a la policía. Cometieron obstrucción a la justicia. Contaminaron la escena del crimen. La policía siempre supuso que el hombre había entrado desde fuera porque mis padres estaban en la planta de abajo. Pero no estaban.

—Seguro que tu madre nunca imaginó que pudiera pasaros algo así —dijo Blum en voz baja.

—Sí, eso es lo que ha dicho Britta. Ella también la ha defendido.

—Estoy segura de que Britta se siente terriblemente culpable por lo que les ocurrió a sus propios hijos. No creo que hubiera mucho que ella pudiera hacer, pero aun así una madre siempre se siente culpable por lo que les pase a sus hijos. Todo lo que podría haber hecho para evitarlo, cómo habrían sido las cosas si… Todo eso acaba consumiéndote.

Pine se quedó mirando a Blum con expresión consternada.

—Ni siquiera he pensado en la situación de Britta mientras hablaba con ella.

—Bueno, estabas centrada en tu propia situación. Es algo que nos pasa a todos.

—Me pregunto si estarían en casa de los Pringle solo de fiesta —dijo Pine—, o si habría otra razón para estar allí.

—Eran dos parejas jóvenes con hijos pequeños. Quizá iban a casa de unos y otros cuando los niños dormían. Y esa noche justamente habían ido a casa de los Pringle.

—Estupendo, una rutina de lo más responsable —replicó Pine con amargura, porque eso era lo que sentía—. Irte de fiesta y dejar a tus hijos solos en casa.

—Seguramente pensaban que Andersonville era el último lugar

donde podía ocurrir algo así —señaló Laredo.

—¡Aquello fue… un completo desastre de principio a fin! —exclamó Pine.

—Pero ¿crees de verdad que fue una simple coincidencia? —preguntó de pronto Blum.

—¿El qué?

—¿Que la misma noche que tus padres deciden irse de fiesta a la casa de unos vecinos después de acostar a sus hijas, alguien entra en tu casa, se lleva a Mercy y casi te mata a ti?

Pine dejó escapar un largo y atormentado suspiro.

—Ese hombre podría haber estado vigilando la casa.

—Estoy convencida de que había estado vigilando la casa.

Blum habló con tal seguridad que Pine la miró con extrañeza. Luego miró el portátil abierto.

—¿Qué has averiguado?

La mujer le dio la vuelta al ordenador.

—Después de nuestra conversación anterior, me puse a investigar un poco sobre el mundo de la mafia en la Nueva York de los años ochenta. ¿Veis a este tipo de aquí?

Ambos se inclinaron para examinar la fotografía de un hombre con pinta de tipo duro vestido con un traje oscuro. Estaba en las escaleras de entrada a un tribunal federal de Nueva York.

—¿Quién es? —preguntó Laredo.

—Bruno Vincenzo.

—¿Bruno Vincenzo? ¿Y cómo entra este tipo en la ecuación?

Laredo echó un vistazo al texto que había debajo de la fotografía.

—Vincenzo era uno de los sicarios principales de la familia mafiosa de los Castellano. Tras ser condenado, delató a algunos de sus jefes y entró en prisión, y al cabo de dos meses le rebanaron la carótida en pago por su traición. Murió desangrado antes de que pudieran hacer nada por salvarle la vida.

Pine miró a Blum con cara de no entender.

—¿Me estoy perdiendo algo?

—¿Barry Vincent? ¿Bruno Vincenzo? ¿Es que no ves ningún parecido?

Pine siguió repasando el texto.

—Sí lo veo, pero Vincent no puede ser Vincenzo. Aquí pone que murió en 1987. Esto fue dos años antes de lo que nos ocurrió a Mercy y a mí.

—Pero Bruno tenía un hermano menor, Ito. También he encontrado una foto de él.

Blum abrió otra pantalla en el portátil.

—Los hermanos no se parecen —observó Pine.

—Bueno, hay una similitud que te resultará interesante. —Abrió un correo electrónico—. Sé que le pediste a Max Wallis que investigara a Barry Vincent. Cuando descubrí lo de los hermanos Vincenzo, lo llamé para hablar. Había revisado los expedientes del departamento de tráfico y había encontrado algo relacionado con Barry Vincent. Me lo envió. Esta es una fotocopia de un carnet de conducir expedido por el estado de Georgia a principios de 1989. Este es Barry Vincent. El tipo que tuvo una pelea con tu padre. ¿Te resulta familiar?

Pine cogió la fotocopia y la comparó con la foto de Ito Vincenzo.

—Oh, Dios. Ito Vincenzo es Barry Vincent. —Alzó la vista hacia Laredo—. ¿Cómo diablos nadie se dio cuenta de esto?

—A mí no me mires. Yo estaba en tercero de primaria.

—Supongo que Ito no guardaba demasiado parecido con su hermano —señaló Blum—. Y tampoco estuvo aquí mucho tiempo. Se mostró tan reservado que apenas nadie lo recuerda, aparte de Myron Pringle.

—Vino aquí después de todos esos años para vengar a su hermano —concluyó Pine.

—Eso parece —asintió Blum.

—Pero ¿cómo los encontró? ¿Cómo sabía siquiera que mi madre tuvo algo que ver con todo aquello? Lineberry me dijo que ella nunca llegó a testificar. Lo único que hizo fue actuar como agente infiltrada y llevar un micro.

—¿Cómo? —exclamó Laredo.

—Me olvidé. No te he contado mi conversación con Jack Lineberry.

Dedicó unos minutos a informarle al respecto.

—Dudo que tengamos algún modo de averiguar cómo descubrió que

tus padres estaban aquí. A menos que encontremos a ese tal Ito para preguntarle y el hombre esté dispuesto a contarnos la verdad.

—Pero ¿por qué no matarnos y ya está? Al parecer la mafia ya lo había intentado antes.

—Puede que Ito Vincenzo no tuviera instinto asesino —intervino Blum—. No he encontrado nada sobre él que apuntara a alguna conexión con la mafia. Creo que solo lo hizo para vengar a su hermano. Por lo visto culpaba a tu madre por lo que le ocurrió a Bruno.

—Lo que le ocurrió a Bruno se lo buscó él mismo —replicó Pine con brusquedad—. Pero, si su hermano no tenía intención de matarme, tan solo dejarme inconsciente, tal vez…, tal vez tampoco quisiera hacerle daño a Mercy.

—Es posible —dijo Blum—. Pero no podemos saberlo con seguridad.

—Puedes tener esperanzas, Atlee —comentó Laredo—. Pero tampoco te hagas demasiadas ilusiones.

—Porque ha pasado demasiado tiempo. Sí, lo sé. Ya he pasado por eso.

—Tenemos que encontrar a Ito Vincenzo —dijo Blum—. Empezaré a rastrear las bases de datos, a hacer llamadas y a enviar correos.

—Yo también me pondré con eso —se ofreció Laredo, pero Pine alzó una mano.

—Tú ya tienes lo tuyo, Eddie. No voy a consentir que te metas en más problemas por mi culpa. Así que dejemos que Carol se encargue de eso mientras nosotros nos dedicamos a investigar a partir de lo que hemos descubierto hoy.

—Básicamente, a averiguar dónde demonios está Myron Pringle —afirmó él.

Pero Pine no lo escuchó. Puesto que parecía claro que Barry Vincent/Ito Vincenzo era la persona que se había llevado a Mercy y casi la había matado a ella, las palabras que pronunció durante la pelea con su padre, tal como las recordaba Myron Pringle, volvieron ahora a ella con total nitidez.

«Dijo que mi padre había matado a una hija y casi mata a la otra.

Entonces ¿había asesinado a Mercy?».

Pine se quedó allí inmóvil, sintiendo el cuerpo totalmente entumecido.

68

Cuando Pine se despertó a la mañana siguiente, apenas había podido pegar ojo en toda la noche. Acababa de ducharse cuando le sonó el móvil.

Era un mensaje de la médica forense, con la respuesta a una de las preguntas que le había planteado.

Se sentó en la cama y leyó rápidamente el correo, conciso pero detallado.

Según la forense, el daño que mostraba la medalla de san Cristóbal había sido causado por un disparo. Había encontrado quemaduras de pólvora y una muesca parcial de lo que parecía ser un impacto de bala. Y, siguiendo su intuición, había examinado la medalla con luminol para intentar descubrir rastros de sangre. Y, en efecto, los había: coincidían con el grupo sanguíneo de Frankie Gomez.

Pine no le encontraba ningún sentido.

Llamó al hospital para preguntar cómo estaba Jack Lineberry. Su estado no había cambiado, lo cual, le dijeron, era una buena señal. Esperaban que fuera recuperándose poco a poco.

Colgó el teléfono, se vistió y meditó sobre qué hacer a continuación.

Debían encontrar a Myron Pringle, y deprisa. Temía que hubiera intuido que se avecinaban problemas y hubiera huido. Con el dinero que tenía podría haber tomado un avión privado y encontrarse ya en otro país. Pero, la última vez que había hablado con él, el hombre no había parecido nervioso o sintiéndose amenazado. Si acaso, se había mostrado preocupado por la propia Pine y por toda la información que ella estaba descubriendo sobre su familia, en especial sobre su madre.

De modo que quizá su marcha no tuviera que ver con la sensación de que el cerco se estaba estrechando en torno a él. Aunque, si era realmente el asesino que buscaban, puede que en ese momento

estuviera planificando su próximo crimen.

Se acercó a la ventana y miró hacia la calle principal. Vio a hombres caminando de acá para allá vestidos con uniformes de la Guerra Civil. Algunos blandían mosquetones, otros llevaban sacos de dormir enrollados y otros portaban lo que parecían ser banderas plegadas. La gente empezaba a agruparse en las aceras. El desfile tendría lugar esa mañana.

Había leído que los aficionados a ese tipo de recreaciones bélicas eran muy meticulosos en lo que se refería a los uniformes y el equipamiento, y que su grado de minuciosidad llegaba hasta los últimos detalles, como botonaduras y tejidos. Nunca se había sentido atraída por revivir esas batallas del pasado, pero, si aportaban los dólares del turismo que tanto se necesitaban, a ella le parecía bien. Los pueblos tenían que hacer todo lo que pudieran para sobrevivir.

«Y las personas también».

Se tumbó en la cama y se quedó mirando al techo.

Durante todos esos años, su madre había sabido la verdad. Incluso si Julia o Amanda, o fuera cual fuese su verdadero nombre, no hubiera sabido quién era o por qué estaba allí Barry Vincent, sí sabía muy bien cuál era su propio pasado. Sabía que todos ellos eran objetivos de la mafia. Por lo visto, ni siquiera el Servicio de Marshals de Estados Unidos había podido protegerlos. Y, a pesar de todo, se había ido de fiesta a casa de unos vecinos dejando a sus hijas indefensas en mitad de la noche.

De repente, Pine se incorporó en la cama como si alguien le hubiera clavado una aguijada para ganado. No fue por ninguna revelación o epifanía; lo hizo porque se sentía furiosa. Rabiosa, colérica, más allá de lo que nunca se había sentido en su vida. Y toda esa ira iba dirigida contra su madre.

Despacio, demasiado despacio para encontrar consuelo en su interior, se fue calmando. Aun así, se sentía débil, y enferma. Agarró una botella de agua mineral de la mesita de noche y se la bebió tan deprisa que parte de ella se derramó de su boca y le cayó por el pecho. Se limpió las gotas con la mano y volvió a dejar la botella.

«Contrólate. Esto no sirve de nada. Ya no eres una niña pequeña e

indefensa. Ahora eres una agente del FBI. Empieza a comportarte como tal».

Le sonó el móvil. No reconoció el número, pero respondió igualmente.

—¿Agente Pine? —Era un hombre. La voz le resultaba familiar, pero en el estado mental en que se encontraba no logró ubicarla.

—¿Quién es?

—Tyler Straub. Trabajo para el señor Lineberry. Ya hemos hablado antes.

—¿No habrá…?

—No, está bien. Se ha despertado y los médicos lo están examinando ahora.

—¿Y por qué me llamas?

—Me dijiste que te llamara si pasaba algo raro.

—¿Y qué ha pasado?

—Bueno, no puedo encontrar a Jerry.

—¿Qué quieres decir? Ayer estaba en el hospital. Creo que ni siquiera se marchó.

—La palabra clave es «estaba». Nadie lo ha visto desde entonces.

—¿Y has llamado a la casa de Jack?

—He llamado a todos los lugares que se me han ocurrido.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—Poco después de que te marcharas. El caso es que llevo de servicio durante todo este tiempo y me gustaría encontrarlo para que me relevara un poco. Y no tengo a nadie más a quién recurrir.

—Los policías también están custodiando la habitación.

—Sí, pero ese hombre es responsabilidad mía. Él paga mi salario. Así que…

—Puede que Jerry haya vuelto a la casa por alguna razón.

—Podría ser. Pero no consigo contactar con él. Y tampoco puedo marcharme de aquí para ir a comprobarlo.

—Iré allí para ver si logro averiguar algo.

—Eso estaría genial. Y llámame en cuanto tengas noticias. Su cabaña es la azul. Está como a unos trescientos metros por detrás de la residencia principal, justo al lado de la mía.

Pine colgó y salió a toda prisa de la pensión para subirse a su SUV.

Condujo hasta las afueras de Andersonville y puso rumbo al norte.

Se detuvo cuando llegó al lugar donde se había producido el tiroteo.

Habían acordonado algunos puntos de la zona. El Aston Martin seguía allí, aunque estaba rodeado por cinta policial amarrada a varios conos de color naranja. Dos técnicos forenses estaban examinando el vehículo y un policía del condado estaba de pie al lado de su coche patrulla custodiando la escena.

Pine aparcó, bajó del SUV y se acercó al agente de servicio blandiendo sus credenciales y su placa del FBI.

—Estoy trabajando en el caso con el detective Wallis del GBI —anunció.

El hombre asintió y se apartó apoyándose contra su vehículo.

Pine pasó agachándose bajo la cinta policial y se dirigió adonde estaban trabajando los técnicos.

—¿Habéis encontrado algo? —preguntó.

—Hemos extraído una bala del salpicadero —respondió una de las forenses, una mujer joven.

—¿De qué tipo?

—Cinco coma cincuenta y seis.

—Eso es munición de la OTAN —señaló Pine—. De gran fiabilidad para matar a larga distancia. —Lineberry había tenido aún más suerte de la que se pensaba.

—También hay mucha sangre —dijo el otro técnico, un hombre de unos cuarenta y tantos años.

—Sí, había mucha.

—¿Está bien el hombre? —preguntó la joven.

—Saldrá de esta.

Volvió a subirse al SUV y siguió conduciendo hasta el lugar donde una grúa estaba subiendo a su plataforma la camioneta tiroteada. Después de enseñarle sus credenciales al agente de guardia, este le informó de que iban a llevarla a un almacén de la policía para ser examinada a conciencia en busca de restos de sangre, huellas y ADN.

Pine echó una ojeada a los orificios de bala en el parabrisas, la rejilla del radiador y el neumático destrozado.

Al verlo, el policía comentó:

—Quienquiera que hiciera esto es un tirador de primera.

—Gracias.

El desconcertado agente no dijo nada, pero la miró con aire suspicaz.

Pine llegó a la casa de Lineberry como una hora más tarde. La inmensa propiedad presentaba una tranquilidad inquietante. Lineberry no estaba allí, evidentemente. Tyler Straub se encontraba en el hospital. La gran incógnita era Jerry Danvers.

La verja estaba cerrada y nadie respondió a su llamada en el monitor de videovigilancia. Siguió conduciendo hasta rodear la finca y llegar a la parte de atrás. También estaba vallada, pero consiguió trepar por una sección del muro y saltó al interior del recinto. Se incorporó y miró a su alrededor. Había una gran extensión de terreno, salpicada de diversas construcciones y con un diseño paisajístico impecable, con elementos de obra decorativos y jardines de todo tipo, formales e informales. Lineberry no había escatimado en gastos para convertir su propiedad en un espacio realmente impresionante.

Enfiló por un sendero de gravilla y se sorprendió de no encontrarse a nadie por el camino. Supuso que Lineberry debía de tener también encargados de mantenimiento para cuidar de aquellos terrenos, así como personal de servicio para la casa. Pero en ese momento se encontraba totalmente sola.

Eso no la tranquilizó demasiado.

Entonces vio las dos cabañas, una azul y otra verde.

Straub estaba en lo cierto. No eran lo que uno llamaría las típicas «cabañas». Debían de medir más de trescientos metros cuadrados cada una.

Caminó alrededor de la que estaba pintada de azul, asomándose a las ventanas. Todas las cortinas estaban echadas, por lo que su inspección resultó totalmente inútil. Llamó a la puerta y no respondió nadie. Volvió a llamar. No oyó ningún ruido procedente del interior.

Rodeó la cabaña hasta llegar a la puerta trasera. Rompió con el codo un panel de cristal, deslizó una mano y descorrió el cerrojo. Esperaba que el pitido de un sistema de alarma empezara a sonar con

estridencia, pero solo hubo silencio.

Cerró la puerta a su espalda y examinó la estancia. Había entrado por la cocina. Estaba muy limpia y recogida, con todos los objetos y utensilios dispuestos escrupulosamente en su sitio. Pine pensó que, además de ser un asesino en serie, Danvers podría sufrir también un trastorno obsesivo-compulsivo.

Inspeccionó los espacios de la planta baja y luego subió por las escaleras al primer piso.

Arriba había tres habitaciones, la última de ellas dispuesta a modo de despacho.

En los dos dormitorios no había nada de interés.

En cambio, el despacho ya fue otra cosa. En un archivador encontró un auténtico tesoro: un sombrero Stetson y una peluca blanca de pelo largo. Y algo aún más incriminador: fotos de Frankie Gomez, Hanna Rebane, Beth Clemmons y Layne Gillespie.

Pine se sentó al escritorio de madera apoyado contra la pared y examinó las fotografías de aquella gente asesinada.

Echó un vistazo alrededor de la habitación, preguntándose si se encontraba en los aposentos de un asesino en serie que había matado a cuatro personas, si no más.

En ese instante, su mirada se posó sobre el extremo de un cable que asomaba serpenteando desde debajo de la cama. Resultaba casi invisible, pero la luz incidía sobre él en el ángulo justo para revelarlo. Se agachó para mirar adónde llevaba. Entonces vio la luz roja.

Al momento se puso en pie de un salto. Arrancó el colchón de la cama, lo llevó a rastras hasta el cuarto de baño, cerró la puerta tras de sí y se arrojó al interior de la bañera, cubriéndose con el colchón.

Un segundo después, la bomba que había visto debajo de la cama explotó.

69

«¡Lee, Lee, ven aquí ahora mismo! Bájate de ese árbol. Te caerás y te harás daño».

«Mamá, no te enfades con Lee. Ya sabes cómo es. Le gusta trepar a los sitios. Ya averiguará cómo bajar».

Pine miró a su madre y luego a su hermana. Ambas estaban en el porche de suelo ligeramente combado de su casa. Julia Pine parecía enfadada con su hijita chicazo, mientras que Mercy Pine parecía contenta de que su hermana estuviera siendo…, bueno, ella misma.

Así era como había sido siempre: Lee haciendo lo que le gustaba y a menudo metiéndose en problemas por ello, y su hermana defendiéndola hasta las últimas consecuencias.

Los remolinos de bruma delante de sus ojos se fueron adensando mientras las dos personas más importantes de su vida desaparecían.

En ese momento, Pine se incorporó de golpe, y una explosión de aire salió con tal fuerza de su pecho comprimido que tuvo la sensación de haber expulsado también los dos pulmones. Era como si hubiera emergido a la superficie después de una larga inmersión. Apartó el colchón de encima de la bañera y empezó a toser y a escupir de todo por la boca. El cuarto de baño estaba totalmente destrozado y el colchón, cubierto de cascotes.

«Pero yo aún estoy viva».

Aun así, podía oler el fuego y el humo originados por la detonación, de modo que todavía no estaba a salvo. Salió como pudo de la bañera y se puso en pie sobre sus piernas tambaleantes, los oídos zumbándole aún por el estruendo de la explosión. La puerta del baño se había salido de sus goznes y lo único que veía ante ella era un muro de fuego.

Se giró hacia la única ruta de salida posible: una ventana situada

sobre la bañera. No tuvo que romper el cristal porque la explosión ya lo había convertido en añicos. Usó una toalla para retirar las esquirlas que quedaban y se encaramó por la abertura hasta salir al tejado.

Se fue deslizando por las tablillas hasta llegar al borde, descolgó las piernas mientras se agarraba al canalón y se quedó allí colgando mientras miraba hacia abajo, sopesando la distancia a la que caería.

Se soltó, cayó al suelo rodando y salió corriendo a toda prisa.

El fuego debía de haber alcanzado algún conducto de gas dentro de la casa, porque lo siguiente que supo fue que se produjo una segunda y mucho más poderosa explosión, y que la brutal onda expansiva la lanzó por los aires como a unos tres metros de distancia. Siguió rodando por el suelo varios metros más hasta que se detuvo, respirando agitadamente y gruñendo con fuerza por la violencia del castigo físico que acababa de sufrir.

Se puso en pie a duras penas, agarrándose con una mano la parte baja de la espalda y con el brazo izquierdo colgando flácidamente porque se le había dislocado.

«Hijo de puta…».

Era algo que ya le había ocurrido con anterioridad, durante una competición de halterofilia que acabó de la peor manera posible cuando falló una de las sujeciones de la barra que intentaba levantar. Los discos se deslizaron hacia un lado y el desequilibrio de las pesas la arrojó violentamente contra el suelo, haciendo que el hombro se le saliera de su sitio. En aquella ocasión volvió a colocárselo uno de los médicos asistentes. Fue el dolor más desgarrador que había experimentado en su vida, pero duró solo un segundo. Lo que estaba sintiendo en esos momentos era casi igual de doloroso y no iba a desaparecer a menos que hiciera cuanto antes lo que tenía que hacer. El médico le había enseñado la técnica, en caso de que volviera a ocurrirle.

Pine buscó un árbol y colocó el hombro contra el tronco en un determinado ángulo. Cerró los ojos, inspiró rápidamente tres veces y empujó con fuerza el costado lesionado de su cuerpo contra la sólida madera.

Chilló de dolor. Y de furia.

Y entonces todo acabó. El alivio fue inmediato, aunque seguía dolorida. Sacudió el brazo, dio media vuelta y contempló lo que había sido la «pequeña» cabaña de Jerry Danvers. Apenas quedaba nada en pie. Sacó el móvil y llamó a la policía y los bomberos. Luego se giró para mirar hacia la residencia principal. Nadie había venido corriendo al oír las explosiones, y volvió a preguntarse dónde diablos estaría el personal de servicio.

Con paso lento y tambaleante, caminó en dirección a su vehículo. No tenía fuerzas para volver a trepar el muro, seguía demasiado magullada para intentarlo siquiera. Sin embargo, consiguió abrir la verja desde dentro.

Se montó en el coche y se quedó allí sentada unos momentos, tratando de asimilar lo que acababa de ocurrir.

Su mente no paraba de dar vueltas a la visión de su madre y su hermana mirándola mientras estaba encaramada al árbol.

«Mamá, no te enfades con Lee. Ya sabes cómo es. Le gusta trepar a los sitios. Ya averiguará cómo bajar».

«En eso es en lo que soy buena —se dijo Pine—. En averiguar cosas».

Su hermana siempre había creído en ella. Pine confiaba en poder estar a la altura de sus expectativas.

Llamó a Tyler Straub y le contó lo que acababa de ocurrir.

—Dios santo, ¿estás bien? —exclamó.

—Por los pelos. ¿Ha aparecido Jerry?

—¿No estaba ahí?

—No.

—Pues entonces no tengo ni idea. El tío se ha esfumado.

Pine colgó. Contraviniendo todos los protocolos de actuación federales, decidió no esperar a que llegaran los bomberos, aunque dejó la verja abierta para que pudieran acceder los vehículos de emergencias.

Mientras conducía de vuelta a Andersonville, respiró profundamente varias veces a fin de tranquilizarse y poder pensar con claridad.

«Lee averiguará cómo hacerlo, mamá, siempre lo hace».

Para «averiguarlo», procedió a recapitular los hechos

fundamentales.

Existía una conexión clara y definitiva: Myron Pringle y los actores porno asesinados.

Y otra algo menos concluyente: Myron Pringle y Frankie Gomez a través del concesionario Mercedes-Benz.

Se detuvo en el arcén de la carretera y repasó sus últimas llamadas. Encontró la que buscaba y pulsó.

—Don Bigelow —respondió la voz.

—Don, soy la agente Pine, del FBI.

—Hola, agente Pine. Espero que hayan encontrado a quien le hizo daño a ese crío.

—Estamos cada vez más cerca. Escuche, sé que Myron Pringle les compró el AMG el año pasado, pero ¿lo ha llevado a revisar recientemente, en los últimos seis meses o así? Es muy importante.

—Déjeme comprobarlo con ese departamento. Espere un momento.

Pine escuchó el consabido hilo musical durante un minuto antes de que el hombre volviera a ponerse.

—Trajeron el coche hace un mes. —Y le dio la fecha exacta.

—Vale. Y mi siguiente pregunta es: ¿estuvo Frankie Gomez ese día en el concesionario?

—Deme otro momento. Tendré que preguntarle a Roger Duncan. Así a bote pronto no puedo saberlo, pero él seguramente sí se acuerde.

—¿Por qué no me pasa con él para no tener que hacer de intermediario?

—Ah, buena idea. Espere.

Unos treinta segundos más tarde, Roger Duncan se puso al aparato.

—Don me ha dicho que quiere saber cuándo estuvo Frankie aquí.

—Sí. ¿Se acuerda?

—Vino dos veces. Me acuerdo porque fueron los dos únicos sábados que trabajé en el último par de meses. —Le dijo las fechas. La más reciente coincidía con el día en que el Mercedes de Pringle estuvo en el taller.

—Genial, Roger, se lo agradezco mucho.

—¿Qué tiene esto que ver con Frankie?

—Estoy intentando establecer una conexión entre él y un hombre

que llevó a reparar un AMG ese mismo día.

—¿Un AMG S63?

—Sí. ¿Se acuerda?

—No vendemos muchos de esos coches aquí. Son muy caros. Es básicamente el mismo modelo y con la misma batalla que el S560, pero con mucha más potencia y torque bajo el capó.

—¿Se acuerda del hombre, Myron Pringle? ¿De unos cincuenta y tantos, bastante alto?

—No, no recuerdo a nadie así. Pero ella fue muy agradable con Frankie. Incluso le regaló una chocolatina de la máquina expendedora.

—¿«Ella»?

—La señora que trajo el coche. Cuando vio a Frankie por aquí, preguntó por él. Le conté que lo teníamos de acogida. Fue muy agradable con él. Como le he dicho, le dio una chocolatina y todo.

—Un momento… ¿Me está diciendo que fue una mujer y no un hombre quien llevó a reparar el S63?

—Sí.

La imagen de Lauren Graham destelló de pronto en su mente.

—Descríbamela.

Cuando Roger Duncan terminó de hacerlo, Pine le dio las gracias, se incorporó de nuevo a la carretera y aceleró en dirección a un nuevo destino.

No se trataba de Lauren Graham. La descripción que le había dado Duncan coincidía exactamente con la de Britta Pringle.

70

Por el camino, Pine llamó a Laredo. Le explicó lo que acababa de descubrir y también lo de la explosión que había estado a punto de hacerla volar por los aires.

—No he esperado a que llegaran los servicios de emergencia. Ya sé que no es así como hacemos las cosas, pero ahora no hay vuelta atrás.

—Creo que has hecho lo correcto —dijo Laredo. Le prometió reunirse con ella en casa de los Pringle e informar a Wallis.

Pine recorrió a toda velocidad el oscuro camino entre los árboles que daba acceso a la fantástica residencia de diseño moderno. Detuvo el coche, se bajó y echó un rápido vistazo a la propiedad, con la mente trabajando a mil por hora.

Britta había llevado el Mercedes al concesionario. Britta había conocido a Frankie Gomez e incluso le había comprado una chocolatina. ¿Por qué había hecho eso? ¿Estaban Myron y Britta implicados en todo aquello? ¿O era solo ella? De ser así, ¿dónde diablos estaba Myron? Estaba a punto de dirigirse hacia la puerta principal cuando de pronto cambió de idea.

Rodeó el edificio y se quedó mirando no hacia la residencia principal, sino hacia la casita estilo Cape Cod de Britta. Echó una ojeada, pero no vio ni oyó nada extraño.

Sacó la pistola, bordeó el costado de la piscina y subió rápidamente las escaleras de la entrada. Se asomó por la ventana de la estancia que daba a la piscina.

Probó la puerta adyacente a la ventana y la abrió. Entró sigilosamente y cerró a su espalda. La única iluminación en el interior era la del sol que entraba por los cristales.

Hizo una rápida inspección de la casa. Estaba hermosamente decorada y parecía que nadie viviera en ella, lo cual le extrañó. Se

suponía que era el lugar en el que Britta se refugiaba para pensar en sus cosas. Se preguntó en qué cosas pensaría realmente.

En la planta de arriba, en una habitación situada al fondo y que no daba a la piscina, encontró lo que buscaba. Lo supo porque su puerta era la única de toda la casa que estaba cerrada con llave.

Disparó con su Glock para hacer saltar la cerradura.

Al entrar, observó que todas las cortinas estaban echadas, lo que dejaba la estancia en una oscuridad casi completa.

Buscó el interruptor y encendió la luz. Era un espacio bastante anodino, austeramente amueblado y sin el menor rastro de calidez. Y entonces se fijó en un aparador colocado contra la pared. Lo abrió. En su interior había lo que solo podía describirse como un santuario consagrado a sus dos hijos muertos.

Junto a numerosos recuerdos de la infancia y de la vida de sus hijos como jóvenes adultos, había una gran cantidad de fotografías de Mary y Joey Pringle. Pine los reconoció por las fotos que Britta les había mostrado con anterioridad.

En una de ellas aparecían sentados junto a la piscina. Mary llevaba un biquini y Joey estaba en vaqueros, sin camisa. Pine examinó la foto más de cerca. La cogió y se acercó con ella a la ventana. Descorrió las cortinas y dejó entrar la luz.

En ese instante, Pine confirmó lo que creía haber visto.

Joey llevaba en torno al cuello la medalla de san Cristóbal.

El joven había muerto por un disparo. Un accidente, había dicho Britta. La medalla encontrada en el cuerpo de Frankie Gomez estaba dañada por culpa de un disparo. La médica forense había encontrado en ella restos de sangre y pólvora.

Pine ya no tenía la menor duda: esa medalla había pertenecido a Joey. La había llevado puesta cuando murió por una herida provocada por un arma de fuego, al parecer por el disparo de una escopeta. La cuestión era: ¿había sido un accidente, tal como había dicho Britta, o había sido un asesinato? ¿O quizá se había suicidado? Y, de ser así, ¿por qué lo habría hecho?

Dentro del mueble había también un televisor. Y debajo de este, dentro de un cajón, había un DVD. En el estuche, escrito con bolígrafo,

ponía: «Dorothy y los pezones de rubíes».

Sacó el disco y lo deslizó en el reproductor que estaba integrado en el televisor.

Cogió el mando a distancia y adelantó la grabación hasta los créditos de las escenas de apertura. Le dio al play y la película empezó a reproducirse a velocidad normal. Transcurrieron tres minutos hasta que por fin la vio.

Mary Pringle apareció en pantalla. Llevaba el mismo tipo de vestido que Judy Garland había lucido en *El mago de Oz*, junto con los míticos zapatitos de rubíes, aunque el modelo era mucho más revelador. Entonces llamaban al timbre. La joven abría y en la puerta había tres hombres, vestidos como el Espantapájaros, el Hombre de Hojalata y el León Cobarde. Al cabo de dos minutos, y después de un diálogo escueto y forzado, los cuatro estaban completamente desnudos en el sofá, tres contra una. Mary dejaba escapar los gemidos y gruñidos de rigor, pero Pine dudaba que la joven hubiera disfrutado un solo momento del acto. La escena resultaba dolorosa y degradante.

Pine retrocedió la grabación para volver a los créditos de apertura. Dorothy estaba interpretada por Desiree Debauchery, obviamente el nombre artístico de Mary.

Paró la película y dejó el mando.

En el mismo cajón, junto al DVD, había un recorte de prensa ya desvaído de un periódico de Florida.

Pine lo cogió y, tras desdoblarlo, leyó el titular.

«Actriz porno muerta por sobredosis».

El artículo era breve, pero en él decía que la persona que había encontrado el cuerpo era su hermano, Joey Pringle.

«Y, poco después, Joey Pringle murió por un disparo».

«¿Suicidio?».

Pine tomó fotos de todo el material con su móvil, incluyendo algunas imágenes de la película.

Estaba recogiéndolo todo cuando lo oyó.

Algo cayendo al agua.

A toda prisa, se metió el DVD y el artículo en el bolsillo, cerró el aparador y bajó las escaleras. Cruzó rápidamente la sala de abajo y se

asomó a la ventana que daba a la piscina.

Había una carretilla roja junto a la piscina. La superficie del agua se agitaba ondulante.

Sacó la pistola y salió afuera.

Miró a su alrededor, pero no vio a nadie. Se acercó al borde de la piscina y clavó la vista en el fondo. Cuando las aguas se calmaron y aclararon, vislumbró algo.

Myron Pringle la miraba con los ojos abiertos. Solo llevaba puesto el bañador. Una colchoneta amarilla se balanceaba a un lado de la piscina.

Pine soltó el arma. Se sacó el móvil, el DVD y el artículo, los dejó sobre una tumbona y se zambulló en el agua. Llegó rápidamente al fondo, agarró a Myron por debajo de los hombros y se dio impulso con los pies. Luchó con todas sus fuerzas para arrastrarlo hasta la superficie, hasta que al fin emergió. Tomó una gran bocanada de aire y volvió a sumergirse. Pataleó para acercarse al borde de la piscina. Llegó a las escaleras, tiró del cuerpo de Myron para sacarlo del agua y lo tumbó en el suelo.

Le buscó el pulso y no lo encontró. Ahora tenía los ojos cerrados, el torso permanecía inmóvil.

Empezó a practicarle la reanimación, presionando rítmicamente sobre el pecho y contando en silencio.

«Vamos, vamos. No te me mueras».

Siguió aplicando presión, afanándose para que el corazón volviera a latir, para que los pulmones se llenaran de aire y expulsaran el agua.

Finalmente, con una larga bocanada jadeante y el cuerpo arqueándose hacia arriba, Myron empezó a respirar de nuevo.

Pine lo tumbó de costado y empezó a manipularle el diafragma hasta que consiguió que vomitara toda el agua que había tragado. Luego volvió a tenderlo de espaldas y le comprobó el pulso. Era débil, pero el corazón seguía latiendo. Pine pensó que, si el ruido que había oído era el de Myron cayendo al agua, puede que lo hubiera sacado a tiempo para evitar posibles daños cerebrales.

Tenía que hacer que lo trasladaran cuanto antes al hospital. Se giró para alcanzar el móvil.

Y eso era lo último que recordaba antes de que un terrible golpe impactara contra su cabeza.

71

Pine recuperó lentamente la conciencia y miró a su alrededor. Sentía un lacerante dolor en la cabeza y tenía la sensación de que sus ropas mojadas pesaban una tonelada.

Descubrió que estaba de nuevo en el interior de la casita estilo Cape Cod.

Entonces enfocó la mirada en la mujer que estaba sentada frente a ella y que la apuntaba con su propia Glock.

Britta parecía estar de lo más tranquila. Iba perfectamente peinada y sus pantalones color crema no mostraban la menor arruga. La blusa azul claro y el suéter blanco por encima se veían inmaculados. Por su aspecto se diría que estaba a punto de salir para ir a un cóctel o para almorzar en un bonito restaurante.

—¿Dónde está Myron? —dijo Pine.

—Donde debe estar —respondió Britta en tono muy calmado.

—¿En la piscina?

—Donde debe estar.

—¿Está muerto?

—Eso espero. Un terrible accidente. Es algo que ocurre cuando la gente que no sabe nadar se cae de la colchoneta y no hay nadie cerca para ayudarlos, sobre todo después de que hayan bebido. Cuando le hagan la autopsia, descubrirán que tenía un altísimo nivel de alcohol en sangre. Te entra el pánico, los pulmones se te llenan de agua y todo acaba muy deprisa.

Pine miró a la mujer con un asombro pasmado. Era muy diferente de la persona aparentemente asustada y descentrada a la que ella y Laredo habían interrogado hacía poco.

—Ayer nos montaste todo un numerito ahí en tu casa —dijo Pine—. Lograste convencerme de que no sabías nada y de que estabas

realmente preocupada por Myron.

—Estaba preocupada, aunque no por Myron.

—Querías que encontráramos los vídeos porno —observó Pine. Como Britta no respondió, añadió—: ¿Todo esto es por venganza? He visto el vídeo de Mary. Y el accidente de tu hijo fue en realidad un suicidio, ¿verdad?

La mujer bajó la vista a la pistola como si acabara de descubrir que la tenía en la mano.

Empezó a hablar muy despacio, en voz baja.

—¿Te imaginas a un hombre que tiene una hija que se mete en el porno porque unos cabrones la convencen de que eso será fabuloso para ella, y que esos mismos cabrones luego hacen que se enganche a la droga? ¿Y que entonces ese mismo hombre decide que producir películas porno es algo tan lucrativo que no duda en meterse de lleno en el negocio? Y todo eso después de que el único hijo que le quedaba descubriera el cadáver de su hermana y se volara la cabeza. ¿Merece ese hombre vivir? Mi respuesta es: no.

Pine se incorporó un poco en el sofá. Britta no se había molestado en atarla. Esperaba que eso resultara ser una gran equivocación por su parte y una escapatoria para ella.

—Entiendo tu ira hacia Myron. Pero ¿por qué las otras muertes?

—Yo era madre, Lee. Tenía dos hijos preciosos. Y creía tener un marido estupendo. Un tanto excéntrico, un poco menos empático de lo que me habría gustado, pero un hombre brillante que nos proporcionaba una vida maravillosa.

—¿Hasta que decidiste que eso ya no te compensaba?

Britta se inclinó hacia delante.

—Hasta que empezó a hacer la misma mierda trabajando con la gente que mató a mi preciosa hija y provocó que mi hijo se quitara la vida.

—Frankie Gomez no formaba parte de ese mundo. Era solo un niño.

Britta se echó hacia atrás frunciendo los labios. Tardó un poco en responder.

—En cuanto vi a ese niño, supe la vida que estaba destinado a llevar. Probablemente era ilegal. Había crecido siendo pobre y moriría

antes de llegar al instituto por algún asunto relacionado con bandas. Solo le ahorré un montón de problemas.

—¿Y quién te dio derecho a decidir eso por él?

—No pienso discutir contigo.

—¿Y lo del velo y el esmoquin, y lo de vestir a Frankie de esa manera? ¿Fue cosa tuya o de tu cómplice?

—¿Cómplice?

—Tú no podrías haber cargado con el cuerpo de Layne Gillespie para llevarlo tan lejos. Y tampoco eres quien se hizo pasar por Cy Tanner cuando lo vieron hablando con Frankie.

—Eso no tiene importancia.

—¿Y por qué escogiste a esos actores porno para matarlos?

—Layne Gillespie conoció a Mary en un bar. Por lo visto le gustó la imagen que daba. Le contó lo que hacía para ganarse la vida y le dijo cuánto dinero podría ganar. Y al final la convenció y la reclutó para trabajar en esa asquerosidad. —Su boca se retorció en una mueca de repugnancia.

—¿Y Hanna Rebane?

—Ella «actuaba» en películas con mi encantadora e inocente hija. Tuvieron sexo juntas. Y luego la introdujeron en el mundo de las drogas. Se volvió una persona irreconocible. Me la arrebataron.

—¿Y Beth Clemmons?

Britta hizo un gesto despectivo con la mano.

—Bah, tampoco tiene importancia.

—¿Cómo te enteraste de todo eso?

—Mis hijos habían muerto, así que hice todo lo posible por averiguar cómo había pasado —dijo con vehemencia. Luego, en un tono más calmado, añadió—: Esto ha sido muy duro para mí.

—No creo que haya sido tan duro para ti como para toda esa gente que ha muerto.

—Pensé que serías más empática. Tú perdiste a tu hermana.

Pine no se pudo contener.

—No te atrevas a comparar lo que le ocurrió a mi hermana con el reguero de muerte que has dejado a tu paso. Y además, si le hubieras contado a la policía lo que ocurrió realmente aquella noche, quizá

podrían haberla encontrado.

Britta se frotó la frente.

—Bueno, ya veo que no voy a encontrar comprensión por tu parte.

Pine pensó a toda velocidad.

—Tú tenías un hijo y una hija. Pero solo el «hijo» ha sido asesinado. ¿Y la hija? ¿Quién es?

—Muy pronto todo habrá acabado —dijo ella casi murmurando—. La pesadilla habrá llegado a su fin.

La voz de Pine tembló ligeramente al decir:

—No tiene por qué ser así, Britta. Puedes acabar con esto ahora.

—No, no puedo. Tengo que acabarlo.

—Tu resentimiento era contra Myron y ya te has encargado de él. Él ya no está. Entrégame el arma y deja las cosas como están. Es lo que tienes que hacer, y lo sabes.

—Quería tanto a mis hijos. Quería lo mejor para ellos. Y…, y entonces, así sin más, los dos desaparecieron. Así que ahora tengo que acabarlo. Por ellos.

—Sé que estás haciendo esto con Jerry Danvers. Por favor, llámalo y dile que no mate a nadie más. Por favor.

Ella negó con la cabeza.

—Hay tanto que no sabes…

—Entonces cuéntamelo —repuso Pine, frustrada—. Por ejemplo, ¿cómo acabará todo esto para ti? ¿Huirás de aquí y disfrutarás de un sustancioso seguro de vida o de toda la fortuna que Myron haya amasado?

Britta esbozó una mueca desagradable.

—No quiero nada que tenga que ver con su maldito dinero. —Bajó la vista un momento—. Después de esto, no me queda nada por lo que vivir.

—¿Y cómo acabará para mí?

—Lo siento mucho. De verdad que sí. Pensaba que no volvería a verte nunca más. Yo apreciaba mucho a tus padres. Y Mercy y tú erais unas niñas tan dulces. Jugabais con mis hijos, ya sabes. Si las cosas hubieran sido diferentes, los cuatro habríais crecido juntos y todo habría terminado saliendo bien. Pero supongo que no era así como

debía ser.

—¿Quién es la cuarta víctima, Britta? Por favor, dímelo.

—Ya no hay nada que puedas hacer.

—Si vas a matarme, lo menos que puedes hacer es decírmelo.

—No, me lo llevaré conmigo a la tumba.

—¿De verdad quieres que todo acabe así?

—Me temo que es así como ha de acabar.

—¡Atlee!

La voz procedía del exterior.

Era Eddie Laredo.

—¡Agente Pine!

Ese era el detective Max Wallis.

Distraída por los gritos, Britta miró hacia la ventana.

Era la oportunidad que Pine había estado esperando.

Sacó la Nano, pero en vez de disparar la lanzó contra Britta.

La pistola se había mojado cuando se había tirado a la piscina. Debido a eso era muy probable que no disparase con precisión, y ahora no era el momento de arriesgarse a comprobarlo. Pero funcionó a la perfección como arma arrojadiza, porque alcanzó a Britta en plena cara. La mujer gritó de dolor.

Pine saltó por encima del respaldo del sofá y cayó en el momento en que Britta disparaba la Glock contra ella. Las balas atravesaron el tejido y la madera y se incrustaron en la pared de atrás.

Cuando oyó más gritos fuera y pisadas que se acercaban corriendo a la casa, Pine se deslizó a gatas por detrás del sofá. Al llegar al extremo, agarró una lámpara que había en una mesita y la arrojó en dirección a Britta.

Al no oír ninguna respuesta, asomó rápidamente la cabeza por encima del respaldo y examinó la habitación.

Britta había desaparecido, pero la Glock estaba en el suelo. Salió a toda prisa de detrás del sofá y la cogió. Acto seguido echó a correr hacia la puerta que conducía a la piscina. La abrió de una patada y se encontró de cara con Laredo y Wallis, armas en ristre.

—At… —empezó a decir Laredo, pero ella pasó corriendo junto a él y se detuvo en el borde de la piscina.

Myron estaba de nuevo en el fondo del agua, y esta vez ya no iba a salir. Estaba muerto, con los ojos muy abiertos e inertes.

—¡Mierda! —gritó Pine.

Laredo se asomó por encima de su hombro y vio el cuerpo.

—¿Es Pringle?

Ella asintió.

—Lo he salvado una vez, pero dos ya no.

—Hemos oído disparos.

Y en ese instante oyeron arrancar un coche. Pero no era un coche normal.

—¡Es el Pagani! —exclamó Laredo.

—¿El qué? —gritó Wallis.

Pine echó a correr en dirección al garaje, con Laredo justo detrás y Wallis resoplando a sus espaldas. Cuando llegaban al patio de delante, el Pagani salió disparado por uno de los portones y aceleró a tal velocidad que parecía que fuera a despegar del suelo.

Pine cambió de dirección y corrió hacia su SUV. Ella y Laredo llegaron al mismo tiempo; saltó al asiento del conductor y él se subió al del copiloto. Arrancó el motor y el coche salió rugiendo detrás del Pagani, mientras Wallis seguía corriendo como a unos veinte metros por detrás.

—Nunca vas a atraparla con este trasto —le advirtió Laredo.

—Eso ya lo veremos.

Pero lo único que podían ver por delante de ellos era el remolino de polvo que levantaba el Pagani. Era como adentrarse en un tornado.

—Espera —dijo Pine.

Dio un volantazo a la derecha y se salió del camino. Cruzó entre dos enormes robles y apretó el acelerador. El coche atravesó un seto y finalmente volvió a girar a la derecha.

El Pagani estaba como a unos veinte metros a su izquierda, pero ahora se encontraban prácticamente emparejados y no tenían que tragarse toda la polvareda que levantaba.

—Mira a ver si puedes dispararle a una rueda —dijo Pine.

—¿A un Pagani?

—Sí, a un jodido Pagani. Pero asegúrate de no darle a ella.

Necesitamos que nos diga quién es la última víctima.

Laredo sacó su arma y apuntó casi a regañadientes.

Pero, justo antes de que pudiera disparar, el Pagani salió propulsado a un ritmo vertiginoso.

—Joder… —exclamó Pine, que tenía el pie clavado a fondo en el pedal.

El Pagani se agarró al asfalto y aceleró a tal velocidad que, para cuando Pine llegó a la carretera, prácticamente no se veía.

—Nunca la atraparemos.

Laredo sacó su móvil.

—Podemos hacer que bloqueen las carreteras. Y el Pagani tiene un punto débil: consume demasiada gasolina. No podrá mantener esa velocidad durante mucho tiempo sin que se le agote el depósito.

Sin embargo, al final tampoco tuvieron que preocuparse por eso.

Al girar una curva y divisar de nuevo el Pagani a lo lejos, vieron cómo un ciervo cruzaba brincando la carretera justo delante del deportivo.

—¡Oh, mierda! —soltó Pine.

El Pagani dio un volantazo a la derecha, luego a la izquierda. Pero ya era demasiado tarde: las ruedas traseras empezaron a derrapar.

—¡Ha perdido el control! —exclamó Laredo.

Un momento después, toda la parte trasera del vehículo perdió contacto con el asfalto. Las ruedas delanteras giraron a derecha e izquierda, y luego también se elevaron de la calzada.

El deportivo consiguió esquivar al ciervo, que se había quedado petrificado en medio de la carretera, y pasó volando junto al animal. En un abrir y cerrar de ojos, el ciervo desapareció de la vista adentrándose entre la espesa arboleda.

El Pagani se estrelló de costado contra una densa línea de robles que flanqueaban el arcén de la carretera. El depósito de gasolina reventó y se incendió, y la bola de fuego fue tan virulenta que Pine tuvo que frenar en seco, poner la marcha atrás y apretar el pedal a fondo para no ser engullidos por las llamas y la brutal onda expansiva.

Se quedaron sentados en el SUV, contemplando la humareda que se elevaba hacia el cielo.

—Ha desaparecido. Todo el maldito coche ha desaparecido —dijo Laredo con cara de total desolación.

—Y Britta también —dijo Pine—. Lo que significa que no podremos salvar a la última víctima —añadió, golpeando con los puños el volante.

72

Tras llamar a la policía y los bomberos para que acudieran al lugar del siniestro, condujeron de vuelta a casa de los Pringle. Allí se reunieron con Max Wallis y le explicaron lo sucedido. Cuando el equipo forense llegó al cabo de unos minutos, sacaron el cuerpo de Myron de la piscina y lo depositaron sobre la terraza.

Los tres se plantaron en torno a él y contemplaron el cadáver.

Pine ya había informado a Laredo y Wallis de lo que había descubierto sobre Mary y Joey Pringle, y también de lo que le había contado Britta.

—¿De verdad se dedicaba a financiar películas porno? —preguntó Wallis.

—Sí —dijo Pine.

—¿Después de lo que le ocurrió a su hija? —añadió Laredo—. ¿Y a su hijo? Qué cabronazo…

—Era un hombre demasiado racional —señaló Pine—. Demasiado interesado en hacer dinero. Hasta el punto de que perdió su alma. Seguro que para Britta fue muy difícil tener que vivir con ello.

—Pero eso no es excusa para lo que hizo —dijo Wallis.

—Nada es excusa para lo que hizo —repuso Pine.

En ese momento le sonó el móvil.

Era Carol Blum, y no sonaba serena como de costumbre, sino que parecía presa del nerviosismo.

—Cy Tanner acaba de estar aquí.

—¿Qué ocurre?

—Se trata de Jenny, su nieta.

—¿Qué le ha pasado?

—Ha desaparecido.

Pine regresó al pueblo en tiempo récord. Blum la esperaba delante del Cottage.

Bajó del SUV con Laredo y Wallis, y los tres corrieron hacia la mujer.

—¿Dónde está Cy? —preguntó Pine.

—Ha salido a buscar a Jenny.

—¿Y cómo ha desaparecido? —inquirió Laredo.

—Estaba en el patio jugando. Cuando la señora Quarles ha ido a echar un vistazo, la niña ya no estaba. La han buscado por todas partes, y luego han llamado a la policía.

—¿Cuánto hace de eso?

—Unas dos horas —respondió Blum.

Laredo miró a Pine.

—Puede que aún esté viva. A Rebane, Gillespie y Gomez los secuestraron mucho antes de matarlos.

Pine echó una ojeada a las calles vacías. Entonces oyó los disparos.

—¿Qué demonios…? —exclamó.

—No —se apresuró a decir Blum—, es solo la recreación, que acaba de empezar. El desfile ha sido esta mañana. Ahora están todos en el Pueblo de la Guerra Civil.

—La recreación de la Guerra Civil… —dijo Pine casi para sí misma.

—¿Qué? —preguntó Laredo al notar su extraña expresión.

—Rebane tendida junto a la calle principal con un velo nupcial antiguo. El cuerpo de Gillespie vestido con un esmoquin anticuado y colocado sobre una tumba de la Guerra Civil. Frankie con el uniforme de tamborilero en el museo de la calle principal. ¿Y ahora la recreación?

—Pero hay demasiada gente como para intentar algo —objetó Wallis.

—Bien visto —señaló Laredo.

—A ese tipo le gusta correr riesgos —dijo Pine.

—¿Sabes quién es? —preguntó Blum.

—Creo que sí —respondió Pine, acuciada por una súbita idea.

Pulsó un número en su móvil, pero no contestó nadie. Eso la extrañó.

A continuación llamó al hospital de Americus y la pasaron con la

habitación de Jack Lineberry.

Cuando oyó la voz al otro lado de la línea, Pine apenas podía creer quién había contestado.

—¿Jerry?

—Hola, ¿quién es?

—Atlee Pine.

—¿Qué quiere?

—Me han dicho que estabas desaparecido.

—¿Quién le ha dicho eso? Llevo aquí desde primera hora de la mañana.

—Entonces ¿por qué me ha llamado tu compañero y me ha preguntado dónde estabas?

—¿Straub? Ese no se ha pasado por aquí en todo el día. Tengo un cabreo de la hostia. Me iría muy bien algo de ayuda aquí.

Pine se quedó boquiabierta.

—¡Cómo! ¿Has hablado con él?

—Me llamó esta mañana para pedirme que volviera a la casa y me encargara de vigilar el lugar. Quería que fuera a mi cabaña y lo controlara todo desde allí.

—Pero ¿no fuiste?

—No, en el último momento decidí no ir. Sentí que mi sitio estaba aquí, con el señor Lineberry.

—Eres un tipo con suerte —dijo Pine, pensando en la bomba—. ¿Le has dicho a Straub que no fuiste?

—No. ¿Por qué?

—No importa. Tú quédate con Jack y asegúrate de que está a salvo.

—¿Y qué piensa hacer ahora?

—Lo que tengo que hacer.

Pine colgó y miró a Laredo.

—No es Jerry Danvers. Es el otro guardia de seguridad, Tyler Straub.

—¿Qué? —exclamó Laredo—. ¿Straub es el cómplice de Britta?

—¿Crees que es él quien se ha llevado a Jenny? —preguntó Blum.

—No lo sé. Pero Britta podría haberse enterado de muchas maneras de que la niña estaba en casa de los Quarles. Y también creo que era

Straub quien estaba dentro del Pagani vigilando la casa de Cy para que pareciera que era Myron quien lo hacía.

—¿Crees que también intentaban cargarle la culpa de los asesinatos a Myron? —preguntó Wallis.

—Eso creo, sí. Pero ahora eso no importa. Tenemos que encontrar a Jenny.

En ese momento Lauren Graham salió corriendo de la pensión.

—¡Tenéis que ver esto! —gritó.

La siguieron rápidamente al interior. Ella se dirigió a toda prisa a la vitrina que contenía su colección de muñecas y abrió una de las puertas.

Pine se detuvo junto a ella.

—¿Qué pasa?

Graham señaló una de las figuras. Era la más grande, la que parecía más un maniquí que una muñeca. Y estaba desnuda.

—Alguien le ha quitado la ropa —dijo.

—¿La ropa? —repitió Pine, clavando la mirada en la muñeca—. ¿Cuándo ha ocurrido?

Graham parecía frenética.

—No lo sé. Acabo de darme cuenta.

—¿Conoces a un hombre llamado Tyler Straub? —preguntó Pine.

—¿A Tyler?

—Así que lo conoces…

—Hemos salido juntos varias veces. ¿Por qué me preguntas por él?

—¿Cuándo fue la última que lo viste o hablaste con él?

—Hace un par de días. ¿Por qué?

—¿Tienes idea de dónde está ahora?

—No. Pero puedo intentar llamarlo.

Pine negó con la cabeza.

—No, ya lo he hecho yo. No responde.

—Pero ¿por qué has intentado llamarlo?

En vez de responder, Pine le preguntó:

—¿Está todo el mundo en la recreación?

Graham pareció desconcertada por la pregunta.

—Claro. ¿Dónde iban a estar si no? Es el mayor acontecimiento del

año en el pueblo. No puedes encontrar aparcamiento en ninguna parte. El recorrido del desfile estaba abarrotado esta mañana, y ahora todos están viendo las reconstrucciones de las batallas. Ya has oído los disparos.

«Todos están viendo las reconstrucciones de las batallas».

—¿El sitio histórico sigue abierto? —preguntó Pine.

—Bueno, técnicamente sí, pero dudo que ahora haya alguien allí. Casi todos los empleados y guardabosques del recinto estarán viendo las recreaciones. De hecho, muchos de ellos participan en las batallas.

Laredo miró a Pine y dijo:

—Todo el mundo está aquí.

—Y nadie está allí —dijo ella—. Hablando de la tormenta de distracción perfecta…

Echaron a correr hacia el SUV.

73

El aparcamiento del sitio histórico estaba lleno hasta los topes, pero pronto se dieron cuenta de que los vehículos pertenecían a la gente que había ido a presenciar las batallas.

El recinto estaba vacío.

Tras mantener una breve conversación, decidieron separarse para cubrir más espacio.

—Pediré refuerzos —dijo Wallis—, pero tardarán en llegar una media hora. —Miró a Pine—. Si te equivocas en esto, esa pobre niña podría acabar muerta.

—Esta es la única oportunidad que tenemos —replicó ella. Entonces miró por encima del hombro del detective y añadió—: Y creo que he dado en el clavo.

Y sin más salió corriendo hacia un paraje cercano al aparcamiento, donde, detrás de unos arbustos, asomaba la parte trasera de un vehículo.

Llegó casi sin aliento y se quedó mirando el SUV Porsche.

Cuando los otros dos la alcanzaron, les explicó:

—Este es el Porsche de Jack Lineberry. Me monté en él cuando me invitó a comer. Danvers conducía y Straub iba de copiloto.

—De modo que está aquí —dijo Wallis, tratando de abrir la puerta del lado del conductor, pero estaba cerrada.

—Venid a ver esto —los llamó Blum.

Estaba mirando a través de la luna trasera. Los demás se acercaron y ella les señaló unos pétalos que cubrían la alfombrilla del maletero.

—Las reconozco. Los Quarles tienen esas flores en su patio.

—Los pétalos debieron de quedarse pegados a los zapatos de Jenny cuando Straub la cogió —comentó Laredo.

Pine dividió el terreno de búsqueda en tres secciones. Asignó las dos

primeras a cada hombre y luego dijo:

—Carol vendrá conmigo. Si veis algo, llamad. Venga, vamos allá.

Y tomaron todos direcciones separadas.

Mientras las dos mujeres se dirigían hacia el recinto, Blum miró alrededor.

—¿Por qué la habrá traído aquí, a plena luz del día?

—No lo sé, Carol. Pero está aquí. Estoy segura de ello. Y por los pétalos que has visto en el Porsche, Jenny también está.

La zona de la empalizada estaba vacía, y también el museo de prisioneros de guerra. Solo había una empleada de servicio, pero no había visto nada y parecía enfadada por estar perdiéndose las batallas.

Salieron de allí y se apresuraron en dirección al cementerio.

—Santo Dios… —exclamó Blum—. Yo tengo un hijo en el ejército. ¿Y si estallara otra guerra? No creo que pudiera soportar la idea de perderlo —añadió, contemplando las hileras de tumbas—. Y cada uno de esos jóvenes hombres tenía una madre que sufrió su pérdida con gran dolor.

Al oír las palabras de su amiga, Pine tuvo una súbita revelación. Paseó la mirada a su alrededor.

—¡Madre!

—¿Qué?

—¡Madre! —repitió. Y echó a correr.

—¡Agente Pine! —la llamó Blum—. ¿Dónde vas?

Pine no respondió. Corrió como si una vida dependiera de ella. Y estaba claro que así era.

Cuando Pine llegó a la estatua erigida por el estado de Michigan para honrar a sus soldados y marineros caídos, se quedó mirando a la mujer doliente que el guardabosques le había dicho que era conocida informalmente como la «madre». Había temido encontrar el cuerpo de Jenny, con sus ropajes de muñeca, tendido sobre el mármol a los pies de la mujer. Pero no fue así.

¿Cómo iba a llevar Straub a la niña hasta allí sin que nadie lo viera? No podría haberla traído cargándola simplemente en brazos. Ya solo

con mirar a su alrededor, Pine pudo atisbar a lo lejos a dos visitantes del parque.

Dejar un cuerpo en un espacio público a plena luz del día era algo increíblemente arriesgado. Se preguntó cómo pensaba conseguirlo Straub.

«¿Qué haría yo?».

La respuesta se le presentó de golpe.

«Me fundiría con el entorno, haciéndome pasar por alguien que pertenece a este lugar. De modo que, si alguien me viera, no lo encontraría extraño».

Divisó el edificio en la distancia: la oficina administrativa del Servicio de Parques. Echó a correr hacia allí. Por el camino sacó el móvil y llamó a Laredo para decirle adónde se dirigía y por qué. Él le dijo que también iba para allá y que llamaría a Wallis para informarle. El detective ya estaba en esa sección.

Pine se encontraba bastante cerca cuando vio a un hombre que salía doblando la esquina por uno de los laterales del edificio. Iba vestido con pantalones caquis, una camisa de color claro y un sombrero de paja, y empujaba una carretilla. Lo que llevaba en ella estaba tapado por una manta.

Un instante después, Max Wallis apareció apresuradamente por la otra esquina del edificio y se quedó a escasos metros del hombre de la carretilla. El detective respiraba agitadamente y parecía que fuera a desplomarse de rodillas en cualquier momento.

—¡Eh, usted! —le gritó al hombre—. Deténgase ahí.

Pine lo vio antes que el propio Wallis.

Apuntó con su pistola al hombre del sombrero, pero este ya había abierto fuego contra Wallis. La bala impactó en el pecho del detective, que cayó al suelo.

—¡Wallis! —chilló Pine.

Antes de que ella pudiera dispararle, el hombre se agachó detrás de la carretilla, apartó la manta y sacó algo.

Ese algo era Jenny. Su cuerpecillo colgaba lánguidamente.

Con la otra mano, Straub sujetaba la pistola con la que acababa de disparar a Wallis.

—¡Straub, suelta a la niña y tira el arma! —gritó Pine.

Su respuesta fue abrir fuego contra ella.

Pine se agachó para esquivar las balas, pero no disparó porque Straub sostenía a Jenny delante de él. No sabía si estaba viva o muerta, y no podía correr ese riesgo.

Straub corrió hacia su izquierda y desapareció por la esquina del cobertizo trasero, llevando a la niña sobre el hombro.

Pine echó a correr hacia Wallis y se arrodilló junto a él. Le palpó el cuello para buscarle el pulso, pero fue en vano. Al tumbarlo de espaldas, vio la herida en el centro del pecho. Wallis tenía los ojos abiertos e inmóviles. Pine alargó una mano y se los cerró.

—Dios… Lo siento, Max.

—¡Pine!

Al girar la cabeza, vio a Laredo corriendo hacia ella. Pine se puso en pie.

—Wallis está muerto. Straub le ha disparado. Y tiene a Jenny. ¡Vamos!

Y se lanzaron en su persecución.

74

Pese a haber huido a través de los espacios abiertos y despejados del cementerio, de algún modo Straub había logrado desaparecer por completo.

Junto con Jenny.

Pine y Laredo llegaron a la esquina del cobertizo de mantenimiento y rastrearon rápidamente el área circundante. No vieron a nadie.

—¿Crees que Jenny sigue aún viva?

—Sí.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Se la ha llevado con él. Si estuviera muerta no lo habría hecho.

—Tiene sentido.

—Tú ve por la derecha —dijo Pine—, yo iré por la izquierda.

Laredo asintió y salió corriendo en esa dirección.

Pine recorrió unos cincuenta metros y se detuvo. ¿Cómo podía Straub haberse esfumado sin más?

La respuesta la asaltó de improviso. El hombre tenía un plan de escape. Por si acaso.

«Pero ¿cuál puede ser ese plan?».

Bajó la vista a sus pies y de pronto recordó algo que le habían explicado sobre ese lugar.

«Los túneles excavados por los soldados de la Unión».

Echó a correr hacia el punto que el guardabosques le había mostrado durante su primera visita.

La rejilla de acero había sido forzada. Miró a su alrededor, pero no vio a Laredo. Lo llamó al móvil y le contó lo que se disponía a hacer. Él se encontraba en la otra punta del parque. Iba a tener que hacerlo sola.

Pine ajustó una linterna Maglite en el raíl superior de su Glock y

saltó al interior del hoyo.

Cayó de pie, trastabillando un poco. El túnel se encontraba a unos dos metros por debajo de la superficie. La temperatura sería como unos siete grados más fría que en el exterior. Se enderezó y empezó a avanzar, escuchando con suma atención cualquier sonido que pudiera llegarle del oscuro pasadizo. Siguió adentrándose en el túnel, al principio despacio, pero luego apretó el paso cuando oyó los gritos de una niña.

Jenny. Había recuperado la conciencia.

Fue avanzando a tientas, el haz luminoso de su linterna acuchillando nerviosamente la oscuridad. No sabía si Straub la estaría esperando para tenderle una emboscada. Por fin vio la proverbial luz al final del túnel. Pine se aproximaba cautelosamente a la salida cuando oyó una voz.

—¡Suéltame!

Era Jenny.

Echó a correr y entonces vio un pequeño muro de ladrillos apilados toscamente en la tierra, cubriendo parcialmente la boca del túnel. Se deslizó por encima y salió al exterior, con la pistola trazando arcos frente a ella. Se tomó un momento para situarse.

Se encontraba en un pequeño claro en el bosque.

Pine oyó un ruido a su izquierda. Vislumbró una figura escabulléndose entre los árboles y corrió en esa dirección hasta llegar a un sendero que serpenteaba entre la masa boscosa.

—¡Straub!

La figura se detuvo y dio media vuelta.

Straub dejó a Jenny en el suelo y se agachó detrás de ella, usándola como escudo. La niña llevaba puesto el vestido del maniquí.

—¡Suéltame! —volvió a gritar.

Él apoyó el cañón contra la cabeza de Jenny, y la pequeña se quedó paralizada.

Straub miró a Pine, que le estaba apuntando con su Glock.

—Lleguemos a una tregua, agente Pine —dijo Straub en tono calmado—. Yo quiero salir de aquí y tú quieres a la niña. Creo que podemos solucionar esto. Doy por sentado que tienes experiencia en

este tipo de situaciones.

—Y bastante reciente —replicó ella en tono sombrío.

—Tengo otro coche aquí cerca. Tú permites que me marche y yo te doy mi palabra de que dejaré a la niña sana y salva en algún lugar y luego te llamaré para decirte dónde está.

—¿Pretendes que crea en la palabra de un hombre que ha matado a cinco personas?

—Te equivocas. Yo no maté al niño. Lo hizo Britta.

—Y una mierda.

—Esa encantadora señora tiene un lado muy oscuro que seguramente no hayas visto, Pine. Pero fui yo quien le enseñó cómo hacerlo. —Se dio unos golpecitos en la nuca—. Un golpe en la base de la columna aquí… y dulces sueños.

—¿Y dónde aprendiste a hacer eso?

—Estuve un tiempo en el ejército. Ahí te enseñan ese tipo de cosas. Aunque esta nunca la he utilizado con un niño.

Pine miró a Jenny. Estaba visiblemente asustada, pero ya había demostrado su espíritu peleón.

—¿Y por qué querría Britta matar a Frankie?

—Dijo que era su deber. Y parecía pensar que le estaba haciendo un favor al niño. Pero no esperes que yo te ayude a entender a esa mujer. Entonces ¿qué? ¿Hay trato?

—Ni lo sueñes.

—Bueno —replicó él, ahora con más urgencia en su voz—, pues es una lástima. Tal como yo lo veo, si no dejas que me marche, ella muere. Y, si me dejas marchar, ella tiene una posibilidad. A mí me parece justo.

—No te vas a ir de aquí con Jenny.

El rostro de Straub se crispó en una desagradable mueca.

—Usa el cerebro. Yo no tengo nada que perder. En Georgia existe la pena de muerte. Y creo que he hecho bastantes méritos para ello.

—¿Y qué piensas sacar tú de todo esto?

—Los diez millones de dólares del seguro de vida de Myron. Britta va a encargarse de él.

—Ya lo ha hecho. Pero ella también está muerta.

—Oh, es una pena, aunque yo ya tengo mis propios problemas.

A lo lejos empezaron a oírse las sirenas.

—La caballería está de camino.

—No me importa —dijo Straub—. Matar o morir, así ha sido siempre toda mi vida, de modo que esas vulgares tácticas para asustarme no te servirán de nada.

—Intentaste incriminar a Cy Tanner y luego a Jerry Danvers.

—Pues, a pesar de todas las pruebas falsas que pusimos en su contra, no arrestaste a Tanner.

—Me pareció que era un montaje demasiado evidente. Como también eso de que alguien vigilara la casa de Tanner con el Pagani. Supongo que también intentabais implicar a Myron.

—Eso fue idea de Britta. En mi opinión ya había demasiados jugadores sobre el tapete, pero era ella quien manejaba el cotarro.

—Y hablando de la noche en que dispararon a Jack Lineberry… Fuiste tú, ¿verdad? En realidad las balas iban dirigidas contra mí, pero no contabas con el hecho de que Jack me hubiera dejado conducir el coche.

Straub se miró el brazo.

—Me hiciste un pequeño rasguño esa noche. Pero, sí, te habías convertido en un problema. Y cuando vimos que no detenías a Tanner, tuvimos que pasar al plan B.

—Jerry Danvers no siguió tus instrucciones. Él no murió en la explosión, aunque yo por poco no lo cuento. Supongo que por eso querías que yo también fuera a la cabaña.

—Con un poco de suerte habría matado dos pájaros de un tiro, dejando al mismo tiempo pruebas de que Jerry era el asesino.

—¿Y el personal de servicio?

—Les di el día libre. Les dije que Lineberry me había dado permiso para hacerlo.

—Pero, en cuanto descubrí que Jerry no había abandonado en ningún momento el hospital, tu historia se vino abajo.

—Sí, bueno, no tenía mucho tiempo porque Britta insistió en que esta niñita fuese la última víctima. —Presionó el cañón con más fuerza contra la cabeza de Jenny—. Y, si no dejas que me marche, supongo

que no me quedará más opción que…

La bala le alcanzó directamente en un costado de la pierna, destrozando huesos y seccionando vasos sanguíneos. Straub profirió un grito desgarrador, soltó el arma y se agarró la pierna.

Pine se abalanzó para coger la pistola, aferró la mano de Jenny y tiró de ella para apartarla del hombre.

Cuando alzó la cabeza, vio a Laredo que corría hacia ellos blandiendo un rifle.

Pine le entregó a Jenny y luego se arrodilló junto a Straub.

—¡Joder! —gritó él con la cara retorcida por el dolor—. Ayúdame, me estoy desangrando.

Ella se quitó el cinturón y le hizo un torniquete en la parte superior del muslo. La hemorragia se redujo considerablemente. Llamó a Emergencias y les dio su ubicación.

Después de guardarse el móvil, Pine miró a Straub, cuyo rostro seguía contraído en una mueca angustiosa.

—No te ha tocado la arteria femoral.

—¿Y tú cómo lo sabes? —gruñó él.

—Porque ya estarías muerto.

—Dis…, dispárame. Hazlo. De todos modos, ya soy hombre muerto. Ahórrale problemas a todo el mundo.

—Por más que me gustaría, no puedo hacerlo.

—¿Y por qué diablos no puedes? —gritó Straub.

—Porque no es así como hacemos las cosas en el FBI.

La ambulancia llegó minutos después y metieron en ella al herido. Un policía con cara de pocos amigos se subió en la parte de atrás con él.

Cuando el vehículo se alejaba, Pine miró a Laredo, que tenía a Jenny cogida de la mano. El rifle colgaba de su hombro.

—¿De dónde lo has sacado?

—He encontrado a un guardabosques. Los utilizan para asustar o matar alimañas peligrosas. Me lo prestó porque se lo pedí educadamente y porque le enseñé mi placa.

—Ha sido un disparo muy arriesgado —comentó ella.

—Fui el primero de mi promoción en Quantico en prácticas de tiro.

Y tú no lo sabes, pero estuve dos años como francotirador en la unidad de rescate de rehenes. Tú no eres la única que corre riesgos en la Agencia —añadió.

—¿Y cómo has conseguido llegar tan rápido?

—Hacía atletismo en la universidad, ¿recuerdas?

Pine sonrió.

—Es verdad. Bueno, gracias. —Luego se acuclilló delante de Jenny —. ¿Estás bien?

La niña asintió.

—Ahora estás a salvo. ¿Lista para ir a ver a tu abuelo? Más vale que vayamos y le digamos que te encuentras bien. ¿Qué te parece?

Jenny asintió y se sorbió la nariz.

Pine fue a cogerla, pero la pequeña se agarró con más fuerza a la mano de Laredo y alzó sus grandes ojos hacia él.

Pine se levantó y le susurró a su compañero:

—Puede que los niños se te den mejor de lo que crees.

Y, caminando muy despacio, salieron del cementerio para volver al mundo de los vivos.

75

—Se conocieron en una feria tecnológica a la que asistieron los Pringle en Las Vegas —les explicó Pine a Laredo, Blum y Graham.

Se encontraban en el salón del Cottage. Jenny ya se había reunido con su abuelo y con los Quarles. Pine acababa de regresar de interrogar a Straub en el hospital.

—Straub y Britta tuvieron una aventura allí —continuó Pine—. Tiene sentido, porque desde luego ya no había amor entre ella y su marido. Cuando quedó un puesto vacante en el equipo de seguridad de Jack Lineberry, Britta se lo dijo a Straub y lo recomendó, de modo que consiguió el empleo. Straub había sido militar. Estuvo en Afganistán, pero lo echaron del ejército por consumo de drogas. Se rehabilitó, entró a trabajar en la seguridad privada y fue abriéndose camino a partir de ahí.

—¿Y dices que mató a toda esa gente por dinero? —preguntó Blum con expresión asqueada.

—Diez millones de dólares. Con Jenny había usado cloroformo. Tenía previsto dejarla en la base de la estatua de la madre. Afortunadamente, como lo obligamos a postergar el plan, a la niña se le pasó el efecto.

—¿Escogía él los lugares donde dejar los cuerpos o lo hacía Britta?

—Dice que los eligió él, salvo en el último caso. De ese modo podía planificar mejor las entradas y salidas.

—¿Cómo consiguió entrar en el Museo del Tamborilero? —preguntó Blum.

—Había salido un par de veces con Lily —respondió Pine—. Y, sin que ella se enterara, hizo una impresión de la llave del museo y le sonsacó el código de seguridad.

—¿Y por qué los vestía con esas ropas extrañas? —intervino

Graham.

—Dice que lo hizo para despistarnos, para hacernos creer que se trataba de un asesino en serie con una fijación fetichista por la Guerra Civil. Y el esmoquin y el velo hacían referencia a un marido y a una mujer, a la familia que Britta estaba matando simbólicamente. También me ha contado que escogió la tumba de uno de los Raiders porque pensó que tendría gracia colocar el cuerpo de un negro allí. La verdad es que yo no le veo la gracia por ninguna parte.

»Britta conocía a los Quarles —continuó Pine—, y ellos le contaron que Jenny se estaba alojando en su casa. Straub dice que, cuando Britta se enteró de que la madre de la niña era drogadicta, pensó que lo mejor para ella sería que muriera. Que una madre tan horrible no merecía tener una hija, y que Jenny estaría en un lugar mejor. Straub tuvo que darse mucha prisa para llevarse a la niña, porque desde el principio el plan había sido matar a la última víctima durante una de las recreaciones y dejar el cuerpo en el cementerio.

—¿Y cómo has conseguido que Straub te cuente todo esto? —preguntó Graham.

—Ha llegado a un acuerdo con las autoridades. Si confiesa, se librará de la pena de muerte.

—¿Y por qué cometió Britta todas esas atrocidades? —volvió a preguntar la mujer.

—Según Straub, quería vengar la muerte de sus hijos. Culpaba a Gillespie por introducir a Mary en el mundo del porno y por hacer que se enganchara a las drogas. Y culpaba a Hanna Rebane por actuar como amante de Mary en un montón de películas.

—¿Y Clemmons? —preguntó Blum—. ¿Por qué tuvo que morir?

—Straub era el nuevo «hombre» en la vida de Hanna Rebane del que Clemmons había hablado. Así fue como consiguió acercarse a ella para luego matarla. Tuvo mucho cuidado de que nadie los viera nunca juntos, especialmente Clemmons. Pero al final le preocupó que Rebane pudiera habérselo descrito a su compañera, o darle alguna información que nos ayudara a seguirle el rastro. De modo que, cuando empezamos a husmear y estrechar el cerco, decidió que tenía que morir. —Pine miró a Laredo—. Y tampoco tengo muy claro que el

accidente de Britta con el Pagani haya sido tal. Según Straub, tenía planeado suicidarse cuando acabara todo.

—Una mujer realmente perturbada —señaló Laredo.

—Sin embargo, ha sido tu gran destreza como tirador lo que nos ha salvado a todos, Eddie. De no ser por ti, Jenny estaría muerta.

—Hey, para eso están los compañeros.

Más tarde, Pine estaba sentada en su habitación cuando Blum llamó a la puerta.

—Aún nos falta un misterio por resolver —dijo al entrar.

Pine se levantó y miró por la ventana.

—No, un misterio no. Varios. Entre ellos dónde está Ito Vincenzo. Y dónde está mi madre. Y el más importante: qué le ocurrió a Mercy. Y no estoy segura de que lleguemos a resolverlos nunca.

—Pero aún crees que es posible que Mercy siga viva, ¿verdad?

Pine volvió a sentarse en la cama.

—Eso es lo que quiero pensar. Pero Ito le dijo a mi padre que él era el responsable de que una de sus hijas hubiera muerto y de que la otra estuviera gravemente herida. Así que…

—Bueno, si Mercy está realmente viva, en la actualidad existen muchas herramientas que podrían sernos de ayuda.

—¿Como cuáles?

—Registros genealógicos. Solo hay que introducir las muestras de ADN y ellos se encargan de todo.

Pine descartó la idea agitando una mano.

—Ya lo he intentado. En mi caso no es tan sencillo porque el procedimiento que suelen utilizar no me ayudaría necesariamente a encontrar una coincidencia con Mercy.

—Pero podría hacerlo si la Agencia echara una mano.

—¿Y crees que estarían dispuestos a ello?

—Acabas de salvar a otra niña de una muerte segura y has resuelto el misterio de varios asesinatos. Yo diría que en estos momentos la Agencia haría cualquier cosa que les pidieras.

—¿Por qué tengo la impresión de que ya has movido algunos hilos

para comprobarlo?

—¿Confías en mí en esto?

Pine dejó escapar una larga y turbada exhalación.

—Supongo que tendré que hacerlo.

76

Dos días después de que Pine entregara las muestras de ADN y fueran cotejadas por el FBI con otros millones de muestras en diversos registros y bases de datos, salió a la luz una coincidencia.

Solo que no tenía nada que ver con Mercy Pine.

Y provocaría la segunda mayor conmoción en la vida de Atlee Pine, después de la pérdida de su hermana.

Cuando Pine recibió la noticia, se sentó en su habitación del Cottage y se quedó mirando la pared. Se sentía como si le hubieran robado la identidad, algo que no tenía nada que ver con la cibernética, sino simplemente con la sangre y la carne.

Finalmente, se levantó y salió del cuarto.

En el vestíbulo vio a Blum, que obviamente había estado esperando a que bajara.

—¿Quieres que vaya contigo? —le preguntó—. Me gustaría acompañarte.

Pine negó con la cabeza.

—Creo que esto tengo que hacerlo yo sola.

—Entonces estaré aquí cuando vuelvas.

Al salir de la pensión se encontró con Laredo, que estaba cargando el equipaje en su coche.

—Bueno, supongo que ya nos veremos, Atlee.

Aunque su mente estaba muy lejos de allí, Pine puso una mano sobre su hombro.

—Me has salvado el culo más de una vez viniendo aquí.

—Como te dije, para eso están los compañeros.

—Entonces… ¿todo bien entre nosotros?

—Por mi parte sí. He llamado a Denise y hemos estado hablando para que me deje pasar más tiempo con mis hijos.

—Eso sería genial. Necesitan a su padre. Su verdadero padre.

Él la miró fijamente.

—¿Y tú qué? ¿Volverás a Shattered Rock para seguir siendo la única agente del FBI en todo el Gran Cañón?

—Después de que acabe de hacer algo aquí.

—Quizá vaya a visitarte.

—Me encantaría.

—Pero solo como amigos —añadió él con una sonrisa.

—Ningún problema, Eddie.

Pine lo abrazó, le dio un beso en la mejilla y se quedó mirando cómo se alejaba en su coche.

Luego se montó en su SUV y también se marchó.

Por fortuna, el trayecto hasta Americus no duró mucho, porque no estaba segura de cuánto tiempo podría mantener el aplomo sin derrumbarse. En cierto modo, se sentía como si estuviera recorriendo el último trecho hasta su propia ejecución.

Jerry Danvers estaba sentado junto a la puerta de la habitación privada de Jack Lineberry en el hospital. Hacía dos días que lo habían trasladado desde la UCI y esperaban poder darle el alta dentro de poco.

Danvers la miró con un nuevo respeto y dijo en tono contrito:

—Supongo que me ha salvado el pellejo y algo más.

—Supongo —dijo ella con aire ausente.

—¿Quién habría pensado algo así de Straub?

—Tengo que ver a Jack. Ahora.

Él la miró con cierta perplejidad. Pine sabía que estaba actuando de forma extraña, pero no le importaba.

—Muy bien, puede pasar. El señor Lineberry acaba de comer. Seguro que se alegrará de verla.

—Yo no estaría tan segura —dijo Pine.

Entró y cerró la puerta a su espalda.

Lineberry estaba incorporado en su cama y se le veía bastante recuperado.

Sin apartar la vista en ningún momento de él, Pine se acercó muy despacio y se sentó en la silla junto a la cama.

Él la miró presa de un gran nerviosismo, y con tristeza. Y también,

quizá, con una nota de alivio.

—Por la expresión de tu cara, veo que por fin sabes la verdad.

—Tú eres mi padre —dijo Pine.

—Sí, soy tu padre —dijo él, y las lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas.

Pine tenía algo más que decir, y ahora era el momento.

—Pero tienes a otra hija ahí fuera en algún lugar. Y también está mi madre, la madre de tus hijas. Quizá juntos podamos encontrarlas.

De forma vacilante, Lineberry tendió una mano hacia ella.

—¿De verdad crees que podremos?

Los dedos de Pine apretaron con fuerza los de él cuando dijo con firmeza:

—Creo que no nos queda otra opción.

AGRADECIMIENTOS

A Michelle; Atlee Pine vuelve a cabalgar. Gracias por estar junto a mí en cada paso del camino.

A Michael Pietsch, por ser un gran editor.

A Ben Sevier, Andy Dodds, Elizabeth Kulhanek, Jonathan Valuckas, Brian McLendon, Karen Kosztolnyik, Beth deGuzman, Albert Tang, Bob Castillo, Kristen Lemire, Anthony Goff, Michele McGonigle, Cheryl Smith, Andrew Duncan, Joseph Benincase, Tiffany Sanchez, Morgan Swift, Matthew Ballast, Alison Lazarus, Rachel Hairston, Karen Torres, Christopher Murphy, Ali Cutrone, Tracy Dowd, Martha Bucci, Rena Kornbluh, Jeff Shay, Carla Stockalper, Thomas Louie, Sean Ford, Laura Eisenhard, Mary Urban, Barbara Slavin, Kirsiah McNamara, y a todo el mundo en Grand Central Publishing, por hacer tanto por mí.

A Aaron y Arleen Priest, Lucy Childs, Lisa Erbach Vance, Frances Jalet-Miller, John Richmond y Juliana Nador, por llevarme siempre por el buen camino.

A Mitch Hoffman, ¡por hacer lo que sabes hacer mejor!

A Anthony Forbes Watson, Jeremy Trevathan, Trisha Jackson, Alex Saunders, Laura Sherlock, Sara Lloyd, Claire Evans, Sarah Arratoon, Stuart Dwyer, Jonathan Atkins, Anna Bond, Leanne Williams, Natalie Young, Stacey Hamilton, Laura Ricchetti, Charlotte Williams y Neil Lang de Pan Mcmillan, por formar parte de una editorial tan brillante y ser una fuerza tan positiva en mi vida.

A Praveen Naidoo y el equipo de Pan Mcmillan en Australia, ¡por hacer que el tren Baldacci siga su marcha en las tierras del Down Under!

A Caspian Dennis y Sandy Violette, por ser tan increíbles, ¡y también por amar el vino tanto como yo!

A Mark Steven Long, por la corrección tipográfica.

A los ganadores de la subasta benéfica Beth Clemmons (Gloucester-Mathews Humane Society) y Max Wallis (Light of Christ Anglican Church), por vuestro apoyo a unas organizaciones tan maravillosas.

Y a Kristen White y Michelle Butler, por hacer todo lo demás, ¡y es mucho!

Un caso abierto en un pueblo lleno de secretos en el que desenterrar el pasado puede ser mucho más peligroso de lo que parece.

Casi treinta años. Han pasado casi treinta años desde aquella fatídica noche. La noche en que la dieron por muerta y Mercy, su hermana gemela, fue secuestrada mientras sus padres estaban, según el informe policial, de fiesta en el piso de abajo. Atlee y Mercy tenían seis años.

Atlee cree que Daniel James Tor, el famoso asesino en serie encerrado en una prisión federal de alta seguridad, tiene las respuestas a sus preguntas. Pero ¿sabe realmente lo que le pasó a Mercy?

Su familia se mudó. Sus padres se divorciaron. Y Atlee se unió al FBI.

Cuando su jefe le ordena tomarse unas vacaciones tras una actuación al borde de la ley, Atlee decide volver al pueblo de su infancia, donde todo ocurrió, para buscar respuestas y exorcizar sus demonios, pero no tardará en verse inmersa en una frenética investigación para detener a un potencial asesino en serie. Con la ayuda de su asistente, Carol Blum, descubrirá secretos enterrados durante mucho tiempo y afrontará una revelación que destrozará todas sus certezas.

«Pocos autores son capaces de enganchar a sus lectores tanto y tan

rápido como David Baldacci».

THE REAL BOOK SPY

«Secretos y giros casi en cada página. Un relato brillante que te mantendrá despierto más allá de la medianoche».

PROVIDENCE JOURNAL

David Baldacci se graduó en Derecho por la Universidad de Virginia y ejerció como abogado en Washington. Su primera novela, *Poder absoluto* (1996), fue llevada al cine con Clint Eastwood como director y protagonista y tuvo un enorme éxito. Baldacci es autor de más de 50 novelas que se han traducido a 45 idiomas, se han publicado en 80 países y de las que se han vendido 150 millones de ejemplares en todo el mundo. Vive en Virginia con su familia.

Título original: *A Minute to Midnight*

Primera edición: julio de 2024

© 2019, Columbus Rose Ltd
Publicado por acuerdo con The Aaron Priest Lit. Ag., New York y representado por Casanovas & Lynch Literary Agency S. L., Barcelona
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.,
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2024, José Serra Marín, por la traducción

Diseño de portada: adaptación de la cubierta original de Neil Lang, Pan Macmillan / Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografías de portada: © Shutterstock / © Millenium / © Arcangel

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-7672-4

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @edicionesb_es
Spotify: penguinlibros

YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Un minuto para la medianoche

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47

Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre David Baldacci

Créditos